
EL LEGADO
DEL MAL
ALBERTO MENE
Lectulandia

Después de una larga excedencia, Roberto Fuentes ha vuelto al trabajo, aunque lo ha hecho alejado de los focos de la prensa y del punto de mira de sus superiores. Un destino tranquilo en Llanes, donde ver crecer a sus dos hijos, manteniéndolos a salvo de los peligros que le han perseguido los últimos años.

Sin embargo, no siempre es posible huir del pasado.

Una presunta posesión, una sombra del pasado que regresa, una amenaza que creía haber dejado atrás.

Roberto se verá envuelto en un nuevo crimen, pero de un modo que no espera. Porque esta vez él es el principal sospechoso.

El legado del mal es un *thriller* donde la redención y el peligro se entrelazan en una danza mortal. De cazador a presa. ¿Podrá Roberto limpiar su nombre antes de que su pasado lo consuma por completo o será devorado por las sombras que le persiguen? ¿Logrará demostrar su inocencia antes de que sea demasiado tarde?

Alberto Meneses

El legado del mal

Roberto Fuentes - 7

ePub r1.0

Titivillus 22-01-2025

Título original: *El legado del mal*
Alberto Meneses, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

El lugar estaba invadido por una penumbra que apenas le permitía ver dónde se encontraba. Lo que sí notó fue un intenso frío, tanto que sus músculos se entumecieron y apenas pudo moverse. Miró a su alrededor, intentando acostumbrar su vista a la oscuridad, y al cabo de unos segundos empezó a vislumbrar algunas cosas.

Estaba dentro de un edificio con paredes muy altas y grandes ventanas, formadas por pequeños cristales de colores. Al fondo pudo ver una mesa de piedra, cubierta por una tela de color blanco e iluminada por la tenue luz que entraba desde el exterior, a través de las ventanas.

Las velas que había sobre el altar se encendieron solas, lo que le permitió distinguir una figura unos metros más allá. Era una persona, vestida con un largo manto blanco que la cubría por completo de pies a cabeza y envuelta por una especie de niebla negra que impedía ver su rostro. Aun así, supo que estaba en peligro.

Trató de huir, pero fue incapaz de moverse, como si sus pies estuviesen clavados al suelo. Eso hizo que un intenso miedo recorriese su cuerpo de arriba a abajo.

Era como si una energía poderosa le hubiese paralizado.

Entonces la figura comenzó a avanzar hacia él. Lo hizo deslizándose, flotando en el aire a pocos centímetros del piso y sin que sus pies lo tocasen. Seguía sin poder ver su rostro, pero estaba seguro de que había algo maligno en aquellos ojos que empezaban a vislumbrarse a través de la niebla. Trató de gritar pidiendo auxilio, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Nadie podía ayudarle.

La figura se fue acercando poco a poco, a la vez que alargaba las manos hacia él, lo que hizo que levantase los brazos para cubrirse la cara. No quería mirar. Estaba aterrado, presa de un miedo como

nunca había sentido antes.

Contuvo el aliento y, al notar una mano posarse en su hombro, gritó con todas sus fuerzas.

En ese momento, se despertó.

2

El grito taladró los oídos de Roberto e hizo que se incorporase de golpe. Saltó de la cama y corrió hacia la habitación de al lado tan rápido como le permitieron sus piernas. Cuando entró y encendió la luz, se encontró a su hijo sentado en la cama, con la frente empapada de sudor y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien, Berto? —preguntó sentándose a su lado—. ¿Qué ha pasado?

—Una pesadilla —respondió el pequeño rompiendo a llorar.

Roberto lo abrazó contra su pecho.

—Tranquilo, hijo, ya ha pasado.

—Tengo miedo, papá.

—No debes tenerlo. Sabes que estoy aquí para protegerte.

Al ver que temblaba como una hoja, le acarició el cabello y le susurró palabras que lo calmasen. Aun así, el niño, de apenas seis años, tardó un rato en dejar de llorar. Cuando lo hizo, Roberto le acarició el rostro con la mano para secarle las lágrimas y le miró a los ojos.

—¿Estás mejor? —Al ver que solo era capaz de asentir con la cabeza, preguntó—: ¿Qué ha pasado?

—El fantasma… —murmuró el pequeño—. Quería hacerme daño.

—¿Otra vez el mismo fantasma?

—Sí.

—¿Y pudiste verle?

—No… no sé… Llevaba un vestido blanco y había un humo que no me dejaba ver su cara.

—Está bien, tranquilo. Cuéntame lo que recuerdes del sueño.

—Era el mismo sitio y hacía frío. Había una mesa de piedra con un mantel blanco, con unas velas encima. Las paredes eran grandes y había ventanas con cristales de colores. Entonces… vino hacia mí

y quiso cogerme.

El niño comenzó a sollozar, por eso Roberto lo abrazó de nuevo.

—Solo era un sueño. No tienes que tener miedo.

—¿Quién es… ese fantasma, papá? —preguntó con voz entrecortada.

—No lo sé, pero me ocuparé de que no vuelvas a soñar con él.

—Me da mucho miedo.

—Por mucho que te asuste, no puede hacerte daño. ¿Tienes puesto el colgante?

—Sí —respondió el niño metiendo la mano dentro de la camiseta del pijama.

—Pues coge con la mano el amuleto del Pájaro Trueno y cierra los ojos. Verás cómo eso te hace sentir mejor.

En cuanto lo hizo, su rostro se relajó y a los pocos segundos, sonrió.

—Es verdad, papa. Ya estoy mejor.

—¿Lo ves? Ahora lávate un poco y vístete para ir al cole. Yo voy a preparar el desayuno.

—Vale.

—No olvides que el Pájaro Trueno te protege. Cada vez que te sientas mal o tengas miedo, agárralo con fuerza y verás cómo te sientes mejor.

—Sí, papá. Gracias —dijo abrazándose a él de nuevo.

Roberto sonrió, intentando no mostrar la preocupación que sentía por dentro.

—Esta tarde iremos con Sella a dar un paseo. ¿Te apetece?

—Hoy tengo natación.

—Es verdad. Entonces comeremos un helado.

—¡Bien! —celebró el niño saltando de la cama—. Voy a lavarme.

—Avisaré a tu madre para desayunar todos juntos.

Siguió al niño con la mirada mientras entraba en el baño y luego regresó a su habitación. De camino echó un vistazo a la habitación de enfrente, donde la pequeña Emily dormía plácidamente en su cama, ignorando lo sucedido. Mejor así. A sus dos años y medio de edad, sentía tal pasión por su hermano que siempre se preocupaba por él.

—¿Berto está bien? —preguntó Eva asomándose al pasillo.

—Sí, solo ha sido una pesadilla. Por suerte los críos se olvidan rápido de esas cosas.

—¿Otra vez el mismo sueño de la noche anterior?

Roberto asintió con la cabeza, a la vez que se acariciaba la barba.

—Es mejor que hablemos dentro.

Entraron en la habitación, donde Sella, la perra border-collie de color negro y blanco, le observaba como si esperase a que la sacase.

—Vete a ver a Berto, anda —le dijo Roberto, a lo que ella reaccionó saliendo de la habitación moviendo el rabo y con paso apresurado, como si sus finas patas apenas tocasen el suelo.

—¿Seguro que es el mismo sueño? —preguntó entonces Eva.

—Eso parece. Dice que está en un edificio oscuro con ventanas de colores y una mesa de piedra, y que un fantasma intenta agarrarle.

—¿Qué crees que puede significar?

—No lo sé, pero ya van dos noches seguidas que sueña con lo mismo. Y eso me preocupa.

—¿Crees que podría ser ella?

Roberto contuvo la respiración. Él también lo pensaba, aunque prefería que el niño no lo escuchase, por eso se acercó a la puerta y la cerró antes de responder.

—Quizás. Lo único que tengo claro es que debo encontrar la forma de que deje de tener esos sueños. Pensé que llevar el colgante con el Pájaro Trueno le protegería de ella, pero tal vez no sirva para evitar que entre en sus sueños.

—¿Y qué hay del atrapasueños? A ti te funciona. Quizás deberías comprarle uno igual.

—No puedo viajar hasta Oregón a por uno.

—No hace falta. En Llanes hay una tienda de artesanía que los vende.

—¿Crees que funcionaría?

—Un atrapasueños no es un producto mágico.

—Para mí sí lo es.

—Quiero decir que no deja de ser un elemento sencillo de construir. Podrías comprarle uno y probar. No pierdes nada.

—Es una opción —dijo con aire reflexivo—. Me acercaré esta tarde a echar un vistazo, cuando le lleve a natación.

—Podemos ir los cuatro juntos y pasar la tarde en Llanes —dijo ella acercándose para rodearle la cintura con los brazos—. Nos vendrá bien, sobre todo a ti. Tienes cara de cansado.

—Anoche no dormí mucho. Sella estaba inquieta.

—Tal vez deberíamos dejarla dormir fuera.

—Está acostumbrada a dormir dentro de casa desde que era cachorra y le gusta estar pendiente de los críos. No sé qué pudo pasarle anoche para que viniese a buscarme varias veces. Tal vez escuchase algún animal en el jardín y eso la puso nerviosa.

—De todas formas, no lo digo solo por esta noche —aseguró Eva —. Llevo varios días viéndote apagado. ¿Va todo bien por el trabajo?

—Sí.

—¿Qué tal con el nuevo capitán?

—Uno más de los que he conocido hasta ahora. Un oficial de los que viene de paso y que solo desea estar aquí lo mínimo imprescindible para marcharse a un destino mejor. El sargento Godoy es quien realmente dirige el cuartel y me imagino que así seguirá siendo.

Ella le besó en los labios y luego apoyó la cara en su pecho.

—Al menos aquí llevamos una vida tranquila.

Permanecieron así unos segundos, abrazados, hasta que la puerta de la habitación se abrió y una voz llamó su atención.

—*Benos* días.

La pequeña Emily les observaba desde la puerta entreabierta, luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. ¿Cómo ha dormido mi princesa? —preguntó Eva acercándose a ella.

—Bien —respondió alargando los brazos hacia su madre, que la levantó en volandas.

—Pues vamos a ir a desayunar.

Roberto las observó mientras salían de la habitación y luego entró en el baño para darse una ducha. En menos de una hora entraba a trabajar, una jornada más, seguro que tan aburrida como las anteriores, aunque era algo de lo que no pensaba quejarse. Prefería eso a su vida anterior.

Al menos ahora su familia no corría ningún peligro.

3

Ese día de finales de septiembre se cumplía un año desde que Roberto estaba destinado en el cuartel de la Guardia Civil de Llanes. Había elegido ese destino porque estaba a solo cinco kilómetros de Porrúa, el pueblo que habían elegido para vivir. Allí habían comprado una casa situada en un lugar tranquilo y apartado, sin apenas vecinos cerca.

Eva estaba destinada en el cuartel de Ribadesella, situado a unos treinta kilómetros, donde disfrutaba de una flexibilidad horaria que le permitía dejar a Emily en una guardería cercana antes de ir a trabajar y recogerla al mediodía. En cuanto a Berto, iba al colegio de Porrúa.

Tras dos años de excedencia, regresar al trabajo no había resultado difícil para Roberto, aunque el cambio era bastante grande. Después de pasar cinco años en la Unidad Especial de Intervención, cinco más en la Unidad Central de Operaciones y un último año en la Interpol, su nuevo destino en el cuartel de Llanes era lo opuesto a todo ello. Allí no había crímenes ni tiroteos. El sargento Godoy le había puesto en una oficina, donde lo más emocionante que había hecho en los últimos meses había sido ordenar su mesa.

La relación con sus compañeros no se podía decir que fuese demasiado buena. La mayoría huían de él como de la peste, algo que en el fondo comprendía. Su nombre y su foto habían salido en la prensa tres años antes, acompañados de un relato bastante detallado del don que poseía. Todos en el cuartel lo sabían, por eso le miraban como a un bicho raro y procuraban estar lo más lejos posible. Incluso el capitán Bravo, recién llegado dos días antes como nuevo jefe del puesto de Llanes, evitó darle la mano el día de su presentación. Roberto no se molestó por ello y se limitó a tomárselo con humor. Cuanto más le ignoraban, más tranquila era su vida.

Su trabajo diario consistía en tramitar denuncias y gestionar documentaciones. Algo aburrido, aunque al menos le permitía llegar a casa sin llevarse consigo ninguna preocupación.

Sin embargo, algo había cambiado en él en los últimos días. No sabía muy bien cómo explicarlo, pero tenía la sensación de que iba a suceder una desgracia, como si un peligro le acechase. Y no era solo por los sueños que había tenido su hijo Berto las últimas dos noches. Su intuición le decía que la felicidad de la que había disfrutado durante tres años tocaba a su fin, por ese motivo le costaba conciliar el sueño.

—No tienes buena cara —le dijo el sargento Godoy cuando se presentó en su oficina esa mañana—. Pareces cansado.

Él también se había dado cuenta.

—Llevo unos cuantos días sin dormir bien.

Godoy era compañero de promoción de Eva. Los dos habían coincidido en la Academia de Suboficiales de El Escorial, aunque no tenían una relación demasiado estrecha. En realidad, el sargento Godoy tenía un carácter bastante reservado y solía ser duro con sus subordinados, sobre todo con aquellos que no cumplían en el trabajo. Por ese motivo solían «rajar» de él a sus espaldas. Decían que era un amargado de la vida porque dos años antes se había hecho un trasplante capilar en Turquía que no había salido demasiado bien y ahora su cabeza parecía un campo de fútbol a medio sembrar. También decían que había terminado en Llanes porque se había liado con la mujer de uno de sus jefes.

Roberto no creía nada de eso. Lo que sí sabía era que la única vez que le había estrechado la mano sintió que era una persona atormentada por el pasado. No pudo captar el motivo, pero estaba claro que algo le había marcado profundamente.

—Te vendría bien salir del cuartel y tomar un poco el aire —le dijo Godoy—. Fuentes, tú eres de Nueva de Llanes, ¿verdad?

—Sí, mi sargento, aunque llevo tiempo sin ir por allí.

En realidad, desde que vivía en Porrúa no se había acercado por Nueva. No por nada en especial. Simplemente, no le había pillado de paso. El único amigo de la infancia que tenía allí, Quique, vivía ahora en Llanes, donde había montado un segundo local de copas, el Dolce Vita 2.

—Pues necesito que te acerques a Nueva.

—¿Qué ocurre?

—El cura del pueblo llamó hace un rato para denunciar un robo en la iglesia de San Jorge. Se puso bastante pesado, la verdad, así que le dije que enviaría a alguien lo antes posible.

—¿Y por qué yo? Hoy tengo algo de trabajo pendiente.

—Alguien lo hará por ti. Prefiero que vayas tú, que conoces el pueblo.

—Ya le he dicho que hace tiempo que no voy por allí y tampoco conozco al cura.

—Eso es lo de menos. Habla con él y que te explique qué es eso tan importante que le han robado. Dile que haremos lo posible por resolverlo… cuando no tengamos nada mejor que hacer —concluyó de manera sarcástica.

Roberto vio claro que no le quedaba otro remedio que ir, así que se lo tomó como una forma de pasar la mañana entretenido.

—¿Puedo ir solo, al menos? —No le apetecía compartir viaje con ninguno de sus compañeros.

—Claro. Coge un coche y no tengas prisa por volver. Aprovecha para despejar un poco.

—A la orden —dijo antes de abandonar la oficina.

4

Nueva de Llanes era el pueblo donde Roberto había nacido y se había criado, hasta que sus padres se separaron cuando él tenía diez años. Aun así, siguió pasando las vacaciones en casa de sus abuelos. Luego, a los diecinueve años, decidió marcharse al ejército. Después de eso tardó quince años en volver, un regreso que desencadenó el despertar de su don y provocó una serie de acontecimientos que transformarían su vida por completo a partir de ese momento. Quizás por eso le seguía costando regresar a Nueva.

Aparcó el vehículo todoterreno delante de la iglesia de San Jorge y en cuanto puso el pie en la calle le inundó una ola de recuerdos. Allí solía ir con sus padres a misa los domingos cuando era un niño y era el lugar donde le habían bautizado y había hecho la primera comunión. Hacía muchos años que no pisaba allí dentro, por eso en un primer momento se quedó mirando la puerta, dudando si entrar.

La iglesia de San Jorge tenía la fachada blanca, con el campanario de piedra en el costado derecho. Era sencilla, aunque llamativa, rodeada por un amplio césped y en su perímetro por un muro de piedra de medio metro, con una sucesión de barrotes en forma de lanza que no parecían demasiado difíciles de sortear. La reja que daba paso al recinto, también formada por barrotes y que no llegaba a los dos metros de altura, estaba abierta, así que entró.

Apenas había dado un par de pasos por el camino de piedra que llevaba a la iglesia, cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Vienes buscándome?

Al volverse se encontró con un hombre mayor, de unos sesenta años, que le miraba con una leve sonrisa dibujada en los labios. Tenía el pelo blanco y el rostro poblado de arrugas. Era delgado, de su misma estatura, y vestía ropa de calle: un vaquero azul, una camisa blanca y una chaqueta ligera de color oscuro. Sus ojos, de

un azul intenso, transmitían paz.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—El padre Miguel. Soy el párroco de la iglesia de San Jorge —dijo señalándola con el dedo.

—Nunca lo habría pensado por su ropa.

—Hace tiempo que dejamos de usar las sotanas fuera de la iglesia —comentó sonriente, como si le hubiese divertido el comentario—. Por tu uniforme deduzco que vienes por lo del robo.

—Sí. Soy el cabo Fuentes, del cuartel de la Guardia Civil de Llanes.

—Encantado —dijo estrechándole la mano—. Vamos, será mejor que hablemos dentro.

Roberto caminó a su lado mientras recorrían el camino de piedra. A ambos lados había un jardín bastante cuidado, con demasiados arbustos y plantas, para su gusto.

—¿Dice que han entrado a robar en la iglesia?

—Sí —dijo el hombre mientras metía la llave en la cerradura de la reja que antecedía al portón de madera—. Se han llevado una figura del Niño Jesús, que había sobre un soporte de madera, cerca del altar.

—¿De mucho valor?

—Si te refieres al valor económico, no. Estaba hecha de escayola y no era demasiado antigua.

—¿Y cuándo desapareció?

—No estoy seguro.

—¿No está seguro? —preguntó Roberto.

—Me di cuenta ayer, después de la misa de domingo. Pensé que igual la mujer de la limpieza la había quitado para limpiarla, pero hablé con ella anoche y me dijo que no.

—¿Y quién se la puede haber llevado?

—No tengo ni idea.

—De todas formas, ha dicho que no tiene mucho valor.

—El valor es lo de menos —dijo el párroco, a la vez que abría la reja para acceder al portón de madera que había a continuación y que daba acceso al interior de la iglesia—. Lo que me preocupa es por qué se la han llevado y quién es capaz de robar en la casa del Señor.

—¿Quién más tiene acceso aquí dentro?

—Solo yo —respondió introduciendo la llave en la cerradura—. Nadie más tiene llave.

—¿Y la mujer de la limpieza?

—No. Solo viene una vez por semana y cuando yo estoy aquí.

—¿La iglesia está abierta durante el día?

—No siempre, solo a las horas en que puedo atender a la gente en el confesionario.

—Puede que la cogiesen en ese momento —reflexionó en voz alta Roberto.

—Me niego a creer que alguien que venga a confesarse sea capaz de robar en una iglesia.

—¿Tiene idea de quién puede haber sido? ¿Alguien de quien sospeche?

—No, precisamente por eso les he llamado.

—Me temo que poco podemos hacer. —Al ver que el hombre le miraba en señal de disconformidad, añadió—: Enséñeme al menos dónde estaba.

El padre Miguel abrió la puerta y accedieron al interior del templo. No era una iglesia demasiado grande, aunque sí colorida. Predominaba el blanco de sus muros, sobre los que destacaban varios arcos, pintados en rojo y en amarillo dorado. Al fondo podía verse un retablo de madera, bastante modesto para lo que solía haber en otras iglesias. Unos metros por delante había un altar de piedra con un mantel blanco sobre él. En cuanto a las ventanas que había en los laterales del edificio, estaban formadas por pequeños cristales de colores que representaban diversas escenas religiosas.

Todo eso hizo que recordase de inmediato el sueño que había tenido su hijo las dos últimas noches y se preguntase si podía tratarse del mismo lugar.

—La figura del Niño Jesús estaba allí al fondo —dijo el párroco mientras recorría el pasillo central que discurría entre las dos hileras de bancos de madera.

Roberto apenas había dado dos pasos dentro del templo, cuando comenzó a invadirle una sensación de frío que le recorrió todo el cuerpo, a la vez que sentía como si alguien le observase. Miró a su alrededor mientras seguía al párroco, para confirmar que allí solo estaban ellos dos. No entendía lo que estaba pasando, pero, cuanto más se acercaban al altar, mayor era la sensación de frío en el

ambiente, tanto que comenzó a costarle respirar. Tuvo que echar mano del colgante que ocultaba bajo la ropa y aferrarse a la figura del Pájaro Trueno para que esa sensación se mitigase, aunque no desapareció del todo.

—Estaba aquí —dijo el párroco, señalando el soporte ornamental de madera de metro y medio de altura, con tres columnas sujetando una cúpula redonda—. La verdad es que vale más esto que la figura en sí, por eso me parece tan extraño que alguien se la haya llevado.

—Intentaremos… encontrarla —murmuró Roberto con voz entrecortada.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, no es… nada. Creo que ya hemos terminado —dijo encaminándose a la salida.

Necesitaba salir de aquel lugar.

5

En cuanto salió de la iglesia, Roberto sintió cómo la sensación de agobio se disipaba. No era la primera vez que le sucedía. Siempre que estaba en un lugar donde se había producido un crimen, sentía algo muy parecido a aquello, una intensa sensación de frío que provocaba que sus músculos se entumeciesen. Esta vez, sin embargo, había sido más intensa, más potente. Además, notó algo diferente, como si alguien a quien no podía ver le estuviese observando.

Solo cuando salió de la iglesia y se alejó unos metros, todo volvió a la normalidad. Incluso los rayos de sol que en ese momento bañaron su cara ayudaron a que se sintiese mejor.

—¿Estás bien? —preguntó el padre Miguel situándose a su lado, mientras caminaba de regreso al vehículo—. De pronto, te has puesto pálido.

—Sí, estoy bien. No se preocupe.

—Sé que igual para la Guardia Civil no tiene importancia que haya desaparecido una figura de escayola, pero para mí es importante que nadie robe en esta iglesia. Y si alguien lo hace, a pesar de que sean cosas de poco valor, que reciba su justo castigo. La gente cada vez respeta menos a la Iglesia como institución.

—¿Usted cree?

—La sociedad ha cambiado mucho en estos últimos veinte años. Te lo digo yo, que he vuelto después de estar bastante tiempo fuera. La España que me he encontrado al regresar es muy diferente a la que dejé.

Roberto no le prestó atención. En ese momento vio una cara conocida que se acercaba caminando por la acera y que alzó la mano para saludarle. Era Quique, uno de sus mejores amigos de la infancia. De inmediato se acercó a su encuentro.

—¿Qué haces por aquí, Rober? —le preguntó con una sonrisa de

oreja a oreja.

—Currando —respondió estrechándole la mano—. ¿Y tú? Pensé que estarías por Llanes.

—Un día por semana suelo venir para ver cómo va el Dolce Vita y meter en cintura al encargado que he dejado. Buenos días, padre Miguel.

—Buenos días, hijo.

—¿Os conocéis? —preguntó Roberto.

—En Nueva nos conocemos todos —dijo Quique soltando una breve carcajada—. ¿Ha pasado algo?

—Un pequeño robo sin importancia.

—Importante sí es —le contradijo el párroco— o al menos preocupante. Alguien se ha llevado una figura del Niño Jesús.

—¿De mucho valor?

—La verdad es que no. Eso es lo raro.

—Seguro que aparece —dijo Roberto para zanjar la cuestión—. ¿Te vuelves ya a Llanes?

—Sí, he quedado con un proveedor y ya llego tarde —le respondió Quique mirando su reloj—. Por cierto, el sábado pasado no fuisteis al Dolce Vita 2 a cenar.

—Los críos estaban cansados y preferimos quedarnos en casa.

—En cierto modo, fue una suerte.

—¿Por qué?

—Te habrías encontrado con alguien a quien me imagino que no te apetecería ver.

—¿Con quién?

—Con Pedro, el hermano de Susana —dijo Quique con voz apagada—. Estaba haciendo unas compras por Llanes y pasó a saludarme. Ahora vive aquí.

Roberto no pudo evitar ponerse en tensión.

—¿Te refieres a que vive en Llanes?

—No, en Nueva. Me dijo que lleva viviendo aquí cuatro meses, desde que le pusieron en libertad, para estar cerca de sus hijos. Ya sabes que Lucía se separó de él y se vino de vuelta a Nueva con los niños, a casa de sus padres.

—Sí, lo sé, aunque no he vuelto a tener contacto con ella.

—Te lo digo para que no te pille de sorpresa si te encuentras con él.

—Espero que no se le ocurra acercarse a mí —dijo Roberto con sequedad.

—Si lo hace, no seas muy duro con él. Me dijo que estaba muy arrepentido de lo que había hecho y que reconocía todo el mal que te había causado.

Pedro era otro de sus amigos de la infancia, posiblemente su mejor amigo, aunque su relación se había roto cinco años atrás, cuando había ayudado a su hermana Susana a huir de España, llevándose consigo a Berto.

Susana era la madre natural de Berto, fruto de una relación tan breve como convulsa que terminó con ella en prisión, como autora de varios asesinatos. Después de eso, Roberto nunca quiso saber nada más de ella, ni siquiera cuando tuvo a su niño en la cárcel. Fue Eva quien le hizo ver que el crío no tenía la culpa de lo que había hecho su madre y le convenció para visitarlo con regularidad en casa de su abuela, a quien ella cedió la custodia.

Dos años después, Susana logró escapar de prisión y con la ayuda de su hermano y su madre, secuestró al niño y huyó con él a Brasil. Ese fue el motivo por el que Pedro terminó en la cárcel, de la que ahora parecía haber salido.

Roberto no pensaba pedirle cuentas por lo ocurrido, ya había pagado por lo que había hecho, pero tenía muy claro que no quería que se acercase a él ni a su familia. Sobre todo, a Berto. Pedro le había defraudado como amigo y como persona. Alguien que ayudaba a una psicópata a huir del país con su hijo, no merecía más que desprecio por su parte.

—Bueno, me vuelvo a Llanes —dijo Quique sacándole de sus pensamientos—. ¿Por qué no te acercas esta semana con Eva y los críos y os invito a comer una hamburguesa? Me han traído una carne de Tineo que es espectacular.

—Lo pensaré.

—Anímate. Que no se diga que Roberto Fuentes es un soso que no sale de su casa. Te espero el sábado.

En cuanto su amigo se alejó, Roberto se volvió hacia el párroco.

—Tengo que irme. Si recuerda algo más, no dude en llamarme, aunque no creo que encontremos esa figura. —El hombre le miraba de un modo que le hizo suponer que algo no iba bien—. ¿Le ocurre algo, padre?

—¿Tú…? —Hizo una pausa, como si no se atreviese a decir las siguientes palabras—. ¿Te llamas Roberto Fuentes?

Al momento se dio cuenta de lo que sucedía. En los últimos tres años, dejarse barba le había ayudado bastante a pasar desapercibido para la mayoría de la gente, sobre todo para quienes no le conocían. Ahora que el párroco conocía su nombre completo, parecía que su actitud hacia él había cambiado. No era la primera vez que le ocurría.

—Sí —respondió de forma escueta, esperando ver su reacción.

Al darse cuenta de que palidecía, supuso que se alejaría de él como alma que lleva el diablo. Para su sorpresa, no fue así.

—Me temo que tengo un mensaje… para ti —murmuró con voz entrecortada.

—¿Un mensaje? ¿De quién? —preguntó Roberto, desconcertado.

—Del más allá.

6

La primera reacción de Roberto ante esas palabras fue desconfiar.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, yo… —El párroco perdió la voz.

—¿Se trata de una broma?

—Yo no bromeo con estas cosas.

—¿Entonces a que viene esto?

—No entiendo.

Roberto no estaba para jueguecitos. Estaba harto de que la gente, en cuanto sabía quién era, tratase de pedirle algo, como contactar con un ser querido muerto o resolver un crimen de un familiar sucedido años atrás.

Desde el momento en que su nombre había salido en la prensa, mucha gente había intentado contactar con él por teléfono, por correo o incluso buscándole en persona. Todos querían su ayuda para algo, sobre todo la prensa. Muchos periodistas habían intentado sacar tajada de su historia. Por eso había cambiado de número de teléfono, borrado cualquier forma de contacto a través de Internet y se había ido a vivir a un lugar tan apartado como Porrúa, donde casi nadie le conocía. Una privacidad a la que no estaba dispuesto a renunciar.

—Escuche, padre, no tengo tiempo para esto.

—No lo entiendes, alguien me dio un mensaje para ti —insistió el párroco.

—¿Quién?

—Una niña a la que me pidieron que exorcizase ayer. Ella fue quien te nombró.

Roberto le miró desconcertado. A pesar de que no tuviese ningún sentido lo que estaba diciendo, en la mirada del hombre vio que hablaba en serio.

—¿Es usted exorcista?

—Lo era. Ahora llevo algunos años sin ejercer. Vine precisamente a esta parroquia para dejar atrás esa vida —dijo señalando la iglesia con la mirada.

Ya somos dos, pensó Roberto.

—Acudí a esa casa porque su madre me llamó —prosiguió el padre Miguel—. Estaba convencida de que un demonio había poseído a su hija.

—A ver si lo entiendo —dijo Roberto intentando aclararse con todo lo que acababa de escuchar—. ¿Me está diciendo que una niña poseída le dio un mensaje para mí?

—La verdad, no creo que estuviese poseída. Al menos no me lo pareció en ese momento. Pensé que me estaba tomando el pelo, que solo pretendía llamar la atención, pero ahora que sé quién eres, tengo mis dudas.

—¿Ahora que sabe quién soy?

—Tu nombre, Roberto Fuentes. Coincide con el que ella escribió en un papel para que te lo diese. Yo no tenía ni idea de quién eras, ni siquiera creí que fuese un nombre real.

Roberto resopló. En ese momento pensó que el párroco estaba jugando con él.

—De verdad, no tengo tiempo para esto, padre.

—Deja al menos que te enseñe el mensaje —dijo rebuscando en los bolsillos del pantalón—. Lo tengo por aquí, en algún sitio.

Los revisó durante unos segundos y luego metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, del que por fin sacó una hoja doblada que le entregó. Roberto la abrió y se encontró con un texto escrito a mano con un rotulador rojo. Al leerlo, sintió una punzada en el pecho.

—¿Qué significa esto? —preguntó mirando perplejo al párroco.

—No lo sé, dímelo tú.

Roberto leyó la nota en voz alta:

—Ni siquiera la muerte podrá separarme de ti. Siempre serás mío, Roberto Fuentes. —Una rabia que creía haber dejado atrás comenzó a crecer dentro de él—. Esto tiene que ser una jodida broma. ¿Una niña lo escribió?

—Bueno, más bien es una adolescente. Olga tiene dieciséis años. Lo escribió delante de mí, como si estuviese poseída.

—Quiero verla.

El padre Miguel sacudió la cabeza, en gesto de negación.

—No, lo siento, no puedo hacer eso. El secreto de confesión me obliga a…

—¡Déjese de chorradas, padre! —explotó con furia Roberto—. Esto es serio, joder.

—Por favor, tranquilízate —dijo el párroco con voz asustada—. No entiendo por qué te pones así.

—¿Qué no lo entiende? —Roberto sintió que estaba a punto de perder el control, por eso respiró profundo antes de continuar—. ¿Cree que esto es un juego?

—Hijo, tranquilízate —repitió el padre Miguel con voz firme—. No entiendo de qué va todo esto.

—Ya, claro. Y ahora va a decirme que de verdad no sabe quién soy y que nunca ha oído hablar de mí.

—¿Debería saberlo?

Por un instante, Roberto dudó. Aquel hombre parecía sincero. Sin embargo, decidió no fiarse.

—¿Pretende convencerme de que nunca ha oído hablar de mí? —insistió.

—Lo siento, pero ya te he dicho que he estado fuera de España muchos años, hasta que vine a hacerme cargo de esta parroquia hace seis meses. ¿Por qué debería conocerte?

No parecía que le estuviese mintiendo, por eso decidió tranquilizarse.

—Está bien, dejemos eso de momento. Repítame otra vez esa chorrada de la posesión.

—No es ninguna chorrada —le replicó el hombre—. He presenciado muchas de ellas y te aseguro que las posesiones existen desde los inicios de la humanidad. Y en todas las religiones, no solo en la católica.

—¿Lo dice en serio?

Roberto no pretendía que su tono sonase a escéptico, pero así fue.

—En el budismo, el hinduismo, el judaísmo, el islam… Todos creen en la posesión —dijo el hombre con expresión seria, mirándole directamente a los ojos— y también en la existencia de espíritus malignos que pueden influir sobre los hombres. Puede que seas de los que no cree en la vida después de la muerte, pero te

aseguro que existen muchas evidencias de que es así.

Ese último comentario le dejó claro que no sabía nada de él. Aun así, prefirió no sacarle de su error.

—Veo que usted sí cree en ellos —se limitó a decir.

—El infierno está lleno de espíritus deseando encontrar una puerta para acceder a este mundo. En la religión cristiana los llamamos demonios.

—Y los nativos americanos los llaman *wengidos*.

El padre Miguel alzó las cejas al escuchar eso.

—¿Conoces su cultura?

—Bastante. Estuve en los Estados Unidos hace cinco años y conocí a varias personas de la tribu Nez Percé.

—Yo estuve de misionero durante diez años por toda América. Al menos parece que tenemos algo en común.

—No solo tenemos eso —dijo Roberto, sintiendo empatía por el hombre por primera vez en la conversación. Necesitaba una explicación para el mensaje que tenía en la mano, por eso decidió hablarle de modo más calmado—. Necesito que sea sincero conmigo, padre.

—Lo estoy siendo.

—Antes dijo que no creía que esa niña estuviese poseída.

—Más bien creo que estaba fingiendo.

—Sin embargo, escribió un mensaje para mí. Un mensaje que, según parece, escribió porque alguien la poseyó desde el otro mundo. ¿Lo he entendido bien?

—Es lo que se podría interpretar.

—Está bien. En ese caso, necesito que me lleve a su casa para hablar con esa niña.

—No puedo hacer eso —dijo el párroco negando con la cabeza.

—Por favor. Sé quién le dio ese mensaje para mí y le aseguro que esa persona está muerta.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—¿Significa eso que crees en la existencia de los demonios?

Roberto sonrió con amargura antes de responder.

—No sabe hasta qué punto.

7

El mal existe.

Era algo que Roberto sabía de primera mano. Lo había visto demasiadas veces, pero, sobre todo, lo había experimentado en sus propias carnes.

Todo había empezado siete años atrás con un sueño. Precisamente allí, en Nueva de Llanes. Un sueño en el que su novia, fallecida quince años atrás, le pedía ayuda para resolver su muerte. Eso despertó en él un don que a partir de ese momento cambió su vida para siempre.

Desde entonces, fueron varias las adolescentes que se pusieron en contacto con él a través de sus sueños, para que encontrase a quienes las habían asesinado e hiciese justicia por ellas. Sueños en los que a veces veía lo sucedido a través de los ojos de la víctima y en otras ocasiones lo hacía a través de los de su asesino. Incluso podía sentir lo mismo que ellos en el momento del crimen. Eso provocó que, más que un don, aquello se convirtiese en una maldición para Roberto.

Aunque el destino le reservaba una nueva sorpresa.

Un viaje a los Estados Unidos, para ayudar a un agente del FBI a atrapar a un asesino en serie, le llevó hasta orillas del lago Wallowa, en el estado de Oregón. Allí conoció a un viejo chamán llamado Alce Blanco, de la tribu Nez Percé, que le invitó a participar en una ceremonia espiritual en una cabaña de sudor. Esa ceremonia hizo que su don evolucionase y que a partir de ese momento pudiese comunicarse directamente con las personas fallecidas, solo con tocar su cadáver. Lo descubrió, tristemente, cuando Emily, la nieta de Alce Blanco, murió asesinada a manos de aquellos a quienes perseguía.

Después de su muerte, Emily le visitó en sueños varias veces, por eso Roberto sabía que los espíritus existían y que era posible

comunicarse con ellos.

Y que también existían los malos espíritus.

No le contó nada de eso al padre Miguel. De camino a la casa de la supuesta poseída, se limitó a decirle que se lo explicaría todo llegado el momento. Su prioridad más inmediata era averiguar si mentía.

La casa en la que Olga vivía con su familia estaba a las afueras del pueblo de Cardoso, situado a poco más de un kilómetro de Nueva. Era la típica vivienda de ganaderos, con la cuadra para las vacas muy próxima a ella. Aparcaron el todoterreno de la Guardia Civil delante de la entrada y una mujer cercana a los sesenta años salió del interior a su encuentro. Llevaba puesto un vestido de flores rojas y una pañoleta cubriéndole el cabello.

—¿Ocurre algo? —preguntó alarmada.

—No, tranquila.

El párroco se acercó a saludarla y entró con ella en la casa, mientras Roberto esperaba junto al vehículo. No tardó más de un minuto en salir a buscarle.

—Ya puedes entrar. Olga está en el salón viendo la tele.

En ese momento, se dio cuenta de algo.

—Hoy es lunes. ¿No debería estar en clase?

—Le ha dicho a su madre que todavía no se encuentra bien para ir.

Roberto se limitó a seguir los pasos del párroco hasta el interior de la vivienda. Recorrieron un largo y estrecho pasillo, hasta entrar en un comedor no demasiado grande. Era el típico comedor antiguo, con un aparador sobre el que había media docena de portarretratos y una vitrina al lado llena de platos de porcelana y de copas de cristal. Incluso el olor del lugar recordaba al pasado.

La adolescente estaba sentada en el sofá viendo la tele. Vestía un pantalón de pijama de color rosa y una camiseta de manga corta con un corazón en el pecho. Ni siquiera se molestó en mirarles.

No se encuentra bien para ir a clase, pero sí para ver Netflix, pensó Roberto con ironía.

No sintió nada especial al estar cerca de ella, nada que le llevase a pensar en la presencia de un espíritu maligno en el lugar ni de una persona poseída, por eso dejó que fuese el padre Miguel quien hablase primero.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal te encuentras hoy?

Al ver que no respondía, fue su madre la que lo hizo.

—Parece que está mejor, gracias a usted, padre.

—Solo me limité a rezar varias oraciones por ella.

—Yo también he estado rezando toda la noche para que mi niña mejorase.

—Me encuentro algo mejor —dijo la joven, volviendo la cabeza y mirándoles con una sonrisa forzada.

—¿Ya no sientes al demonio en tu interior? —le preguntó el padre Miguel.

—Creo que ya se ha ido.

—Entonces ya estás en condiciones de volver a clase —ironizó Roberto.

Olga se puso en pie para mirarle de frente.

—Estoy muy cansada y necesito recuperar fuerzas —dijo perdiendo la sonrisa y fingiendo estar agobiada, todo lo contrario a cuando estaba sentada viendo la tele segundos antes.

Olga tenía el pelo rubio muy corto, con algunos mechones morados, y los ojos de un azul grisáceo. A pesar de tener dieciséis años, su mirada era la de una mujer con una picardía mayor de lo habitual para esa edad.

—¿Sabes quién es este? —preguntó entonces el padre Miguel, señalando con la mirada a Roberto.

—No —dijo ella mirándole de reojo mientras pasaba a su lado, para sentarse en una de las sillas de la mesa del comedor.

—Es Roberto Fuentes. El otro día me diste un mensaje para él.

Ella se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

Roberto supo que estaba mintiendo, por eso se acercó a ella.

—¿Por qué escribiste ese mensaje? —le preguntó.

—¿Qué mensaje? —le replicó Olga con mirada huidiza. Estaba claro que sabía perfectamente de lo que le hablaba.

—Niña, no juegues conmigo. —De inmediato sacó la hoja que le había entregado el padre Miguel y se la puso sobre la mesa, delante de ella—. Este mensaje con mi nombre. ¿No es esta tu letra?

Le echó un breve vistazo y se encogió de nuevo de hombros.

—Sí, pero la debió escribir el demonio que me poseyó.

—¿Qué demonio? —preguntó, convencido de que mentía.

—Ella.
—¿Quién es ella?
—Susana.
Al escuchar su nombre, Roberto dio un paso atrás.
—Lo que dices es imposible. Estás mintiendo.
Olga le miró desafiante.
—Yo no miento. Me contó algunas cosas mientras tomó posesión de mi cuerpo, como que la primera vez que os besasteis fue en un sitio llamado Cobijeru. O que te encantaba el tatuaje en forma de ese que tenía al final de la espalda —dijo con voz insinuante.
—¿A qué estás jugando? —preguntó Roberto sintiendo cómo la rabia crecía dentro de él.
—Susana te está buscando —aseguró entonces la joven con expresión que él interpretó de burla— y no descansará hasta que seas suyo.
La reacción de Roberto fue inmediata. Se acercó a ella para cogerla del brazo y la obligó a ponerse en pie.
—¿Quién te ha obligado a decir eso? —preguntó con rabia, encarándose con ella.
—Nadie —respondió, asustada.
—No me mientas.
—Mamá, me está haciendo daño —dijo a punto de romper a llorar.
—¡Suelta a mi hija! —chilló la madre abalanzándose sobre ellos y agarrando el brazo de Roberto—. ¡Te digo que la sueltes!
Roberto sabía de sobra que estaba fingiendo. No estaba apretando lo suficiente como para hacerle daño, por eso no quiso soltarla. Eso obligó a intervenir al padre Miguel, que puso la mano sobre el hombro de Roberto y le ordenó al oído:
—Por favor, suéltala. Esto no es necesario.
En un primer momento, se negó a hacerlo. Necesitaba respuestas, saber cómo Olga había obtenido aquella información y por qué aseguraba haber estado poseída por Susana. La adolescente rompió a llorar y eso fue suficiente para que la soltase.
—Está bien —accedió dando un paso atrás.
La madre abrazó a su hija y luego la condujo fuera de la estancia.
—Tiene suerte de que no esté aquí mi marido —dijo con

expresión de rabia antes de salir—. ¡Salga de mi casa ahora mismo!

—Tranquila, nos vamos —dijo el párroco—. Solo ha sido un malentendido. La niña no sabe lo que dice.

—Lo sabe perfectamente —le replicó Roberto.

—Venga, salgamos de aquí.

El padre Miguel caminó delante de él hasta salir del comedor y, una vez en el pasillo, dejó que pasase delante.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras caminaban hacia el exterior—. ¿Por qué has reaccionado así?

—Porque esa niñata está jugando con nosotros.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Usted mismo me dijo que no estaba poseída.

—Sí, pero eso no justifica tu comportamiento. ¿A qué ha venido eso de agarrarla del brazo?

—Tenía mis motivos.

—Pues tendrás que explicármelos, aunque de momento es mejor que me esperes fuera. Voy a hablar con ellas para tranquilizarlas y asegurarle a la madre que esto no volverá a ocurrir.

Roberto obedeció a regañadientes y salió de la vivienda, convencido de que Olga estaba mintiendo. Era imposible que Susana se hubiese comunicado con ella y mucho menos que la hubiese poseído.

¿O tal vez sí?

8

Por la expresión del padre Miguel cuando salió de la casa, supo que no estaba nada satisfecho con lo sucedido. Por ese motivo, Roberto trató de justificar su reacción.

—Esa adolescente nos está tomando el pelo.

—¿En qué sentido?

—No la ha poseído nadie —aseguró— y es imposible que Susana le mandase un mensaje para mí.

—¿Quién es Susana?

—Es largo de explicar.

—Pues necesito que lo hagas.

—Antes tengo que entrar ahí dentro para hablar con ella de nuevo —dijo encaminándose a la casa—. Necesito saber quién le obligó a decir eso.

—No —le replicó el párroco interponiéndose en su camino y poniéndole una mano en el pecho para detenerle—. La madre está cabreada y ha llamado a su marido, que estaba en el campo, para que venga inmediatamente. He intentado calmarla, pero no ha habido manera. Es mejor que salgamos de aquí antes de que llegue el padre.

—No me da miedo hablar con él.

—Razón de más para irnos. Salgamos de aquí ya. Creo que tienes algunas cosas que explicarme.

Roberto tuvo que reconocer que quizás no fuese una buena idea enfrentarse al padre, así que subieron al vehículo y puso rumbo a Nueva. Volvería en otro momento.

—¿Por qué sabes que no estaba poseída? —preguntó el padre Miguel cuando habían perdido de vista la casa.

—Porque al cogerla del brazo no sentí nada especial.

Notó por el rabillo del ojo cómo el párroco le miraba sorprendido.

—No entiendo qué significa eso.

—¿De verdad que no sabe quién soy?

—Sé que eres guardia civil. ¿Qué más tendría que saber?

—¿No ha leído nada sobre mí en la prensa?

—No, que yo recuerde. ¿Debería?

—Pues sí. Se cebaron bastante conmigo hace tres años.

—En esa época yo estaba fuera de España, en Honduras. No tenía acceso a la prensa española en el lugar en el que me encontraba.

—Entonces dudo mucho que crea nada de lo que le voy a contar.

—Ponme a prueba.

Roberto detuvo el vehículo a un lado de la carretera y miró al párroco.

—Soy capaz de comunicarme con los muertos.

Él no pareció sorprenderse.

—¿De qué forma? —se limitó a preguntar sin alterar el semblante.

—Al principio me visitaban en mis sueños, para que resolviese sus muertes. Me mostraban lo que les había sucedido y me daban las claves para atrapar a sus asesinos. Gracias a esos sueños resolví los asesinatos de varias adolescentes, aquí, en Nueva de Llanes. ¿Nadie en el pueblo se lo ha contado?

—La gente no habla de esas cosas.

—Me resulta raro.

—No lo creas. Hay determinados asuntos que la gente de los pueblos no quiere que se sepan, sobre todo los crímenes —aseguró el párroco—. ¿Y cómo es eso de que sueñas con las víctimas?

—Veo lo que les ha ocurrido a través de sus ojos o de los ojos del propio asesino.

—¡Vaya! Eso no debe de ser nada fácil de soportar.

—No lo es, aunque todo cambió después de un viaje que realicé a los Estados Unidos —continuó Roberto. Llegado a ese punto, decidió que era mejor contárselo todo—. Allí conocí a un chamán de la tribu Nez Percé, con el que realicé una ceremonia en una cabaña de sudor.

—Oí hablar de ellas cuando estuve en Nuevo México hace unos cuantos años. Los indios navajos realizaban esas ceremonias, aunque nunca participé en ninguna.

—Esa ceremonia me transformó, abrió una puerta que hasta entonces estaba cerrada. Y a partir de ese momento fui capaz de conectarme con las personas fallecidas solo con tocar su piel.

Roberto pensó que el párroco rompería a reír a carcajadas, pero lo que hizo fue mirarle con interés.

—Imagino que no estás bromeando con nada de esto.

—Alguien filtró mi historia a la prensa, incluso publicaron mi nombre y mi foto. Puede buscarlo, si quiere.

—No hace falta. Yo me crie en un pueblo del occidente de Asturias y recuerdo que mi abuela me hablaba de los *adivíos* y *adivías*, personas que eran capaces de adivinar si alguien iba a morir y comunicarse con los muertos en los sueños, cuando estos dejaban alguna cuenta pendiente al fallecer. Incluso cuando mi abuelo falleció, mi abuela encargó una misa que le diese la paz eterna. Decía que le visitaba en sueños. ¿Sabes que a ese don se le conoce en Asturias como *candilín*?

—Sí, me lo contó una mujer a la que conocí cerca de aquí hace unos años.

—Dios se comunica con nosotros de muchas maneras, algunas de ellas incomprensibles para nosotros. Del mismo modo, existen espíritus malignos que lo que buscan es seguir atormentándonos una vez muertos. ¿Por qué crees que esa joven no estaba poseída?

—Al agarrarla del brazo no sentí frío ni ninguna energía negativa en la estancia. ¿Y usted —le replicó Roberto—, por qué tampoco lo cree?

—Sus síntomas no se correspondían con los de una persona poseída —aseguró el padre Miguel.

—¿Y qué síntomas son esos?

—Hablar en lenguas desconocidas o mover cosas con la mente. La joven a la que visitamos blasfemaba contra Dios, es cierto, y aseguraba estar poseída, pero ni siquiera se inmutó cuando empecé a rezar delante de ella. Ahora creo que su única intención era entregarme esa nota dirigida a ti. ¿Quién es esa tal Susana?

Roberto necesitó respirar hondo antes de responder a la pregunta.

—Es la madre… de mi hijo —dijo con voz entrecortada—. La detuve hace siete años como la autora de varios crímenes, que cometió para atraerme y hacer que me quedase en Nueva.

—¡Dios santo!

—Dos años después se escapó de la cárcel, llevándose al niño, y huyó al extranjero. Le perdieron la pista, hasta que hace tres años regresó a España y volvió a asesinar para atraerme de nuevo a ella. Era una psicópata obsesionada conmigo.

—Por el modo en como hablas de ella, intuyo que está muerta.

—Sí, aunque juró que volvería para hacerme daño, a mí y a las personas que me importan, y para arrastrarme con ella al lugar donde se encuentra ahora.

El párroco asintió con la cabeza.

—Por fin entiendo que reaccionases de ese modo. ¿Crees que Olga está jugando contigo?

—Más bien, pienso que alguien le dijo que escribiese esa nota para que usted me la hiciese llegar.

—Pero yo no sabía quién eras. ¿Cómo te la iba a entregar?

—Quizás esté relacionado con el robo de la figura del Niño Jesús, aunque… —Roberto se quedó pensativo unos segundos antes de continuar—. Lo cierto es que usted tampoco sabía que me mandarían a mí a investigarlo. Tal vez todo haya sido un cúmulo de casualidades.

—Probablemente. De todas formas, no debes de dejar que esto te afecte. Seguro que es lo que quiere la persona que está detrás de todo, si es que hay alguien.

—Tranquilo, no permitiré que lo haga —aseguró Roberto, poniendo de nuevo en marcha el vehículo.

Allí dondequiera que estuviese Susana, ya no podía hacerle daño.

9

Roberto decidió no contarle nada a Eva sobre lo sucedido esa mañana. No quería preocuparla sin necesidad, sobre todo porque Susana formaba parte de un pasado que ambos habían dejado atrás y no era necesario revivirlo.

Para Eva tampoco había sido fácil superar lo sucedido tres años antes. Susana intentó asesinarla y no le quedó más remedio que acabar con su vida para evitarlo y protegerse no solo a ella, sino también a su hija Emily, a la que en ese momento llevaba en su vientre.

Después del suceso, Roberto decidió criar al hijo que tenía en común con Susana, que por entonces contaba con tres años. Eva no solo le apoyó. Se comportó con Berto como si fuera su hijo y el niño jamás volvió a mencionar a su verdadera madre. Era mejor así, al menos de momento. Iba a ser muy duro tener que explicarle el día de mañana lo sucedido y la clase de persona que era Susana. Hacía tiempo que el niño había asumido que Eva era su madre y Roberto no pensaba romper ese vínculo.

Por ese motivo, se guardó para sí lo ocurrido ese día. No quería remover el pasado y que eso afectase a la familia que tanto les estaba costando construir.

Esa tarde fueron los cuatro juntos a Llanes. Llevaron a Berto al cursillo de natación y luego se fueron a comer un helado en la heladería que se encontraba junto al puente que cruzaba la ría del puerto. La temperatura esa tarde era agradable, así que se sentaron en la terraza junto a otros turistas.

Cada vez más gente prefería cogerse las vacaciones durante el mes de septiembre. Las zonas turísticas como Llanes estaban menos masificadas y la temperatura era casi tan buena como en los meses de verano. A veces, incluso mejor. Además, los últimos años septiembre había sido un mes muy poco lluvioso.

Roberto observó a sus hijos mientras degustaban una copa de helado cada uno. Emily era muy cuidadosa y procuraba no desperdiciar una sola cucharada. Con algo más de dos años, estaba muy espabilada y era capaz de expresarse mejor que otros niños de su misma edad. Estaba claro que tener un hermano mayor la ayudaba a ello. En cuanto a Berto, era mucho más goloso y devoraba una cucharada tras otra sin fijarse en que, en ocasiones, derramaba parte del contenido. Por ese motivo, él solo había gastado la mitad del contenido del servilletero que había sobre la mesa.

—Estás muy pensativo, Rober —dijo Eva, en un momento dado, mientras observaba a su hijo con las comisuras de los labios manchadas de chocolate.

—¿Por qué lo dices? —trató de disimular.

—Apenas has hablado desde que salimos de casa y casi no has tocado tu copa de helado. ¿Te preocupa algo?

—No, tranquila, estoy bien.

—No lo parece.

Estaba claro que Eva le conocía demasiado bien para engañarla.

—Es por algo del trabajo.

—Deberías salir de esa oficina.

—¿Por qué lo dices?

—Te conozco y sé que no es el trabajo de tu vida. Antes de… —Eva interrumpió la frase en el aire, a pesar de que los dos niños estaban pendientes del helado y no de lo que hablaban—. Lo tuyo nunca fue estar sentado detrás de una mesa.

—Ahora mi trabajo sois vosotros —dijo acariciando la cabeza de Berto, que estaba relamiendo la copa, después de terminar con su contenido—. ¿Quieres más helado?

—¡Sí! —replicó el crío, abriendo los ojos de forma exagerada.

—Luego no querrá cenar —le avisó Eva.

—Solo un par de cucharadas. Yo no me lo voy a comer entero —aseguró Roberto, tras lo cual vertió una parte de su helado en la copa del niño—. Pero cómelo despacio.

—Vale.

Eva asintió con la cabeza, conforme, y dijo a continuación:

—Deberías hablar con el sargento y que te saque de esa oficina. Llevas ahí metido desde que llegaste al cuartel de Llanes. Estarías

mejor por ahí, patrullando con algún compañero.

—No creo que nadie quiera patrullar conmigo.

—Tendrán que hacerlo.

—Estando en la oficina, evito meterme en problemas —dijo Roberto, a la vez que se acariciaba la mejilla.

—No podrás esconderte detrás de esa barba toda la vida. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo único que sé es que ahora nuestra vida es más tranquila.

—Tal vez, pero, para que sea así, has renunciado a algo que era importante para ti y para lo que estabas destinado.

—Vosotros sois lo más importante ahora.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé —aseguró Roberto, tras lo cual miró a los niños para asegurarse de que no estaban atentos a la conversación que mantenían—. Además, no soy el único que ha renunciado a algo. Tú también lo has hecho.

—Mi etapa en Homicidios se acabó hace tiempo. Ahora los niños y tú sois lo principal.

—Como en mi caso.

Eva asintió con la cabeza, consciente de que ambos pensaban igual.

—Sin embargo, yo lo llevo mejor. Tal vez no te des cuenta, pero te lo noto al llegar a casa cada día.

—¿El qué?

—En ocasiones te veo pensativo, incluso ausente.

—Nos han pasado demasiadas cosas estos años. Es normal que a veces me vengan a la cabeza.

—Mejor motivo para que busques la manera de estar entretenido en el trabajo y no pienses en esas cosas —aseguró Eva alargando la mano para coger la suya—. No digo que te dediques a investigar… lo de antes, solo que salgas de esas cuatro paredes. Necesitas relacionarte más con la gente. Seguro que si hablas con Godoy, lo entenderá.

—Imagino que sí. Precisamente, esta mañana el sargento me envió a Nueva para investigar un robo en la iglesia.

—No me habías comentado nada.

Roberto forzó una sonrisa.

—Fue por algo sin importancia. Aunque tienes razón —prosiguió

—, estuvo bien salir de la oficina.

—¡Lo ves! Seguro que has disfrutado implicándote en una investigación, a pesar de que sea muy diferente a las que estabas acostumbrado.

—No estuvo mal —dijo soltando su mano y poniéndose en pie —. Voy a pagar.

De ese modo, evitó que la conversación continuase centrada en lo que había sucedido esa mañana.

Iba a sortear la mesa cuando algo llamó su atención: una cara conocida al otro lado de la calle. En principio dudó que fuese ella. Iba bastante maquillada y vestía unos *leggings* muy ceñidos y una camisa blanca semitransparente, lo que dejaba poco margen a la imaginación. Llevaba una mochila rosa a la espalda y caminaba contoneando las caderas como una mujer adulta, hasta que llegó a la altura de un motorista parado en mitad del puente. Llevaba puesta una cazadora roja y un casco con pantalla que le ocultaba el rostro por completo. Ella le sonrió de forma sensual y cogió el casco que él le ofreció. Una vez se lo puso, se subió a la moto pegada a su espalda, y se alejaron en dirección al centro de Llanes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva, al ver que se había quedado paralizado.

—Nada, me ha parecido ver a alguien con quien hablé esta mañana.

—¿Relacionado con ese robo en la iglesia?

—Algo así, pero creo que me he confundido.

Tenía que ser eso, porque la joven a la que había visto ahora en nada se parecía a la adolescente asustada a la que había visitado esa mañana en compañía del padre Miguel.

Si esa era Olga, estaba claro que sus padres iban a tener muchos problemas con ella.

10

De regreso a casa, y tras el baño de los críos, los cuatro se sentaron en la cocina a cenar. Berto empezó a juguetear con la comida del plato, sin probar apenas bocado, lo que hizo que Eva le lanzase una mirada de reprobación a su padre.

—Ya te dije que no le dieses más helado.

—Es que se le veía tan feliz…

—Ya.

—*Beto*, come —intervino la pequeña Emily, frunciendo el ceño.

—Tú a lo tuyo, enana.

—No soy *nana* —le replicó ella hinchando las mejillas con gesto de enfado.

—No discutáis —dijo Eva en tono conciliador— y terminar de cenar los dos.

—Venga, Berto —intervino Roberto—, termina de cenar y luego pondremos en tu habitación el atrapasueños que te he comprado.

—¿Qué es eso? —preguntó el crío.

—Algo para que no tengas más pesadillas. Un adorno mágico que se cuelga en la ventana para que los malos sueños se queden atrapados en su red por la noche y luego desaparezcan con los primeros rayos de sol.

—¿Como el que tienes en tu habitación?

—Sí, muy parecido.

—Yo *tamén quero*.

—También he comprado uno para ti, Emily —dijo sonriendo. Por suerte, había supuesto que se lo pediría en cuanto viese el de su hermano—. Uno muy bonito de color rosa.

—¡Bien! —dijo ella aplaudiendo y provocando que los demás rompiesen a reír.

Tras la cena y acostar a los críos, Roberto se sentó en el sofá del

salón. Le apetecía leer un rato alguno de los libros que tenía en la lista de espera, pero Sella se acercó a él moviendo el rabo y con una pelota en la boca. Al momento la dejó en el suelo, se sentó a su lado y le miró con aquellos ojos color miel que le habían cautivado desde que un pastor del pueblo la había puesto en sus brazos con solo dos meses de edad.

La raza border-collie estaba destinada al trabajo con animales, por eso Sella necesitaba su dosis de trabajo diario, que consistía en dar mínimo tres paseos al día mientras buscaba los juguetes que le lanzaba, olfateando hasta que los encontraba. Los niños también solían jugar con ella en el jardín, lanzándole la pelota, algo que le encantaba. Luego, dentro de casa era como una alfombra. Se echaba a dormir en su cama y no se movía hasta que era la hora de salir de nuevo, como era este caso.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó Roberto. Sella levantó las orejas y movió el rabo a un lado y otro—. Está bien, vamos.

Apenas se incorporó, corrió veloz hacia la puerta con la pelota en la boca.

—¿Vas a salir? —preguntó Eva entrando en ese momento en el salón.

—Sí.

—Yo voy a preparar las cosas de los críos para mañana. ¿Seguro que estás bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sigo notándote preocupado. ¿Quieres que hablemos?

—No te preocupes, estoy bien.

—Escucha, Rober —dijo ella, acercándose—. No he querido insistir delante de los niños, pero sé cuándo algo te preocupa. ¿Vas a contarme lo que pasa?

—Prefiero no preocuparte.

—Sabes de sobra que voy a estarlo hasta que me cuentes lo que ocurre.

—Está bien —accedió él—. Tiene que ver con algo que sucedió esta mañana y que no termino de entender muy bien.

Roberto le relató el encuentro con la supuesta poseída que le había entregado una nota al padre Miguel, dirigida a él, y lo sucedido cuando fue a visitarla e intentó convencerle de que Susana se comunicaba con ella.

—¿Crees que es posible que la poseyese? —preguntó Eva, sin poder ocultar su preocupación.

—No noté nada extraño cuando la toqué, pero sabía cosas que no salieron en prensa y que no podría saber a no ser que Susana se las hubiese contado.

—¿Cosas íntimas?

—Personales, más bien —dijo Roberto para no entrar en detalles —. El caso es que algo me dice que estaba mintiendo, pero…

Al ver que no era capaz de continuar, Eva preguntó:

—¿Tienes miedo de que Susana haya vuelto?

—No descarto que sea posible. Juró que lo haría.

—Escucha, Rober —dijo ella acariciándole la mejilla—. Es imposible que nos haga daño, a no ser que la dejemos. Somos más fuertes que ella. Tú eres más fuerte.

—Lo sé, pero entre esto y el sueño que tuvo Berto anoche… La verdad es que no puedo evitar preocuparme.

—Ella está muerta, Rober, y no puede hacernos daño desde el lugar en el que se encuentra.

—Espero que sea así.

Eva le abrazó, lo que sirvió para reconfortarle.

—¿Qué te parece si después de sacar a Sella vemos una peli acurrucados en el sofá?

—Me parece una idea estupenda.

—Pues procura no tardar.

Roberto le dio un beso de despedida y acto seguido abrió la puerta, lo justo para que la perra saliese en estampida.

11

Roberto llegó al trabajo al día siguiente, con la duda de si la salida a Nueva había sido puntual o si sería lo habitual a partir de ese momento. Sabía que Eva tenía razón y que estar encerrado en una oficina no era lo mejor para él, pero era un precio aceptable a pagar por proteger a su familia. Mientras los curiosos y los medios de comunicación no supiesen nada de su vida, vivirían más tranquilos.

No tardó en descubrir que hay cosas de las que uno no puede esconderse.

—Fuentes, necesito hablar contigo —le llamó el sargento Godoy desde la puerta de su oficina nada más verle—. Llegas justo a tiempo.

Por su cara de preocupación, intuyó que ocurría algo grave, por eso fue a su encuentro con paso apresurado.

—¿Ocurre algo, mi sargento? —preguntó entrando en la estancia.

—Cierra la puerta, por favor —le respondió mientras regresaba a su mesa y cogía las llaves que tenía sobre ella—. Ha ocurrido algo en Nueva de Llanes y necesito que vayas allí conmigo.

—¿Otro robo en la iglesia?

—No, esta vez es algo más grave. Ha aparecido muerta una mujer.

—¿Asesinada?

—En principio parece accidental, pero hasta que el forense no le realice la autopsia no lo sabremos seguro. Tú estuviste en la UCO, investigando homicidios, por eso quiero que vengas conmigo.

Por un momento pensó en negarse, pero la mirada de Godoy le dio a entender que no aceptaría un no por respuesta.

—De acuerdo.

—La jueza está ahora mismo liada con otro cadáver que apareció en una playa de Ribadesella y es posible que ella y el

forense tarden una hora o dos en llegar a Nueva. Tenemos que preservar el lugar hasta que lleguen.

—¿Los de Criminalística están ya de camino?

—El capitán dice que esperemos hasta ver qué dice el forense, antes de avisarles.

—El forense poco va a decir, más allá de certificar la muerte.

En ese momento, el sargento se acercó a él y dijo bajando el tono de voz:

—Me da que el nuevo capitán no sabe muy bien por donde anda. Quiere que yo asuma la investigación del crimen.

—Todavía no está claro si la han asesinado, por lo que le he entendido.

—Así es.

—Y será la Policía Judicial quien se encargue una vez se confirme.

—Todo eso ya lo sé y se lo he dicho. Es un tío raro, que quieres que te diga. De momento, nos vamos a Nueva los dos. Venga.

Roberto se limitó a asentir con la cabeza y a seguir a su sargento.

—¿Dónde ha aparecido el cadáver? —preguntó mientras se dirigían a la salida.

—Debajo de un puente que hay saliendo del pueblo. En principio todo parece indicar que se cayó accidentalmente y se golpeó en la cabeza. Ya tengo allí a una patrulla acordonando la zona y alejando a cualquier posible curioso.

—¿Qué puente es?

—Uno que hay cerca de una ermita.

—¿La del Henar?

—Sí, esa. ¿La conoces?

—Demasiado bien —murmuró para sí—. Cerca de allí hay una casa en la que se cometieron varios crímenes hace unos cuantos años.

El sargento carraspeó.

—Esperemos que no esté relacionado.

—Dudo mucho que lo esté. Los que cometieron aquellos crímenes recibieron su castigo.

—Veremos lo que nos encontramos en esta ocasión.

Aparcaron el vehículo en la entrada del puente que llevaba a la

ermita del Henar, al pie de la carretera que se dirigía a la playa de Cuevas del Mar. Lo hicieron detrás del Nissan de los agentes que habían llegado en primer lugar y que estaba cruzado, bloqueando la entrada al puente.

El sargento Godoy era quien había conducido hasta allí. Roberto apenas había hablado con él de camino, solo para contestar las preguntas que le había hecho sobre los anteriores crímenes cometidos cerca de ese lugar. Lo hizo de forma breve y sin dar demasiados detalles. No le apetecía mucho rememorar aquel suceso.

En cuanto descendieron del vehículo, uno de los guardias presentes en el lugar se acercó a recibirles.

—El cuerpo está en ese río medio seco —aseguró señalando con el dedo hacia el puente.

—¿Habéis tocado algo?

—Nada, ni siquiera nos hemos acercado. Mi compañero está al otro lado, junto a la ermita, hablando con el hombre que descubrió el cuerpo.

Los tres caminaron hacia el puente construido en hormigón, una pasarela sencilla delimitada a ambos lados por una barandilla de poco más de un metro de altura y construida con unos cilindros de metal que no parecían muy robustos. Se detuvieron en el centro del puente y observaron el cuerpo que se encontraba a la izquierda de este, sobre el lecho de piedras, dos metros más abajo.

La altura era insuficiente para considerar la muerte accidental, aunque había otros detalles que contradecían esa posibilidad.

Lo primero era que la víctima tenía los brazos pegados a lo largo del cuerpo. Si se hubiese caído de forma accidental, habría intentado frenar la caída colocando las manos por delante. Otro detalle era que no se apreciaban manchas de sangre próximas al cuerpo. El río, que más bien parecía un arroyo por la escasez de agua, circulaba pegado al margen izquierdo, mientras que el cuerpo estaba más cerca del margen derecho. En esa zona apenas había agua, solo piedras.

Dado que la víctima estaba bocabajo, no era posible verle la cara. Roberto contuvo la respiración al fijarse en cómo iba vestida. Llevaba puestos unos *leggings* negros y una camisa blanca, aunque lo que más le llamó la atención, e hizo que temiese de quién se trataba, fue la mochila rosa que llevaba a la espalda.

—¿Sabemos el nombre de la víctima? —preguntó el sargento.

—Creo que el testigo la conoce. Nosotros no la hemos registrado en busca de documentación —dijo el agente—, para no alterar el cuerpo.

—Bien. Espéranos aquí y asegúrate de que nadie se acerca. Fuentes, vamos a hablar con ese testigo.

Cruzaron juntos el puente y caminaron unos veinte metros para encontrarse con el otro agente y un hombre de unos cincuenta años, vestido con pantalones de montaña y una camiseta oscura de manga larga. Se le veía bastante afectado.

—¿Usted encontró el cuerpo? —le preguntó el sargento Godoy al llegar a su altura.

—Sí —dijo el hombre pasándose la mano por el cabello y resoplando.

—¿Y lo tocó?

—¿Cómo?

—Que si tocó el cuerpo.

—Bueno, yo… —balbuceó algo temeroso.

—No se preocupe, sería lógico que lo hubiese hecho.

—Solo le levanté la cabeza para comprobar que estaba muerta y casi me desmayo cuando la reconocí. ¡Pobre Olga!

—¿La conoce?

—Sí. Es hija de unos amigos de Cardoso, un pueblo que está pegado a Nueva.

Ahora fue Roberto el que resopló de forma inconsciente. ¿Cómo podía haber terminado Olga tirada en ese río?

—Necesitaremos contactar con los padres —dijo Godoy—. ¿Tiene su teléfono?

—Sí, claro. —El hombre echó mano del bolsillo del pantalón—. ¡Pobres! Esto va a ser un golpe terrible para ellos. ¿Cómo pudo caerse su hija ahí?

—¿Vio si tenía alguna herida en la cabeza?

—No, ninguna. No entiendo qué pudo haberle pasado.

—Lo averiguaremos.

El sargento tomó nota del número de teléfono que el hombre le proporcionó y luego le pidió a Roberto que le acompañase de regreso al puente.

—¿Crees que pueden haberla asesinado? —le preguntó

directamente.

—Parece bastante probable —le respondió—. Si se hubiese caído de forma accidental se habría golpeado en la cara y tendría sangre en ella. Tampoco la hay alrededor del cuerpo. Yo diría incluso que trasladaron el cuerpo aquí después de muerta.

En ese momento, el sargento se detuvo.

—¿Es lo que te dice tu intuición?

—¿Mi intuición?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No lo sé.

Godoy dibujó una leve sonrisa.

—Todos en el cuartel conocemos tu pasado y lo que la prensa dijo de ti y del modo en que resolvías los crímenes.

—¿Por eso me ha traído con usted, para que lo resuelva?

—La verdad es que eso nos ahorraría mucho tiempo y trabajo.

—Ya no me dedico a resolver crímenes.

En ese momento, el sargento le puso la mano en el hombro.

—Escucha, Fuentes. Lo que te hizo la prensa hace tres años fue una putada, ambos los sabemos, y entiendo que decidieses esconderte en un lugar tan apartado.

—No me escondo, solo quiero vivir tranquilo con mi familia.

Era la primera vez que hablaba con Godoy de ese tema, desde que se había reincorporado al trabajo un año antes. En realidad, era la única persona del cuartel que se lo mencionaba.

—Y yo lo respeto, pero nos ayudaría que usases tu poder para averiguar lo que le ha ocurrido a la víctima.

—No es un poder, es un don, y la verdad es que no me ha traído más que problemas. No pienso acercarme a su cuerpo.

Había otro motivo para tomar esa decisión. El día anterior había tenido un enfrentamiento con Olga. Tenía que meditar muy bien cualquier paso que diese a partir de ese momento.

—Al menos dime si crees que la asesinaron.

—No estoy seguro. Tendrá que esperar a que llegue el forense. Solo puedo decirle que no murió aquí.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí —le respondió asintiendo con la cabeza. La ausencia de energía negativa en ese lugar así se lo indicaba.

En ese momento llegaron dos vehículos más de la Guardia Civil

por la carretera, con lo que Godoy señaló hacia allí.

—Esperaremos entonces a que llegue el forense, a ver que nos dice de su muerte. De momento quiero que te encargues de montar un pasillo de seguridad desde la carretera hasta el puente, junto con los agentes que están llegando ahora. Tú tienes más experiencia en estos temas.

—De acuerdo.

Roberto caminó hacia el otro lado del puente, sin poder evitar que su mirada se desviase hacia el cuerpo de Olga. Había una forma muy sencilla de resolver esa muerte. Solo tenía que bajar al río, tocar el cuerpo de la víctima y comunicarse con ella. Si conocía la identidad de su asesino, se lo diría. Sin embargo, prefirió mantenerse al margen.

En primer lugar, porque aquel ya no era su trabajo. Implicarse podía significar llamar la atención de los medios de comunicación y eso era lo último que quería.

Además, había otra razón para que lo hiciese. En caso de que hubiese sido asesinada, y dado el enfrentamiento que había tenido con la víctima el día anterior en su casa, implicarse en la investigación podía interpretarse como un intento de manipulación de pruebas por su parte. Por eso lo más aconsejable era no intervenir de ningún modo.

Tendrían que ser otros lo que se encargasen de investigarlo.

12

Una hora después se personó en el lugar el capitán Bravo, acompañando a la jueza, el secretario judicial y el médico forense. Este último, con ayuda de dos agentes que, al igual que él, se vistieron con el equipo de protección adecuado, procedió a analizar el cadáver y certificar su muerte.

Roberto lo observó todo desde la distancia, situado a un lado del puente, junto al pasillo de acceso que se había creado para que pasase solo el personal imprescindible. Algunos curiosos ya se habían personado en el lugar, por lo que varios guardias se ocuparon de mantenerlos alejados, mientras otros dirigían el tráfico en la carretera para que ningún vehículo se parase y obstaculizase el paso.

Cuando el forense terminó su labor y dejó el cadáver listo para su traslado, se reunió en el puente con el resto del séquito judicial, incluido el sargento Godoy. Desde su posición, Roberto pudo escuchar la conversación que mantenían todos ellos.

—Tiene una herida en el pecho, a la altura del corazón, causada por un objeto afilado —aseguró el forense—. Un cuchillo o una navaja. Se sabrá más con la autopsia, pero no parece que la hayan asesinado aquí. Apenas hay sangre.

—¿Cuánto hace que falleció? —preguntó la jueza.

—Es difícil marcar una hora exacta, ya que al estar en un río la temperatura corporal se ve afectada, pero yo diría que la asesinaron entre las once de la noche y la una de la madrugada.

—Está claro, por lo tanto, que estamos ante un homicidio. ¿No va a venir nadie de la Policía Judicial? —preguntó la jueza mirando al capitán Bravo.

—Estaba esperando a saber las conclusiones del forense —le respondió este, que al ver la mirada de la jueza, tragó saliva—. Llamaré ahora mismo a Gijón para pedir que manden a alguien.

El capitán Bravo tenía treinta y dos años y era la primera vez que estaba al mando de una comandancia, de ahí el nerviosismo que se apreciaba en su voz. Parecía un hombre más preocupado por no meter la pata y estropear su carrera que de otra cosa.

—No vamos a dejar el cuerpo de esa chiquilla tirado en el río hasta entonces. Esto se está llenando de gente —dijo la jueza mirando al otro lado del puente, a la zona de la ermita, donde cada vez eran más los curiosos—, así que voy a autorizar el levantamiento del cadáver, para su traslado inmediato al Instituto de Medicina Legal. Que Seguridad Ciudadana se encargue de la inspección ocular y de la toma de datos del lugar.

—Ya lo estamos haciendo —dijo el capitán Bravo hinchando el pecho—. Hemos sacado fotos de todo y…

—Bien, bien —le interrumpió con gesto de hastío—. Lo dejo en sus manos. Ustedes ya saben lo que tienen que hacer.

—No se preocupe, recopilaremos toda la información posible para entregársela a la Policía Judicial.

Pocos minutos después, el cuerpo de la víctima era introducido en el furgón forense que había llegado al lugar para tal fin. La mochila de la víctima se guardó íntegra en una bolsa de pruebas, sin abrirla.

Cuando el cuerpo pasó a su lado, sobre una camilla y metido en una bolsa de lona, Roberto tuvo el impulso de detenerla. Solo necesitaba tocarlo para averiguar lo ocurrido. Fue entonces cuando se dio cuenta del modo en que le miraba el capitán Bravo, así que prefirió dejar que siguiese su camino.

—Sargento, quiero que se encargue personalmente de la custodia de las pruebas hasta que lleguen los de la Policía Judicial —escuchó decir al capitán—. No quiero que nadie más participe en la investigación, en especial ese.

Roberto se dio cuenta de que hablaba de él.

—Pero el cabo Fuentes podría ayudarnos a resolver el homicidio —le replicó el sargento—. Ya sabe que…

—Conozco de sobra su pasado, razón de más para que lo mantenga alejado de la investigación. No voy a permitir que esto se convierta en un circo mediático. Entregaremos las pruebas a la Policía Judicial, como he dicho, y quiero que ese «individuo» —remarcó sin cortarse un pelo a la hora de señalarle con el dedo— se

mantenga alejado de la investigación. Es más, lo quiero ya de vuelta en Llanes. No sé por qué se empeñó en traerlo.

—Porque conoce el pueblo y a la gente que vive aquí. Me pareció una buena idea traerle para interrogar a los posibles testigos.

—Le he dado una orden, sargento.

—De acuerdo, mi capitán.

Acto seguido los dos pasaron delante de Roberto de regreso a los vehículos. El capitán ni siquiera se dignó a mirarle. Sí lo hizo el sargento, que se encogió de hombros al pasar a su lado, a lo que Roberto respondió asintiendo ligeramente con la cabeza, dándole a entender que lo comprendía.

En realidad, era así. Aunque el capitán Bravo le pareciese en ese momento un capullo, agradeció que le mantuviese apartado de la investigación. De ese modo su vida seguiría siendo tranquila.

Tras despedir al séquito judicial, el sargento se acercó a Roberto para hablar con él a solas.

—Supongo que has escuchado lo que ha dicho el capitán sobre ti.

—No se preocupe, mi sargento. Si le digo la verdad, prefiero que sea así. No quiero implicarme en más crímenes.

—Ya, pero ahora que sabemos que la asesinaron…

—No quiero implicarme —le interrumpió—. Hace tiempo que acepté que se resolvían crímenes antes de que yo tuviese este don y que se seguirán resolviendo sin falta de que yo intervenga. Lo único que quiero es ocuparme de mi familia.

—Lo entiendo —murmuró el sargento, bajando la mirada al suelo. Pasados unos segundos, volvió a mirarle a los ojos—. El capitán quiere que regreses a Llanes, así que cógete uno de los coches. Mañana hablaremos en mi oficina.

—Muy bien.

Roberto se despidió de él y regresó al cuartel, convencido de que lo mejor para todos era que se mantuviese apartado de la investigación.

No le necesitaban para atrapar al asesino de Olga.

13

Roberto se incorporó al día siguiente al trabajo, como cualquier otro de los anteriores, aunque notó algo diferente en el ambiente. Todo el mundo parecía tenso y preocupado. El homicidio del día anterior acaparaba las charlas de pasillo y daba la sensación de que el ambiente se había enrarecido. Lo entendió cuando visitó al sargento Godoy en su despacho.

—Buenos días, mi sargento.

—Ah, Fuentes —le respondió con aire distraído y la mirada fija en la pantalla del ordenador—. Siéntate.

Así lo hizo en la silla que había delante de su mesa, tras lo cual esperó a que se dirigiese a él de nuevo. El sargento permaneció cerca de un minuto centrado en lo suyo, hasta que se echó hacia atrás, en el respaldo de su silla, y le miró.

—Menudas últimas veinticuatro horas llevo. Apenas he dormido un par de horas esta noche.

—¿Por el homicidio de ayer?

—Sí. Por la tarde vino un teniente de la Judicial de Gijón para hacerse cargo de la investigación. Un tipo bastante prepotente, la verdad. El capitán ya tuvo bronca con él porque no entendía por qué la jueza había ordenado el traslado del cadáver sin su presencia.

—Eso debería preguntárselo a la jueza.

—Es lo que le replicó el capitán y por ahí vino el lío. La cuestión es que nos tuvo aquí hasta las tantas, revisando todos los informes que habíamos recopilado en la escena del crimen y las declaraciones de los testigos.

—¿Testigos?

—El hombre que descubrió el cuerpo y los vecinos cercanos al lugar, pero ninguno de ellos vio cómo depositaban allí el cuerpo.

—¿Qué hay de las dos casas que están pegadas al puente donde

apareció la víctima? —preguntó, extrañado.

—Sin habitar en esta época del año.

—Me cuesta creer que nadie viese nada.

—De todas formas, ahora la investigación la lleva ese teniente, aunque tendremos que apoyarle en lo que necesite. De hecho, anoche tuve que dejar gente vigilando la zona hasta que esta mañana llegó un brigada de Criminalística con su equipo, un tal Padilla, para buscar cualquier indicio en el lugar.

—Conozco al brigada Padilla, es muy bueno en lo suyo. Si hay algo, seguro que lo encuentra.

—Al menos ya tenemos el arma del crimen.

—¿En serio?

—Una navaja. Estaba dentro de la mochila que llevaba la víctima en la espalda, manchada de sangre, junto con un par de libros y una libreta.

Roberto no pudo evitar hacerse una pregunta en voz alta.

—¿Por qué la dejaría ahí el asesino?

—Ni idea, pero el teniente ya la ha mandado a analizar. Tal vez tengamos suerte y contenga las huellas dactilares del asesino.

—Eso sería demasiada suerte.

—Aun así, es una navaja muy específica, de tipo militar, de la marca Mil-Tec, con empuñadura caqui.

Roberto estuvo a punto de decir que él tenía una navaja similar, pero en el último momento se mordió la lengua. Un escalofrío recorrió su espalda, a la vez que un extraño temor le envolvía. Solo duró unos segundos, suficientes para que un sexto sentido le dijese que algo no iba bien.

—No tiene sentido que el asesino la dejase ahí —murmuró.

—Lo mismo pienso yo. De todas formas, eso ya corresponde al teniente Ocaña. De lo que quería hablar contigo es de tu nuevo cometido. Por orden del capitán, dejas la oficina.

—¿Tiene algo ese hombre contra mí?

—No creo que sea nada personal. Solo quiere ver en el cuartel al personal imprescindible.

—Ayer me pareció que era personal.

—Yo no le daría muchas vueltas al tema. Además, te vendrá bien tomar el aire.

—Habla como mi mujer.

—Harías bien en escucharla. Las mujeres son más sabias que nosotros —dijo Godoy soltando una leve carcajada—. Bueno, volvamos a lo que nos ocupa. Quiero que te acerques al pueblo de Posada. Un ganadero dice que anoche intentaron robar en su casa y que escaparon después de que disparase al aire con su escopeta. Coge un vehículo y acércate hasta allí.

—¿Yo solo?

—¿Necesitas a alguien?

—La verdad es que no.

—Pues tira. Luego vienes y me cuentas lo que sea que haya pasado. Eso sí, no tengas prisa en volver. Aprovecha para patrullar un poco hasta la hora de comer.

Roberto se despidió de él y salió del despacho. No le desagradaba tener que ir a Posada para investigar un intento de robo. Así estaría entretenido. Sin embargo, antes haría una parada en casa.

Necesitaba asegurarse de que lo de la navaja solo era una coincidencia.

A esa hora no había nadie en casa. Eva estaba trabajando en Ribadesella, Emily en la guardería cercana a su cuartel y Berto en la escuela de Porrúa. Aparcó delante de la puerta de la cochera y bajó casi a la carrera, para dirigirse a la pequeña caseta de herramientas que tenía en el jardín de la parte trasera de la casa. Sella, al verle a través de la ventana del salón, comenzó a llorar, lo que le obligó a abrir antes la puerta de casa.

—No puedo sacarte ahora —le dijo cuando se acercó a él moviendo el rabo de forma frenética.

Aun así, dejó que lo acompañase hasta la caseta. Allí guardaba la segadora, una desbrozadora y los rollos de malla de ocultación que le habían sobrado ese verano, después de usarlos en el vallado que perimetraba el jardín. No tenía demasiado jardín, menos de quinientos metros cuadrados, aunque eso no impedía que llevase su trabajo.

La caseta no tenía candado, dado que nunca pensó que lo necesitaría, así que abrió la puerta y buscó lo que realmente le interesaba. Tuvo que sacar la segadora para acceder a la estantería donde, entre otras cosas, se encontraba la caja de herramientas. Era una caja de plástico roja con asa, con la que salió al exterior y que

depositó en el suelo. Dentro había todo tipo de cosas: destornilladores, llaves Allen, cajas de tornillos… Cosas que había acumulado con el paso de los años, aunque lo que realmente le importaba era su navaja, la que había utilizado ese verano mientras trabaja en el vallado.

Revolvió el contenido buscándola y, al ver que no la encontraba, vació el contenido de la caja en el suelo y buscó de nuevo entre todas las herramientas.

—¡Mierda! ¿Dónde estás?

Tras unos minutos de frenética búsqueda, llegó a la conclusión de que no estaba donde la había dejado la última vez.

Aquello no era bueno, pensó mientras resoplaba.

Nada bueno.

14

Antes de revolver toda la casa, Roberto llamó a Eva por teléfono. Tuvo que esperar varios tonos hasta que ella respondió.

—Hola, Rober.

—Eva, necesito que me digas si has cogido de la caja de herramientas la navaja que tenía en ella —dijo de forma demasiado apresurada.

—¿Ocurre algo? Te noto nervioso.

—Es importante. ¿Cogiste tú la navaja de la caja?

—¿Qué navaja?

—Una navaja táctica, con la empuñadura color caqui. La usé en verano cuando estuve poniendo la malla de ocultación en el vallado del jardín.

—Sí, sé de qué navaja me hablas.

—La tenía guardada en la caja de herramientas que está dentro de la caseta del jardín. ¿La has cogido tú?

—No. ¿Para qué iba a cogerla?

—Eso es lo de menos.

—¿Qué ocurre, Rober?

—Nada, es que la necesitaba para una cosa —dijo tratando de calmarse, para no alarmarla—. ¿No te suena de haberla visto por algún otro lado de la casa?

—No.

—Vale, no pasa nada.

—¿Estás en casa? —preguntó Eva.

—Sí, he venido un momento, antes de ir a Posada. El sargento me ha encargado hablar con un ganadero por un intento de robo.

—Es que hoy igual me retraso un poco. Tengo papeleo pendiente en la oficina y no sé si llegaré a tiempo de recoger a Berto en el colegio a las tres. Por si acaso, he llamado a Kateryna para que se ocupe ella.

—Si me da tiempo, lo recojo yo.

Kateryna era una joven ucraniana que vivía en el centro de Porrúa, con una familia que la había adoptado diez años antes, cuando tenía catorce años. Actualmente, estudiaba en casa, preparando oposiciones y ejercía de canguro para ellos siempre que la necesitaban. Los niños la adoraban por lo cariñosa que era con ellos.

—Si ves que puedes recoger tú a Berto cuando salga de clase, avísala.

—Sí, no te preocupes.

—Por cierto —dijo Eva cuando él iba a colgar—, ahora que lo recuerdo, le dejé al vecino la caja de herramientas la semana pasada.

Roberto se puso en tensión.

—¿A qué vecino?

—Al alemán ese tan serio. Fue un día por la tarde. Tú habías ido con Berto a Llanes, a natación, y me dijo que necesitaba una llave Allen para desmontar una cama, creo recordar. Como no sabía la medida exacta de la llave, le dije que se llevase la caja y me la devolviese luego. Lo hizo un par de horas después, antes de que tú volvieses.

—¿Y te fijaste si la navaja estaba dentro?

—La verdad es que no me fijé.

—Bien, hablaré con él. Nos vemos luego. Un beso.

Roberto cortó la llamada, casi sin darle tiempo a Eva a despedirse. Guardó dentro de la caja todas las herramientas que había sacado y la dejó de nuevo dentro de la caseta. Luego entró en casa para dejar a Sella, que le miró con cara de *¿pero no vamos a dar un paseo?*

—Lo siento, cachorrina. Iremos luego cuando vuelva.

Salió de casa y bajó el camino asfaltado que iba de la cochera a la entrada a su finca. La entrada a la finca del vecino se encontraba frente a la suya, al otro lado de la estrecha carretera. Vivía de alquiler en ella durante el mes de septiembre, según le contó la única vez que había hablado con él.

Johan era alemán y grande como un armario. Medía cerca del metro noventa de altura, tenía cincuenta años y una voz ronca, casi gutural. Hablaba muy bien el español, dado que había veraneado en

España con sus padres desde crío.

No era de los que se relacionaban con los vecinos, como otros turistas. Se notaba que era bastante huraño y apenas se le veía fuera de casa. Solo salía de vez en cuando con una moto de carretera. Además de la moto, tenía una furgoneta Volkswagen de color verde, con aspecto de estar camperizada, dado que llevaba en el lateral del techo un toldo plegable.

En realidad, solo había hablado con él en una ocasión, el día después de instalarse en la casa. Roberto conocía a los anteriores dueños, que se habían marchado del pueblo después de que su hija muriese en trágicas circunstancias un año antes. Johan se mostró esquivo ante la mayoría de las preguntas que le hizo el día que se conocieron y muy poco comunicativo, como si no quisiese hablar de sí mismo. No parecía querer tener relación con los vecinos, por eso le extrañó que le hubiese pedido a Eva la caja de herramientas.

La portilla de acceso a la finca estaba abierta, así que Roberto entró y recorrió los cerca de cincuenta metros que llevaban hasta la casa. Era una vivienda de dos plantas, la inferior forrada de piedra y la superior con la pared pintada de color salmón. Abajo estaba la cochera, cerrada en ese momento y sin ningún vehículo a la vista.

Roberto subió la docena de escalones que conducían hasta el porche donde se encontraba la puerta de entrada. Al llegar, picó al timbre y esperó. Al ver que no obtenía respuesta, pulsó un par de veces más, con idéntico resultado. No parecía que hubiese nadie en casa, así que desistió y decidió regresar al coche.

Lo intentaría de nuevo esa tarde.

El viaje a Posada se alargó más de lo deseable, ya que resultó que el ganadero no era el único que había tenido que ahuyentar a los supuestos ladrones. Un vecino le contó que dos noches antes alguien había intentado forzar la cerradura de la caseta que tenía en la parte de atrás de la casa y otra vecina dijo ver «gente sospechosa» la noche antes, circulando con el coche de madrugada por un camino de tierra que llevaba a un pueblo cercano.

La conclusión de Roberto fue que algún delincuente estaba merodeando por la zona en busca de algo que robar. En cuanto regresó al cuartel y se lo contó al sargento, este ordenó que en los sucesivos días distintas patrullas recorriesen tanto el pueblo de Posada como los alrededores, tanto de día como de noche, para

disuadirlos.

Para cuando llegó a casa, Kateryna ya había dado la comida a Berto, que le recibió con una sonrisa en cuanto entró en la cocina.

—¡Hola, papá!

—Hola, peque.

—Buenas tardes —le saludó la joven ucraniana, que estaba sentada al lado del crío.

—Hola, Kateryna. Gracias por recogerle en el colegio.

—No hay problema. Berto es muy buen niño, se porta muy bien.

—Más le vale.

La mujer se puso en pie con una sonrisa y acarició el pelo del crío.

—Ya le he dicho que se lo coma todo para hacerse fuerte y grande como su papá. Me tengo que ir.

—Gracias de nuevo —le replicó Roberto.

—De nada.

En cuanto Kateryna salió de casa, el crío dijo:

—¿Sabes, papá? Anoche no tuve esa pesadilla.

—¿De verdad?

—No. Soñé que estábamos dando un paseo por la playa con Sella.

—Tal vez esta tarde podamos ir, una vez que termines los deberes. ¿Te gustaría?

—¡Sí! —celebró el niño.

—Pues termina de comer para hacer los deberes rápido y luego iremos a la playa.

Berto metió una cucharada enorme en la boca y con los papos llenos de comida trató de sonreír. Roberto sonrió a su vez y luego se acercó a la ventana del salón, desde donde se veía la casa del vecino. No había visto su moto al llegar y tampoco ningún movimiento, lo que le creó cierta ansiedad.

Necesitaba hablar con él lo antes posible y aclarar lo de la navaja, si esa noche quería dormir tranquilo.

15

Roberto se despertó sobresaltado. Durante la noche había tenido unos sueños muy extraños. Había soñado con el escenario del crimen de Olga y se había visto a sí mismo buscando desesperado su navaja por el lecho del río. En realidad, se había pasado media noche buscándola en sus sueños. No había visto el cuerpo de la víctima, solo a él mismo recorriendo el río arriba y abajo.

Estaba claro que algo no iba bien. No sabía explicar cómo, pero esa mañana se había despertado con una sensación de peligro que notaba como pegada a su piel y que no desapareció ni siquiera cuando se dio una ducha, antes de vestirse para ir a trabajar.

No quiso comentarle nada a Eva, que en ese momento estaba riñendo a Emily para que terminase el desayuno.

—Termina, hija, que vamos a llegar tarde.

—No me *guta*.

—Anda, venga. —Eva levantó la vista y le miró con cierta preocupación—. ¿Estás bien? No tienes buena cara.

—No es nada.

—¿Hablaste con el vecino del tema de la navaja?

—No estuvo en casa en todo el día.

—Ya sabes que a veces sale con su moto y tarda varios días en aparecer. ¿Por qué no te compras otra?

Ojalá fuese así de sencillo, pensó.

—Es igual, ya aparecerá. Tengo que irme —dijo acercándose para besar sus labios—. Hoy me toca patrullar por Posada y quiero ir un poco antes para revisar el vehículo. El que cogí ayer no andaba muy bien.

—¿Eso quiere decir que ya vas a trabajar fuera de la oficina?

—Al menos de momento.

—Seguro que te viene bien.

Roberto no dijo nada más. Se despidió de los críos dándoles un beso a cada uno y salió de casa.

Al menos esperaba tener una mañana tranquila.

Lo primero que le indicó que pasaba algo raro fue el modo en que le recibió el sargento Godoy cuando se presentó en su oficina, con una frialdad que era normal en él.

—Ya estás aquí.

—Buenos días, mi sargento.

—El teniente Ocaña quiere hablar contigo en la sala de interrogatorios —dijo con sequedad y expresión seria.

—¿Quién?

—El teniente de la Judicial que vino de Gijón.

—¿Y por qué en la sala de interrogatorios?

—Eso te lo explicará él —dijo levantándose de su silla—. Vamos.

El sargento le guio hasta una pequeña sala que se encontraba un par de puertas más allá.

—Necesito que me entregues tu pistola antes de entrar.

Eso fue lo primero que alarmó a Roberto. Lo segundo fue el modo en que varios compañeros le observaban desde el otro lado del pasillo.

—¿Qué ocurre, mi sargento?

—Lo sabrás enseguida. Ahora necesito que me des tu arma.

Decidió no discutir. Sacó la pistola de la funda, le quitó el cargador y luego montó el arma para asegurarse de que no tenía ningún cartucho en la recámara.

—Tenga —dijo entregándole pistola y cargador por separado.

—Entra y siéntate. Voy a avisar al teniente de que estás aquí.

Roberto obedeció y se sentó en una de las sillas que había alrededor de una mesa de plástico blanca. Lo hizo de frente a la puerta de entrada.

El teniente Ocaña tardó menos de un minuto en aparecer. Era un hombre alto, alrededor del metro noventa, y bastante delgado. Tenía el pelo muy corto, de color oscuro y con alguna que otra cana por los lados. Dedujo que tendría unos cuarenta años. La mirada que le lanzó al entrar fue de todo menos amistosa. Le acompañaba el capitán Bravo, que no parecía estar de muy buen humor.

—Roberto Fuentes —murmuró el teniente sentándose frente a él y posando en la mesa la carpeta que llevaba consigo—, el gran

investigador.

El tono despectivo con el que lo dijo ya le dio a entender que no iba a ser una conversación amistosa, por eso se preparó para lo que pudiese venir.

—¿Conocías a la víctima? —preguntó acto seguido.

—¿Qué víctima?

—Olga Villa González. La adolescente de dieciséis años que apareció asesinada en Nueva de Llanes.

—No.

Notó cómo los ojos del oficial brillaban al escuchar la respuesta.

—¿No estuviste en su casa el mismo día de su muerte?

Estaba claro que conocía el incidente ocurrido en su casa.

—Sí, pero eso no quiere decir que la conociese.

—Sabías quién era cuando interviniste en el escenario del crimen, pero no lo comentaste con nadie.

—Yo no intervine en ningún escenario —dijo entonces mirando al capitán Bravo, que se había quedado de pie al lado del teniente. Su mirada tampoco le transmitió buenas vibraciones—. De hecho, el sargento me mandó de vuelta a Llanes por orden del capitán.

—Pero sabías quién era la víctima y no dijiste nada —se defendió este.

—¿Y qué se suponía que tenía que decir? Usted dejó muy claro que no quería que me implicase lo más mínimo en la investigación. Además, no entiendo por qué eso es importante.

—Lo es porque la visitaste en su casa el día de su muerte, por la mañana, y luego de madrugada la asesinaron —prosiguió el teniente Ocaña.

—Sigo sin ver la relación.

—La madre dice que amenazaste a su hija.

—Eso no es cierto.

—Dice que la agarraste del brazo de forma violenta y agresiva.

—Eso no fue lo que ocurrió. Puede preguntarle al padre Miguel, que estaba presente.

—Lo hemos hecho y nos ha dicho que perdiste el control y que al final te tuvo que sacar de allí antes de que la cosa fuese a mayores.

—Yo no le hice daño a Olga.

—La madre insiste en que sí, que casi le partes el brazo.

—¡Claro! —exclamó Roberto con tono irónico—. Por eso por la tarde estaba en Llanes dando un paseo en moto con un amigo.

—¿Acaso la seguiste?

Roberto se dio cuenta de que debía de tener cuidado con cada palabra que salía de su boca.

—No la seguí. Estaba tomando un helado con mi familia en una heladería del puerto y la vi pasar. Puede preguntarle a mi mujer. Es más, ella podrá decirle que pasé toda la noche en casa.

—Un familiar directo no es un testigo fiable y menos en un caso como este.

—¿Y eso qué significa?

—Sé quién eres, Fuentes —comenzó a decir el teniente enderezando la espalda en el respaldo del asiento y mirándole con evidente soberbia—. El gran investigador venido a menos, que se creía que estaba por encima de los demás compañeros.

—¿Perdón? —preguntó Roberto, desconcertado.

—Todos conocemos tu historia, la del agente que los medios de comunicación convirtieron en estrella y que terminó en este pueblo alejado de la mano de Dios, después de ser expulsado de la UCO.

—Nadie me expulsó de la UCO —le replicó, notando cómo la rabia crecía en su interior—. Estuve en un equipo de investigación de la Interpol y luego decidí coger una excedencia de dos años.

—Porque sabías que ya no te querían en la UCO. —Al decir eso, el teniente se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. ¿Qué pasa, te jode no ser ya el centro de atención de los medios de comunicación?

—No, en realidad lo agradezco. Ahora vivo mucho más tranquilo.

—¡Ya! Me imagino que cuando apareció el cuerpo de Olga en Nueva contabas con que todos se harían a un lado para dejar que el gran investigador resolviese el caso.

Roberto no entendía a qué venía esa animadversión, pero decidió no alimentarla.

—El sargento Godoy me ordenó que le acompañase y una vez allí hablamos con el testigo que había encontrado el cuerpo. Después me ordenó que me limitase a controlar el acceso a la zona y, cuando el capitán llegó, dijo que no quería que participase en la investigación, por eso volví a Llanes.

—Imagino que eso no te hizo ninguna gracia.

—La verdad es que me dio igual.

—No lo creo. Contabas con tener acceso al escenario del crimen y a las pruebas, ¿verdad?

En ese momento, Roberto decidió que ya era hora de que le aclarase lo que estaba sucediendo.

—¿A qué coño viene todo esto?

El teniente sonrió con suficiencia y abrió la carpeta que tenía delante, sobre la mesa. Del interior sacó una foto impresa, que alzó en el aire para mostrarla.

—¿Reconoces esta navaja?

Roberto tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no inmutarse.

—No.

—¿De verdad que no te suena?

Era una navaja idéntica a la que había desaparecido de la caja de herramientas, en su casa. Estaba claro que lo último que debía hacer era reconocerlo.

—No, de nada.

—Pues es curioso porque tiene tus huellas.

Al escuchar eso, contuvo el aliento.

—Es imposible.

—Me temo que no lo es. Hace apenas media hora que llegó la confirmación del laboratorio de Criminalística. Lo cierto es que teníamos pensado ir a tu casa a arrestarte, pero el sargento Godoy nos convenció de que era mejor esperar a que llegases hoy a trabajar e interrogarte aquí.

—¿Es que va a detenerme?

—Eres el principal sospechoso. Amenazaste a la víctima el día de su muerte y tus huellas están en el arma del crimen. Que quieres que te diga, blanco y en botella: la leche.

Lo dijo de un modo tan prepotente que a Roberto se le pasó por la cabeza estamparle la cara contra la mesa. Por suerte, se contuvo y se limitó a decir:

—¿Se piensa que soy tan estúpido como para asesinarla y dejar el arma del crimen dentro de su mochila?

—La gente como tú os pensáis que sois intocables, que estáis por encima del bien y del mal, que nada ni nadie os puede detener.

¿Sabes cuánto daño has hecho a la Guardia Civil en estos años?

Roberto no salía de su asombro. Aquello era como una absurda pesadilla.

—¿Por eso estoy aquí? ¿Quiere acusarme de asesinato para que me expulsen de la Guardia Civil?

—Estás aquí porque eres sospechoso de asesinato. Ni más ni menos.

—En ese caso esta conversación ha terminado. Quiero hablar con un abogado.

—Todavía tienes mucho que contarnos.

—No voy a decir nada más —le replicó Roberto cruzando los brazos delante del pecho.

—Con esa actitud solo empeoras las cosas —intervino el capitán Bravo.

—¿Acaso pueden estar peor? Quiero hablar con un abogado.

—Como quieras —dijo el teniente poniéndose en pie—. Voy a disfrutar con esto.

Estaba claro que ya lo estaba haciendo, pero Roberto no dijo nada. Se limitó a mostrarse sereno en apariencia, a pesar de que por dentro estaba bastante preocupado.

Alguien se la estaba jugando y la cosa no pintaba nada bien.

16

Tras entregar las pertenencias que llevaba encima, incluido su teléfono, Roberto esperó dentro de una celda a que llegase su abogado. En realidad había llamado a Eva, que de inmediato le instó a que lo dejase todo en sus manos.

Mientras esperaba, dedicó todos sus esfuerzos a analizar lo que había sucedido. La discusión con Olga por su supuesta posesión, que el crimen se hubiese cometido con su navaja y que esta hubiese aparecido en la mochila de la víctima… Todo parecía orquestado para acusarle a él del crimen, por eso no dejó de preguntarse quién estaba interesado en que fuese así. ¿Quién quería verle entre rejas?

Muchos nombres podían llenar la lista de sospechosos. Los últimos años se había enfrentado a organizaciones secretas y sectas satánicas, a políticos corruptos e incluso se había granjeado algún que otro enemigo dentro de la Guardia Civil. A todos ellos había que añadir al misterioso personaje que había sacado a la luz toda su historia, obligándole a desaparecer de la vida pública y laboral durante dos años.

Cualquiera de ellos podía estar interesado en que terminase en la cárcel, acusado de un asesinato que no había cometido. La pregunta era averiguar quién había decidido llevarlo a cabo.

Eva apareció una hora después de que hubiese hablado con ella por teléfono. Llevaba puesto el uniforme de trabajo y sus ojos parecían dos ascuas. Se la veía bastante cabreada.

—¿Cómo estás? —le preguntó a través de los barrotes del calabozo.

—Bien —respondió Roberto forzando una sonrisa que no logró tranquilizarla. Se acercó a ella, que de inmediato alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Cómo demonios has terminado aquí dentro?

—Es lo que me gustaría saber a mí.

—Acabo de discutir con el teniente Ocaña. ¡Menudo gilipollas! No quería dejarme entrar a verte.

—Ten cuidado, a ver si nos está escuchando.

—¡Me importa una mierda!

—¿Lo conoces?

—No. Lleva poco tiempo destinado en Gijón, por lo poco que sé de él. Lo que está claro es que es un gilipollas.

—Ya veo que pensamos igual —le replicó Roberto dibujando una débil sonrisa. Trataba de mostrarse sereno, pero lo cierto era que estaba bastante preocupado.

—He hablado con un abogado muy bueno que conozco en Gijón y que llevó el caso de un par de compañeros cuando estuve allí destinada.

—Me alegra saberlo.

—Aunque no cree que pueda sacarte de aquí hasta que hable con la jueza mañana.

—No te preocupes, contaba con ello.

—Joder, Rober. ¿Qué está pasando?

—Es lo que no dejo de preguntarme. Parece que la víctima fue asesinada con mi navaja.

—¿La que desapareció de tu caja de herramientas? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí.

—¿Y se lo dijiste a ese teniente?

—Eso me habría incriminado más todavía.

—Es cierto. ¿Pudiste preguntarle al vecino alemán si la cogió él?

—No estaba en casa. Ese teniente se ha basado en que mis huellas están en el arma del crimen para detenerme.

—¡Eso es absurdo! Tus huellas no pueden ser las únicas que están en la navaja.

—Parece ser que sí.

—Aun así, eso no demuestra que la matases tú. Estuviste en casa con nosotros toda la noche.

—Recuerda que después de cenar salí a dar un paseo con Sella por los alrededores de Porrúa, siguiendo la ruta de la Mañanga, y tardé casi una hora en volver.

—Eso ni se te ocurra comentarlo.

—Lo sé, pero podrían terminar averiguándolo.

—¿Cómo pueden pensar que eres un asesino? —preguntó ella sacudiendo la cabeza.

—El enfrentamiento que tuve con esa adolescente en su casa tampoco me favorece.

—¿Les explicaste el motivo?

—No.

—Mejor. Dejemos que sea el abogado el que se encargue de gestionar toda la información ante la jueza mañana. Lo único que lamento es no poder sacarte de aquí esta noche.

—No te preocupes, en peores plazas he toreado.

Ella sonrió ante su comentario y acto seguido su mirada se entristeció.

—¿Por qué nos pasa esto, Rober? ¿Es que no nos merecemos llevar una vida tranquila?

—No pienses en eso ahora. ¿Cómo están los críos?

—He dejado a Emily con Kateryna, que se encargará de recoger a Berto si no llego a tiempo.

—Puedes ir tranquila a buscarlo al cole. Yo no me voy a mover de aquí.

—Me gustaría poder hacer más, pero no sé a quién recurrir. Tiene que haber alguien que nos ayude a sacarte de aquí.

—Esperemos a ver si el abogado lo consigue. Hasta entonces quiero que tengas cuidado. Quien está detrás de todo esto parece que va a por mí, pero estaré más tranquilo sabiendo que estáis a salvo. Tal vez deberíais iros a un hotel esta noche.

—No voy a permitir que nadie nos haga daño —aseguró Eva con voz firme— y tampoco voy a salir de mi casa.

—Aun así…

—Tranquilo, sé defenderme sola.

—Lo sé —murmuró sonriendo de forma más abierta.

—Ahora tengo que volver a casa, pero regresaré en cuanto llegue el abogado.

—Aquí te espero.

Ella se despidió con una sonrisa y Roberto se sentó en el camastro, mientras pensaba en la suerte que tenía de compartir su vida con Eva. Era una mujer increíble, una madre excelente y, además, una gran investigadora. Si alguien podía lograr sacarle de esa celda, sin duda era ella. Ahora solo necesitaba esperar y rezar

para que todo saliese bien.

Él no era de rezar, pero ese pensamiento sirvió para que tuviese claro lo que iba a hacer una vez que saliese de allí.

17

La noche lo cubría todo. Las copas de los árboles se mecían con el suave viento, mientras a sus oídos llegaba el sonido de algunos coches que circulaban por encima de su cabeza. Conocía aquel lugar y la pequeña casa de dos plantas construida en piedra y ladrillo que tenía ante sí. Incluso notaba la energía negativa que todavía desprendía, a pesar de los años transcurridos.

No estaba solo. A pocos pasos había alguien, una sombra alargada que parecía observarle a través de la pantalla del casco que llevaba puesto. Era un casco de motorista que le cubría la cabeza por completo. No podía ver su rostro, pero sentía sus ojos clavados en él.

Entonces la figura se acercó. Dio un primer paso, luego un segundo. Tenía algo en la mano que no pudo distinguir, hasta que estuvo apenas a un metro y su brazo se movió con rapidez de abajo a arriba. Notó el pinchazo en el pecho, atravesándole hasta llegar a su corazón.

De pronto, todo se volvió oscuridad y sintió decenas de manos agarrando su cuerpo y arrastrándole a las profundidades de la tierra.

18

Roberto se despertó empapado en sudor y con el corazón latiéndole a mil por hora. Se incorporó en el camastro y se llevó las manos al pecho para comprobar que no tenía ninguna herida en él y que no había sangre. Por suerte, todo había sido un sueño.

Los rayos del sol entraban por una de las ventanas del pasillo, indicando que ya era de día. Fue un alivio. Había intentado no cerrar los ojos en toda la noche. Sabía que si lo hacía sin la protección de su atrapasueños cientos de voces invadirían su mente, espíritus que intentarían comunicarse con él para pedirle ayuda. Era como sintonizar decenas de emisoras de radio a la vez y no entender nada de lo que se decía en ellas. Por ese motivo quiso mantenerse despierto.

Solo a última hora el sueño le venció, aunque, en lugar de cientos de voces, lo que vio fue una escena que en un principio no llegó a entender. Verse a sí mismo en un lugar que conocía del pasado, le creó ciertas dudas. ¿Realmente había soñado con un suceso real o su mente le estaba jugando una mala pasada?

Había una forma muy sencilla de comprobarlo, pero para eso antes tenía que salir de allí.

La espera se le hizo bastante larga. La vista ante la jueza en el juzgado de primera instancia de Llanes no se celebró hasta pasadas las doce de la mañana. A pesar de que el teniente Ocaña solicitó el ingreso inmediato en prisión, basándose en las pruebas de las que disponía, el abogado de Roberto logró que esto no se llevase a cabo.

Habló de sus años de servicio en la Guardia Civil y enumeró todos los asesinatos que había logrado resolver. Señaló las pruebas contra él como insuficientes, circunstanciales y manipuladas, haciendo mención a que cualquier persona podía haber sustraído la navaja de su casa y usarla para cometer el crimen, así como el hecho de que había estado en casa con su familia la noche del

crimen.

—Aunque llevo poco tiempo en este juzgado, he oído hablar del acusado y de sus logros —aseguró la jueza—. Me cuesta creer que sea el autor del crimen, pero no puedo ignorar las pruebas presentadas.

Tras unos segundos de reflexión, permitió que el detenido quedase en libertad hasta la celebración del juicio, basándose en que no existía riesgo de fuga e instó a los investigadores a que reuniesen pruebas más concluyentes en su contra. No utilizó la palabra «insuficientes», pero sí las calificó de no definitorias de la comisión del delito y que podían deberse a una manipulación malintencionada, como había expresado el abogado. Por último, remarcó que alguien como él, que había metido en la cárcel a tantos criminales a lo largo de su carrera, perfectamente podía ser víctima de una conspiración, por eso aconsejó a los investigadores que fuesen más diligentes en su trabajo.

Un consejo que ya llegaba tarde, ya que esa mañana, antes de ser trasladado al juzgado, el teniente Ocaña le había comunicado a Roberto que había tramitado una solicitud de suspensión de empleo y sueldo con efecto inmediato, hasta la resolución del juicio.

Si quería recuperar su trabajo, iba a tener que esperar a que los investigadores encontrasen al verdadero asesino. O encontrarlo él.

Una vez fuera del juzgado, en libertad y en compañía de Eva, Roberto agradeció al abogado su ayuda.

—Tenemos trabajo por delante para demostrar tu inocencia —dijo el hombre cercano a los sesenta años y de traje inmaculado.

—De eso pienso encargarme yo.

—No creo que sea buena idea que te impliques más en este asunto.

—Por supuesto que no lo hará —le apoyó Eva—. Ahora mismo todos los ojos están puestos en ti, Rober.

—Conozco a un investigador muy bueno que suele trabajar conmigo —comenzó a explicar el abogado—, un expolicía que puede ayudarnos.

—No es necesario. Es a mí a quien acusan de asesinato y no pienso parar hasta averiguar quién me ha implicado en este crimen y por qué —aseguró Roberto con voz firme.

—Sigo pensando que no es una buena idea.

—Tiene razón, Rober —trató de convencerle Eva—. Si los investigadores lo descubren, pensarán que estás intentando cubrir tu rastro.

—Mis huellas están en la navaja que acabó con la vida de esa adolescente —le replicó apretando los dientes—. Está claro que alguien quiere verme entre rejas y el teniente Ocaña no parece dispuesto a valorar a otros sospechosos.

—Cualquier paso en falso podría perjudicarte —insistió el abogado.

—Lo sé, pero tampoco puedo quedarme con los brazos cruzados. De momento no confío en nadie más que en mí mismo para resolver este caso y encontrar al verdadero asesino.

—¿Tampoco en mí? —preguntó Eva.

—Sabes que sí. Hablaremos de ello camino de casa. Gracias por todo —dijo estrechando la mano del abogado—. Estaremos en contacto.

—Llámame en cualquier momento que me necesites.

Ambos se despidieron de él y fueron en busca del coche, que Eva había aparcado en la avenida principal.

—Voy a pedir una excedencia —aseguró Eva cuando arrancó y puso el vehículo en marcha.

—¿Por qué? —preguntó él, sorprendido.

—Porque quiero ayudarte a investigar lo sucedido. No voy a dejarte solo.

—No puedes pedir una excedencia. ¿De qué vamos a vivir?

—Tenemos algo de dinero ahorrado.

—Muy poco, lo invertimos casi todo en la casa, y tampoco estoy dispuesto a que pongas en peligro tu carrera por mí.

—No sería la primera vez.

—Razón de más para que no vuelvas a hacerlo. Ahora tenemos dos hijos en los que pensar.

—Es lo que hago.

—No lo haces. Uno de los dos tiene que seguir trayendo un sueldo a casa.

—Joder, Rober —protestó ella, mirándole de reojo mientras conducía—, cómo puedes pensar en el dinero en un momento así. Aunque la jueza te haya soltado, eres el principal sospechoso de un asesinato.

—No te preocupes, pienso resolverlo.

—Esto que está ocurriendo no es casual, tú mismo lo has dicho. Alguien va a por ti y si van a por ti también van a por tu familia.

—No voy a permitir que nadie os haga daño.

—Yo tampoco pienso permitirlo —aseguró ella—, por eso tenemos que trabajar juntos para detener a quien está detrás de todo esto.

—Déjame al menos que investigue unos días por mi cuenta. Te contaré todo lo que averigüe y luego decidiremos lo que hacemos.

—No me convence tu propuesta.

—Solo unos días, por favor —le rogó él—. Necesito comprobar un par de cosas y…

—Te conozco, Rober, y creo que hay algo que no me estás contando.

—No sé por qué lo dices.

Eva puso el intermitente y detuvo el vehículo en la cuneta, para luego mirarle a los ojos. Antes de que dijese nada, él asintió con la cabeza.

—Está bien. Esta noche he soñado con un lugar y con lo que podría ser el asesinato de Olga —comenzó a explicarle—. ¿Recuerdas la casa a la salida de Nueva, dónde torturaban a aquellas adolescentes?

—¡Como para olvidarla!

—Está al lado del sitio donde apareció el cadáver de Olga.

—¿Y qué soñaste?

—Solo vi ese lugar y a una persona con un casco de motorista que me apuñalaba. Bueno, en realidad la apuñalaba a ella.

—¿Con un casco de motorista?

—El mismo día que la asesinaron vi a Olga en Llanes, cuando estábamos comiendo un helado con los críos. La vi cómo se subía a una moto con un hombre, al que no pude ver la cara porque llevaba puesto un caso, y se largaba con él.

Eva se quedó unos segundos pensativa, antes de decir:

—El vecino alemán tiene una moto de carretera. ¿Crees que podría ser él?

—Te pidió la caja de herramientas donde yo guardaba la navaja con la que asesinaron a Olga y que misteriosamente apareció dentro de la mochila de la víctima. Como mínimo, debo tener una charla

con él.

—Debemos —puntualizó ella—. Lo haremos juntos en cuanto lleguemos a casa.

Esta vez Roberto no dijo nada. En los ojos de Eva vio que no iba a convencerla de lo contrario.

19

En esta ocasión la moto estaba aparcada delante de la puerta abierta de la cochera. Gracias a eso pudieron ver que dentro estaba la furgoneta verde y un remolque para transportar la moto. Era una Honda de carretera de color negro, el mismo que la moto en la que Roberto había visto subirse a Olga, aunque no podía asegurar que se tratase de la misma marca.

Eva y él subieron las escaleras hasta el porche y llamaron a la puerta. En esta ocasión, el fornido alemán sí que salió a recibirles.

—Buenos días, Johan —le saludó Eva con una amplia sonrisa.

—Buenos días —respondió él con expresión seria.

—¿Qué tal, vecino? —dijo Roberto tendiéndole la mano. El rudo alemán la miró y no hizo ninguna intención de estrechársela, por lo cual la retiró.

—Perdona que te molestemos —dijo Eva, tomando el mando de la conversación—. No sé si recordarás que hace una semana me pediste una caja de herramientas.

—En realidad te pedí unas llaves Allen y te la devolví poco después.

Su voz era ronca y profunda. Hablaba el español de forma fluida, aunque con un acento áspero.

—Lo sé. Queríamos preguntarte por un detalle. ¿Recuerdas si dentro de la caja de herramientas había una navaja?

—No lo sé —respondió encogiéndose ligeramente de hombros—. No me fijé. Había un montón de cosas. Yo solo cogí la llave que necesitaba.

—Era una navaja con el mango color caqui.

—Ni idea. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Piensas que te la he robado?

—No, qué va —dijo Eva al ver que se ponía tenso—. Solo era para confirmar si estaba dentro de la caja.

—Es un recuerdo del ejército —comentó Roberto.

—Ya os he dicho que no la tengo, así que, si no queréis nada más…

—Ayer vine a verte —añadió al ver que tenía intención de regresar a la vivienda—, pero no te encontré.

—Estuve todo el día fuera.

—¿Con tu moto?

—Sí.

—¿Y dónde estuviste?

Vio de inmediato en su mirada que desconfiaba.

—Por ahí. ¿A qué viene esa pregunta?

—Nada, es que llevaba unos días sin verte y me preocupé. En los pueblos los vecinos solemos estar pendientes los unos de los otros —dijo para disimular.

—Pues a mí no me gusta que nadie me controle. Adiós.

Acto seguido entró en la casa y cerró la puerta, sin darles tiempo siquiera a despedirse.

Mientras regresaban a su casa, Eva preguntó:

—¿Qué opinas?

—Creo que miente. ¿Te fijaste en que no quiso darme la mano cuando se la ofrecí?

—Eso solo indica que es un maleducado.

—Si me la hubiese estrechado, ya sabríamos si él es el asesino o no —aseguró Roberto.

—Habrá que averiguarlo de otro modo.

—Me cuesta creer que no viese la navaja.

—Si estaba dentro de la caja cuando se la di, es probable que la tocase. De ser así, sus huellas deberían estar en ella. Eso serviría para que no solo se te acusase a ti del crimen. Incluso podría eximirte.

—Para saberlo tendríamos que tener acceso a los resultados de Criminalística. Tengo entendido que el brigada Padilla estuvo aquí analizando el lugar donde apareció el cadáver de Olga.

—Lo llamaré ahora. Los dos hemos trabajado con él, así que seguro que nos echa una mano.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Lo importante ahora es que no hagas nada. Deja que yo hable con él y luego ya veremos. Quizás consigamos probar

tu inocencia más fácil de lo que pensábamos.

—Aun así, el asesinato de Olga seguiría sin resolver.

—Eso no es competencia tuya, ¿recuerdas?

Roberto se había pasado los últimos tres años diciendo que no quería volver a implicarse en ningún asesinato. Era una etapa de su vida que quería dejar atrás, por el bien de su familia. Solo había intervenido en el homicidio de la hija de sus vecinos un año antes y lo había hecho por la relación que le unía a ellos. Eran los que vivían en la casa que ahora ocupaba el rudo alemán.

Después de eso se reafirmó en su decisión de no volver a usar su don para resolver un crimen, aunque después del sueño que había tenido esa noche, ya no estaba tan seguro de poder hacerlo.

Una puerta se había abierto y la única forma de cerrarla era encontrando al asesino.

Roberto pasó el resto del día en casa. Eva tuvo que trabajar de tarde para compensar las horas libres que había pedido esa mañana, así que se quedó toda la tarde con los críos. Ayudó a Berto a hacer los deberes y luego estuvo jugando con él y con su hermana hasta la hora del baño y de la cena. Para cuando su madre regresó, los dos estaban en la cama.

—¿Pudiste hablar con Padilla? —fue lo primero que le preguntó en cuanto entró en la cocina y le dio un beso.

—Sí. Al parecer, ha recibido órdenes muy concretas de no compartir la información con nadie, pero no tuvo problema en hacerlo conmigo. Te aprecia mucho y asegura que no entiende cómo te han implicado en el crimen.

—Yo tampoco. ¿Qué te ha contado de las huellas?

—Las tuyas no son las únicas huellas dactilares que hay en la navaja, aunque sí las más incriminatorias.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una huella parcial que no han podido identificar y que, de cualquier modo, no creen que pertenezca a la persona que agarró la navaja para apuñalar a la víctima.

—Esas solo son las mías —dedujo.

—Sí. Hablé con el abogado antes de venir y dice que no es suficiente argumento para tu defensa. Al contrario, cree que el hecho de que tus huellas estén tan presentes en la empuñadura demuestran que la usaste.

—Para cortar cuando estaba colocando la malla este verano.

—Lo sé, pero, si apareciese cualquier otra prueba que te implique directamente en el crimen, estarías jodido. Así mismo me lo dijo.

—¡Mierda!

—Los dos sabemos que tú no fuiste —dijo ella acercándose para acariciarle el rostro— y yo declararé las veces que haga falta que estuvimos en casa juntos toda la noche.

—No será suficiente.

—No olvides que tú no tienes que demostrar tu inocencia, sino ellos tu culpabilidad.

—Hace tiempo que la justicia no funciona de ese modo.

—No seas negativo. Tienen que demostrar cómo, cuándo, dónde y por qué la asesinaste.

—Saben cómo, dado que tienen el arma del crimen —le replicó Roberto bajando la mirada—, y el porqué, también. Discutí con la víctima esa mañana. Pueden suponer que fue ese el motivo.

—Una discusión no es motivo suficiente para matarla, a no ser que le comentases al teniente Ocaña algo sobre el mensaje de Susana y la supuesta posesión de Olga.

—No le comenté nada, pero tal vez lo haya hecho el padre Miguel, el párroco de Nueva.

—En ese caso, deberíamos hablar con él, para saber lo que les ha contado.

—Mañana me acercaré a verle.

—Iremos los dos —recalcó Eva—. Ni se te ocurra investigar por tu cuenta. Ya lo hemos hablado.

—Tú tienes trabajo.

—Ya no.

—¡Joder, Eva! Te dije que no cogieses la excedencia.

—No ha hecho falta. He pedido un par de días libres que me debían, así que mañana sábado, después de dejar a los críos con Kateryna, tú y yo vamos a investigar juntos.

—Como en los viejos tiempos —murmuró él, agarrando su cintura y luciendo una sonrisa.

—Por supuesto —dijo Eva apoyando la mejilla en su pecho—. Quienquiera que haya hecho esto no sabe todavía a quién se enfrenta.

20

Pasadas las nueve de la mañana del sábado llegaron a Nueva, aunque no entraron en el núcleo urbano. Roberto, que conducía en esta ocasión, tomó la carretera de la playa y se dirigió al puente donde había aparecido el cadáver de Olga. Aparcó al otro lado de la carretera, en el camino de tierra que llevaba a la casa que ambos conocían muy bien.

Antes de descender del vehículo, agarró en su mano derecha el colgante del Pájaro Trueno y tomó aire, para enfrentarse a lo que pudiera ocurrir a partir de ese momento. No se equivocó. Nada más poner el pie en tierra notó un frío intenso recorrerle la espalda y cómo la atmósfera se cargaba de tal modo que le costaba respirar. El amuleto le ayudó a que la sensación se suavizase, por lo que avanzó en dirección a la casa, mientras miraba a su alrededor para observar cuanto le rodeaba.

A su izquierda estaban las verdes y altas varas de bambú, que tanto chocaban con la vegetación que las rodeaba. Al fondo, a unos veinte metros, se encontraba la pequeña vivienda construida en ladrillo y piedra, arropada por una vegetación que la mayor parte del año la mantenía oculta para quienes pasaban por la carretera. A sus oídos llegó el sonido de los coches circulando por encima de su cabeza, sobre el puente de la autovía. Igual que en su sueño. Eso hizo que, conforme caminaba hacia la casa, sus músculos se tensasen.

—¿Estás bien? —preguntó Eva situándose a su lado.

—Sí. Es este lugar. Creo que aquí mataron a Olga.

No supo decir el sitio exacto, pero tenía claro que había ocurrido allí.

—Me parece que yo también lo noto.

—¿Qué notas?

—Algo extraño, como si me faltase el aire.

—A ver si ahora va a resultar que tú también vas a tener el don.

—No pienso que sea eso. Es… —Eva se detuvo y le agarró el brazo—. Ayer no quise decirte nada, pero, cuando me llamaste por teléfono para decirme que te habían detenido, supe que algo iba mal. Es decir, antes de responder intuí que te ocurría algo.

—¿Un presentimiento?

—Algo así.

—Es normal. Ten en cuenta que hemos pasado juntos por muchas cosas. ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando Susana intentó asesinarte?

—Sí, aunque nunca volví a conectarme contigo de ese modo. Supongo que aquello solo ocurrió porque estaba embarazada de Emily.

—Pues ahora parece que no es así.

—No me hagas mucho caso y centrémonos en esto —dijo soltándole—. ¿Notas algo en este lugar?

Roberto avanzó unos metros más, hasta situarse en una posición bastante parecida a la que había visto en su sueño dos noches antes. Al hacerlo, soltó su amuleto y de inmediato la sensación de frío le atravesó, haciendo que sus piernas fallasen y cayese de rodillas al suelo.

—¡Rober! —gritó Eva agachándose para sujetarle.

—Fue… aquí —murmuró él agarrando de nuevo el Pájaro Trueno—. La mató aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Ella le ayudó a levantarse y entonces Roberto miró el suelo que pisaba.

—No sé si este es el punto exacto, pero Olga fue asesinada en este lugar.

—Es mejor que te saque de aquí, te has puesto muy pálido.

—Ya no estoy acostumbrado a esto —murmuró—. Llevaba demasiado tiempo sin hacerlo.

Eva le agarró con firmeza por la cintura y le acompañó de vuelta al vehículo. Solo cuando llegaron a él, Roberto empezó a sentirse mejor.

—Tengo que sacarte de aquí.

—No, tranquila, estoy mejor —dijo, tratando de dibujar una

sonrisa que se perdió en sus labios—. Es por la falta de costumbre. Ya casi ni recordaba lo que se sentía al estar en el lugar de un crimen.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Si este es el lugar del crimen, deberíamos avisar para que lo analicen.

Roberto sacudió la cabeza, negando.

—¿Y cómo lo vamos a explicar? Lo primero que van a pensar es que lo sé porque la maté yo.

Eva se quedó unos segundos pensativa y asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero si queremos que se esclarezca todo y que te declaren inocente, convendría que Criminalística analizase este sitio.

—Acabo de pisar el escenario del crimen, incluso he caído al suelo. Si he dejado algún rastro de mi presencia aquí y Criminalística lo encuentra, demostraría mi culpabilidad. —Eva asintió de nuevo con la cabeza—. Es mejor salir de aquí.

—De acuerdo, pero conduzco yo. ¿Dónde vamos ahora?

—Regresemos a Nueva, quiero hablar con el padre Miguel.

—¿El cura que le dijo al teniente Ocaña que habías amenazado a la víctima?

—Sí. Quiero saber qué fue exactamente lo que le contó sobre lo ocurrido en casa de Olga esa mañana.

—De acuerdo, aunque te aviso de que nunca me gustaron los curas.

—Este no parece mala persona —dijo Roberto dirigiéndose a la puerta del acompañante.

—Lo es si te acusó de asesinato.

—Me cuesta creer que lo hiciese, Eva, aunque saldremos de dudas enseguida.

Mientras abandonaban la zona y tomaban la carretera de regreso a Nueva, Roberto se fijó en un vehículo blanco que estaba parado al otro lado del puente donde había aparecido el cadáver de Olga. Por algún motivo le extrañó que estuviese parado allí, aunque no le dio más importancia de la debida.

Lo más inmediato ahora era ver qué tenía que decirles el padre Miguel.

21

La puerta de la iglesia de San Jorge estaba abierta, así que Eva y Roberto accedieron al interior. Apenas había dado dos pasos cuando le asaltó la misma sensación de frío que en su anterior visita. Logró suavizarla agarrando su amuleto, pero, aun así, decidió no entrar.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Eva.

—No sé… Es este lugar. Hay algo extraño en él.

—¿Dentro de la iglesia?

—Sí. Sería mejor hablar con el padre Miguel fuera.

Por suerte, en ese momento el párroco apareció por una puerta lateral cerca del altar y alzó la mano al verles.

—Buenos días.

—Buenos días, padre. Soy Roberto.

—Sí, ya te he reconocido.

—¿Le importa que salgamos fuera? Queríamos hablar con usted un par de minutos.

—Claro, no hay problema.

El hombre recorrió el pasillo central en dirección a la salida, mientras le esperaban en el exterior de la iglesia.

—¿Qué te trae de vuelta por aquí? —preguntó al reunirse con ellos.

—Una investigación en curso —respondió Roberto.

—¿Sobre la muerte de Olga?

—Me temo que sí.

—¡Pobre cría! —dijo mientras se santiguaba—. Una pérdida lamentable. Escuché que querían acusarte de su muerte.

—Roberto no lo hizo —intervino Eva con voz firme—. Todo ha sido fruto de un malentendido.

—Yo tampoco creo que lo hicieses.

—Ella es la sargento Ruano —dijo Roberto, decidido a no hacer mención a su relación personal con ella—. Hemos venido a hacerle

algunas preguntas.

—¿Qué queréis saber?

Eva fue quien tomó la palabra, con voz enérgica.

—Tengo entendido que habló usted con el teniente Ocaña y que le dijo que Roberto había amenazado a la víctima.

—Eso no es del todo exacto.

—¿Ah, no?

—Yo no le dije que la hubiese amenazado, solo le conté lo que había sucedido en su casa.

—¿Y qué fue lo que sucedió?

La dureza en la expresión y el tono de voz de Eva hicieron que el hombre se pusiese nervioso.

—Bueno, yo… —balbuceó, mirando a continuación a Roberto—. Tú estabas allí.

—Necesito que me diga lo que usted le contó al teniente Ocaña —insistió ella.

—Le dije que habíamos ido a su casa porque Olga me había dado un supuesto mensaje para Roberto y que él la agarró del brazo porque pensaba que alguien la estaba obligando a escribir esas cosas. En ningún momento mencioné que la hubiese amenazado.

—Según el teniente —intervino Roberto—, usted dijo que yo había perdido el control y que me tuvo que sacar de allí antes de que la cosa fuese a mayores.

—Nunca dije que hubieses perdido el control, te lo aseguro. Sí que dije que tuvimos que irnos porque Olga empezó a llorar y su madre nos pidió que nos fuésemos, pero nada más. Creo que ese teniente exageró lo que yo le conté.

—Eso parece.

—¿Y qué me dice de la posesión? —preguntó Eva—. ¿Le dijo algo al respecto al teniente?

—Solo comenté que Olga fingía que estaba poseída, cuando realmente no era así —respondió mirando a Roberto.

—¿Y cómo sabe usted que no lo estaba?

—Soy exorcista, o al menos lo fui en el pasado. Sé reconocer cuándo una persona está poseída y ella no lo estaba.

—¿Y entonces de dónde sacó ese mensaje para Roberto?

—Lo escribió delante de mí la primera vez que fui a visitarla. Su madre me llamó alarmada porque su hija decía que estaba poseída.

Fui allí, le hice algunas preguntas y luego recé varias oraciones. Como digo, no estaba poseída.

—Pero sabía cosas mías —dijo Roberto—. ¿Cómo puede ser eso?

—Llevo pensando en ello desde entonces —dijo el hombre rascándose la cabeza— y lo único que he sacado en claro es que los adolescentes de hoy en día tienen una picardía que hace años no tenían. Creo que Olga estaba jugando con nosotros, sobre todo con su madre.

—¿Y por qué lo haría?

—No lo sé, tal vez para reclamar su atención.

—Deberíamos hablar con ella —dijo mirando a Eva.

—No te lo aconsejo —aseguró el párroco—. La visité ayer y tiene metido en la cabeza que tú eres quien mató a su hija. Incluso su marido amenazó con vengarla con sus propias manos si no lo hacía la Guardia Civil. Es un hombre bastante corpulento y de los que no atienden a razones. Intenté hacerles ver que era pronto para acusar a nadie, pero ninguno de los dos quiso escucharme, así que te aconsejo que te mantengas alejado de ellos.

—Lo haremos —dijo Eva mirando de reojo a Roberto—. Una última pregunta. ¿Sabe usted con quién se relacionaba Olga o cuál era su círculo de amigos?

—Ni idea. La juventud hoy en día ya no siente tanto apego por la religión como antes. Sus padres suelen venir la mayoría de los domingos a misa, pero ella nunca les acompañaba, así que no sé mucho de su vida ni de su entorno. En realidad sé muy poco de la mayoría de los jóvenes del pueblo, aunque es cierto que llevo poco tiempo aquí. —En ese momento, el párroco miró a Roberto—. Por cierto, no sé si te comentaron que ya apareció la figura del Niño Jesús.

—¿La que habían robado?

—Sí. Ayer por la tarde estaba preparando las cosas para la misa de este domingo cuando al salir de la sacristía me encontré con que la figura estaba otra vez en su sitio. Imagino que alguien quiso gastar una broma o quizás se arrepintió de habérsela llevado.

—Me alegra que la haya recuperado.

—Gracias. Siento que eso hiciese que te metieses en este lío.

—Usted no tiene la culpa de nada, padre. Soy inocente, por mucho que los padres de Olga piensen que no y que ese teniente

esté empeñado en lo contrario. Y pienso demostrarlo atrapando al verdadero asesino.

—Espero que lo consigas. Puedes recurrir a mí si necesitas cualquier cosa. Vivo ahí enfrente —dijo, señalando el edificio con balcones de madera que había al otro lado de la calle—. Si encuentras la iglesia cerrada es porque estoy en casa.

—Gracias.

Antes de irse, Eva le preguntó cómo llegar a la casa de los padres de Olga y luego regresaron al vehículo. Una vez subidos a él, Eva preguntó:

—¿Qué es eso del robo?

—Alguien entró en la iglesia y se llevó una figura del Niño Jesús. Por ese motivo vine la primera vez.

—¿Era de mucho valor?

—Para nada.

—¿Y quién te pidió que vinieses?

—El sargento Godoy, ya te lo conté. Como yo soy de Nueva, pensó que era buena idea mandarme a investigarlo.

—Y fue entonces cuando el cura te dio la nota que Olga escribió para ti —dedujo.

—Sí, pero el padre Miguel no sabía quién era yo. Lo supo cuando Quique se paró a hablar conmigo y me llamó por mi nombre completo.

—¿Estás seguro?

—Bastante. El padre Miguel no me conocía de nada.

Eva se quedó unos segundos pensativa.

—¿No te parece todo muy extraño? Es decir, el cura llama por un robo de algo que no tiene valor y al saber quién eres, te enseña la nota y te lleva a conocer a esa supuesta poseída. Si no llegas a venir tú, nunca habrías conocido a Olga.

—¿Piensas que el sargento y el párroco están confabulados en esto? —dijo con expresión divertida.

—No te rías, estoy hablando en serio. Todo ha sido a raíz de un cúmulo de circunstancias demasiado casuales y hace tiempo que dejé de creer en las casualidades. Sobre todo cuando se comete un crimen. Si el asesino quería que fueses a casa de la víctima para enfrentarte a ella y que eso te inculpase, lo hizo de un modo muy extraño. ¿No crees?

—Visto desde ese punto de vista, es posible que estés en lo cierto.

—Algo en todo esto no me cuadra. Tengo que hablar con los padres de la víctima.

—Ya has escuchado al párroco. No me conviene acercarme a ellos.

—Iré yo sola.

—¿Y yo qué hago mientras?

—Puedes esperarme en el Dolce Vita, tomando un café. Aprovecha y pregunta a la gente por Olga.

—Dudo mucho que quieran contarme nada.

—Inténtalo. Yo no creo que tarde mucho.

—No me hace ninguna gracia que vayas tú sola, la verdad — aseguró él.

—No te preocupes, no me pasará nada.

Roberto iba a replicarle, pero conocía a Eva lo suficiente como para saber que no iba a dar su brazo a torcer, así que aceptó esperarla en Nueva.

Después de todo, llevaba tiempo sin pasear por las calles de su pueblo.

22

Eva aparcó delante de la casa de los padres de Olga y ordenó sus pensamientos mientras descendía del vehículo. Tenía que tener mucho tiento a la hora de hablar con ellos, para que no se cerrasen en banda y se negasen a darle las respuestas que necesitaba.

Fue la madre quien le abrió la puerta. Lo hizo con los ojos enrojecidos, como si llevase horas sin parar de llorar.

—Buenos días, soy la sargento Ruano, de la Guardia Civil. Estoy investigando la muerte de su hija.

La mujer la miró como si le hablase en otro idioma.

—¿De quién?

—De su hija, Olga. ¿Puedo pasar y hacerle unas preguntas?

No dijo nada. Se dio media vuelta y Eva la siguió hasta la última estancia a la derecha, un pequeño salón con muebles antiguos y un sofá con estampado de flores, donde la mujer se sentó, a la vez que agarraba uno de los cojines y se abrazaba a él.

Eva se preguntó si estaba bajo los efectos de alguna medicación, lo que podría complicar mucho la conversación con ella. Por eso se planteó si no era mejor hablar con el padre.

—¿Está su marido en casa?

—No, está segando, pero no quiere hablar con nadie. Ni siquiera conmigo. —Al decir eso, una lágrima rodó por su mejilla.

Estaba claro que tendría que intentar sacarle la información a ella.

—Quisiera hacerle unas preguntas sobre su hija.

—Ya vino un guardia civil preguntando por ella.

Supuso que se refería al teniente Ocaña.

—No tardaré mucho. Necesito saber si su hija salía con alguien.

—¿Cómo?

—¿Olga tenía algún novio o algún amigo especial?

—Ella nunca quería hablar conmigo de esas cosas. No le gustaba

que me metiese en su vida.

—¿Conoce a alguna amiga con la que se llevase bien? Ya sabe, las chicas siempre tenemos alguien a quien le contamos nuestras confidencias.

—Era una niña muy buena y ese monstruo me la arrebató —dijo rompiendo a llorar, a la vez que se abrazaba al cojín con fuerza.

Estaba claro que la mujer no se encontraba bien, pero no quiso irse con las manos vacías. Esperó un par de minutos a que se calmase y luego preguntó:

—¿Por qué llamó usted al cura de Nueva?

La mujer sacó un pañuelo y se secó las lágrimas antes de responder.

—Porque estaba poseída por un demonio.

—¿Y cómo lo supo?

—Ella me lo dijo. Se despertó hace unas noches gritando y llorando. Me contó que alguien estaba dentro de ella, poseyendo su cuerpo y atormentándola en sus sueños, y que llamase al padre Miguel para que la ayudase.

—¿Fue ella entonces la que le pidió que lo llamase?

—Sí.

—¿Y de qué conocía Olga al padre Miguel? Tengo entendido que nunca iba a misa.

—Supongo que me escuchó hablar de él. No lo sé.

—¿Él la curó?

—La curamos los dos —respondió la madre, asintiendo con la cabeza—. Rezamos juntos y eso la liberó del demonio. ¡Era una niña tan buena!

—¿Puede contarme lo que sucedió el día de su muerte?

—Ese monstruo vino a casa y quiso agredirla, pero el padre Miguel se lo impidió. Nunca debí dejar que ese hombre entrase en esta casa.

—¿Y después de eso? Tengo entendido que Olga salió esa tarde por Llanes —comentó, dado que Roberto la había visto allí.

—Iba a clases particulares todos los días, después de salir del instituto.

—Pero ese día no había ido a clase. ¿Quién la llevó a Llanes?

—Fue sola, en el autobús de línea.

—¿Y a qué hora regresó?

—No volvió. Ese criminal asesino… se la llevó —dijo antes de romper a llorar de nuevo.

—¡¿Qué ocurre aquí?! —gritó de pronto una voz desde la puerta de entrada a la estancia.

Eva se volvió para mirar al que supuso era el padre de Olga. Un hombre de unos cincuenta años, bastante corpulento y de aspecto intimidante.

—Soy la sargento Ruano —le respondió ella aparentando tranquilidad—. Estoy investigando la muerte de su hija.

—Pensé que ya habían detenido al asesino y que estaba claro que ese cabrón la mató.

—Hay algunas lagunas en la investigación que me gustaría aclarar.

—¡Me importan una mierda sus lagunas! ¡Quiero que se largue de aquí! —dijo señalando en dirección a la calle—. ¿No ve en qué estado se encuentra mi mujer?

—Antes necesito saber si estaba usted presente cuando se realizó el exorcismo.

—Eso son estupideces de esta —aseguró mirándola con dureza —. Mi hija no estaba poseída. Era una consentida que quería hacer siempre lo que le daba la gana y cuando no lo conseguía, se pillaba una rabieta.

—¿Y por qué dijo que estaba poseída?

—Porque quería irse con sus amigas un fin de semana a Madrid y como le dije durante la cena que ni de broma, se puso a gritar de noche, diciendo chorradas sobre que estaba poseída. Tonterías que le metió en la cabeza esta con sus estúpidos rezos y las historias que le contaba de niña sobre los santos y los ángeles. Y ahora lárguese de mi casa.

Por su expresión, Eva dedujo que no iba a sacarle más información, así que regresó a su vehículo.

Al menos, algunas piezas empezaron a encajar. Ahora hacía falta saber quién era la persona con la que Roberto había visto a Olga en Llanes.

23

Roberto decidió hacer caso a Eva y la esperó en el Dolce Vita. Aunque Quique, el dueño, no estuviese allí, era un bar donde siempre se encontraba a gusto, con aquel aire retro que tanto le había enamorado desde la primera vez que había entrado.

Estaba dando el primer sorbo al café que había pedido cuando notó que alguien se acercaba a él, deteniéndose a su lado.

—Hola, Rober.

Giró la cabeza y, al ver de quién se trataba, sintió que un fuego le recorría por dentro. A dos metros estaba Pedro, el hermano de Susana, que se había pasado varios años en la cárcel por ayudarla a huir con su hijo del país. Se le veía bastante desmejorado, comparado con la última vez que lo había visto. Presentaba unas profundas ojeras y tenía el cabello cubierto de canas, como si hubiese envejecido diez años más de los que tenía.

No sintió pena por él. En realidad era lo que se merecía por cómo se había comportado.

—Lo siento, no quería molestarte —dijo Pedro con mirada huidiza—, pero te he visto entrar y…

—No tengo nada que hablar contigo —le cortó centrando la mirada en la taza de café.

—Lo sé, solo quería pedirte perdón por todo lo que te hice. Quería ayudar a mi hermana, pero lo hice de la peor manera posible. Ahora me doy cuenta de mi error.

—Un poco tarde para eso.

—He pagado por ello —dijo con voz apagada—. Estos años que he pasado en prisión han servido para darme cuenta de que mi hermana era una persona enferma y que debí ayudarla de otro modo.

—No me interesan tus disculpas.

—Pero te las debo, a ti y a tu hijo. No debí ayudarla a que se lo

llevase.

—Por supuesto que no —dijo Roberto mirándole con dureza.

—Espero que el niño esté bien, después de lo ocurrido.

—Pudo haber muerto —aseguró poniéndose en pie para mirarle a los ojos—. Lo tenía encerrado en un piso y si no llego a encontrarle habría muerto.

—Lo siento —murmuró Pedro bajando la mirada al suelo, avergonzado.

—No quiero tus disculpas. Lo que quiero es que no vuelvas a acercarte a mí ni a mi familia.

—No te preocupes, no lo haré. Solo quería que supieses que lamento mucho lo ocurrido y que reconozco que me equivoqué. He pagado por mis errores, te lo aseguro. —Su voz adquirió un tono apagado—. La vida en la cárcel fue muy difícil. Mi mujer se separó de mí y estuve años sin ver a mis hijos, por eso he vuelto a Nueva.

—Escucha, Pedro…

—Sé lo que vas a decirme, que me merezco todo lo malo que me ha pasado —dijo alzando la mano para que le dejase hablar—. Soy consciente de ello. Nosotros éramos amigos y te traicioné. Solo quiero que sepas que me arrepiento de todo lo que hice. Mi hermana era una psicópata y una manipuladora que me convenció para ayudarla. Te pido perdón por todo el daño que te he causado.

Roberto sabía que en el fondo tenía razón. La gran culpable de todo lo ocurrido era Susana y Pedro solo había sido otra víctima suya. El único problema era que no le resultaba fácil perdonarle. Los dos habían sido muy amigos desde pequeños y eso hacía que le doliese en mayor medida su traición. A pesar de ello, rebajó su tono.

—No puedo perdonarte lo que hiciste, pero agradezco tus disculpas.

—Es lo único que necesito. Gracias, Rober.

Lo observó alejarse en dirección a la salida del bar, con un caminar lento que le confirmó que no pasaba por su mejor momento.

Quizás fuese cierto que ya había pagado por todo el mal causado.

24

Eva recogió a Roberto en la puerta del Dolce Vita.

—¿Se te ha hecho aburrida la espera? —preguntó ella en cuanto se subió al vehículo.

—Tampoco has tardado tanto —dijo, decidido a comentarle más tarde el encuentro con Pedro—. ¿Qué tal te ha ido todo? ¿Hablaste con los padres?

—Hablé primero con la madre, pero creo que estaba medicada y no regía muy bien —explicó mientras arrancaba—. Aun así, me dijo algo muy interesante. Parece ser que fue Olga la que le dijo que avisase al padre Miguel cuando fingió estar poseída.

—¿En serio? ¿No fue la madre la que decidió llamarle?

—No. Al parecer, Olga se despertó una noche gritando y diciendo que tenía un demonio dentro y que llamase al cura de Nueva para que la ayudase.

—Extraño —murmuró, pensativo.

—Sin embargo, el padre piensa que solo estaba fingiendo, que su hija no estaba poseída. Cree que lo hizo porque no la dejaba irse de fin de semana a Madrid con sus amigas.

—Un poco enrevesado, me parece.

—Tal vez, pero Olga debía ser bastante rebelde.

—¿Te dijeron lo que hacía en Llanes esa tarde? —preguntó Roberto.

—Según la madre, iba todos los días a clases particulares.

—No me pareció que fuese a estudiar cuando la vi subir a esa moto, aunque explicaría que llevase una mochila con libros.

—Su madre no sabe mucho de su vida fuera de casa. Me dijo que Olga jamás le contaba nada de lo que hacía ni con quién se veía, y tampoco conseguí que me hablase de las amigas con las que se relacionaba.

—Eso no nos deja mucho margen de maniobra.

—Lo sé.
—¿Qué vamos a hacer ahora?
—Hay que ir al instituto de Llanes y preguntar a sus compañeros de clase —afirmó Eva mientras salían del pueblo—. Olga debía tener alguna amiga con la que compartiese confidencias.
—Olvidas que hoy es sábado y que no hay clases.
—Es cierto. Bueno, aun así, podemos probar a hablar con el conserje. Seguro que sabe decirnos con quién se juntaba Olga.
—Me parece buena idea. No perdemos nada por intentarlo.
De vuelta a Llanes, Roberto dudó si contarle su encuentro con Pedro, pero pensó que era mejor no preocuparla. Después de todo, ya le había dejado claro que no quería que se acercase a su familia y, por cómo había reaccionado, estaba seguro de que no lo haría.
Mejor no remover el pasado.
Llegaron a Llanes quince minutos después. El instituto estaba cerrado a cal y canto y no había rastro del conserje, por lo que decidieron que lo mejor era volver a casa con los niños.
—Pediré el lunes libre y volveremos —dijo Eva mientras regresaban al vehículo.
—No es necesario, puedo venir yo solo a preguntar.
—De eso nada. Ya te he dicho que no voy a dejar que investigues solo.
—No puedes andar pidiendo días libres en el trabajo.
—Claro que puedo. Además, me preocupa tanto como a ti lo que está sucediendo.
—Lo sé, no me refiero a eso. No quisiera que tuvieses problemas en el trabajo por mi culpa —afirmó Roberto.
—No los voy a tener y si los tengo me da igual —dijo ella deteniéndose y mirándole directamente a los ojos—. Estamos solos en esto, Rober. No tenemos quien nos ayude, así que depende de nosotros demostrar tu inocencia.
—Lo sé.
—Saldremos de esta.
Los dos se abrazaron y permanecieron así hasta que un sonido llamó su atención. Un grupo de cuatro motoristas recorrió la calle haciendo rugir sus motores. Eran motos de carretera, muy parecidas a la que Olga se había subido el día de su muerte. Eso le recordó algo a Roberto.

—¿Y si nuestro vecino alemán era la persona con la que vi marcharse a Olga?

—Si era él, necesitamos demostrarlo, y ya viste que no parecía muy dispuesto a hablar con nosotros.

—Tal vez deberíamos buscar sus antecedentes.

—¿Cómo? Ni siquiera sabemos su nombre completo. Solo sabemos que se llama Johan.

—Podemos hablar con el matrimonio que le alquiló la casa. Seguro que pueden darnos sus datos.

—¿Y qué hacemos con ellos? —preguntó Eva—. Necesitaríamos que alguien de la policía alemana nos ayude, o tal vez de la Interpol.

—¡Sven! —recordó de pronto Roberto—. El policía alemán con el que trabajamos en la Interpol. Igual puede echarnos una mano.

—¿Tienes su teléfono?

—Pues claro. Suele llamar todos los años en Navidad para felicitarnos las fiestas. Seguro que él nos ayuda.

—Merece la pena probar.

Salieron de Llanes, mientras Roberto llamaba a los anteriores vecinos.

Para cuando llegaron a casa ya tenían los datos completos de Johan.

25

Eran las seis de la tarde cuando Roberto recibió la llamada que esperaba. Los críos estaban en la cocina con Eva, merendando, así que salió al jardín.

—Ya lo tengo, españolito —escuchó en inglés la voz de Sven, su antiguo compañero en la Interpol, con aquel acento tan característico.

—¿Tiene antecedentes?

—¡Vaya si los tiene! Tu vecino Johan Meyer estuvo en prisión por abusar de una adolescente. Y no solo eso. También estuvo acusado de varios asesinatos, cuya culpabilidad al final no se pudo demostrar. ¿Conoces los crímenes de prostitutas en Hamburgo?

—No.

—Fue un par de años antes de que le metiesen en la cárcel. Fue el principal sospechoso de la violación y asesinato de cuatro prostitutas en Hamburgo, aunque al final los investigadores no pudieron demostrar su implicación. Luego le detuvieron por lo de esa adolescente y terminó encerrado quince años en prisión.

—¿Y cómo ha terminado viviendo frente a mi casa?

—Muchos compatriotas míos se van de vacaciones a España.

—Sí, pero a zonas del Mediterráneo, no a Asturias.

—Eso me recuerda que prometí visitarte, pero ya sabes que con el lío de mi suegra y los críos…

—No te preocupes, no te lo tengo en cuenta —dijo Roberto, más interesado en que le hablase de su vecino—. ¿Cuánto hace que Johan salió de la cárcel?

—Dos años. ¿Crees que podría ser el asesino que buscas?

—Con todo lo que me has contado, es muy probable, aunque necesito demostrar su culpabilidad.

—Ten cuidado con ese tío, Rober. En la cárcel se cargó a otro preso durante una pelea. Le aplastó la tráquea con sus propias

manos. Determinaron que había sido en defensa propia, porque el otro le había dado un navajazo, lo que no quita para que sea alguien muy peligroso.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Sven.

—Ya sabes que también puedes venir tú a verme.

—Mejor espero a que bajes. Ahí hace mucho frío.

El alemán soltó una sonora carcajada.

—Solo en invierno, pero tienes razón. Yo también prefiero la playa.

—Aquí te espero con los brazos abiertos.

—Hasta pronto, españolito.

Roberto se despidió de él y se acercó a la entrada para echar un vistazo a la casa del vecino. Las probabilidades de que Johan fuese el autor del crimen acababan de aumentar exponencialmente. Tenía una moto idéntica a la que Olga se había subido horas antes de su muerte y además había tenido acceso a la caja de herramientas, por lo que podía haberse apropiado de la navaja que guardaba en ella. El hecho de que, además, hubiese estado en la cárcel por abusar de una adolescente y que incluso hubiese sido sospechoso de la muerte de varias prostitutas, conformaban el perfil de un depredador sexual de manual.

¿Sería posible que tuviese a un brutal asesino viviendo a pocos metros de sus hijos?

Regresó a casa y se dirigió a la cocina, donde en ese momento Eva terminaba de hablar por teléfono. Por su expresión, intuyó que algo no iba bien.

—Tenemos que hablar —murmuró ella.

—¿Qué ocurre?

—Aquí no. Niños, ahora venimos. —Le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiese y ambos se dirigieron al salón—. Acabo de recibir una llamada del brigada Padilla.

—¿Qué ocurre?

—Acaba de decirme que le llamaron hoy al mediodía para que volviese a Nueva con su equipo.

—¿Para analizar otra vez el sitio donde apareció el cuerpo de Olga?

—No, dice que esta vez el teniente Ocaña le ha pedido que analice otra zona, una que él ya conoce. Por eso nos ha llamado.

—¿Qué zona?

—La casa donde estuvimos esta mañana.

Roberto sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Y cómo…?

—No lo sé.

En ese momento, Roberto recordó el coche que había visto parado en el puente del Henar esa mañana.

—Creo que nos han estado siguiendo, seguramente por orden del teniente Ocaña.

—Entonces sabe que estuvimos en la casa, por eso ha solicitado analizar la zona. Piensa que ese podría ser el lugar del crimen.

—Es que lo es.

—Por eso estoy preocupada —dijo Eva, mientras su rostro se ensombrecía—. Los dos estuvimos en la casa. Si Padilla encuentra algún rastro tuyo en el lugar y demuestra que allí asesinaron a Olga, ese cabrón de Ocaña tendrá las pruebas que necesitaba para encerrarte de nuevo. Y esta vez no será tan fácil sacarte.

—No parecía haber ningún rastro de sangre.

—Eso no quiere decir que no exista, ya lo sabes.

Roberto tuvo que reconocer que tenía razón.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró.

—Encontrar al verdadero asesino antes de que puedan acusarte de nuevo. No nos queda otra.

—Quizás no lo tengamos tan lejos, aunque demostrar su culpabilidad será más difícil.

—¿Te refieres al vecino? —preguntó ella.

—Sí.

Roberto le contó lo que Sven había averiguado sobre él. Eva coincidió en que reunía todas las papeletas para ser el autor del asesinato de Olga. El problema era demostrarlo y más aún cuando parecía que el teniente Ocaña contemplaba a Roberto como único sospechoso.

—Solo necesito que Johan me dé la mano y sabré seguro si lo hizo él.

—Ya viste que ayer no quiso dártela —le replicó Eva—. Además, si el propio Sven te ha dicho que es un tío peligroso, lo mejor sería tener cuidado con él.

—¿Y qué sugieres entonces que hagamos?

—Mañana iré a ver al teniente Ocaña para contarle lo que hemos averiguado sobre Johan. Espero convencerlo al menos para que lo investigue.

—¿Crees que es una buena idea?

—Me niego a creer que su primera prioridad no sea encontrar al asesino de Olga, por lo que debería estar abierto a cualquier otro posible sospechoso.

—Después de lo que me dijo al detenerme, no creo que sea de ese tipo de persona.

—Mañana lo averiguaré.

26

El mismo lugar, la misma casa, la misma penumbra.

Era la misma escena que había vivido anteriormente, solo que esta vez pudo ver a Olga. Estaba de pie frente a él, pasándose la lengua por los labios, en una actitud muy provocativa y sensual.

—¿Por qué no te quitas ese casco y me besas? —le dijo.

Se acercó y alzó las manos para rodearle el cuello con ellas, hasta que, de pronto, su expresión cambió por completo. Primero sus ojos reflejaron sorpresa, como si no comprendiese nada de lo que estaba ocurriendo, y su rostro se contrajo de dolor, antes de desplomarse en el suelo.

Fue en ese momento cuando su mirada descendió y se vio a sí mismo empuñando la navaja. Estaba viviendo la escena a través de los ojos de su asesino.

La puñalada en el corazón había sido tan precisa que la vida se apagó en sus ojos en pocos segundos y se limitó a observarla mientras exhalaba su último aliento.

Después de eso, se despertó.

27

Eva llegó al cuartel de la Guardia Civil de Llanes a las nueve de la mañana del domingo, después de dejar a Roberto en casa con los críos. Sabía que él no estaba de acuerdo con que fuese sola a hablar con el teniente Ocaña, pero era el único modo de lograr que dejase de considerar a Roberto como el principal sospechoso del crimen. Estaba convencida de que lograría hacerle recapacitar, sobre todo porque con los antecedentes que tenía su vecino alemán era imposible que no se plantease, como mínimo, su posible implicación.

No esperaba que el sargento Godoy le saliese al paso en cuanto puso un pie en el edificio.

—¿Qué haces aquí en domingo, Ruano? —le preguntó con tono serio.

—¿Y tú? —le replicó ella al ver que llevaba puesto el uniforme.

—Se me acabaron los días libres hasta que resolvamos el crimen de Olga Villa. El teniente Ocaña vino solo desde Gijón porque no había más agentes disponibles, así que me ha tocado echarle una mano. Vamos, que prácticamente trabajo codo a codo con él y no es de los que se toman demasiados descansos.

—Pues lo cierto es que vengo a hablar con él.

—¿Por qué motivo?

—Muy sencillo, porque Roberto es inocente y tenemos un probable sospechoso al que debería investigar.

—¿Tenéis? —preguntó, extrañado.

—Sí.

Godoy miró nervioso a su alrededor y luego dijo:

—El teniente ahora mismo no está, así que es mejor que hablemos en mi oficina antes de que llegue.

La guio hasta ella, mientras notaba cómo la poca gente con la que se cruzó la miraba con desconfianza. Una vez dentro, cerró la

puerta y la invitó a sentarse delante de su mesa, mientras él lo hacía en su silla.

—¿Qué sospechoso es ese? —preguntó entonces Godoy.

—Preferiría hablarlo con el teniente.

—No sé si eso será buena idea.

—¿Por qué?

—Deberías tener cuidado con él. Está obsesionado con Fuentes.

Esa afirmación la desconcertó.

—No termino de entenderte.

Godoy cogió entonces un bolígrafo que tenía sobre la mesa y empezó a moverlo entre los dedos. Se le veía nervioso e incluso incómodo.

—Somos compañeros de Academia y nos conocemos hace tiempo, Ruano —comenzó a decir en tono paternal—, así que espero que lo que hable contigo ahora quede entre nosotros.

—No te preocupes, así será.

—Conozco a Fuentes y sé que no es un asesino —aseguró—. Lo cierto es que me parece absurdo lo que está pasando. Después de todos los asesinos a los que ha atrapado a lo largo de los años, pensar que ahora haya matado a una adolescente es… estúpido.

—Me alegra ver que estamos de acuerdo.

—Además, ¿quién va a creerse que después de matarla decidió dejar la navaja dentro de su mochila en vez de llevársela?

—¿Y por qué entonces el teniente está empeñado en acusarle?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Intenté hacerle ver que estaba equivocado, pero no quiso escucharme. Y después de lo de ayer, menos todavía.

—¿Lo de ayer?

Godoy bajó la voz, como si alguien fuera del despacho pudiese escucharles.

—Ha pedido un equipo de Criminalística para que analicen los alrededores de una casa que se encuentra cerca del sitio donde apareció el cadáver de esa joven, al otro lado de la carretera.

Eva trató de hacerse la sorprendida, para que no supiese que el brigada Padilla ya la había llamado para avisarla.

—¿Por qué motivo? —se limitó a preguntar.

—Pidió un par de agentes con un coche de incógnito para que siguiesen a Fuentes en todo momento y sabe que estuvo en ese

lugar ayer por la mañana.

—Yo también estuve con él. Aparcamos allí para no dejar el coche en la cuneta y…

—A mí no tienes que convencerme, pero los de Criminalística encontraron varias muestras de sangre en esa zona y ahora el teniente está convencido de que allí asesinaron a la víctima. Dice que todos los asesinos regresan al lugar del crimen para rememorarlo.

—¡Eso es absurdo! Si Roberto fuese el asesino no me habría llevado con él a ese lugar.

—Lo sé. Por eso te digo que ese teniente me tiene desconcertado. Su única fijación es demostrar su culpabilidad. Es mejor que no hables con él.

—Tengo que hacerlo. He descubierto que mi vecino, un alemán llamado Johan Meyer, estuvo en la cárcel en su país, acusado de abusar de una adolescente. Además, fue sospechoso en la investigación de una serie de crímenes de prostitutas, de la que se libró por falta de pruebas.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Godoy, sorprendido, inclinándose hacia delante.

—Tengo contactos en la Interpol. El teniente Ocaña debería investigarlo.

—No creo que quiera. Ya te digo que parece demasiado convencido de que Fuentes es el asesino.

—Sigo sin entender por qué. Tú mismo lo has dicho, es absurdo.

—Intentaré hablar con él y hacerle entrar en razón para que siga otras líneas de investigación. Ayer estuvimos hablando con una amiga de la víctima, su mejor amiga, según nos contó su madre.

Eva se sorprendió de escuchar eso, teniendo en cuenta que la madre de Olga no le había dicho nada al respecto cuando le había preguntado el día anterior.

—¿Y qué os contó?

—Que Olga llevaba varias semanas viéndose con alguien.

Eso despertó el interés inmediato de Eva.

—¿Con quién?

—No lo sabe porque lo llevaba muy en secreto para que no se enterasen sus padres. Solo sabe que era mayor que ella.

—Pocas horas antes de su muerte, Roberto la vio subirse a una

moto con un desconocido.

—Eso coincide con lo poco que nos contó su amiga, que tenía una moto con la que iba a buscarla cerca de su casa, aunque el teniente no parece dispuesto a ahondar en esa línea de investigación.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Está convencido de que Fuentes la asesinó.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡Joder, ni siquiera la conocía! —dijo sin poder contener la rabia.

—Lo sé.

—¿Dónde puedo encontrar a esa amiga?

—Espera, espera —dijo Godoy agitando las manos—. No puedes hablar con ella.

—¿Por qué no? ¿El teniente todavía nos tiene bajo vigilancia?

—No, ya tiene lo que quería, así que de momento la ha desactivado.

—Entonces no hay ningún problema en que vaya a hablar con esa amiga.

—Es una testigo en una investigación de la que tú no formas parte, Ruano.

—Escúchame bien, Godoy. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras acusan a mi marido de asesinato.

—Eso al teniente no le va a gustar.

—No tiene por qué enterarse. Tú mismo has dicho que crees que Roberto no la asesinó.

—Sí.

—Pues entonces ayúdame a demostrarlo. Dime dónde puedo encontrarla.

El sargento desvió la mirada hacia su teléfono, que permanecía sobre la mesa, y asintió con la cabeza pasados unos segundos.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que si te cuenta algo importante, hablarás conmigo antes que con el teniente. ¿Lo harás?

—Sí, tranquilo, te lo prometo.

28

La amiga de Olga vivía a la entrada de Nueva de Llanes, pasado el antiguo cuartel de la Guardia Civil. En una casa pintada de un color rojo pálido, situada al borde de la carretera. Roberto y Eva llegaron juntos cerca del mediodía, después de dejar a los niños una vez más con Kateryna. La verdad es que la joven ucraniana era un encanto, siempre dispuesta a cuidarlos cuando lo necesitaban.

—Deberíamos pagarle un extra a Kateryna —dijo Roberto mientras Eva detenía el vehículo unos veinte metros más allá de la casa.

—Ya lo he hecho, antes de irnos. La verdad es que no sé qué haríamos sin ella —aseguró abriendo la puerta—. Es mejor que me esperes aquí.

—¿Por qué?

—No conviene que la madre de esa amiga te vea. Prefiero que piense que soy yo sola la que lo estoy investigando, por si llegase a oídos del teniente Ocaña.

—De acuerdo —accedió.

Eva se acercó a la puerta de la vivienda y tuvo que esperar unos segundos desde que llamó hasta que la mujer abrió la puerta.

—Buenos días, soy la sargento Ruano, de la Guardia Civil, y estoy investigando la muerte de Olga, la amiga de su hija.

La mujer, de unos cuarenta años, negó con la cabeza.

—Nieves no está aquí. Salió esta mañana a dar una vuelta en bici y todavía no ha vuelto.

—¿Tiene idea de dónde puede estar?

—No me lo dijo.

—Es importante que hable con ella.

La mujer la miró con desconfianza.

—Hace dos días ya vinieron unos guardias civiles a hablar con Nieves.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Hay un detalle que me gustaría que me aclarase.

—¿Qué detalle?

—Es sobre el amigo con el que se veía Olga.

—Ella no sabe quién era.

—Lo sé, pero cualquier cosa que le hubiese contado sobre él puede ser importante.

—A mí nunca me gustó esa niña —aseguró la mujer frunciendo el ceño—. Nosotros no somos de aquí, vinimos de Burgos a vivir a Nueva porque mi marido trabaja en la construcción. Nieves y Olga se hicieron muy buenas amigas en el instituto, pero a mí nunca me gustó que anduviese con ella.

—¿Por qué motivo?

—Porque se la veía una niña demasiado espabilada. En verano se quedó una vez a dormir aquí en casa, durante las fiestas, y la escuché comentarle a mi hija que pensaba ligarse a un hombre mayor que había conocido y que esperaba que la sacase de aquí. Dijo que si tenía suficiente dinero le convencería para irse a vivir lejos de aquí. La verdad, una chica con esas ideas no me pareció que fuese la mejor influencia para Nieves, por eso le dije que no quería que la invitase más.

—¿Y le hizo caso?

—Sí, aunque luego iban juntas a clase, así que no podía impedir que tuviesen relación allí. Eso sí, le dejé muy claro que no quería que saliese con ella y para eso mi hija es bastante obediente.

—De todas formas, me gustaría hablar con Nieves. Por favor.

—Está bien, la llamaré por teléfono. —La mujer lo sacó del bolsillo y trató de contactar con ella. Pasados unos segundos, negó con la cabeza—. No me lo coge.

—¿Y no sabe dónde puede haber ido?

—No, pero tengo una aplicación en el móvil que me da su posicionamiento. Se la instalé para saber dónde se encontraba, en caso de que le pase algo.

La mujer abrió una aplicación en la pantalla de su teléfono, donde apareció un mapa que fue aumentando hasta obtener el lugar preciso.

—¡Qué raro! Está a las afueras de Nueva, en el campo de fútbol del San Jorge, según pone aquí.

—¿Puedo verlo? —La mujer le entregó el teléfono y Eva observó el lugar en el que estaba situado el punto que marcaba su posición —. Sí, parece que está delante de la entrada al campo de fútbol Ereba.

—No entiendo qué puede hacer allí. A ella no le gusta el fútbol.

—¿El posicionamiento es en tiempo real?

—Sí. Bueno, da el posicionamiento cada quince minutos. Puede que ya no esté allí y que solo haya pasado dando un paseo en bici.

—Me acercaré a comprobarlo.

—Si está allí, dígale por favor que vuelva a casa, que casi es la hora de comer.

—No se preocupe, lo haré.

Tras despedirse de ella, Eva regresó al coche.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Roberto en cuanto se subió al asiento del conductor.

—No estaba en casa. Su madre me ha dado el posicionamiento de su teléfono y al parecer está en el campo de fútbol del pueblo.

—Está cerca de aquí, a las afueras. Llegaremos en un minuto.

El campo de fútbol estaba flanqueado por un muro de color blanco, sobre el que estaba pintado el escudo y el nombre del club de fútbol: C.D. San Jorge. Roberto solo había estado allí en un par de ocasiones, viendo jugar a un amigo suyo que luego se lesionó y dejó el equipo.

Apoyada en el muro, junto a la puerta de acceso al campo, había una bicicleta de color rosa, bastante llamativa.

—¿Crees que estará dentro? —preguntó Eva mientras aparcaba al lado.

—La reja parece cerrada.

Salieron del vehículo y en cuanto Roberto puso un pie en tierra notó aquella sensación a la que nunca lograba acostumbrarse, pero que conocía perfectamente. Agarró su amuleto para rebajar la intensidad de la energía negativa que atravesó su cuerpo y trató de controlar sus pulsaciones.

—¿Qué ocurre? —dijo Eva posando los ojos en él.

Necesitó realizar un par de respiraciones profundas antes de responder:

—En este lugar se ha cometido un crimen.

—¿Crees que han matado a Nieves?

—No lo sé.

Roberto sintió que recuperaba el control de su cuerpo, por eso avanzó y miró a su alrededor. A un lado estaba la entrada al campo de fútbol, con la bici apoyada en la pared. Al otro, un campo de cultivo con varios árboles bastante frondosos en la linde, cuyas hojas llegaban casi hasta el suelo, impidiendo ver con claridad lo que había debajo. Ese fue el lugar al que se acercó en un primer momento.

Se metió por debajo de las ramas y no tardó en ver al pie de uno de los árboles el cuerpo tumbado bocarriba de una joven, que supuso que sería Nieves. La adolescente tenía los ojos cerrados y la cara cubierta de sangre, a causa de las heridas visibles de su cabeza.

—¡Eva, aquí!

Ella no tardó ni cinco segundos en situarse a su lado.

—¡Dios mío! ¿Crees que está muerta?

—Eso parece.

—Espera —le ordenó ella, cogiéndole del brazo—. No puedes dejar tu ADN en este lugar.

—No voy a dejar mi ADN. Solo voy a tocar su cuerpo para comprobar si está muerta y a comunicarme con ella, si es así. Necesitamos saber quién la asesinó y por qué.

—Está bien, adelante.

Roberto tomó aire y acercó su mano a la de la víctima. No la agarró, tan solo tocó su piel. Eso fue suficiente para que una voz poderosa inundase su mente.

—Ayúdame, Roberto.

29

La conexión fue bastante fuerte, lo que le dejó claro que no llevaba mucho tiempo muerta.

—¿Eres Nieves? —preguntó Roberto en voz alta.

—Sí —escuchó en su mente.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Necesito que me ayudes —respondió ella.

—Y lo haré, pero antes quiero que me digas quién te ha hecho esto.

—Necesito tu ayuda.

Todos los fallecidos con los que se conectaba le pedían que hiciese algo por ellos, esa era su primera prioridad, por eso accedió.

—¿Qué necesitas de mí, Nieves?

—Mi madre… dile que lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haber cogido dinero de mis estudios. Quería regalarle un bonito colgante y unos pendientes para su cumpleaños.

—No creo que se enfade por eso.

—Pensaba reponer el dinero. Lo guardé todo dentro de un osito azul que tengo encima de la cama, con una cremallera a la espalda y un bolsillo interior.

—No te preocupes. Se lo daré y le explicaré por qué cogiste el dinero.

—Gracias.

—¿Y ahora dime quién te hizo esto?

—No lo sé.

—¿No le viste la cara?

—No, llevaba… un casco puesto.

—¿Y no sabes quién era?

—No.

Las respuestas empezaban a ser débiles, señal de que pronto

perdería el contacto. Quizás llevaba demasiado tiempo sin comunicarse con nadie y había perdido la práctica, por eso trató de concentrarse con mayor fuerza.

—¿Por qué viniste a este lugar?

—Él me mandó un mensaje al Instagram.

—¿Quién? —Al ver que no obtenía respuesta, continuó—. ¿Qué te dijo?

—Que Olga había dejado una carta para mí.

—¿Te dijo que vinieses aquí para dártela?

—Me dijo que… la encontraría debajo… de este árbol.

—Y entonces te atacó.

—Sí.

—¿Y dices que llevaba un casco puesto? —No obtuvo respuesta, así que insistió—. ¿Qué tipo de casco, de motorista?

Roberto ya no escuchó ninguna respuesta y notó cómo perdía la conexión, así que se incorporó y regresó a la puerta del campo de fútbol, seguido de Eva.

—¿Te ha dicho quién la mató? —preguntó ella.

Necesitó unos segundos para recuperarse y responder a la pregunta.

—No, llevaba puesto un casco.

—¡Joder! ¿Otra vez ese motorista?

—Dice que le mandó un mensaje a través de Instagram para que viniese aquí a recoger una carta que Olga había dejado para ella, y que la encontraría debajo de este árbol.

—No entiendo cómo cayó en esa trampa.

—No me lo ha dicho. En realidad, no me ha contado demasiado que nos ayude a averiguar quién la asesinó —aseguró negando con la cabeza—. Tenemos que avisar de que hemos encontrado su cuerpo.

—Si te encuentran aquí, van a detenerte. Pensarán que la has matado tú.

—El forense demostrará que ya estaba muerta cuando llegamos.

—Aun así, no te beneficiará en nada que te encuentren en el escenario de un nuevo crimen. Ya te he dicho que el teniente Ocaña está deseando meterte otra vez entre rejas.

Roberto tuvo que reconocer que tenía razón.

—Es cierto, pero no puedo llevarme el coche y dejarte sin él. —

Se quedó pensativo durante unos segundos y luego dijo—: Puedo regresar a Nueva andando.

—Deberías hacerlo por donde no te vea nadie.

—Iré por aquí detrás —aseguró señalando el camino de tierra que salía en dirección norte—. Primero hasta el cementerio y luego por la parte alta del pueblo. No creo que me vea nadie. Te esperaré en el Dolce Vita.

—¿Cuánto tardarás en llegar?

—Unos diez minutos, calculo. Iré andando para no llamar la atención.

—De acuerdo. Esperaré ese tiempo y luego llamaré al cuartel de Llanes para avisar de que he encontrado un cuerpo.

—No esperes. Por el sitio que voy a ir no creo que haya ninguna patrulla de la Guardia Civil y es preferible eso a que tú también te conviertas en sospechosa. Llama ya.

—¿Estás seguro?

Roberto la miró con amargura antes de responder.

—De lo único que estoy seguro ahora mismo es de que yo no la maté.

30

De regreso a Nueva, Roberto tuvo tiempo para analizar todo lo ocurrido en los últimos días y lo que sabía hasta ese momento del asesino al que perseguía gracias a sus sueños.

El hecho de que hubiese utilizado un casco de motorista para ocultar su rostro mientras asesinaba a las dos víctimas era algo muy llamativo. Quizás le excitaba hacerlo de ese modo, sin que ellas pudiesen ver su expresión mientras les quitaba la vida. Sin embargo, solo se había limitado a eso. No las había violado ni abusado de ellas.

Teniendo en cuenta ese detalle, tenía que reconocer que las posibilidades de que Johan Meyer fuese el hombre al que perseguía, disminuían bastante. Un hombre condenado en Alemania por abusar de una menor y sospechoso de la violación y asesinato de cuatro prostitutas no encontraba satisfacción con la simple muerte de dos adolescentes. Era poco probable que se excitase solo con eso.

Además, el segundo asesinato no tenía mucho sentido. Nieves ya había hablado con los investigadores y les había dicho no saber nada de la identidad del hombre con el que se veía Olga. Tal vez el asesino había querido cerrarle la boca para siempre, ¿pero por qué ahora y no antes?

Y, por último, estaba el asunto de la navaja con sus huellas que el autor del crimen había dejado dentro de la mochila de la primera víctima. Era como si todo hubiese sido preparado para que le acusasen a él del crimen. Johan no tenía motivos para hacerlo, más allá de que solo pretendiese alejar las sospechas de su persona y centrarlas en otra. Alguien con quien apenas tenía relación desde que residía en Porrúa.

No, todo aquel asunto era más complejo de lo que parecía y giraba en torno suyo. Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. La gran pregunta era quién ganaba más si él terminaba en la cárcel.

Al llegar a las vías del tren, decidió cruzarlas para caminar al refugio de la hilera de árboles que había a ambos lados de la carretera que llevaba a la estación y luego cogió una estrecha carretera por la que descendió a la parte baja del pueblo. La idea era cruzarse con la menor gente posible y, sobre todo, que nadie pudiese reconocerle.

Tuvo suerte y llegó al bar Dolce Vita sin encontrarse con nadie en todo el recorrido, lo que hizo que respirase aliviado. Sin embargo, no entró en el local. El bullicio que salía del interior cuando llegó a la puerta le hizo suponer que estaba a tope, algo lógico teniendo en cuenta que era domingo y la hora del vermú, así que decidió seguir callejeando por el pueblo mientras decidía en qué lugar esperar a Eva. Como en cualquier pueblo de España, lo que sobraban eran bares, así que decidió buscar uno en el que no hubiese mucha gente, si eso era posible.

Salió a la calle principal de Nueva, justo a la altura de la iglesia de San Jorge, lo que hizo que se detuviese en ese lugar. Por un momento dudó si entrar a hablar con el padre Miguel, aunque se reafirmó en que cuanta menos gente le viese por el pueblo, mejor. No contaba con que el párroco saliese en ese momento de la iglesia y que lo hiciese acompañado de alguien a quien no quería tener cerca de él.

Era Pedro, el hermano de Susana.

31

Eva trató de mantener la calma cuando el sargento Godoy descendió del vehículo acompañado de un hombre espigado, que supuso se trataba del teniente Ocaña. No le gustó lo más mínimo el aire de superioridad con el que posó los ojos en ella.

—¿Tú eres la sargento Ruano? —preguntó acercándose a largas zancadas.

—Sí, mi teniente —le respondió de forma reglamentaria.

—¿Y se puede saber cómo has encontrado el cuerpo?

—Ya se lo conté al sargento Godoy por teléfono.

—Prefiero oírlo de tus propios labios.

No era la primera vez que Eva tenía que lidiar con alguien así. Daba igual el empleo. Había gente que en cuanto se ponía un uniforme o tenía una placa se creía que estaba por encima de los demás. Si este era el caso, no pensaba amedrentarse lo más mínimo. A su edad, ya no estaba para aguantar gilipolleces.

—Fui a ver a la víctima a su casa y su madre me dijo que se encontraba aquí. Lo averiguó gracias a una aplicación que su hija tenía instalada en el teléfono.

—¿Y por qué fuiste a verla?

Eva no quería traicionar a Godoy, que la miró en ese momento con cierto temor, por eso improvisó su respuesta.

—Una mujer de Nueva me dijo que Nieves era amiga de Olga.

—Repito, ¿por qué fuiste a verla?

—Quería que me hablase de la gente con la que se relacionaba Olga.

—¿Para qué?

Cada pregunta era como si le escupiese a la cara.

—Para averiguar quién la mató.

—Creo que eso ya está bastante claro —dijo el teniente con una expresión de desprecio que hizo que Eva explotase.

—Lo único que está claro es que es usted un puto inútil que no sabe dónde tiene la mano izquierda.

El teniente enrojeció de ira, mientras Godoy palidecía.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el oficial, a la vez que una vena del cuello se le hinchaba de manera visible.

—Roberto no mató a Olga, hasta un ciego lo vería. Es absurdo, no tenía motivos para hacerlo.

—Eso da igual.

—¿Cómo que da igual? En todo crimen hay una serie de preguntas que se deben resolver: quién, cómo, cuándo, dónde y por qué. Roberto estaba conmigo cuando se cometió el crimen y no conocía a la víctima, lo que descarta dos de esas cuestiones.

—¿Acaso va a darme lecciones una puñetera… sargento que trabaja en una oficina en el cuartel de Ribadesella?

—He estado bastantes años investigando homicidios y me parece que tengo mucha más experiencia que usted.

—¿Ah, sí? —dijo el teniente, soltando una sonora carcajada a continuación—. Pues a mí me parece que no eres demasiado lista. Esas preguntas de las que hablas ya tienen respuesta. El porqué está bastante claro. Esa mañana discutió con la víctima y la amenazó. Sé que la mató el cabo Fuentes porque sus huellas estaban en el arma del crimen. Y, lo mejor de todo, ahora sé también dónde lo hizo: al otro lado de la carretera, frente al lugar donde luego depositó el cadáver. Imagino que no te sorprende oírlo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque Fuentes estuvo contigo en ese lugar ayer, imagino que para intentar borrar sus huellas, con tu ayuda. Por desgracia para los dos, Criminalística ha sido capaz de encontrar restos de sangre y ya se ha confirmado que pertenece a la víctima. Tan lista que eres, imagino que sabrás que muchos asesinos vuelven a la escena del crimen, bien sea para rememorarlo o para cubrir su rastro.

—No fuimos a la casa para nada de eso.

—Me importa una mierda la excusa que quieras dar.

—¿Cómo puede ser tan… obtuso? —dijo para no volver a llamarle inútil—. Si realmente la mató Roberto, ¿qué motivos tenía para dejar la navaja con sus huellas dentro de la mochila de la víctima?

—Eso debería de decírtelo él.

—Alguien robó esa navaja de nuestra caja de herramientas y sé perfectamente quién.

—¡No me digas! —preguntó el teniente Ocaña con ironía.

—Debería investigar a mi vecino, Johan Meyer. Un alemán que ya estuvo en prisión en su país por abusar de una adolescente y que incluso fue sospechoso del asesinato de varias prostitutas, aunque no pudieron demostrar su culpabilidad.

—¿Y eso lo has encontrado buscando en sus redes sociales?

—Tengo contactos en la Interpol. —Tuvo que morderse la lengua para no terminar la frase con un «imbécil».

—¡Ah, bueno! —exclamó en un tono todavía más irónico el oficial, a la vez que abría los brazos—. ¿Por qué no lo dijiste antes? Ha resuelto el caso ella sola —dijo mirando a Godoy, que puso cara de circunstancias—. ¡Ahora resulta que fue el vecino!

Eva sintió ganas de tirarse a su cuello, pero decidió ser más racional.

—Es absurdo creer que Roberto sea un asesino. Ha resuelto más asesinatos que la mayoría de los investigadores de la Guardia Civil.

—Y solo por eso ya no podemos sospechar de él ¿verdad?

—Lo que debería preguntarse es quién está tan interesado en que parezca culpable.

—No lo parece, lo es, y esta conversación termina aquí. La quiero fuera del escenario del crimen.

—No pienso moverme de aquí.

—¿Cómo? —dijo abriendo los ojos de forma desmesurada.

—Yo encontré el cuerpo.

—¿Y crees que eso te da derecho a inmiscuirte en la investigación? Sargento, que se largue de aquí ahora mismo. Y si no lo hace, quiero que la detenga —dijo mirando a Godoy para, acto seguido, darles la espalda y dirigirse al lugar donde se encontraba el cuerpo.

Eva dio un paso hacia él, lo que hizo que Godoy se situase delante de ella para bloquearle el camino.

—Tiene razón, ahora mismo es mejor que salgas de aquí o empeorarás las cosas. Luego te tomaremos declaración en el cuartel.

—Ese teniente es un puto engreído.

—Lo sé, por eso es mejor no buscarse problemas con él.

—¿Cómo puede estar tan ciego?

—Ya te dije que está convencido de que Fuentes es culpable.

—Pues se equivoca y este nuevo crimen es la prueba.

—Es una suerte que Roberto no esté aquí —murmuró Godoy, a lo que ella no dijo nada—. Por cierto, te agradezco que no le comentases que yo te hablé de Nieves y te dije dónde encontrarla.

—Tranquilo, no tenía pensado decirle nada.

—¿De verdad estaba muerta cuando llegaste?

—Sí. Su madre me dio su ubicación y cuando llegué la encontré muerta debajo de ese árbol —dijo Eva señalándolo con la mirada.

—Te avisaré más tarde para que te pases por el cuartel y hagas una declaración formal. Ahora es mejor que regreses a casa.

Si algo estaba claro era que ya no pintaba nada allí.

—De acuerdo.

—Y ten cuidado con ese vecino. Si es cierto lo que acabas de comentar, es mejor que no sepa que sospechas de él. Intentaré hacerle ver al teniente que debemos investigarle.

—Te agradecería que lo hicieses.

Eva regresó a su coche y puso rumbo a Nueva, para recoger a Roberto.

Cuanto primero lo sacase de allí, mejor.

32

Roberto retrocedió sobre sus pasos y se situó en la calle paralela a la iglesia. Oculto en parte por el muro que rodeaba el exterior del edificio, observó cómo Pedro se despedía del padre Miguel estrechándole la mano y se alejaba en dirección contraria a donde se encontraba él. Esa familiaridad en el trato entre ellos fue lo que hizo que Roberto accediese al recinto pasado un minuto.

El párroco estaba dando vueltas a una llave que tenía metida en la cerradura de la puerta de entrada al templo y no se dio cuenta de su presencia hasta que estaba a pocos pasos y le saludó.

—Buenos días, padre.

—Ah… Buenos días, Roberto. ¿Qué tal estás?

—Quería hablar con usted, si tiene un minuto.

—Claro. ¿Qué necesitas de mí?

—Hace un momento he visto salir de aquí a alguien a quien conozco, a Pedro. Me preguntaba por qué vino a verle, si no es indiscreción.

—No lo es. Ha venido a arreglar un par de cosas en la iglesia, entre ellas esta cerradura. Y de paso, a confesarse, claro —añadió el párroco con una leve sonrisa.

—Sé que de niño Pedro fue monaguillo durante una temporada, pero ignoraba que ahora se hubiese vuelto tan… devoto —dijo tras encontrar la palabra adecuada.

—En ocasiones los curas ejercemos de psicólogos. Hay personas a las que asalta la culpa por los errores cometidos en el pasado y encuentran consuelo confesando sus pecados y hablando con nosotros.

—Siento curiosidad por lo que le ha contado.

—Lo siento, pero me debo al secreto de confesión.

—Lo entiendo —murmuró decidido a sacarle más información de otro modo—. Conozco a Pedro desde que éramos niños y nunca

lo había visto tan decaído como ahora. Imagino que ya sabe que estuvo en prisión.

—Sí, lo sé. Todos cometemos errores a lo largo de la vida y para conseguir el perdón el primer paso es el arrepentimiento. Tu amigo carga con una gran culpa.

—No siempre se puede obtener el perdón de los demás.

—Tal vez, pero nuestro señor Jesucristo nos enseñó a perdonar a quienes nos ofenden.

—Hay gente que hace cosas mucho peores que ofender.

—Es cierto —dijo el párroco asintiendo con la cabeza—, pero a veces también es cuestión de perdonarnos a nosotros mismos. Para estar bien con los demás, primero debemos estar bien con nosotros.

—A ver si al final va a ser verdad que los curas son psicólogos.

El padre Miguel soltó una carcajada, que hizo que Roberto esbozase una sonrisa.

—En realidad, estudié psicología.

—Vaya, es usted una caja de sorpresas. Psicólogo, misionero, exorcista…

—Incluso trabajé en prisiones una temporada. En realidad, solo soy un hombre que trata de ayudar a los demás. Como tú haces.

—¿Como yo?

El párroco asintió con la cabeza antes de responder.

—Debo confesar que después de conocernos estuve buscando información sobre ti. Sé que has resuelto bastantes asesinatos y capturado a muchos criminales. Eso solo lo hace alguien a quien le preocupan las víctimas y quiere hacer justicia por ellas.

Ese comentario despertó el interés inmediato de Roberto.

—¿En serio piensa eso?

—Estoy convencido, por eso creo que es una pena que te hayas visto obligado a refugiarte aquí para escapar de la prensa y los medios de comunicación. Hay mucho mal en el mundo y muy poca gente que pueda combatirlo.

—No lo he hecho solo para ocultarme de la prensa. Ahora tengo una familia a la que proteger.

—Lo entiendo, la familia es lo más importante, aunque a veces hagamos cosas por ellos que no deberíamos.

Roberto supo al momento que se estaba refiriendo a Pedro, por eso desvió la conversación por otro camino.

—El mal siempre ha estado ahí, padre, desde los orígenes de la humanidad. Por mucho que yo lo combata, mi esfuerzo es insuficiente.

—No lo creas. Una buena acción puede inspirar a otros a hacer lo mismo.

—¿Usted cree? —Su pregunta estaba cargada de ironía.

—Ahí tienes el ejemplo de tu amigo.

—¿Pedro?

—Sí. Cobra una ayuda mínima del Estado y trabaja en un hotel de Nueva a cambio de poco más que una cama y comida. Y, sin embargo, cuando la semana pasada supo que la caldera del colegio se había estropeado, donó el poco dinero que tenía para que la arreglasen. Otros padres, al enterarse, siguieron su ejemplo y gracias a eso este invierno los niños tendrán calefacción.

—Pensé que los colegios tenían dinero para esas cosas.

—Me imagino que el dinero no llega para todo.

La anécdota no impresionó demasiado a Roberto, que todavía sentía rencor hacia su amigo. Puede que la vida en la cárcel le hubiese cambiado, pero eso no borraba lo que había hecho.

—Lo siento, pero tengo que dejarte —dijo el padre Miguel dando un par de pasos al interior de la iglesia, para luego detenerse —. A pesar de que la charla contigo siempre es agradable, me temo que tengo que cerrar la iglesia antes de comer.

—Claro, padre. Le veré otro día.

El párroco le tendió una mano que Roberto no dudó en acercarse para estrechar. Eso provocó que un frío intenso le recorriese por dentro.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo soltando su mano para agarrar el amuleto del Pájaro Trueno que le colgaba del cuello—. ¿Ha fallecido alguien recientemente en esta iglesia?

—Pues no —respondió, mirándole extrañado.

—Es que cada vez que entro aquí, siento una energía negativa bastante intensa. Me parece muy extraño para un lugar así.

—Bueno, ten en cuenta que muchas iglesias tienen cementerios al lado, incluso las hay que tienen tumbas en su interior. No creo que sea el caso de esta, pero puedo investigarlo, si lo deseas.

—No es necesario —dijo decidido a restarle importancia—. Nos vemos otro día.

Roberto salió de la iglesia y decidió mandarle un mensaje a Eva para saber si todo iba bien. Necesitaba largarse de Nueva cuanto antes.

33

Media hora después, Roberto y Eva llegaban juntos a casa. De camino, ella le relató su enfrentamiento con el teniente Ocaña.

—¡Menudo cabrón! —exclamó él con rabia—. Me encantaría ponerle las manos encima.

—Tranquilo, no es el primero así con el que me toca lidiar.

—Lo sé.

Eva no lo había tenido nada fácil desde su ingreso en la Guardia Civil. Se había enfrentado a algunas situaciones que habrían hecho que muchas mujeres hubiesen pedido la baja. Ella no. Su fuerte carácter la había ayudado a seguir adelante, de ahí que a Roberto le costase dominar el sentimiento de rabia que estaba creciendo en su interior.

—La próxima vez que lo vea voy a hacer que se trague sus palabras.

—No vas a hacer nada de eso —le reprendió Eva—. Lo que vamos a hacer es resolver este caso y demostrar que eres inocente.

—Eso si nos deja.

—Godoy está de nuestra parte. Nos ayudará a convencer al teniente Ocaña para que investigue a Johan.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

Roberto se quedó pensativo y, pasados unos segundos, preguntó:

—¿Hasta qué punto le conoces?

—¿A Godoy? Coincidimos en la Academia de Suboficiales, ya lo sabes.

—Me refiero a si es alguien en quien se pueda confiar. Conmigo siempre ha tenido una relación correcta, pero hay algo en él que… No sé —dijo tras dudar—, nunca he terminado de entender cómo terminó en Llanes.

—No he seguido su carrera, la verdad.

—Corre el rumor por el cuartel de Llanes de que se lio con la mujer de un jefe, pero no creo que sea verdad.

—La única vez que le pregunté por ello, en la patrona del año pasado, me dijo que necesitaba alejarse de Madrid, aunque no me aclaró el motivo. No tuve mucho trato con él estando en la Academia, pero nunca me pareció mala persona —prosiguió Eva—. Lo que sí puedo decirte es que está seguro de tu inocencia y que sin duda nos vendrá bien tenerle de nuestra parte.

—Veremos si es suficiente.

Llegaron a casa, donde Kateryna ya había dado de comer a los niños y los había dejado en el salón viendo una película de Disney, mientras ella recogía la cocina.

—No es necesario que limpies —la reprendió Eva—. Ya haces bastante cuidando de los niños cuando no estamos.

—No me importa, de verdad.

—El mes que viene te subiré el sueldo. Seguro que te viene bien para tus estudios.

—No voy a decir que no —respondió la joven, sonriendo.

Roberto las dejó a lo suyo y decidió sacar a Sella a dar un paseo. Se la veía bastante nerviosa, probablemente por el movimiento de los últimos días, y se notaba que necesitaba actividad.

Tomó el camino que salía desde su casa y que seguía la ruta de la Mañanga. Era una ruta circular, sin apenas dificultad, que salía de Porrúa. Por eso a Roberto no le extrañó cruzarse con varios grupos de senderistas. Normalmente, caminaba hasta un *ocalital* cercano, un bosque de eucaliptos que se encontraba a un kilómetro de casa y donde había un prado enorme en el que Sella disfrutaba corriendo detrás de su pelota.

Estaban llegando a él, cuando recibió una llamada en su teléfono que no esperaba. Era el sargento Godoy.

—¿Cómo estás, Fuentes? —preguntó en cuanto respondió a la llamada.

—Bien, mi sargento.

—Escucha, solo quería avisarte de que he logrado convencer al teniente Ocaña para investigar a tu vecino, el alemán.

—Eso es una buena noticia.

—Vamos a pedir sus antecedentes a la policía alemana y seguramente le haremos una visita, una vez que terminemos aquí.

—Roberto supuso que se refería al escenario del crimen de Nieves —. Este nuevo crimen nos va a traer de cabeza.

—Ya me comentó Eva lo ocurrido. Una adolescente de Nueva —dijo con voz neutra.

—Sí, aunque por suerte tenemos el arma del crimen, un martillo con el mango rojo que estaba debajo del cuerpo. Parece que el asesino la golpeó con saña en la cabeza hasta acabar con su vida. ¡Menudo monstruo! Ojalá tuviésemos alguna pista que nos llevase hasta él.

Por un momento, Roberto estuvo tentado de contarle todo lo que había hablado con la víctima al contactar con ella, pero eso solo confirmaría su presencia en el lugar y le señalaría de nuevo como principal sospechoso.

—Espero que lo detengáis.

—En eso estamos. Me tengo que ir, hablamos pronto. Y dile a Ruano lo que te acabo de contar.

—Lo haré.

Tras guardar el teléfono, Roberto repasó en su mente lo que acababa de escuchar. ¿Por qué motivo el asesino había dejado de nuevo el arma del crimen en el escenario?

Estaba claro que la primera vez lo había hecho para incriminarle, pero en esta segunda ocasión…

Una terrible duda le asaltó, haciendo que los nervios comenzasen a atenazarle el estómago. La navaja táctica no era lo único que había dentro de su caja de herramientas. Ahora se acordaba. Entre todas ellas había también un martillo. Uno de la marca Bellota que había comprado en verano y que tenía el mango rojo.

Forzó a su mente a recordar si la última vez que había abierto la caja para buscar la navaja, el martillo estaba dentro. Recordó sacar los guantes que usaba para trabajar, los destornilladores, las llaves, unos alicates, incluso un cúter, pero no recordaba haber visto el martillo.

Eso hizo que llamase a Sella y que regresase a casa a la carrera, con la perra corriendo a su lado, mirándole extrañada por su reacción y porque el paseo hubiese terminado tan pronto. Notó el corazón bombeando con fuerza su pecho, y no solo por el esfuerzo. Un temor comenzó a invadirle, de tal modo que forzó la marcha

para llegar a casa lo antes posible.

Una vez llegó, fue directo a la caseta, cuya puerta había cerrado con un candado la última vez, y accedió al interior con el corazón a punto de salírsele por la boca. Cogió la caja de la estantería, salió con ella y la puso en el suelo del jardín para buscar el martillo con mango de silicona roja y cabeza de acero. En un primer momento, no lo vio, así que fue sacando todo el contenido y dejándolo a un lado.

Sus manos empezaron a temblar cuando vio que no aparecía, aunque decidió no darse por vencido hasta sacarlo todo.

—Vamos, ¿dónde coño estás? —murmuró a la vez que apretaba los dientes.

Cuando la caja estuvo vacía, solo fue capaz de sentarse en el suelo, intentando estrujar su mente al máximo. Lo cierto era que no recordaba la última vez que había utilizado aquel puñetero martillo. Tal vez al poner la valla a principios de verano. O para colgar un cuadro en el salón. Ya no estaba seguro.

—¿Qué te ocurre? —escuchó de pronto la voz de Eva a su espalda. Se giró y la vio plantada a dos metros de él—. Te he visto desde la ventana de la cocina entrando a la carrera.

—Tú no habrás cogido el martillo que estaba en esta caja, ¿verdad? Uno con el mango rojo.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Roberto sintió cómo las palabras se le atragantaban.

—Porque… creo que me la han vuelto a jugar.

34

Olga estaba tumbada en el suelo, de lado, con la mejilla derecha apoyada en las hojas que lo cubrían. Sus ojos estaban cerrados, como si durmiese plácidamente. Permaneció así durante unos segundos, hasta que los abrió y le miró con una profunda tristeza reflejada en ellos.

Su bello rostro se contrajo en una mueca de dolor y sus manos subieron a su pecho, donde había recibido la mortal puñalada.

—Ayúdame… Roberto.

Sus palabras apenas eran perceptibles, por eso se acercó y se arrodilló junto a ella.

—¿Qué necesitas de mí?

Olga trató de vocalizar una respuesta, aunque no logró entender nada. Por eso se acercó más y puso el oído cerca de sus labios. Apenas logró intuir una parte del mensaje.

—El… a… o del mal.

—Lo siento, no te entiendo —dijo incorporándose para mirarla —. ¿Puedes repetirlo?

La joven volvió a cerrar los ojos, como si se sumiese en un profundo sueño del que ya no iba a regresar jamás.

Después de eso, Roberto se despertó.

35

Al día siguiente del asesinato de Nieves, se decretaron tres días de luto oficial en todos los colegios e institutos del concejo de Llanes.

Dado que ya había pedido el día libre, Eva decidió que lo pasasen en la playa. El cielo estaba completamente azul y la temperatura pasaba de los veinticinco grados.

—A los críos les vendrá bien distraerse —le dijo a Roberto antes de salir— y lo que tenga que pasar, sucederá de todas formas, aunque no estemos en casa.

Con ese comentario se refería a la posibilidad de que el martillo que había aparecido bajo el cuerpo de Nieves fuese el que tenía en la caja de herramientas y, por lo tanto, las huellas dactilares de Roberto estuviesen en él. De ser así, lo más probable era que se enfrentase a una nueva detención, aunque eso sería como mínimo al día siguiente. No creía que los resultados del laboratorio de Criminalística llegasen antes.

En cuanto a Johan, el vecino alemán, no parecía que estuviese en casa. La noche anterior no había luz en su casa y tampoco ningún movimiento. Quizás se hubiese largado de Porrúa, lo que haría más difícil dar con él.

A pesar de todas esas preocupaciones, Roberto decidió disfrutar del día en la playa de Borizo con su familia, bastante tranquila a esas alturas del año. Los críos se divirtieron mucho jugando en la arena, primero, y luego bañándose, aunque la que mejor se lo pasó fue Sella, que entraba y salía del agua cada vez que le lanzaban su juguete de goma con forma de hueso. Tal era su ansia por cogerlo que en varias ocasiones una ola le pasó por encima, sumergiéndola por completo en el agua, lo que desató las risas de todos.

Por unas horas, Roberto dejó de lado todas sus preocupaciones y se olvidó de la oscura sombra que se cernía sobre él. Incluso miró con optimismo el futuro. Se convenció de que todo se solucionaría y

que al final saldría bien parado, como había sucedido en otras ocasiones.

Lo que más energía le dio fue ver a sus hijos tan felices. Sin ellos y Eva a su lado, su vida apenas tenía sentido. Ellos eran su energía vital y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para protegerlos.

Regresaron a casa cuando comenzaba a oscurecer y, después de acostar a los niños, Roberto decidió dar un último paseo con Sella que, a pesar de la dura jornada de playa, solo había necesitado dormir un rato en el coche de regreso a casa para recuperar fuerzas. Así que, mientras Eva preparaba la ropa de los críos para el día siguiente, decidió sacarla.

De nuevo fue hasta el *ocalital,* donde Sella no pareció demasiado interesada en correr detrás de la pelota. Más bien se la veía inquieta, olisqueando por la zona pero sin alejarse demasiado. Por ese motivo, Roberto aprovechó para llamar por teléfono a Hinojosa, su antiguo compañero, del que hacía varias semanas que no sabía nada. Algo extraño, ya que al menos cada quince días Hinojosa solía llamarle para preguntarle por los críos. Supuso que el ajetreo del verano había hecho que no pudiese llamar.

No era esa la única razón por la que quería hablar con él. Hinojosa seguía en Madrid, en el Grupo de Vigilancia e Información de la UCO, y seguro que podría echarle una mano llegado el momento, si lo necesitaba. Le extrañó que tuviese el teléfono desconectado, así que decidió mandarle un mensaje por WhatsApp.

La última vez que se habían visto en persona había sido en la boda de Roberto y Eva, una ceremonia muy íntima que habían celebrado en los juzgados de Oviedo un año atrás. Tan íntima que solo estaban presentes Hinojosa y Kateryna como testigos.

Estaba tan concentrado en escribir el mensaje en la pantalla de su teléfono que no fue consciente de lo que ocurría a su espalda hasta que fue demasiado tarde.

Primero sintió un fuerte golpe en la cabeza que lo derribó, cayendo al suelo de bruces y sin que sus manos fuesen capaces de amortiguar la caída. Se estampó la cara contra la hierba con tal violencia que le costó unos segundos darse cuenta de lo que ocurría. Trató de incorporarse, pero entonces un segundo golpe, este con más fuerza, le tumbó de nuevo.

Lo siguiente que sintió fue como si alguien le sacudiese, y luego escuchó a Sella ladrar de forma repetida. Los sonidos se mezclaron en su cabeza. Un gruñido, alguien gritando y luego unos pasos alejarse.

Después de eso, perdió la consciencia.

36

Roberto estaba tumbado sobre la arena. El sol brillaba en lo alto y el viento mecía las copas de los árboles que rodeaban el lugar. A sus oídos llegó el suave sonido de las olas rompiendo en la orilla. Al incorporarse, vio que no estaba exactamente en una playa, ya que no se veía el mar. Estaba rodeado por unas rocas, de entre las que parecía entrar y salir el agua. Fue en ese momento cuando supo dónde se encontraba, aunque nada de aquello tenía sentido.

—¿Recuerdas dónde estamos? —dijo una voz femenina captando su atención—. Este es el lugar en el que nos besamos por primera vez.

De inmediato se puso en pie, mientras notaba su corazón acelerarse. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Estaba solo en aquella pequeña playa interior. Entonces, ¿de dónde había surgido esa voz?

Miró hacia los árboles que cubrían uno de los lados del lugar, pero no vio a nadie. Entre las rocas tampoco. Hasta que una figura comenzó a emerger del agua, a unos diez metros de él. Era una mujer con un largo vestido blanco, cuyo cabello le caía sobre el rostro, evitando que pudiese reconocerla.

Cuando su cuerpo salió por completo del agua, se quedó unos segundos de pie sobre la superficie, y luego comenzó a caminar hacia él, a la vez que se despejaba la cara. Fue entonces cuando la reconoció.

—No puede ser —murmuró Roberto, retrocediendo.

—Sí lo es. Te he echado de menos.

Intentó alejarse de ella, pero llegó un momento que ya no era posible, como si una barrera invisible se lo impidiese.

—¡Aléjate de mí! —le gritó.

—Te dije que volvería a buscarte.

—Y yo te dije que nunca sería tuyo.

Susana se detuvo a pocos pasos de él y sonrió con frialdad. Estaba tal y como la recordaba, cuando la había conocido en Nueva de Llanes. Un rostro bellísimo, con el pelo rubio y unos cautivadores ojos azules. Todo lo contrario a cómo la había visto la última vez en la morgue, con el rostro desfigurado después de caer por un acantilado tras intentar asesinar a Eva.

—Ahora que he conseguido llegar a ti, no voy a dejarte.

—¿Ahora? —repitió él, sin entender a qué se refería.

—Te prometí que te traería conmigo y pienso cumplir mi promesa.

—¡Estás loca!

—Serás mío, Rober, lo quieras o no —aseguró ella—. No descansaré hasta conseguirlo.

—Jamás me tendrás.

—Claro que sí. Pienso poseer a quién sea necesario —dijo caminando de nuevo hacia él—, incluso haré daño a tus seres más queridos si me obligas.

Eso hizo que Roberto decidiese enfrentarse a ella.

—Tú no puedes hacerles daño.

—Puedo y lo haré, si te niegas a ser mío.

Conforme se acercaba, el rostro de Susana se desfiguró adquiriendo un aspecto fantasmal. Roberto sintió en ese momento el mayor miedo que había sentido jamás en su vida. Su única reacción fue cerrar los ojos, cruzar los brazos para protegerse el rostro y comenzó a gritar:

—¡No! ¡Aléjate de mí! ¡No me toques, no me toques!

Fue entonces cuando sintió una mano apoyarse en su pecho y escuchó una voz diferente que le decía:

—Tranquilo, Rober, estás a salvo. Estás a salvo.

Acto seguido, se despertó del sueño.

37

Roberto abrió los ojos y vio a Eva inclinada sobre él, con una mano apoyada en su pecho y otra en la mejilla.

—Tranquilo, Rober, ya ha pasado todo.

Aun así, necesitó de varios segundos para recuperar el ritmo normal de su respiración. Estaba empapado en sudor y sentía un intenso dolor en su cabeza, por eso se llevó la mano a la frente. La tenía vendada.

—No te toques la cabeza —dijo Eva.

—¿Dónde estoy? —preguntó mirándola a los ojos—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella sonrió, a pesar de que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—En el hospital de Oviedo. Alguien te atacó anoche mientras sacabas a Sella.

—¿Quién?

—Ni idea. Sella regresó a casa y comenzó a rascar la puerta hasta que la abrí. Luego me ladró y regresó al camino para que la siguiese. Ella me llevó hasta ti. —Varias lágrimas rodaron por su mejilla, lo que le dio a entender a Roberto lo mal que lo había pasado—. Estabas tumbado en el suelo con la cabeza llena de sangre, aunque respirabas, así que llamé a una ambulancia. Menudo susto me diste.

—Me lo puedo imaginar.

—Decidieron traerte a Oviedo, por si tenías algún daño interno, pero, después de varias pruebas, el médico dijo que solo necesitabas descansar y que te recuperarías rápido.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién me atacó?

—No lo sé. Llamé al sargento Godoy para que lo investigase, pero parece que nadie en el pueblo vio nada. A esas horas de la noche la gente ya no sale de casa.

—Así que Sella fue a buscarte —dijo esbozando una débil

sonrisa—. Y nosotros pensando que su mayor preocupación era jugar con la pelota cada vez que salía.

—Ya ves que nos equivocábamos.

—Tendré que llevarla a la playa para premiarla.

—De momento lo que tienes que hacer es descansar. Vas a estar un par de días como mínimo en observación.

—No puedo quedarme aquí. Necesito mi atrapasueños, ya lo sabes.

—No te preocupes por eso, lo traje conmigo anoche y lo colgué de la ventana en cuanto te metieron en esta habitación.

Roberto miró el atrapasueños colgado de la barra de la cortina.

—Entonces… no lo entiendo.

—¿El qué?

—El sueño que acabo de tener.

El atrapasueños servía para protegerle cuando dormía, para que los espíritus no pudiesen conectarse con él sin control. Servía como un filtro que impedía que cientos de voces le asaltasen en cuanto cerraba los ojos. Solo podían conectarse con él personas como Olga, que habían muerto asesinadas recientemente y necesitaban su ayuda.

Fue entonces cuando recordó que en el caso de Susana era diferente y que el atrapasueños no servía para protegerle. Lo único que lo protegía de ella era su amuleto, el Pájaro Trueno que le había regalado el chamán de la tribu Nez Percé, por eso su mano derecha ascendió a su cuello para cogerlo.

—¿Dónde está mi colgante? —preguntó desconcertado cuando vio que no lo tenía—. ¿Me lo quitaron los médicos?

—No, ya viniste al hospital sin él.

—¿Estás segura?

—Sí, debió arrancártelo la persona que te atacó, porque tienes una marca a ambos lados del cuello.

—¡Mierda!

Ahora entendía cómo había logrado Susana entrar en su sueño. El Pájaro Trueno era la única barrera que se lo impedía. Sin él, podía atormentarle en cuanto cerrase los ojos y se quedase dormido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva al ver su expresión de terror.

—Susana… —murmuró.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha conseguido contactar conmigo.

El rostro de Eva se ensombreció.

—¿Por eso gritabas antes de despertarte?

—Sí. Ahora tiene la puerta abierta y ha venido a por mí.

—No puede ser, no dejaremos que lo haga —le replicó ella apretando los dientes y negando con la cabeza, consciente de la gravedad del asunto—. Tiene que haber otra forma de protegerte.

—Alce Blanco me dio ese amuleto en persona. No creo que sirva ningún otro que no esté fabricado por un chamán.

—¿Y si viajas hasta Oregón y consigues otro?

—Recuerda que soy sospechoso de asesinato y que no puedo salir del país.

Eva se quedó pensativa unos segundos y después comentó:

—Puedes usar el colgante que lleva Berto.

—No voy a quitarle el colgante a mi hijo para protegerme yo. Me preocupa más lo que pueda hacerle a él que a mí. Soy fuerte, encontraré el modo de enfrentarme a ella si vuelve a visitarme en mis sueños. No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? No te imaginas cómo gritabas antes de despertarte.

Él alargó la mano hacia ella y le acarició el rostro.

—No te preocupes, se solucionará.

—¿Hasta cuándo durará esto? —preguntó ella con amargura, antes de apoyar la cara en su pecho—. ¿Cuándo nos dejará en paz esa mujer?

Roberto no supo darle una respuesta. La abrazó y deseó que aquello solo fuese un mal sueño del que despertaría pronto.

38

Dos días después, Roberto recibió el alta y regresó a casa. Lo hizo con unas profundas ojeras y cara de agotamiento. Apenas había logrado dormir. El motivo no era otro que Susana. En cuanto cerraba los ojos, ella se introducía en sus sueños, mortificándole.

Los escenarios cambiaban, aunque siempre eran lugares en los que había estado con ella en vida. Lo que sí que no cambiaba nunca era el mensaje de Susana. No paraba de repetir que quería que se reuniese con ella en el más allá y que destruiría todo su mundo si no lo hacía, empezando por él mismo.

—Poseeré a quien haga falta para conseguirlo —repetía una y otra vez—. No permitiré que nadie te separe de mí.

Por suerte, al final Roberto lograba despertar del sueño, pero cuando volvía a dormirse soñaba de nuevo con ella.

De regreso en casa, su mayor alegría fue ver cómo le recibieron los críos nada más entrar por la puerta. Los dos corrieron a abrazarle cuando se arrodilló ante ellos y abrió los brazos para recibirlos.

—¿Estás bien? —preguntó Berto.

—Claro, hijo, no ha sido nada. Un pequeño golpe en la cabeza.

Le habían quitado la venda y le habían dejado una gasa puesta en la única herida que había necesitado puntos, en la parte posterior de la cabeza.

—Pareces cansado.

—Es que mamá conduce despacio y casi me duermo de camino.

—Oye, no te metas conmigo —protestó Eva a su espalda—. Encima que voy a buscarte…

Roberto soltó una carcajada que fue imitada por los críos y por ella.

—Me alegra que estés bien —dijo Kateryna, observando la escena, emocionada.

—Gracias. No sabes cómo te agradezco que hayas cuidado de los críos mientras Eva estaba conmigo en el hospital.

—Estoy encantada de cuidarlos. Los niños son un encanto. Además, Emily y yo estuvimos ayer haciendo una pulsera para ti.

—¿Ah, sí? —dijo mirándola—. ¿Me has hecho una pulsera?

La niña le miró con aquellos preciosos ojos verdes, idénticos a los de su madre.

—*Pa poteger* a papá.

Roberto se sorprendió de esa respuesta.

—¿De quién quieres protegerme?

La niña le rodeó el cuello con sus brazos y luego le susurró al oído:

—De la *senora* mala.

—¿Qué señora mala?

La niña no les respondió. Le soltó y acto seguido se acercó a su madre.

—*Teno* hambre, mamá.

—Vale, pero antes id los dos a lavaros las manos.

Roberto la observó totalmente desconcertado mientras se dirigía al baño en compañía de su hermano. Seguía sin entender cómo una niña de dos años era capaz de hablar con aquella claridad de pensamiento. Siempre se decía que las niñas eran mucho más espabiladas que los niños, pero en el caso de Emily estaba claro que era una niña muy especial.

Fue en ese momento cuando Roberto se dio cuenta de que Sella estaba a unos metros, observándole detenidamente mientras movía el rabo, como si esperase su turno.

—¿Qué pasó, cachorrina?

La perra se acercó corriendo y le metió el morro por la cara, para lamérsela, mientras emitía aquel sonido tan característico, una mezcla entre ladrido y aullido, que indicaba lo contenta que estaba.

—Muy bien —dijo acariciándola—. Lo has hecho muy bien, Sella. Me salvaste.

Fue un momento de conexión muy especial entre ambos. Se notaba que la perra estaba muy feliz de su regreso, y a la vez pareció entender sus palabras de agradecimiento. Pasados unos segundos, se incorporó y se sentó en el sofá. De inmediato, Sella se tumbó a sus pies, como si quisiese protegerle. Se lo agradeció

acariciando de nuevo su cabeza, a lo que ella alzó el morro y le miró orgullosa con aquellos ojos color miel.

Roberto notaba su cabeza espesa por la falta de sueño, lo que no impidió que comenzase a darle vueltas a lo que Emily le había dicho un minuto antes. ¿A qué señora mala podía referirse? ¿Tal vez a Susana? Era imposible que supiese nada de ella, porque jamás la había mencionado estando la cría delante.

Entonces Emily entró en el salón y se acercó a él.

—Toma, papá.

Él puso la palma de la mano para que depositase en ella lo que llevaba en la mano. Era una pulsera hecha con bolas de plástico, de diversos colores.

—¿Es para mí?

—Sí.

—Es muy bonita —dijo cogiéndola con la otra mano.

—*Pónela.*

—Claro. —Roberto estiró la pulsera, hecha con goma elástica, y se la puso en la muñeca derecha—. Me gusta.

—Es *pa* dormir. *Pa potegé* a papá de la *senora.*

Él le acarició la mejilla y sonrió.

—¿Qué señora, Emily?

—La que *achusta*. Es mala.

—¿La has visto?

—Es *mu* mala. —La niña se abrazó a él y le besó en la mejilla—. *Vo* a *buscá* a Beto.

Emily salió del salón a la carrera, así que Roberto se puso en pie y se acercó a la cocina. Eva estaba preparando la mesa.

—Me la ha hecho Emily —dijo estirando el brazo para enseñarle la pulsera.

—Es bonita.

—Dice que es para dormir y que me protegerá de la señora mala.

—¿De quién?

—Creo que se refiere a Susana.

—¡Por dios! —exclamó Eva mirándole con preocupación—. No me digas que Emily también ha soñado con ella.

—No lo sé. Solo me ha dicho eso. De todas formas, la veo muy tranquila, así que no creo que haya soñado con ella.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—No tengo ni idea.

Eva se acercó, le cogió de la muñeca y se quedó unos segundos pensativa, mirando la pulsera.

—Ambos sabemos que es una niña especial, incluso antes de nacer —comentó.

—Lo sé.

—Pues deberías dejártela puesta.

—Es lo que pensaba hacer —dijo con voz apagada.

Eva le acarició la mejilla.

—Tienes muy mala cara. Se ve que necesitas dormir.

—Según Emily, esta pulsera me ayudará.

—Ojalá sea así.

Ambos se abrazaron y luego Eva continuó poniendo la mesa.

—¿Has vuelto a saber algo del sargento Godoy? —preguntó Roberto.

—Llamó varias veces para saber cómo te encontrabas. Parecía preocupado. Incluso pensaba ir hoy al hospital a verte, pero cuando le comenté que te iban a dar el alta me dijo que te vería aquí, en casa.

—¿Te comentó algo del tema del martillo con el que asesinaron a Nieves?

Ella negó con la cabeza antes de responder.

—No. La verdad es que, con todo lo sucedido, no había vuelto a pensar en ello.

—Si fuese mi martillo y mis huellas estuviesen en él, ya sabríamos algo.

—Imagino que sí.

Nada más decir eso escucharon el timbre de la calle, lo que hizo que los dos se mirasen, como si la misma idea hubiese cruzado por sus mentes a la vez.

Fue Roberto quien se acercó a abrir. Sella ya estaba en la puerta, esperando expectante.

—Buenos días —saludó el sargento Godoy cuando abrió la puerta—. ¿Puedo pasar?

39

Roberto le invitó a entrar en casa y le condujo al salón, mientras Sella les seguía muy de cerca. Eva se reunió allí con ellos.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Godoy.

—Bien. Al final no fue tanto como parecía —dijo Roberto tocándose la cabeza, mientras se sentaba en uno de los dos sofás. Invitó al sargento a que hiciese lo mismo en el otro—. El médico dijo que todo estaba bien.

—Pudieron matarle —intervino Eva.

—Si no lo hicieron, creo que fue gracias a tu perra —aseguró Godoy, señalándola con la mirada.

—¿A Sella?

Ella, al escuchar su nombre, se acercó a Roberto y se sentó pegada a él.

—Encontramos un trozo de tela, de jersey, manchado de sangre. Parece que Sella te defendió y eso seguramente hizo que el atacante huyese.

—Muy bien, Sella —dijo acariciándole la cabeza, a lo que ella reaccionó echando las orejas hacia atrás y mirándole con orgullo—. Lo has hecho muy bien, cachorrina.

—¿Tenéis idea ya de quién lo hizo? —preguntó Eva.

—No. En el pueblo nadie vio nada —explicó Godoy—. Hemos hablado con todos los vecinos que hemos podido, pero ninguno sabe nada del ataque.

—¿Y habéis hablado con el vecino alemán? —preguntó Roberto, señalando hacia la calle.

—Lo hemos intentado, pero no parecía estar en casa.

—¿Se ha largado de Porrúa?

—Llamé al casero y me dijo que hasta dentro de una semana no termina el alquiler, así que lo más probable es que esté por ahí de viaje.

—¿Habéis hablado con la policía alemana para pedir sus antecedentes como os pedí? —preguntó Eva.

—Ocaña dijo que se encargaría de ello, pero de momento no hemos recibido nada y no he querido insistir. La verdad es que últimamente está de bastante mal humor.

—¿Y eso por qué?

—Por culpa del martillo con el que asesinaron a Nieves, la segunda víctima.

Roberto contuvo el aliento, antes de preguntar:

—¿Qué ocurre con él?

—Criminalística lo analizó y solo encontró huellas dactilares parciales, ninguna que se pudiese utilizar, por lo que no es posible identificar a la persona que lo usó para matarla.

Roberto mantuvo la compostura, aunque por dentro respiró aliviado. Dedujo que quizás lo había usado siempre con guantes y eso era lo que le había salvado. O eso, o no era el suyo.

—Es un martillo de la marca Bellota, bastante conocida —prosiguió el sargento—, así que será difícil saber dónde se compró.

—¿No tenéis ninguna otra pista que os lleve al asesino? —preguntó para dejar a un lado el tema del martillo.

—No, y tampoco hay testigos.

—¿Y qué hay del teléfono de la víctima? Quizás el asesino la llamó o le mandó un mensaje para citarse con ella en ese lugar.

Sabía a ciencia cierta que había sido así, aunque no podía decírselo, para no descubrir que había estado en el lugar del crimen poco después de su muerte.

—Si fue así, borró el mensaje antes de dejar allí el cuerpo, porque no encontramos ninguno en el teléfono.

—¿Y no os parece todo muy extraño? —intervino Eva.

—¿El qué?

—Pues por ejemplo que la matase y que dejase en el lugar del crimen el martillo con el que la asesinó.

—Quizás porque sabía que no tenía sus huellas.

O porque pensó que estaban las mías, pensó en ese momento Roberto. Al mirar a Eva, intuyó que ella estaba pensando lo mismo.

De ser así, el objetivo del asesino era implicar a Roberto en ambos crímenes y Johan, su vecino alemán, empezaba a no encajarle tanto como el único y principal sospechoso.

—Bueno, tengo que irme —dijo el sargento poniéndose en pie—. Solo quería saber cómo te encontrabas. Me alegra verte recuperado.

—No estoy al cien por cien, aunque espero estarlo pronto. —Roberto alargó la mano hacia él—. Gracias por la visita, mi sargento.

Godoy se quedó paralizado mirando la mano que le ofrecía, como si dudase qué hacer. Forzó una sonrisa y se frotó las suyas.

—Perdona que no te dé la mano, pero es que me ha salido una alergia y el médico me ha dicho que es contagiosa. Nos vemos pronto.

Y sin mediar más palabras, abandonó el salón y salió de la casa con paso apresurado. Roberto le siguió hasta la puerta y le observó desde allí, mientras se subía al vehículo. La última mirada que le lanzó el sargento fue de circunstancias, como la de un niño al que han pillado robando caramelos.

—¿A qué ha venido eso? —dijo Eva situándose a su lado—. ¿Por qué no te ha querido dar la mano?

—No lo sé —murmuró Roberto sin perderle de vista mientras se alejaba—, pero pienso averiguarlo.

40

Al día siguiente de su regreso a casa, Roberto decidió acercarse a Nueva de Llanes. Eva había vuelto al trabajo y los niños seguían su rutina habitual: Berto en el cole y Emily en la guardería.

La noche anterior por fin había logrado dormir unas horas, no muchas, pero al menos Susana no le atormentó en sus sueños. No estaba seguro si la pulsera que le había regalado Emily había tenido algo que ver, aunque lo importante era que por fin se notaba descansado y con la mente lúcida. Eso le ayudó a analizar los últimos acontecimientos y a replantearse todo lo sucedido, empezando por el modo en que se habían producido los crímenes.

Dos objetos habían desaparecido de su caja de herramientas: una navaja y un martillo, al menos que supiese en ese momento. Sabía seguro que la navaja se había usado para matar a Olga, dado que tenía sus huellas. En el caso del martillo, no podía afirmar lo mismo, porque ni lo había visto ni tenía sus huellas, aunque, por la descripción de Godoy, era idéntico al suyo.

Si partía de la base de que ambas armas del crimen le pertenecían, el objetivo del asesino no podía ser otro que implicarle a él en los crímenes. Johan había tenido acceso a la caja de herramientas y podía haber cogido ambos objetos de ella. Sin embargo, el modo en cómo se habían producido los crímenes no coincidía con el *modus operandi* de un depredador sexual.

Por lo tanto, si Johan no las había cogido, ¿quién más había tenido acceso a la caja de herramientas?

Fue en ese momento cuando recordó que la noche antes del crimen de Olga, Sella había estado bastante inquieta, como si supiese que alguien estaba merodeando en el exterior de la casa. Hasta ese momento la caseta estaba abierta, sin candado, así que cualquiera podía haber entrado para llevarse la navaja y el martillo. La pregunta era quién.

Ahí fue donde sus dudas aumentaron más todavía, sobre todo cuando recordó lo que Susana le había dicho en sus sueños repetidas veces:

—Poseeré a quien haga falta para traerte conmigo.

¿Y si era cierto que el espíritu de Susana, por llamarlo así, podía poseer a otra persona? Eso explicaría que el objetivo del asesino fuera implicarle en los crímenes.

En su día, Alce Blanco y su nieta Emily le habían hablado de la existencia de los *wendigos*, espíritus malignos capaces de influenciar a los seres humanos y hacerles cometer asesinatos. Las personas con un rasgo psicópata eran las víctimas más asequibles para estos espíritus, aunque cualquiera podía ser poseído por un *Wendigo*. Y precisamente de eso quería hablar con el padre Miguel. Alguien que se había enfrentado a posesiones era quien mejor le podía orientar en ese momento.

No pudo aparcar frente a la iglesia, ya que los dos únicos aparcamientos estaban ocupados, así que lo hizo unos cien metros más adelante. Luego fue caminando hasta el templo, cuya puerta principal estaba abierta, así que entró. Apenas dio un par de pasos en el interior, se vio obligado a retroceder. Aquella atmósfera negativa que había percibido en sus dos anteriores visitas se hizo esta vez más intensa, cortándole la respiración y provocándole un intenso frío en todo el cuerpo que a punto estuvo de paralizarle. Quiso echar mano de su amuleto, pero recordó que se lo habían robado la noche del ataque.

Quizás el atacante lo había hecho por eso, porque sabía que sin el Pájaro Trueno estaba desprotegido, a merced de cualquier energía negativa.

Retrocedió varios pasos y clavó una rodilla en tierra para no desmayarse. Tuvo que pasar cerca de un minuto hasta que empezó a sentirse mejor. Realizó varias respiraciones profundas y por fin pudo recuperar el ritmo normal de su respiración.

—Ya me parecía que te había visto entrar —dijo una voz familiar—. ¿Estás bien?

Roberto alzó la mirada y vio al padre Miguel delante de él.

—Sí.

Aun así, el párroco le cogió del brazo y le ayudó a levantarse.

—¿Y ese trozo de esparadrapo en la cabeza? ¿Estás bien?

—Sufrí un pequeño accidente y me di un golpe en la cabeza. No es nada, solo un par de puntos —dijo para ahorrarse explicaciones más profundas.

—Los golpes en la cabeza no son nada buenos. Tal vez debería llevarte al médico.

—No es necesario, estoy bien —dijo Roberto intentando reflejar una sonrisa que apenas se dibujó en sus labios—. Ha sido un pequeño mareo, pero ya ha pasado.

—¿Por qué no entras dentro y te sientas?

—No, prefiero que hablemos aquí fuera, así me da el aire.

—Como quieras. ¿Venías a verme?

Roberto notó que se encontraba mejor.

—Sí, quería hablar con usted de algo que ya hablamos en nuestro primer encuentro.

—¿De qué se trata?

—De las posesiones.

—Un tema interesante —dijo el párroco asintiendo levemente con la cabeza—. ¿Qué quieres saber?

—Siendo usted exorcista, imagino que se habrá encontrado con muchos poseídos. Me refiero a posesiones reales, no fingidas, como la de Olga.

—No han sido tantos como se pudiera pensar, pero sí, me he encontrado con varios.

—¿Puede decirme cómo puede ser poseída una persona?

—¿A qué te refieres?

—A las causas que pueden llevar a que una persona sea poseída por un espíritu.

—Bueno… —dijo acariciándose la barbilla durante unos segundos—. Las causas pueden ser varias. Por ejemplo, participar en ritos satánicos, realizar prácticas como la ouija, a causa de los maleficios o maldiciones, por un pacto son Satanás o por consagrar a un niño al demonio. Esas suelen ser las más comunes.

—¿Y alguien que no tenga nada que ver con todo eso?

—¿Te refieres a personas normales y corrientes que de pronto son poseídas?

—Sí.

—No es fácil que eso ocurra. De serlo, habría muchas más posesiones de las que hay.

—¿Pero sería posible?
—El mal no descansa nunca, hijo. Creo que ya lo sabes.
—Por eso le pregunto.
—Si lo que quieres saber es si un demonio es capaz de poseer a cualquier persona, la respuesta es sí, bajo determinadas circunstancias. Si dejamos una puerta abierta, el mal puede encontrar el modo de entrar en nosotros. ¿Por qué lo preguntas?
—Por los dos crímenes que se han producido en Nueva en los últimos días.
Al escuchar eso, el párroco negó ligeramente con la cabeza.
—No sé mucho con respecto a las circunstancias de las muertes. ¿Crees que las asesinó alguien que está poseído?
—Empiezo a planteármelo.
—No sabría qué decirte, la verdad. Sé que hay asesinos que alegaron que estaban poseídos y que eso les empujó a matar, pero en la mayoría de los casos lo hicieron para librarse del ingreso en prisión, incluso de la pena de muerte.
—No creo que este sea el caso. ¿Sabe usted de alguien en el pueblo que tenga un comportamiento extraño, algo que se pueda asemejar a una posesión?
—Este es un pueblo tranquilo —dijo el padre Miguel esbozando una sonrisa, que borró antes de continuar—. Al menos lo era antes de que se produjesen esos dos crímenes. Lo siento, pero hasta el momento nadie ha acudido a mí con ese temor.
—¿Me avisará si sucede?
—Claro.
Roberto se despidió de él y regresó a su coche. De camino vio que tenía un mensaje de Eva, preguntándole qué tal se encontraba. Le respondió que bien y cruzaron varios mensajes, en los que ella insistió en que descansase y él le pidió que no se preocupase.
Estaba tan pendiente de la pantalla que no se dio cuenta de lo que ocurría a su alrededor hasta que fue demasiado tarde. Estaba cruzando un tramo de asfalto entre acera y acera, cuando escuchó cerca de él un rugido de motor muy fuerte y por el rabillo del ojo vio un coche que se acercaba a gran velocidad.
No tuvo tiempo de ver si estaba en su trayectoria. De pronto alguien gritó ¡cuidado! y notó un fuerte tirón en su chaqueta que le apartó de la trayectoria, provocando que casi cayese al suelo. El

coche pasó a gran velocidad y continuó calle adelante sin detenerse siquiera.

—¿Estás bien? —preguntó la misma voz que le había alertado del peligro.

Roberto giró la cabeza y vio que se trataba de Pedro.

—Sí.

—Casi te atropellan.

—Ya —dijo mirando al final de la calle, donde ya no se veía el coche. Todo había pasado tan rápido que en realidad no tenía claro lo que había sucedido.

—No sé si el conductor lo hizo queriendo o no, pero ha estado a punto de atropellarte —afirmó Pedro.

—¿Pudiste verle la cara?

—No, aunque me pareció que era un hombre. Siento haberte tirado de la chaqueta, Rober. Fue lo único que se me ocurrió —dijo bajando la mirada al suelo con timidez.

—Tranquilo, no pasa nada.

—En fin, que pases un buen día.

Pedro continuó en dirección contraria a la que él llevaba, aunque Roberto llamó su atención cuando apenas había dado unos pasos.

—¡Pedro! —le llamó para que se girase—. Gracias por salvarme.

—Es lo mínimo que podía hacer por ti.

Mientras se miraban, Roberto se preguntó si no había sido demasiado duro con él. Ambos tenían una amistad que se remontaba a la niñez. Habían crecido juntos, salido de fiesta juntos e incluso sostenido el uno al otro cuando bebían más de la cuenta. Pedro siempre había tenido un buen corazón, lo que había provocado que fuese fácilmente manipulable por su entorno. Primero por las malas compañías que le habían metido en el mundo de la droga y luego por su hermana. En realidad, conociendo el poder de manipulación de Susana, podía llegar a entender que Pedro hubiese accedido a ayudarla. Un error por el que estaba claro que había pagado, perdiendo a su familia y pasando una buena temporada en la cárcel.

Quizás era hora de pasar página.

—Siento haber sido tan borde contigo —le dijo.

—Tenías tus motivos. Lo que hice estuvo muy mal.

—Sí, pero eso ya forma parte del pasado.

Los ojos de Pedro se iluminaron y dibujó una amplia sonrisa.

—Gracias, ya nos veremos —dijo mientras continuaba su camino.

Durante unos segundos le observó alejarse y luego Roberto continuó en dirección a su coche. Antes de llegar notó su teléfono vibrar en su mano, así que miró la pantalla y vio que tenía una llamada de un número que no reconoció.

—¿Dígame? —preguntó con precaución.

—¿El cabo Fuentes?

—Sí.

—Soy el teniente Ocaña. Tenemos que hablar. Preséntate en el cuartel de Llanes.

—¿Va a detenerme otra vez?

—Venga antes de que termine la mañana, que no tengamos que ir a buscarle.

Y colgó.

41

Roberto se presentó dos horas después en el cuartel de la Guardia Civil de Llanes y lo hizo acompañado de su abogado. Después de la llamada del teniente Ocaña, tuvo claro que no iría solo a hablar con él.

De camino se había planteado qué motivo tendría para querer verle. Si el sargento Godoy no le había mentido, sus huellas no estaban en el martillo con el que habían asesinado a Nieves, por lo que no tenía forma de implicarle en el crimen. La única posibilidad era que alguien le hubiese identificado en las cercanías del lugar o durante su paseo de regreso a Nueva, para esperar a Eva. En principio, no se había cruzado con nadie en todo el camino, al menos que le conociese, y, de todas formas, eso tampoco era prueba para acusarle.

Aun así, cuando entró en el edificio lo hizo preparado para rebatir cualquier acusación. Un compañero, que le trató con bastante frialdad, les acompañó hasta la sala de interrogatorios, donde tuvieron que esperar unos cinco minutos a que el teniente Ocaña se reuniese con ellos. Lo hizo con mirada altiva y una carpeta debajo del brazo.

Ni siquiera les dio los buenos días. Se sentó frente a ellos, posó la carpeta sobre la mesa y dijo con voz profunda:

—¿Dónde te encontrabas ayer al mediodía?

El abogado alzó la mano para impedir que Roberto contestase.

—Antes de que mi cliente responda a ninguna pregunta, queremos saber en calidad de qué está aquí. ¿Va a detenerle?

Ocaña le miró con aire de superioridad.

—Eso lo decidiré basándome en las respuestas que dé.

—No va a dar ninguna respuesta hasta que…

—Estaba en mi casa, con mi mujer y mis hijos —intervino Roberto, decidido a terminar con aquello cuanto antes—. Puede

preguntarle al sargento Godoy. Vino a visitarme.

—Ya me lo ha dicho.

—Entonces sabrá que estuve dos días ingresado en el hospital de Oviedo y que regresé ayer al mediodía. Alguien me atacó y me golpeó en la cabeza, dejándome inconsciente.

—Supuestamente —dijo el oficial con suficiencia.

—¿Cómo dice?

—Digo que te atacaron… supuestamente.

—Bueno, no creo que yo fuese capaz de golpearme a mí mismo contra el suelo hasta perder el conocimiento.

—He visto cosas peores.

—Permítame que lo dude.

—Perdona, ¿cómo dices?

Roberto no se amedrentó.

—No creo que tenga ni la mitad de experiencia que aparenta en investigar crímenes. De ser así, no estaría aquí haciéndome estas preguntas.

—Ya veo que eres un listillo.

—Lo suficiente como para saber que está deseando volver a encerrarme. ¿De qué me va a acusar esta vez?

—Ayer desapareció una adolescente en Cué, un pueblo situado a cinco kilómetros de Llanes.

—Sé dónde está Cué. ¿Piensa que yo la secuestré?

—Solo quiero saber dónde estabas alrededor de las tres de la tarde.

—Ya se lo dije, en casa.

—El sargento dice que se fue de allí a las dos y media.

—¿Y cree que me largué a Cué en cuanto él salió por la puerta?

—Tiempo tuviste.

Roberto se recostó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Está acusando a mi cliente de secuestro? —intervino en ese momento el abogado.

—Solo estoy preguntando dónde estuvo.

—¿Qué le ocurre conmigo? —preguntó Roberto mirándole a los ojos—. ¿A qué viene esa obsesión por meterme entre rejas?

—No es ninguna obsesión, es mi trabajo.

—Su trabajo debería ser investigar a Johan Meyer, mi vecino.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque estuvo en prisión en su país, Alemania, precisamente por abusar de una menor, y además fue sospechoso de una serie de crímenes en Hamburgo.

—Primera noticia que tengo al respecto.

—¿El sargento Godoy no se lo comentó?

—Para nada.

Eso le extrañó. Hacía ya varios días que Eva se lo había comentado a Godoy, por lo que, o bien Ocaña le estaba mintiendo, o no sabía nada del tema y el que había mentido era el sargento.

—Pues debería investigarlo.

—No me digas cómo hacer mi trabajo, cabo —dijo remarcando la última palabra con desprecio, queriendo dejarle claro la diferencia de estatus que existía entre ambos.

Roberto se limitó a sonreír con ironía.

—Han muerto dos adolescentes y usted sigue empeñado en demostrar mi culpabilidad, mientras el verdadero asesino sigue ahí fuera —afirmó señalando hacia la puerta—. Tal vez debería preguntarse quién tiene interés en que yo sea acusado de los crímenes.

Los ojos del teniente brillaron.

—Te recuerdo que tus huellas están en el arma de uno de los crímenes.

—Motivo de más para que se pregunte cómo terminó esa navaja allí.

—Lo tengo bastante claro.

—En ese caso, creo que esta conversación termina aquí —dijo Roberto poniéndose en pie—. ¿O piensa arrestarme de nuevo?

Ocaña apretó los labios, como si intentase contener la rabia que sentía en ese momento, y también se puso en pie.

—Volveremos a vernos —aseguró antes de recoger la carpeta de la mesa y salir de la sala.

Al quedarse solos, el abogado comentó.

—No deberías haberle hablado de ese modo. Está claro que ese tío va a por ti.

—Me importa una mierda. Es un inútil y lo único que ha hecho es demostrarlo. Debería dedicarse a hacer mejor su trabajo.

—Venga, salgamos de aquí.

Su abogado estaba en lo cierto. Estaba claro que Ocaña iba a por él, lo que hizo que se preguntase de nuevo el motivo. Tenía la sensación de que había algo en todo aquel asunto que se le escapaba.

Una vez fuera del edificio, se despidió del abogado y se dispuso a subir al coche, aunque cambió de idea en el último momento. El sargento Godoy estaba bajando en ese momento de uno de los vehículos patrulla, así que decidió acercarse a él.

Necesitaba que le aclarase un par de cuestiones.

42

Por su reacción, el sargento pareció sorprendido de verle.

—¿Qué haces aquí, Fuentes? —preguntó alzando las cejas.

—El teniente Ocaña quería hablar conmigo.

—¿Por qué motivo?

—Para saber dónde estaba ayer al mediodía. Dice que desapareció una chavala en Cué.

—Sí, una chica de quince años —dijo Godoy pasándose la mano por el cabello—. Un mal asunto. Desapareció cuando iba andando a Llanes para ver a su tía, como solía hacer cada tarde.

—¿Y nadie vio nada?

—No. Su tía vive a la entrada de Llanes. Creemos que alguien pudo recogerla en vehículo de camino. De momento, hay un vecino que dice que vio pasar una furgoneta, un par de turismos y un camión de reparto alrededor de esa hora, pero no tenemos ninguna matrícula. Y tampoco es que sea muy fiable. Es un hombre bastante mayor que se pasa el día sentado en el porche de casa, viendo pasar los coches.

—¿Qué tipo de furgoneta? Mi vecino alemán tiene una de color verde —recordó en ese momento.

—El hombre es daltónico, así que no nos puede ayudar mucho con eso. De momento estamos investigando el entorno de la víctima, para saber si tenía motivos para escaparse de casa. Parece ser que no se llevaba muy bien con su madre.

—Entiendo.

—¿Y tú qué tal con el teniente?

—Es un gilipollas, para qué voy a decir otra cosa —aseguró, sin cortarse un pelo—. Sigue empeñado en que soy culpable del crimen de Olga.

—Menos mal que no tiene nada contra ti por el otro homicidio, el de Nieves.

—Ya. Por cierto, el teniente dice que usted no le comentó nada sobre las sospechas sobre Johan Meyer.

—¡Claro que se lo comenté! —le replicó con tono de sorpresa—. Incluso le pedí que se pusiese en contacto con la policía alemana para pedirle sus antecedentes. El problema es que sigue empeñado en que eres culpable y está convencido de que me contaste eso de tu vecino alemán para alejar las sospechas de ti.

—¡Menudo cabrón!

—Ya le dije a Ruano que va a por ti y que no quiere saber nada de ningún otro posible sospechoso. Si no fuese porque en el arma del segundo crimen no estaban tus huellas, ahora mismo estarías detenido.

—Sí, eso ya lo había pensado.

—Escucha, Fuentes, debes mantenerte alejado de él y no darle motivos para que vuelva a detenerte.

—¿Acaso hay algo que yo pueda hacer para evitarlo?

—No sigas investigando por tu cuenta. Y que Ruano tampoco lo haga.

Roberto le miró con expresión de sorpresa.

—Eso es fácil de decir cuando no es su vida la que está en juego.

—Todos nos jugamos algo en esto.

Lo dijo de un modo que dio a entender a Roberto que estaba bastante preocupado.

No le dio tiempo a preguntarle el motivo. Godoy se despidió de él y se dirigió al interior del edificio, por lo que decidió regresar a casa.

Ese día los cuatro comieron juntos en casa y luego Eva y Roberto se sentaron en el sofá para hablar a solas.

—Emily está durmiendo la siesta y Berto haciendo los deberes en su habitación —dijo Eva—. Tenemos un rato para nosotros.

—Hoy he estado en el cuartel —comentó Roberto, que había esperado hasta ese momento para hablar del tema—. Al parecer ha desaparecido una chavala en Cué.

—Sí, me lo comentaron esta mañana. ¿Y por qué querían verte en el cuartel?

—El teniente Ocaña quería preguntarme dónde estaba a la hora de la desaparición.

—¡Menudo cabrón! ¿Es que ahora quiere acusarte de eso

también?

—Tengo la sensación de que lo haría si pudiese. Por suerte, me imaginaba algo parecido, así que le pedí al abogado que me acompañase.

—¿Y por qué no me llamaste?

—No quería preocuparte más de lo necesario.

—No es cuestión de preocuparme —le reprendió ella—. Quiero que me tengas al tanto de todo lo que ocurre, principalmente en lo relacionado con el teniente Ocaña. Esta mañana llamé a Gijón, a un antiguo compañero, y me dijo que no tiene muy buena fama allí.

—¿En qué sentido?

—Tuvo ya dos encontronazos con compañeros en su anterior destino. Logró que sancionasen a un cabo primero y anda metido en juicios con un sargento.

—¡No me digas!

—Parece que también tiene problemas de deudas con Hacienda, por algo de una herencia, y que por eso siempre está de mal humor.

—Para mí que ya nació así de gilipollas.

Ella sonrió y luego dijo:

—En serio, Rober, hay que tener cuidado con él. Está claro que quiere pillarte.

—Pues no lo va a conseguir. Antes de que eso ocurra, descubriremos quién es el asesino.

—Eso espero —dijo Eva abrazándose a su pecho.

Roberto la besó en la frente y luego se recostó, mientras la rodeaba con sus brazos. Juntos habían pasado por muchas cosas, demasiadas, como para permitir que ahora nadie pusiese en riesgo su felicidad y la de sus hijos.

Quizás había sido un error pensar que en Llanes encontrarían la paz a la que tanto derecho tenían. Estaba claro que los problemas les perseguían allí donde iban, sobre todo a él, y que daba igual que estuviese en un destino tranquilo, en el que se suponía que no pasaban demasiadas cosas.

Por primera vez en mucho tiempo se planteó si no sería mejor abandonar definitivamente la Guardia Civil y buscar un trabajo que no supusiese un peligro tanto para él como para su familia. Después de todo, el mal seguiría existiendo en el mundo, por mucho que él intentase impedirlo.

Esos pensamientos le acompañaron hasta que el sueño le venció.

43

Olga se incorporó y le miró a los ojos con intensidad. Su expresión no era relajada, como en el anterior sueño, sino que se la veía crispada. Intentaba hablarle, pero las palabras no salían de su boca. Era como si una garra invisible apretase su garganta.

—El… a… o del mal —dijo contrayendo el rostro de dolor—. El… a… o del mal.

—Lo siento, pero no te entiendo —le replicó Roberto.

Las lágrimas asomaron en los ojos de la joven adolescente, que intentó de nuevo construir la frase completa.

—El… a… o del mal.

—No te entiendo.

Entonces, Olga se transformó. Comenzó a gritar, un aullido agudo que le atravesó los oídos, a la vez que su rostro, hasta ese momento dulce y angelical, se convertía en algo terrorífico. Roberto sabía que los espíritus se cabreaban cuando no lograban de él lo que querían, pero aquello era diferente. Ni siquiera estaba seguro de que fuese ella.

Sus sospechas se confirmaron cuando alargó los brazos hacia él y gritó de forma gutural:

—Pronto serás mío.

Intentó retroceder, huir de ella, pero sus pies estaban como clavados al suelo.

—Tengo que despertar —dijo consciente de que estaba dentro de un sueño.

—No podrás huir de mí.

Olga se acercó, alargando los brazos y mostrando unas manos que parecían garras. A cada paso que daba hacia él, un frío helador paralizaba su cuerpo de arriba a abajo.

—No —intentó gritar, aunque su voz apenas fue un susurro—. No…

Entonces, Roberto sintió una mano invisible posarse en su frente y de pronto, un agradable calor recorrió su cuerpo, tranquilizándole.

Acto seguido abrió los ojos y vio que su hija Emily estaba a su lado, acariciándole la frente.

—¿Papá *etá* bien?

—Sí, peque —respondió mirándola a los ojos.

—*Pone* la pulsera —dijo entregándosela. Roberto se la había quitado para lavarse las manos antes de comer y se la había olvidado sobre el lavabo.

—Gracias.

Ella sonrió con esa dulzura que solo tienen los niños.

—*Quero* merendar.

Y dicho eso se dirigió a la cocina, donde ya parecía estar Eva.

Antes de seguirla, Roberto se incorporó y se quedó unos segundos recordando el sueño. Lo que en principio había empezado como cualquier otro, en el que se comunicaba con una persona fallecida, había terminado en una pesadilla. Era como si Susana cada vez se acercase más a él, incansable en su intento de lograr su objetivo de atraparle. Antes de que eso ocurriese, tenía que descubrir al asesino de Olga o caería en un pozo del que le sería imposible salir.

Se puso la pulsera en la muñeca y luego se dirigió a la cocina, donde Eva había sentado a Emily en la trona para que comiese un pequeño cuenco repleto de trozos de fruta.

—Has despertado —dijo ella al verle entrar.

—Sí.

—No quise despertarte, parecías necesitarlo.

—No ha sido un sueño agradable.

—¿Por qué?

—Luego te lo cuento —dijo para no hablar del tema delante de la niña—. Si no es por Emily que me despierta…

Eva le miró y, al ver la preocupación reflejada en su rostro, preguntó:

—¿Va todo bien?

Roberto negó con la cabeza, antes de responder.

—Creo que voy a salir a dar un paseo con Sella. Lo necesito.

—No deberías ir solo.

—Ella me protegerá, no te preocupes —dijo acercándose para besar sus labios—. Además, todavía es de día.

—Está bien, pero ten cuidado.

—Lo tendré.

44

Roberto sintió que necesitaba dar un paseo, después de pasarse dos días seguidos en el hospital. El día era agradable y se veía que Sella también necesitaba caminar, así que decidió realizar por completo la ruta de la Mañanga, que empezaba prácticamente en su casa y que daba una vuelta circular de siete kilómetros, para terminar de nuevo en el centro del pueblo. Le mandó un mensaje a Eva para avisarla y aceleró el paso, decidido a hacerla en menos tiempo del previsto.

Durante el recorrido no dejó de darle vueltas al sueño que acababa de tener. No entendía lo que había ocurrido. Era como si Susana hubiese logrado penetrar en él, impidiendo primero que Olga le transmitiese el mensaje que debía ayudarle a atrapar al asesino y luego tomando posesión de ella. ¿A eso se refería al decir que podía poseer a cualquiera?

Lo más enigmático de todo era el mensaje que había intentado transmitirle.

—El… a… o del mal —murmuró entre dientes—. ¿El regalo del mal?

Puede que eso fuese lo que intentaba decirle. Normalmente, las víctimas que se comunicaban con él le mostraban lo ocurrido en el momento de su muerte y le daban información que fuese relevante para atrapar a su asesino. Por eso trató de encontrar un significado al mensaje.

—El regalo del mal…

Quizás el asesino había llegado a ella a través de un regalo, ofreciéndole alguna cosa que ella desease. Tal vez dinero o la promesa de sacarla del pueblo para irse a vivir juntos a otro lugar. Eso encajaba con la víctima y su deseo de largarse de Llanes.

Lo que sí tenía claro era que Olga había sido incapaz de hablarle con claridad, como si la garra invisible de Susana estuviese

apretando su garganta para impedírselo. Y eso le asustó porque significaba que su poder iba más allá de lo que podía pensar.

El paseo duró más de lo que tenía previsto. Hacía casi dos horas que había salido de casa cuando entró en el pueblo. Pasó al lado del antiguo lavadero y luego callejeó para llegar a su casa. Durante ese trayecto, Sella permaneció pegada a él, hasta que se acercaron a casa y entonces emprendió una veloz carrera para llegar la primera.

En lugar de seguirla, Roberto se paró al llegar a la portilla de entrada a su finca y echó un vistazo al otro lado de la calle, a la casa que había alquilado Johan. No se veía ningún vehículo en el exterior, por lo que supuso que no había vuelto de allí donde estuviese. Quizás no lo hiciese nunca.

Iba a seguir su camino cuando, de pronto, le pareció ver movimiento en una de las ventanas. La casa tenía un doble tejado y entre ambos había una pequeña ventana cuadrada, que supuso pertenecía al desván. La cortina interior se deslizó a un lado, dando paso al rostro de una joven que le miró aterrada a través del cristal. Al verle, comenzó a gritarle algo que no pudo escuchar, dado que una mano le tapó la boca y la apartó de la ventana con brusquedad. La cortina volvió a su sitio y ya no volvió a asomarse.

Eso hizo que todos los sentidos de Roberto se pusiesen en alerta. No supo de quién se podía tratar, ya que apenas había tenido tiempo de verla un par de segundos. Lo que sí tuvo claro era que estaba en peligro, así que no se lo pensó dos veces y saltó el muro de apenas un metro que bordeaba la finca, para correr luego tan rápido como le permitieron sus piernas, mientras miraba hacia la ventana para ver si asomaba de nuevo. No fue así.

Subió las escaleras que llevaban al porche y, una vez allí, delante de la puerta de entrada, trató de escuchar lo que ocurría al otro lado. Nada, ni un solo sonido sospechoso. Aun así, decidió llamar al timbre, mientras pensaba en alguna excusa que dar cuando la puerta se abriese.

Pasó un minuto sin que nadie abriese, así que volvió a pulsar. Esta vez, no tardó en escuchar unos pasos al otro lado.

—¿Quién es? —preguntó el alemán con su característica voz ronca.

—Soy Roberto, tu vecino.

—¿Y qué quieres?

—Verás… —Tenía que inventarse una disculpa convincente para que le dejase entrar en casa—. Necesito pedirte un favor.

—¿Qué favor?

Estaba claro que no iba a ser tan fácil como esperaba.

—Es que me he hecho una herida en la mano y en casa no tengo nada para curarla. —Era una disculpa estúpida y absurda, pero fue lo único que se le ocurrió en ese momento—. ¿Tienes algo para desinfectar y una venda o una tirita?

—Lo siento, no tengo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No tienes algún botiquín? Tal vez en la furgoneta.

—Ya te he dicho que no.

Estaba claro que no iba a conseguir que abriese la puerta, así que decidió cambiar de táctica.

—Hay otro tema del que quería hablar contigo. Es personal, así que preferiría que abrieses la puerta.

—Estoy ocupado.

—Como quieras. Si prefieres, llamaré a mis compañeros de la Guardia Civil para que vengan a buscarte y hablamos de ello en el cuartel.

Tras unos segundos de espera, la puerta se abrió. Roberto solo necesitó mirarle a la cara para saber lo que ocurría.

45

Johan estaba sudoroso, como si acabase de hacer un gran esfuerzo.

—¿Qué quieres? —preguntó mirando a Roberto desde su metro noventa de altura.

—¿Sabes que ayer secuestraron a una chavala de Cué?

—No.

—Alguien se la llevó en una furgoneta verde. Creo que tú tienes una igual, imagino que dentro del garaje.

—Hay muchas furgonetas por ahí como la mía.

—No tantas como crees. La mayoría son Mercedes o FIAT. Aquí en Llanes no suelen verse muchas Volkswagen —mintió para ver su reacción— y mucho menos de color verde.

—¿Me estás acusando de algo?

—La verdad es que sí. Un testigo te reconoció a ti y a tu furgoneta, llevándote a la chica.

—¡Eso es mentira! —dijo dando un paso hacia él y agarrándole por la pechera con ambas manos.

Roberto le agarró de inmediato las muñecas, aunque no lo hizo para soltarse, sino para confirmar que era culpable.

—Será mejor que te largues de aquí —dijo Johan mirándole con un profundo odio— o aplastaré tu cabeza contra el suelo.

—¿Sabes que estás amenazando a un agente de la autoridad?

—Has entrado en mi propiedad.

—Aquí, en España, eso no justifica que puedas atacarme.

El alemán se quedó pensativo durante unos segundos y finalmente le soltó.

—Lárgate —dijo dándole la espalda a continuación.

Roberto no podía permitir que entrase en casa y cerrase de nuevo la puerta, así que le puso la mano en el hombro.

—¡Quieto donde estás! —le ordenó—. Te vienes ahora mismo conmigo al cuartel.

No contaba con la reacción del alemán, que se giró, le agarró del brazo y tiró de él para meterle dentro de casa. Para cuando Roberto quiso reaccionar, recibió un potente puñetazo en la cara que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Por suerte, supo reaccionar y dio un paso lateral para esquivar un segundo gancho, a la vez que alzaba las manos para protegerse.

Mientras retrocedía un par de pasos, miró a su atacante a los ojos y comprendió de inmediato lo que pretendía. Había sido una mala decisión enfrentarse a él solo y sin una pistola con la que defenderse. Lo mejor habría sido ir a su casa y desde allí llamar al sargento Godoy para que mandase refuerzos para detenerle, pero ver a esa joven en la ventana, gritándole, hizo que su primer pensamiento fuese salvarla.

Ahora ya era demasiado tarde para rectificar.

Johan le lanzó una patada al costado que Roberto pudo bloquear con su antebrazo, aunque la fuerza del impacto le dejó claro que la pelea iba a ser muy desigual. Su rival era mucho más fuerte y corpulento que él. Aun así, decidió no ponérselo fácil.

Roberto pasó al ataque y le lanzó una patada a la rodilla, que el otro no esperaba y que le impactó de lleno, haciéndole perder el equilibrio hacia delante. Lo aprovechó para lanzarle un codazo circular a la ceja y luego se colocó a su espalda para rodearle por el cuello con el antebrazo. Si conseguía apretar el suficiente tiempo, lo dejaría sin sentido. Se dio cuenta tarde de su error.

Johan parecía curtido en ese tipo de peleas, porque le lanzó un codazo a la boca del estómago que le obligó a soltarle y luego se revolvió para golpearle de nuevo con el puño en el mismo lugar. Roberto sintió que le faltaba el aire, por eso abrió la boca todo cuanto pudo.

No tuvo tiempo de recuperarse. El fornido alemán se abalanzó sobre él y lo tumbó en el suelo aprovechando todo el peso de su cuerpo. Una vez allí, se sentó sobre su pecho y comenzó a apretarle el cuello con ambas manos.

Roberto lo vio claro en sus ojos. No iba a dejar de apretar hasta matarle, por eso intentó quitárselo de encima. Le lanzó varios puñetazos a cada costado, pero Johan ni se inmutó. Siguió apretando y apretando, con el rostro contraído por la rabia y un deseo de matar que no desapareció a pesar de la fuerza de sus

golpes.

Entonces intentó revolverse para liberarse de la presa, pero la diferencia de peso era demasiado grande como para conseguirlo. Ni siquiera agarrarle de las muñecas y tirar de ellas hacia afuera sirvió de algo. Pronto notó la falta de aire en los pulmones y por más que intentó abrir la boca no logró meter oxígeno en ellos.

Fue en ese momento cuando supo que su vida llegaba a su fin.

Como si de una película se tratara, su mente se inundó de recuerdos, todos ellos agradables. Se vio a sí mismo cogiendo a Emily en brazos, de recién nacida, y a Eva sonriéndole con una felicidad desbordada. También vio a Berto, cogiendo la diminuta mano de su hermana y mirándola embobado.

No era ese el modo en el que deseaba que llegase su final. Todavía tenía que verles crecer y ayudarles en todo lo que necesitasen. Su familia le necesitaba y tenía que luchar hasta el final.

Fue entonces cuando una voz que conocía muy bien inundó su mente.

—Por fin vas a ser mío.

Parecía que el plan de Susana por fin había dado sus frutos. Iba a conseguir lo que tanto ansiaba: llevarle con ella.

Solo en el último segundo, todo dio un giro brusco. Escuchó el sonido de un disparo y, poco después, dos disparos más. Por fin, la presión sobre su garganta se liberó y Johan cayó de lado, permitiéndole tomar una bocanada de aire que le devolvió la vida.

Sintió una mano acariciar su rostro y escuchó una voz de este mundo preguntarle:

—¿Estás bien, Rober?

No fue capaz de sonreír. Se limitó a mirar a Eva y murmurar con voz entrecortada:

—Has llegado… justo a tiempo.

46

Roberto necesitó un tiempo para recuperar el ritmo normal de su respiración. Había estado muy cerca de perder la vida. Demasiado cerca. Aunque lo que más le había aterrado había sido escuchar la voz de Susana en su cabeza. Si no encontraba el modo de romper esa conexión, al final terminaría consiguiendo su objetivo de arrastrarle al lugar donde se encontraba. Y no estaba dispuesto a dejar que eso ocurriese.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Eva ayudándole a ponerse en pie.

Antes de responder, Roberto se incorporó y echó un vistazo al cuerpo de Johan. Estaba tumbado de lado, con los ojos cerrados y la expresión del rostro inerte.

—¿Está muerto?

—No lo sé. Tuve que dispararle hasta tres veces para que te soltase. Ese hombre era una bestia.

—No pude con él. Lo intenté, pero era mucho más fuerte que yo.

—¿Qué ha pasado aquí, Rober? —insistió—. ¿Por qué quería matarte?

—Porque descubrí lo que estaba haciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora te lo explico. No te muevas de aquí, quédate con él.

Roberto salió del salón, en dirección a las escaleras que llevaban a la planta superior.

—¿Dónde vas? —preguntó Eva con tono de sorpresa.

—A por la chica.

—¿Qué chica?

No respondió. Subió tan rápido como pudo las estrechas escaleras que llevaban al desván, mientras rezaba por no haberse equivocado. Estaba seguro de que la había visto en la ventana, aunque en ese momento le entraron las dudas. ¿Y si no la había

visto bien? ¿Y si su mente le había engañado haciéndole ver lo que no era? Lo mismo que Susana era capaz de entrar en sus sueños para atormentarle, tal vez también era capaz de desvirtuar su visión de la realidad.

Si era así, los dos estarían en un buen lío, sobre todo Eva. Johan había intentado matarle, pero justificar su muerte sería muy difícil si al otro lado de la puerta que se encontró al llegar al final de la escalera no estaba quien él esperaba.

Se encontró con un cerrojo de pasador que mantenía la puerta cerrada, así que lo deslizó a un lado y abrió con precaución. La luz que entraba a través de la ventana era escasa ya, señal de que estaba oscureciendo, por eso palpó el marco interior en busca de un interruptor. Al encontrarlo, pulsó. No se encendió ninguna luz. Eso le obligó a sacar su teléfono y encender la linterna.

El desván no era demasiado grande. Había varias cajas apiladas a un lado, cerca de la puerta. En el lado contrario vio una cama, pegada a la esquina, con un cabecero de barrotes de hierro de los que colgaban dos trozos de cuerda. Sobre el colchón una sábana revuelta y una manta medio caída del lado de la pared.

—¿Hola? —preguntó entrando con precaución—. ¿Hay alguien aquí?

Al no obtener respuesta, alumbró despacio a su alrededor, para no perder detalle de cuanto le rodeaba. No había ningún sitio donde ocultarse, por eso temió haberse equivocado y que todo hubiese sido fruto de su imaginación.

—Soy guardia civil. He venido a sacarte de aquí.

Fue entonces cuando escuchó un sollozo, así que se acercó a la cama y vio que entre esta y la pared había un hueco. Se acercó con precaución para enfocar con la linterna. Encogida como un ovillo y con medio cuerpo tapado por la manta, había una mujer. Tenía la cara oculta entre las manos.

—He venido a rescatarte —repitió Roberto con voz suave—. Ya estás a salvo. Él no podrá volver a hacerte daño.

Al ver que no respondía, decidió acercarse más, lo que hizo que ella se cubriese por completo con la manta.

—No, por favor, no me pegues más. Haré lo que tú quieras.

—No voy a hacerte daño. Solo quiero sacarte de aquí.

—¡No! —gritó a la vez que su cuerpo comenzaba a temblar.

Roberto comprendió que estaba en estado de *shock*, así que regresó a la puerta del desván.

—¡Eva, sube aquí arriba! —gritó—. ¡Al desván!

—Voy. —Escuchó sus pasos, subiendo los escalones a la carrera, y no tardó en reunirse con él—. ¿Qué ocurre?

—Johan tenía a una joven secuestrada en el desván. Está muy asustada y no consigo que me haga caso. Es mejor que te ocupes tú de sacarla de aquí. A mí me tiene miedo.

—¿Quién es?

—No estoy seguro. Estaba llegando a casa cuando la vi asomarse a esa ventana, gritando —dijo señalándola—. Por eso vine.

—Debiste avisarme antes —le reprendió Eva—. Joder, Rober, pudo matarte.

—Ya hablaremos de eso después. Ahora hay que sacarla de aquí. Yo esperaré abajo por si Johan recupera el conocimiento.

—No te preocupes por eso, está muerto.

—¡Mierda! —masculló entre dientes—. ¿Has avisado a alguien?

—Todavía no.

—Mejor, primero la sacaremos de aquí.

—¿Dónde está?

—Entre la cama y la pared —respondió alumbrando con la luz del teléfono.

Eva se acercó y comenzó a hablar en tono suave, mientras Roberto se mantenía unos pasos por detrás. Le explico que estaban allí para llevarla de vuelta con su familia y que el secuestrador ya no podría hacerle nada, que estaba muerto. Eso hizo que la joven reaccionase y que asomase la cabeza por encima de la manta para mirarla. Tenía la ceja izquierda partida y todo ese lado cubierto de sangre.

—Te vamos a sacar de aquí. Eres Carla, ¿verdad?

Al escuchar eso, asintió con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Eva la ayudó a ponerse en pie y entonces pudieron ver que estaba completamente desnuda, con visibles moratones en varias partes del cuerpo. De una de las muñecas colgaba un trozo de cuerda partida. Roberto dedujo que había logrado romperla y de ese modo soltarse para pedir ayuda a través de la ventana. Por desgracia para ella, Johan la había descubierto antes de conseguirlo.

Eva cubrió su cuerpo con la misma manta y la ayudó a salir del desván. Roberto bajó las escaleras delante de ellas y, una vez en la planta baja, se volvió hacia Eva.

—Hay que llevarla a nuestra casa y desde allí llamar a una ambulancia. —Fue en ese momento cuando Roberto se dio cuenta de algo—. ¿Y los niños?

—Están en casa. Le dije a Berto que cuidase de su hermana hasta que yo volviese.

—¿Puedes llevarla tú? Antes necesito un par de minutos para hacer algo —dijo señalando el cuerpo de Johan.

Eva comprendió de inmediato a qué se refería, por eso asintió con la cabeza.

—No te preocupes, hazlo —comentó—. Yo la llevaré a casa. En cuanto termines aquí llamaremos a Godoy para contarle lo ocurrido. Le alegrará saber que la hemos encontrado.

—¿Entonces sabes quién es?

—Por supuesto, es la adolescente que desapareció en Cué.

Era lo que sospechaba.

Antes de salir, la joven levantó la cara para mirarle. Ni siquiera fue capaz de sonreírle. Sus ojos reflejaban un dolor tan profundo que le partió el corazón. Sabía que le iba a costar mucho recuperarse de una experiencia tan traumática, aunque quizás lo lograse con la ayuda de la familia y la gente que la quería.

Roberto esperó a que abandonase la casa y entonces se acercó al cuerpo de Johan.

—Muy bien —murmuró—. Veamos qué tienes que contarme.

47

Esta vez Roberto se tomó su tiempo. Al no tener su amuleto, sabía que la fuerza de la conexión podía hacer que incluso perdiese el conocimiento, como le había ocurrido la primera vez que se había conectado con un cadáver. Por ese motivo realizó varias inspiraciones profundas y trató de controlar sus pulsaciones.

Puedes hacerlo, se dijo a sí mismo. Ya había realizado suficientes conexiones como para saber lo que iba a suceder, así que se armó de valor y se arrodilló junto al cadáver de Johan.

—Vamos allá —murmuró antes de tocar su mano.

El contacto fue suficiente para que una corriente de energía le atravesase de arriba a abajo, paralizando su cuerpo por completo. Controló de nuevo la respiración y procuró no ponerse nervioso. A los pocos segundos, la sensación se suavizó un poco.

—Ayúdame, Roberto —escuchó en su cabeza la voz ronca de Johan.

—¿Qué quieres de mí?

—No dejes que me arrastren a ese lugar.

Supuso que se refería al lugar al que viajaba el espíritu después de abandonar el cuerpo.

—Yo no puedo impedirlo.

—No quiero ir.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué secuestraste a esa chica?

—No puedo evitarlo, es mi naturaleza.

—¿Mataste tú a Olga y Nieves? —El silencio que se produjo a continuación le obligó a reformular la pregunta—. ¿Qué ocurrió con Olga y Nieves?

—No lo sé.

—¿Le hiciste daño a Olga?

—No.

—¿Tú la mataste?

—No.

—¿Y sabes quién lo hizo?

—No.

Esas respuestas no le iban a llevar hasta el asesino, así que decidió centrarse en lo que sí había hecho él.

—¿Por qué secuestraste a esa chica?

—Solo quería divertirme.

—Y luego pensabas matarla, ¿verdad? —Al ver que no respondía, añadió—: ¿Es la única a la que has secuestrado y violado?

—No.

—¿A quién más? ¿Dónde las tienes?

—Calpe…

—¿Qué es eso, un lugar?

—Ayúdame…

Roberto notó que estaba a punto de perder la conexión con él, así que se limitó a decir:

—Yo no puedo ayudarte en eso.

No sabía dónde iría a parar su espíritu y si pagaría por todo el mal que había hecho en vida. Lo único que sabía era que no estaba en su mano impedirlo.

Retiró la mano y entonces sintió un terrible dolor de cabeza, tan intenso que se tuvo que sentar en el suelo, incluso tumbarse de espaldas. Permaneció varios minutos con los ojos cerrados, esperando a que la presión en su cerebro se disipase. No tener su Pájaro Trueno estaba claro que alargaba los efectos negativos tras una conexión. Cuando por fin lo logró, se puso en pie y sacó su teléfono para llamar al sargento Godoy.

—Buenas noches —respondió este al segundo tono.

—Tiene que venir hasta mi casa con varias patrullas.

—¿Qué ocurre?

—He encontrado a la chica que secuestraron en Cué.

—¿Que la has encontrado? ¿Dónde? ¿Está viva? —preguntó de forma atropellada.

—Sí. Mi vecino alemán la tenía encerrada en el desván de su casa.

—¡No me jodas! ¿Y lo has detenido?

—En realidad está muerto. Intentó matarme y Eva tuvo que

dispararle para impedirlo.

—¡Joder! Entonces hay que llamar a la jueza y a Criminalística. Y también al capitán y…

—Ahora lo más importante es la víctima —le interrumpió—. Debería avisar a sus padres, lo primero.

—Es cierto. No te muevas de ahí hasta que llegue yo.

—No tengo intención de ir a ningún sitio.

No obstante, nada más cortar la llamada, decidió salir de la casa. Necesitaba respirar aire puro y abandonar aquel lugar que ya había empezado a cargarse de energía negativa. Desde lo alto del porche de entrada, observó cómo varios vecinos se habían acercado a la entrada de la finca y le observaban desde el otro lado del muro. Ninguno se atrevió a entrar, así que Roberto se sentó en las escaleras de subida al porche y esperó a que llegasen sus compañeros.

Iba a tener que dar muchas explicaciones sobre lo ocurrido. Lo peor de todo era que Eva hubiese disparado y matado al secuestrador. Con él muerto, no podía confesar si le había hecho lo mismo a otras mujeres. Tendrían que averiguarlo de otro modo. Además, Johan no había tenido nada que ver con las muertes de Olga y Nieves, por lo que su asesino seguía libre.

Su teléfono vibró y vio que tenía una llamada de Eva.

—Dime.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila. La conexión ha sido más difícil de lo que esperaba. ¿Has avisado a una ambulancia?

—Sí, ya está de camino.

—¿Cómo está la chica?

—Un poco mejor, ahora que es consciente de que ha escapado de ese infierno. Por las marcas que tiene en el cuerpo, Johan debió hacerle mucho daño.

—Ahora ya no podrá.

—Le he hecho una cura de urgencia en esa ceja y le he dado ropa para que se vista.

—¿Los niños están bien?

—Sí, les he pedido que se sienten en el salón, de momento. De todas formas, voy a quedarme aquí hasta que llegue la ambulancia.

—Es lo mejor. Yo acabo de hablar con Godoy y esperaré en la

casa hasta que llegue con refuerzos.

Tras un par de segundos de pausa, Eva preguntó:

—¿Pudiste conectarte con ese monstruo?

—Sí. Esta no es su única víctima.

—¿Quieres decir que él mató a Olga y a Nieves?

—No.

—¿Estás seguro?

—Una vez muertos, no suelen mentirme. Me temo que estamos como al principio.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—Eso espero.

La primera patrulla atravesó en ese momento el pueblo iluminando las calles con sus rotativos azules, así que se puso en pie y se dirigió a la entrada para recibirla.

Iba a ser una noche larga.

48

El lugar pronto se convirtió en un hervidero de coches, agentes y, por supuesto, vecinos. Nada más llegar, el sargento Godoy tomó el mando de las operaciones. Ordenó montar un perímetro que alejase a los curiosos y permitiese el acceso al lugar de la ambulancia y todos los vehículos que debían llegar a partir de ese momento.

—No tienes buen aspecto —le dijo a Roberto cuando se reunió con él al pie de las escaleras que conducían al porche de entrada a la casa.

—Ya —se limitó a replicarle.

No podía decirle que se había conectado con Johan y que eso le había dejado agotado.

—Ya he visto que la ambulancia está en tu casa, atendiendo a Carla.

—Ese cabrón pensaba matarla una vez se hubiese cansado de abusar de ella.

—Al menos parece que por fin tenemos a nuestro asesino —dijo Godoy con expresión de orgullo.

—¿A qué se refiere?

—Imagino que él es quien mató a Olga y a su amiga Nieves.

—No fue él.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo.

—¿Antes de morir? —preguntó el sargento.

—Más bien después. —Por la cara que puso, Roberto intuyó que no esperaba esa respuesta—. Carla no es su primera víctima, pero Johan no mató a Olga y a Nieves.

—¿Entonces a quién más asesinó?

—No logré que me lo dijese. Solo mencionó una palabra: Calpe.

—¿Calpe?

—Sí, eso dijo.

—Estuve de vacaciones en un pueblo de Alicante que se llama así. ¿Crees que asesinó a alguien más allí?

—No estoy seguro.

—Tendrás que decírselo al teniente Ocaña cuando llegue.

Ahora el sorprendido fue Roberto.

—¿También se va a encargar él de esta investigación?

—Ha sido cosa del capitán Bravo, aunque creo que lo hizo porque piensa que tu vecino alemán es el asesino al que buscamos. Se llevará un chasco cuando sepa que no es así.

—Y el teniente Ocaña, una alegría —le replicó Roberto con ironía.

—Tampoco pienso que sea así.

—Ya veremos.

—Tendrás oportunidad de comprobarlo, está de camino. Por cierto, tu cuello no tiene muy buena pinta.

—Johan intentó asfixiarme —dijo Roberto, acariciándoselo y notando un intenso dolor en la zona.

—Tendrías que haber ido ya a que te mirasen los sanitarios.

—No quería que nadie entrase en la casa hasta que llegue Criminalística y la jueza para el levantamiento del cadáver.

—Yo me ocupo de eso. ¿Por qué no te vas a casa y de paso ves a tu familia? Seguro que están preocupados.

—De acuerdo.

Roberto se dirigió a su casa con paso tranquilo. Gracias al perímetro que habían montado sus compañeros, el camino hasta ella estaba despejado. Notó cómo algunos de ellos le miraban con recelo, incluso evitaban hacerlo. Ya estaba acostumbrado a ello.

La ambulancia estaba aparcada delante de su casa, tapando la entrada a la cochera. No le importó. No tenía pensado ir a ningún sitio durante las próximas horas. Lo que más le apetecía era tumbarse, cerrar los ojos y no abrirlos hasta el día siguiente.

Nada más entrar, se dirigió al salón. Los niños estaban sentados en ese momento en el sofá, viendo la tele, pero corrieron a abrazarle nada más verle.

—¡Papá! —gritaron al unísono.

—Hola, peques —dijo agachándose para abrazarles. Al hacerlo, notó un dolor en el costado derecho que le había pasado desapercibido hasta ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó Berto.

—Sí, tranquilo, estoy bien.

—Hay mucha gente fuera.

—Es normal, pero se irán pronto.

—Papa *tene* pupa —dijo Emily frunciendo el ceño.

—No te preocupes, peque, papá está bien.

Ella le dio un beso en la mejilla y le abrazó.

—Chicos, deberías dejar a papá que descanse —escuchó la voz de Eva desde la puerta que llevaba a las habitaciones—. ¿Por qué no os sentáis en el sofá a seguir viendo la peli?

—Me aburre —protestó Berto.

—Solo será un rato. Luego os llevaré a la cama, cuando se lleven a Carla.

—Vale.

Los dos regresaron al sofá y Eva le hizo un gesto con la cabeza a Roberto para que se acercase.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

—Sí, tranquila.

—Tienes el cuello muy enrojecido. Deberías ir al hospital a que te miren. Puedes tener afectadas las cervicales.

—Les pediré a los sanitarios que le echen un vistazo luego. ¿Qué tal está la chica?

—Está tumbada en nuestra cama. Los sanitarios le han tomado las constantes vitales y se la llevarán luego al hospital de Oviedo. Le va a costar recuperarse de esto.

—Ya me imagino. Menos mal que acudiste a ayudarme. ¿Cómo sabías que estaba en casa de Johan?

Eva le cogió del brazo y se lo llevó a la cocina. Una vez allí, cerró la puerta que daba al salón para que los críos no pudiesen escucharles.

—Emily me lo dijo.

—¿Cómo que te lo dijo?

—Sentí a Sella rascar la puerta de la calle para entrar. Cuando la abrí, entró moviendo el rabo, feliz, así que en principio no me asusté al no verte. Pensé que igual estabas en la parte de atrás de la casa, así que volví a la cocina para darle la cena a Sella. Poco después Emily entró y me dijo que estabas en peligro.

Roberto la miró desconcertado.

—¿Que ella… te avisó?

—Me dijo que el señor era malo y que estaba pegando a papá.

—No lo entiendo. ¿Me vio por la ventana?

—Lo dudo mucho, estaba en el salón con su hermano y la persiana estaba bajada.

—Entonces…

—No lo sé, Rober —dijo Eva encogiéndose de hombros—. Ya te dije que Emily tiene una conexión muy especial contigo.

—Ya lo veo —murmuró él, pensativo.

—En cuanto me dijo eso, cogí mi pistola de la caja de seguridad y corrí hacia la casa. Por suerte llegué justo a tiempo, cuando estaba a punto de asfixiarte.

—Me salvaste la vida.

—Me gustaría no tener que hacerlo más veces.

—A mí también —dijo Roberto, abrazándola.

49

Los padres de Carla llegaron unos minutos después, acompañados por el sargento Godoy. El reencuentro fue emotivo, sobre todo para la joven, que salió del *shock* en el que se encontraba en cuanto les vio entrar en la habitación y se fundió con ellos en un intenso abrazo. Poco después, decidieron acompañarla al hospital, aunque antes de abandonar la casa el padre se acercó a Roberto visiblemente emocionado.

Era un hombre rudo de campo, con el rostro curtido por las horas de trabajo para sacar adelante a la familia. Verle tan frágil hizo que a Roberto se le encogiese el corazón.

—Dice el sargento… que fuiste tú quien salvó a mi pequeña.

—En realidad lo hicimos los dos —le respondió mirando a Eva, situada a su lado—. Yo descubrí que estaba secuestrada, pero si no es por Eva me temo que no habría conseguido liberarla.

—No os podéis imaginar lo agradecido que estoy —aseguró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Solo hicimos nuestro trabajo —dijo Eva esbozando una sonrisa —. Ahora lo importante es que Carla se recupere.

—Es una chica fuerte —la secundó Roberto—. Ha sufrido mucho, pero logró resistir hasta ser liberada. Lo que necesita ahora es el cariño de su familia.

—Lo tendrá. Gracias, de verdad —dijo incapaz de contener más tiempo la emoción—. Gracias.

—Si necesitan algo, no duden en venir a vernos. Estamos aquí para lo que necesiten.

Mientras salía de la casa, Roberto no pudo evitar emocionarse también. Por desgracia, la mayoría de los familiares con los que había tratado habían perdido a un ser querido. Pocas veces lograba devolvérselo, como en esta ocasión, por eso sintió una honda satisfacción.

—El teniente Ocaña está aquí con la jueza —dijo el sargento Godoy, que hasta ese momento se había mantenido al margen de la conversación— y quiere hablar con los dos en cuanto sea posible, para que le hagáis un relato detallado de los hechos.

—No creo que este sea el lugar más adecuado, los niños pueden escuchar lo que hablemos —le replicó Roberto— y tampoco podemos dejarlos solos.

—Llamaré a Kateryna para que se quede con ellos —sugirió Eva, a lo que Roberto asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero Ocaña tendrá que esperar un rato.

—No hay problema, tomaros el tiempo que necesitéis.

Pasó cerca de media hora hasta que Roberto y Eva salieron de casa y se dirigieron a casa del vecino, una vez que Kateryna llegó para quedarse con los niños. El camino de acceso, así como el exterior de la finca, estaban repletos de guardias. En ese momento un pequeño grupo salía de la vivienda, con el capitán Bravo a la cabeza. Le seguían la jueza de Llanes, el secretario, el forense y, por último, el teniente Ocaña.

Decidieron esperar fuera de la finca mientras el pequeño séquito se encaminaba hacia ellos. Fue en ese momento, cuando Roberto vio cómo alguien le hacía señas con el brazo para llamar su atención, al otro lado del cordón que habían montado sus compañeros para mantener alejados a los curiosos. Le costó unos segundos reconocerle.

—¿Quién es ese que te hace señas con tanta insistencia? —le preguntó Eva.

—Creo que es Javier del Campo, el periodista de Oviedo que me ayudó cuando investigamos los crímenes de la Hermandad. Debería acercarme a ver qué quiere.

—Te espero aquí, por si el teniente viene a buscarnos.

—De acuerdo.

Roberto se acercó al perímetro y estrechó la mano del periodista en cuanto llegó a su altura.

—Ha pasado mucho tiempo, Roberto —le dijo a modo de saludo —. Casi no te reconozco con esa barba.

—Esa es la idea.

El periodista seguía llevando unas gafas de pasta negra, aunque su pelo tenía más canas de las que recordaba.

—Te veo bien.

—Y yo a ti. Han pasado unos cuantos años desde que nos vimos por última vez.

—Por ti no se notan que hayan pasado.

—¿Qué te trae por aquí, Javier?

—La noticia de la liberación de la chica desaparecida en Cué. ¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo?

—Sabes que no puedo hacer declaraciones.

—No es eso lo que busco. Vamos, te interesa que charlemos.

Juntos se alejaron unos metros más allá del cordón policial, hasta una zona donde nadie pudiese escucharles.

—Tú dirás.

—Según declaró el capitán Bravo a su llegada aquí —comenzó a relatarle el periodista—, la liberación de Carla ha sido resultado de una excelente labor de investigación por parte de sus agentes.

—¿En serio declaró eso? —dijo Roberto sin poder ocultar su sorpresa—. ¿Y ha comentado qué agentes?

—No, parecía más interesado en apuntarse el éxito, como jefe de la operación.

—Por qué no me sorprende —murmuró con ironía.

—Sinceramente, llevo bastante tiempo en este trabajo como para saber cuándo alguien miente. Además, estoy seguro de que tu presencia aquí no es casual.

—Vivo ahí al lado.

—¿En serio?

—Desde hace tres años.

—No tenía ni idea, aunque no me extraña. Después de que tu nombre y tu historia saliese publicada en toda la prensa, yo también me habría ocultado en un lugar donde vivir tranquilo. Sin embargo, no es eso de lo que quería hablar contigo.

—¿Y de qué quieres hablar?

—Ya te lo he dicho, quiero saber lo que ha pasado realmente. No me creo la versión de ese capitán de que todo ha sido fruto de una elaborada operación. He hablado con un par de vecinos y ambos coincidieron en que la primera patrulla no apareció por el pueblo hasta un buen rato después de que se escuchasen los disparos. —Al ver que Roberto no decía nada, prosiguió—. Es decir, que no fueron ellos los que liberaron a la víctima de secuestro,

como dio a entender el capitán.

—¿Y quién entonces?

—Dímelo tú.

Roberto negó con la cabeza.

—No puedo, hay una investigación en curso.

—¿Eso quiere decir que no puedes contarme nada, aunque sea de manera extraoficial?

—Me temo que de momento no puedo decirte más de lo que haya dicho el capitán Bravo.

Javier del Campo asintió con la cabeza, resignado.

—Está bien, aunque deja al menos que te pregunte por algo que no está relacionado con este caso. —Antes de continuar, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba—. Mientras esperaba a que finalizase el levantamiento del cadáver, escuché a un guardia civil decirle a otro que estás suspendido de servicio.

—Es algo circunstancial.

—Y que te han acusado del homicidio de la chica que apareció apuñalada en Nueva de Llanes.

—La jueza desestimó los cargos por falta de pruebas.

No era del todo correcto, pero era la mejor respuesta para que no ahondase más en el tema. No lo consiguió.

—¿Puedes ser más concreto?

Roberto observó durante unos segundos al periodista. Lo conocía lo suficiente como para saber que no se la iba a jugar. Además, era hora de que alguien más supiese la verdad.

—El arma del crimen tenía mis huellas y el asesino la dejó allí para inculparme. Pude demostrar que me encontraba aquí en el momento del crimen, pero el teniente al mando de la investigación parece empeñado en culparme a mí.

—Entiendo —dijo el periodista con aire pensativo—. No quiero preocuparte, pero sabes tan bien como yo que hay gente poderosa que te tiene en el punto de mira, ¿verdad?

Eso despertó el interés inmediato de Roberto.

—¿A qué te refieres?

—A la investigación que llevaste a cabo hace unos años, aquí en Llanes, y en la que yo te ayudé. No creo que los políticos y empresarios a los que salpicó aquel asunto se hayan olvidado de ti. Que tu nombre y todo lo relacionado con tu don apareciese luego

en la prensa no es casual.

—¿Insinúas que alguno de ellos está detrás de eso?

—No sería descabellado pensarlo. Nadie en su sano juicio pensaría que estás implicado en un crimen y, sin embargo, dices que te han querido acusar de él y te han suspendido de empleo. ¿Soy el único de los dos que ve la posible relación?

Roberto tenía que reconocer que estaba en lo cierto.

—No eres el único. ¿Tienes idea de quién podría ser?

—No, pero después de lo que me has contado, me gustaría —dijo el periodista dejando asomar una sonrisa—. ¿Qué te parece si investigo por mi cuenta y luego te cuento lo que haya averiguado?

—¿Hablas en serio?

—La noticia de la liberación de Carla es de mucho interés para el público, pero no tanto como que el más importante cazador de asesinos en serie de España en los últimos años haya sido acusado injustamente de asesinato.

—Creo que exageras.

—¿Por lo de cazador de asesinos?

—No soy el más importante de España —aseguró Roberto.

—Los dos sabemos que sí, por eso quiero investigar quién está detrás de todo esto. A cambio, me gustaría saber qué ha ocurrido aquí esta noche. Creo que eso te ayudaría.

A Roberto no le pareció un mal trato.

—Regresaba a casa de dar un paseo, cuando vi a Carla pidiendo ayuda a través de la ventana del desván.

Le habló de cómo se enfrentó al secuestrador dentro de casa y cómo Eva tuvo que disparar para salvarle la vida. Le habló de los antecedentes de Johan, sin mencionar que nadie en el cuartel de Llanes quiso investigarle, y la probabilidad de que ese secuestro no fuese el único que había cometido en los últimos meses.

—Nadie puede saber que te he contado todo esto, Javier —concluyó—. Si mencionas mi nombre, me meterás en problemas.

—Tranquilo, ya te he dicho que eso es precisamente lo que no quiero. Dispongo de suficientes recursos como para demostrar que he obtenido esa información de otras fuentes.

—De acuerdo.

Roberto se despidió de él y regresó al otro lado del cordón policial. Nada más atravesarlo vio que el teniente Ocaña estaba

hablando con Eva.

Por la expresión de ella supo que no iba a ser una conversación fácil.

50

Roberto llegó a la altura de Eva y el teniente Ocaña justo cuando ella decía:

—Johan estaba sentado encima, asfixiándole. Me gustaría saber qué habría hecho usted.

—Yo no le habría pegado tres tiros.

—Por eso Roberto está vivo y ese monstruo muerto.

Era evidente que Eva estaba cabreada y que la conversación no iba por buen camino. Eso le predispuso en contra del teniente.

—¿Cómo sabías que Carla estaba en la casa? —le preguntó este en cuanto se dio cuenta de su presencia.

—La vi de casualidad cuando volvía a casa después de dar un paseo —le respondió Roberto—. Estaba asomada a la ventana, pidiendo ayuda. Creo que logró romper una de las cuerdas con la que estaba atada al camastro y se soltó. Por desgracia, Johan la descubrió y la apartó de la ventana con brusquedad. Fue entonces cuando corrí a la casa para averiguar lo que ocurría.

—¿Por qué?

—No entiendo —le replicó Roberto.

—¿Por qué fuiste tú solo? ¿Por qué no llamaste para pedir ayuda?

—No tuve tiempo. Mi prioridad era salvar a la joven que había visto en la ventana.

—¡Claro! —replicó el teniente con ironía—. El gran héroe tenía que salvarla.

—¿Tiene algún problema con eso? —preguntó Roberto, cansado de su tono arrogante, que rozaba lo despectivo—. ¿Qué debería de haber hecho, pasar de largo?

—Todo ha sido muy oportuno.

—¿Qué está insinuando? —intervino Eva.

—Hay depredadores sexuales que no actúan solos y este ya no

podrá contarnos nada.

—¡Un momento! —exclamó, desconcertada—. ¿Ahora quiere acusar a Roberto de actuar con Johan para violar a esa joven?

—Si es así, está claro que él ya no nos lo va a contar.

Roberto empezó a perder la paciencia.

—Nada de esto habría pasado si hubiese hecho su puto trabajo investigando a Johan.

El rostro del teniente se encendió.

—Perdona, cabo —dijo remarcando la última palabra—. ¿Me estás diciendo que no sé hacer mi trabajo?

—A la vista está, cuando me considera sospechoso de lo que ha ocurrido aquí —le replicó, señalando la casa—. ¿Se puede ser más inútil?

—No pienso tolerar que te dirijas a mí en esos términos.

—Hablemos claro —comenzó a decir mirándole a los ojos—. Tengo más años de servicio que usted y los huevos bastante más pelados. Y encima, estoy suspendido, por lo que me importan una mierda las formas. La verdadera cuestión es que todo esto se podría haber evitado si alguien hubiese investigado a ese psicópata alemán, como le pedí al sargento Godoy.

—Lo de psicópata lo dices tú.

—Lo dicen las pruebas.

—¿Qué pruebas? Tu mujercita se encargó de cargárselo para que no pudiésemos hablar con él.

—Lo de mujercita, sobra —dijo Eva, encarándose también con él —. Soy sargento de la Guardia Civil y Roberto tiene razón. Si hubiese hecho su puto trabajo en lugar de obsesionarse con que él era el culpable, nada de esto habría sucedido.

El teniente, lejos de amedrentarse, sonrió con cinismo.

—Ya veo que los dos sois tal para cual.

Roberto sintió cómo la rabia crecía en su interior. Durante unos segundos, se le pasó por la cabeza estampar la cara de aquel imbécil contra el suelo. Total, ya que estaba suspendido de servicio, al menos se daría el gusto de borrarle aquella sonrisa cínica de la cara.

Por suerte para todos, la llegada del sargento Godoy en ese momento sirvió para tranquilizar los ánimos.

—Vamos a calmarnos, por favor. Todos estamos en el mismo barco.

—Parece ser que no —murmuró Eva. En su mirada podía verse que estaba pensando lo mismo que Roberto.

—Criminalística se encargará de demostrar lo que ha ocurrido aquí. De momento sabemos que ese alemán secuestró a esa adolescente y que Roberto la rescató.

—¡Ya! —exclamó con ironía el teniente.

—Carla no es la única —afirmó Roberto—. Johan violó y asesinó a varias mujeres desde que llegó a España.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Del mismo modo que cuando me agarró de la pechera supe que era un psicópata.

—¿Hablas en serio?

—No se haga el tonto conmigo, teniente. Conoce de sobra mi pasado y lo que soy capaz de hacer. Le agarré las muñecas para que me soltase y entonces escuché la voz de Carla pidiendo ayuda, mientras abusaba de ella. Lo vi tan claro en mi mente como que estoy hablando con usted ahora.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó soltando una breve carcajada.

Roberto no supo si el teniente intentaba provocarle o era tan inútil como aparentaba, por eso decidió ignorarle.

—Hay que investigar sus movimientos desde que llegó a España —dijo mirando a Godoy—. Dijo algo de Calpe. Habría que preguntar a la policía de allí si ha desaparecido alguna mujer o se ha cometido algún crimen de índole sexual.

—Siempre hay desapariciones en esa zona —intervino Ocaña—. Lo que me gustaría saber es cómo conseguiste que te dijese todo eso con tres disparos en la espalda.

Roberto miró a Eva, que movió ligeramente la cabeza de forma negativa, indicándole que no respondiese. Sin embargo, llegado a ese punto, ya no podía parar.

—Todo lo que dijo la prensa sobre mí es cierto. Puedo comunicarme con los muertos.

—Y ese alemán te lo contó todo una vez muerto, ¿verdad?

—No todo, pero reconoció que había matado a otras mujeres.

—Y ahora vas a decirme que él mató a Olga.

—No.

—¡Ah, bueno, menos mal! —dijo abriendo los brazos y

sonriendo de forma estúpida—. Ya pensé que ibas a decirme que eres inocente.

—Lo soy.

—Solo eres un fraude —afirmó apretando los dientes—, un sociópata enamorado de sí mismo y que se ha creado una mentira a su alrededor para hacerse famoso.

—Es usted un gilipollas —murmuró Eva.

Ocaña la miró encolerizado.

—¿Cómo dices? —preguntó casi fuera de sí, dando un paso hacia ella.

Eso hizo reaccionar a Roberto que alargó la mano para agarrarle. Por suerte, el sargento Godoy se interpuso entre ambos a tiempo para que la cosa no fuese a mayores.

—¡Ya basta! —exclamó con voz tajante—. Actuemos como profesionales. La prensa nos estará observando.

El teniente miró primero a Eva y luego a Roberto, encolerizado.

—Ahora mismo pienso hablar con la jueza para tramitar una orden de detención contra los dos por conducta improcedente estando fuera de servicio y por manipulación de pruebas.

Roberto supo al momento que se estaba tirando un farol y que lo único que pretendía era ponerles nerviosos, así que le devolvió la moneda.

—Será un magnífico titular para la prensa de mañana. Los dos agentes que liberan a la víctima de secuestro son detenidos, después de que el capitán Bravo afirmase ante los medios que todo había sido resultado de una excelente labor de investigación de la Guardia Civil. Incluso sé quién dará la noticia —dijo mirando hacia el cordón policial, tras el que se encontraba Javier del Campo.

Los ojos del teniente parecieron salirse de sus órbitas.

—Sargento, quiero que los lleve ahora mismo al cuartel para tomarles declaración y que Criminalística compruebe si ambos tienen rastros de pólvora.

—Esto es gracioso —dijo Eva—. ¿Ahora piensa que no fui yo quien disparó?

—¡Haga lo que le he ordenado, sargento Godoy! —exigió con rabia antes de alejarse de ellos—. Y que entregue también la pistola que usó en el tiroteo.

Roberto no supo si iba en busca de la jueza. Y tampoco le

importó. Se limitó a mirar a Godoy, que se encogió de hombros.

—Lo siento, pero tendréis que venir conmigo a Llanes para tomaros declaración.

—No te preocupes —dijo Eva, a la vez que sacaba su teléfono—. Ya sabemos cómo funciona esto, aunque antes voy a llamar al abogado. Si quiere guerra, la va a tener.

Roberto sonrió.

—¡Esa es mi chica!

51

Estuvieron en el cuartel de Llanes hasta cerca de la una de la madrugada, hora en la que Eva y Roberto regresaron a casa. El teniente Ocaña no cumplió su promesa de detenerles, algo que, por otro lado, ya esperaban. En cuanto el abogado se presentó en el lugar exigiendo ver a sus clientes, solo faltó que le tendiesen una alfombra roja. Incluso el capitán Bravo, que regresó cuando todavía no habían terminado de declarar, habló con el abogado en privado para decirle que estaba orgulloso de que la Guardia Civil hubiese liberado a la joven secuestrada. Fue su modo de desmarcarse de las intenciones de Ocaña de imputarles algún delito.

No obstante, cuando regresaban a casa en coche, con Roberto al volante y Eva a su lado, él comentó:

—Creo que mi tiempo en la Guardia Civil se ha acabado.

—¿Lo dices por cómo nos han tratado hoy? —preguntó ella mientras le mandaba un mensaje a Kateryna para avisarla de que estaban de camino.

—No solo por eso. Al final es la consecuencia de algo inevitable. ¿Te has fijado cómo me miran los compañeros?

—Sí.

—Algunos lo hacen como si me tuviesen miedo y me quisiesen evitar.

—Es normal, mucha gente no entiende lo que haces.

—Y otros lo hacen con desprecio.

—Yo no diría desprecio, sino más bien envidia. Saben que mañana toda la prensa hablará de la liberación de Carla y, te mencionen o no, todo ha sido únicamente gracias a ti. Tú eres quien la ha liberado.

—Los dos lo hemos hecho, aunque ahora mismo da igual. He aguantado este último año por ti y los niños, pero creo que ya no tengo cabida aquí. Fue un error volver al trabajo. Pensé que si me

venía a un destino más tranquilo todo sería diferente. Me equivoqué. No puedo huir de lo que soy.

—Lo dices como si fueses un monstruo.

—Para mucha gente lo soy.

—No digas tonterías —le reprendió Eva—. Solo te temen porque no entienden lo que haces ni cómo lo haces. Incluso ese inútil del teniente Ocaña. Lo que menos debería importarte es lo que piensen los demás.

—¿Y qué debería importarme?

—La gente a la que ayudas. ¿Viste el modo en que te miró el padre de Carla cuando te dio las gracias? Es por ellos por quienes hacemos este trabajo. Incluso tú me lo has dicho más de una vez, que tienes que hacer justicia por las víctimas.

—Eso es imposible cuando todo el mundo te conoce y te conviertes en alguien incómodo. Precisamente por eso vinimos aquí, para vivir tranquilos.

—Y lo hemos hecho hasta ahora. Hemos disfrutado de tres años de tranquilidad, pero sabías que tarde o temprano pasaría esto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mirándola extrañado.

—No puedes escapar de tu don.

—Sabes muy bien que yo nunca quise tenerlo.

—Ya, pero…

—Y menos ahora, que se ha convertido en algo que ya no me afecta a mí únicamente, sino también a nuestra familia.

—Si lo dices por los niños…

—Lo digo por ti también. Hoy he estado a punto de morir. No quisiera dejaros solos por culpa de un psicópata al que intento atrapar.

Eva se quedó pensativa unos segundos.

—Quizás ese sea el problema, que intentes hacerlo todo tú solo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estábamos en la Interpol, trabajábamos con un equipo y nos protegíamos los unos a los otros. ¿Lo recuerdas? Tal vez sea hora de que alguien te ayude y no tengas que enfrentarte tú solo a todos los psicópatas y criminales que hay por el mundo.

—Sabes que eso no va a ocurrir nunca. Si no me quieren en la UCO menos aún en cualquier otra unidad. Estoy solo en esto, Eva, reconócelo.

—Lo sé, pero me duele que tengas que tirar a la basura veinte años de carrera en el Cuerpo.

—Prefiero eso a poneros en peligro. —Roberto soltó una de las manos del volante y agarró la de Eva—. Vosotros sois lo más importante para mí.

Ella sonrió emocionada y asintió con la cabeza.

—Hagas lo que hagas, sabes que te apoyaré.

—Lo sé.

—Al menos date un tiempo para pensarlo.

En realidad, ya lo había decidido, aunque antes tenía que encontrar al asesino de Olga y de Nieves.

52

Se encontraba envuelto por una oscuridad, que se fue disipando poco a poco. A sus oídos llegó el sonido de las olas acariciando la arena y no tardó en distinguir un entorno que conocía muy bien. Estaba en la playa de Cuevas de Mar, el lugar donde jugaba al fútbol desde niño y se bañaba con sus amigos. El lugar que años después se convertiría en el escenario de uno de los crímenes que le traerían de vuelta a su tierra.

La marea estaba baja, así que caminó en dirección al arco de piedra, donde una figura femenina parecía estar esperándole. Llevaba puesto un largo vestido blanco, a juego con el color de su cabello, y le observaba sin apartar los ojos de él conforme se acercaba.

Al llegar a su altura, comprobó que se trataba de Olga. La joven parecía estar llorando, a tenor de las lágrimas que rodaban por sus mejillas, aunque no tardó en comprobar que eran lágrimas de sangre. Eso hizo que se le encogiese el corazón.

Sabía que cuanto más tiempo pasaba sin que resolviese el crimen, mayor era la agresividad con la que el espíritu contactaba con él, por eso decidió mantenerse lo más comunicativo posible con ella.

—Hola, Olga. —En principio la joven no dijo nada. Tan solo le miró con dureza—. Necesito que me ayudes a encontrar a tu asesino.

—Ya lo hice.

Su rostro comenzó a ensombrecerse, a la vez que lo hacía el entorno que les rodeaba.

—¿Qué significa el regalo del mal?

—No es el regalo —respondió ella mientras sus ojos enrojecían.

—¿Entonces qué es?

—El legado del mal —dijo con voz gutural, a la vez que su

rostro se transformaba en algo terrorífico, casi inhumano.

Roberto retrocedió justo en el momento en que la oscuridad le envolvía de nuevo, y abrió los ojos, despertando del sueño.

53

Roberto se incorporó de la cama. Ya era de día y Eva no estaba durmiendo a su lado. Al escuchar ruido en la cocina supuso que se encontraba en ella preparando el desayuno a los niños. Era lunes y habían pasado ya tres días desde que Carla había sido liberada de su secuestro.

Se acercó al baño a refrescarse la cara, mientras en su mente repetía una y otra vez el mismo mensaje: el legado del mal.

¿A qué se refería exactamente Olga con eso?

Un asesino siempre dejaba detrás de sí un rastro de sangre y maldad. Tal vez quería decirle que su asesino no era la primera vez que mataba y que ella era solo una más de una larga lista.

Sin embargo, el hecho de que hubiese utilizado la palabra legado y no otra podía tener unas connotaciones muy concretas. Un legado era lo que uno dejaba a sus descendientes o sucesores, es decir, una herencia.

De inmediato, le vino a la cabeza Susana y las amenazas que le había lanzado.

«*Si no vienes a mí, haré daño a las personas que te importan*».

Berto era hijo de Susana. ¿Y si Olga pretendía avisarle de que Susana podía hacerle daño a través de su hijo?

En su última comunicación con la nieta fallecida de Alce Blanco, Emily, esta ya le había avisado de que era difícil romper el vínculo de una madre con su hijo. Por eso el niño llevaba en su cuello un colgante con un Pájaro Trueno. Era el mejor modo de protegerle de ella.

Durante dos noches seguidas, Berto había soñado con una figura que trataba de atormentarle, dentro de una iglesia. ¿Y si Susana trataba de llegar a él para utilizarle en su contra?

La sola idea de que Berto pudiese estar influido por su madre, le aterró, por eso cuando entró en la cocina y le vio desayunando,

decidió que debía preguntárselo. Antes le dio un beso a Eva, que se disponía en ese momento a salir de la cocina.

—Voy a despertar a Emily. Esta semana entro más tarde, pero no quiero que se acostumbre a dormir más de la cuenta. Luego no hay quien la levante.

En cuanto salió, Roberto se acercó a su hijo.

—Buenos días, peque. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, papa.

—¿Has vuelto a tener alguna pesadilla?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Has soñado con esa mujer que te daba miedo?

—¿La del vestido largo y cubierta de humo?

—Sí, esa.

—No, papá.

Roberto nunca había vuelto a pronunciar el nombre de Susana delante del niño. Poco después de que lo rescatasen del secuestro de su madre, el niño había dejado de preguntar por ella. Era como si hubiese asumido que Eva y él serían sus nuevos padres a partir de ese momento. Tampoco era tan extraño dado que por aquel entonces solo contaba con tres años de edad.

—Papá, ¿qué le pasó a la chica que mamá trajo a casa anoche? —preguntó Berto captando su atención.

—Un hombre intentó hacerle daño.

—¿Pero está bien?

—Sí.

—¿Y ese señor tan malo dónde está ahora?

No quiso decirle que estaba muerto.

—En un lugar donde ya no podrá hacer daño a nadie más.

—Me alegro. No me gusta la gente mala.

—A mí tampoco, hijo.

Roberto observó durante unos segundos su mirada de inocencia y se dijo a sí mismo que nunca permitiría que Susana le hiciese daño.

—Venga, termina de desayunar. No querrás llegar tarde al cole, ¿verdad?

Después de sacar a Sella, Roberto dejó a su hijo en la escuela y

decidió acercarse a Nueva. El sueño que había tenido con Olga se desarrollaba en la playa de Cuevas del Mar y quería comprobar si había sido así por algún motivo.

El día estaba despejado, confirmando el buen tiempo que estaban anunciando en las noticias desde el día anterior. Nunca veía la televisión, pero quería saber qué impacto había tenido la liberación de Carla en la prensa. Le sorprendió ver que a nivel nacional no tuviese ninguna. Solo mencionaron que la Policía seguía sin atrapar al apodado Asesino de corazones, que al parecer había asesinado a varias personas en distintos lugares de España. En cuanto a nivel local, la importancia había sido moderada, sobre todo después de que el capitán Bravo saliese en los medios diciendo que este hecho no tenía relación con los dos asesinatos producidos en Llanes.

Al menos en eso le habían hecho caso.

Detuvo el coche en el aparcamiento situado en la entrada de la playa y se acercó caminando a la orilla. La marea estaba baja, como en su sueño, así que caminó hacia el arco de piedra, donde no parecía haber nadie.

Mientras pisaba la arena húmeda, reflexionó cómo su vida estaba atada a aquel lugar y no solo porque se hubiese criado en él. Era como si cada vez que estaba en Nueva o en los lugares que conocía desde niño todos sus sentidos se agudizasen. Dicho de otra manera, su don era más receptivo cuando se encontraba allí.

Miró hacia la Playina, la pequeña franja de arena que delimitaba el lado este de la playa y de la que salía el camino que llevaba hasta la playa de San Antonio. Precisamente, por ese camino vio llegar hasta él a alguien que conocía muy bien, uno de esos amigos con los que jugaba de niño al fútbol en esa misma playa. Esta vez decidió no ignorarle y esperó a que llegase a su altura.

—Hola, Rober.

—Hola, Pedro. —Llevaba una caña al hombro y una mochila en la espalda—. ¿Estás de pesca?

—Sí, es una actividad que estoy intentando retomar, aunque hoy tendré que dejarlo. Me ha llamado una señora de Nueva para que le haga un arreglo en el jardín y ahora mismo el dinero me viene bien.

—¿No cobras ninguna ayuda por haber salido de prisión?

—Sí, pero solo durante seis meses. Tengo que encontrar algo

fijo, aunque no es fácil. La gente de la zona me conoce, saben que estuve en la cárcel, y no me quieren dar un trabajo estable, así que voy haciendo chapuzas aquí y allá.

—Tenía entendido que trabajabas en un hotel.

—Bueno, sí, pero me pagan muy poco.

—Quizás deberías comenzar en otro lugar.

—No quiero estar alejado de mis hijos. Ya me perdí cinco años de sus vidas.

Roberto no pudo evitar empatizar con él. Era padre y entendía cómo se sentía. Además, ya había pagado por sus errores. Era justo que quisiese recuperar su vida.

—Comprendo cómo te sientes —le dijo—. Para mí mis hijos y mi mujer son lo más importante de la vida.

—¿Estás casado?

—Sí, Eva y yo nos casamos por el juzgado hace un año.

—Me alegro mucho por ti, de verdad. Te mereces ser feliz.

—Gracias.

—Yo… —La mirada de Pedro se apagó, a la vez que lo hacía su voz—. He cometido muchos errores en la vida.

—No te castigues por ello. Lo importante es que sepas reconducirla ahora que estás libre.

—Es lo que quiero hacer, por el bien de mis hijos.

—Seguro que lo consigues.

—Gracias, Rober —dijo recuperando el brillo en sus ojos y sonriendo—. Nos vemos por ahí.

Apenas había dado unos pocos pasos, cuando se detuvo y se volvió para mirarle.

—Hay algo que quería comentarte, Rober. Sigues siendo guardia civil, ¿verdad?

—Sí, claro —se limitó a responder, para ahorrarse explicaciones sobre su situación actual.

—Verás… —Durante unos segundos, Pedro pareció dudar—. Imagino que sabes lo de la chica muerta que apareció en el campo de fútbol del San Jorge.

—Sí.

—Dicen que la asesinaron.

—Es lo que parece.

—Bueno, yo… No sé si será importante, pero esa mañana la vi.

—¿Dónde? —preguntó Roberto, interesado.

—En la iglesia, discutiendo con el padre Miguel.

El comentario despertó su inmediato interés.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó acercándose a él.

—No sé, a las doce de la mañana, más o menos. Yo pasaba por delante de la iglesia y les vi discutir en la puerta.

—¿Sobre qué?

—No lo sé, no llegué a oírles bien, pero sí escuché a esa chica decirle que la dejase en paz.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro —dijo Pedro asintiendo con la cabeza—. Pensé que te interesaría saberlo.

—Gracias.

Roberto se quedó pensativo, mientras su amigo se alejaba. Nunca había tenido motivos para sospechar del padre Miguel, pero lo cierto era que dentro de aquella iglesia había algo maligno. Una atmósfera negativa que le resultaba imposible de soportar, sobre todo ahora que no tenía su amuleto del Pájaro Trueno. Quizás fuese un indicador de que el párroco no era la persona que aparentaba.

Tendría que verle de nuevo para averiguarlo.

54

Roberto tardó un día en poder hablar con el padre Miguel. El día anterior, después de regresar de la playa de Cuevas, se encontró con que la iglesia estaba cerrada, así que decidió esperar hasta encontrarle en ella.

Lo hizo esa mañana. Dejó a Eva en casa, que ese día entraba de nuevo a trabajar un poco más tarde, y se dirigió a Nueva. Cuando llegó a la iglesia, vio que la puerta estaba abierta, así que optó por asomarse al interior, aunque sin llegar a entrar. Solo con eso pudo sentir cómo la negatividad de aquel lugar le afectaba y un sudor frío recorría su frente.

—¡Padre Miguel! —gritó—. ¿Está ahí?

Al ver que no obtenía respuesta, decidió intentarlo de nuevo.

—¡Padre Miguel!

No tardó en escuchar unos pasos que provenían de algún punto al fondo de la iglesia.

—Sí. ¿Quién es? —escuchó su voz.

—Soy Roberto. ¿Puede salir un momento?

—No tardo nada. Voy enseguida.

Roberto retrocedió unos pasos, lo que hizo que volviese a sentirse bien. No entendía por qué le afectaba tanto lo que quiera que hubiese en el interior de aquella iglesia.

El párroco tardó un par de minutos en salir.

—Perdona, estaba dejando preparadas algunas cosas antes de irme —dijo tendiéndole la mano, que Roberto no dudó en estrechar —. Me voy de viaje.

—¿Se marcha?

—Sí, a Roma. Bueno, más bien debería decir al Vaticano.

—¿Un viaje de placer?

—De trabajo, tengo una reunión. Un viaje breve, de ida y vuelta. ¿Qué tal estás?

—Bien. Quería preguntarle por algo.

—Tú dirás —dijo el párroco mirándole expectante.

—Es referente al día en que asesinaron a Nieves.

—¡Pobre chiquilla! Espero que cojan al que lo hizo.

—¿La conocía usted?

—Muy poco. Alguna vez vino a misa con sus padres.

Roberto meditó cómo plantear la cuestión, si dar un rodeo o ir directo al grano. Se decantó por la segunda opción.

—Un testigo le vio discutir con ella un par de horas antes de su muerte.

—¿Quién? —preguntó con aparente sorpresa.

—Eso es lo de menos. Lo que necesito es que me diga si es cierto.

—No discutía con ella. En realidad, se cabreó conmigo.

—¿Por qué motivo?

—Su madre la había obligado a hacer la confirmación, pero ese día vino para decirme que lo dejaba, que tenía otras cosas mejores que hacer que venir aquí una vez por semana para leer la biblia. Intenté convencerla, le dije que no se trataba solo de eso, que hacíamos otras cosas, pero no la convencí. Cuando salía de la iglesia me gritó que no me metiese en su vida. Tal vez fue eso lo que escuchó ese testigo.

—Es probable. De todas formas, ¿no era un poco mayor para hacer la confirmación?

—Nunca es tarde para realizar cualquiera de los sacramentos.

—Entiendo.

El párroco asintió varias veces con la cabeza, como si se hubiese dado cuenta de algo.

—Piensas que yo la maté, ¿verdad?

—No, en realidad sé que no lo hizo, pero tenía que asegurarme.

—¿Y por qué sabes que no fui yo?

Llegados a ese punto, Roberto decidió sincerarse.

—Cuando le he dado la mano hace un momento, no he notado nada extraño.

El padre Miguel le miró con interés.

—¿Así es como resuelves los crímenes?

—En ocasiones.

—¿Y cómo funciona eso? Es decir, ¿hay alguna cosa que te

indique que una persona es un asesino solo con tocarla?

—En realidad son varias. Lo primero que suelo notar al hacerlo es una corriente de energía negativa recorriendo mi cuerpo. No sé explicarlo con palabras, pero es como un presentimiento muy potente.

—Entiendo.

—También puedo percibir otras cosas, como olores, o escuchar en mi cabeza lo que el asesino habló con la víctima y lo que esta le dijo.

El párroco asintió con la cabeza, antes de decir:

—Tiene que ser muy duro vivir con algo así.

—Lo es.

—¿Y de ese modo puedes saber si una persona ha cometido un crimen?

—O un delito —añadió Roberto.

—¿Solo con un apretón de manos podrías saber si una persona es malvada?

—El concepto de malvada es muy amplio. Mi don me sirve para atrapar a asesinos. Es lo único que puedo decirle.

—Entiendo entonces que no es eso lo que has percibido al darme la mano.

Roberto dibujó una leve sonrisa.

—No.

—En ese caso me quedo más tranquilo —dijo el padre Miguel, sonriendo a su vez.

—Sin embargo, sigo sintiendo algo maligno dentro de esa iglesia —dijo señalando la entrada.

—Lo investigué después de que me lo dijeses y en esta iglesia no hay ninguna tumba. Y tampoco ha muerto nadie, al menos recientemente.

—Pues está claro que algo ocurre aquí dentro.

—¿Quieres echar un vistazo?

—No, ahora mismo no puedo. Tengo prisa —dijo para no tener que explicarle también lo de su amuleto.

—La verdad es que yo también tengo que terminar dentro. Seguiremos esta conversación a mi vuelta del Vaticano. ¿Te parece?

—No hay problema.

Roberto se despidió de él y decidió regresar a casa. Si de algo

estaba seguro era que el padre Miguel no era el asesino al que buscaba, como tampoco lo era Johan.

La pregunta era: ¿quién estaba entonces detrás de los crímenes?

Regresaba a su coche cuando recibió una llamada de teléfono. Lo que le dijo la voz que escuchó al otro lado hizo que se le parase el corazón y todo lo demás dejase de tener importancia a partir de ese momento.

55

Eva echó un vistazo a su derecha, hacia la playa de San Antolín, mientras se dirigía al trabajo. Emily iba sentada en el asiento de detrás del acompañante, de ese modo podía verla bien por el espejo retrovisor. Iba dormida en su silla, como cada día cuando hacían el trayecto de Porrúa a Ribadesella. Era coger la autovía y ponerse a dormir. Envidiaba esa facilidad que tenían los niños para dormirse. Sobre todo en momentos como ese, en el que estaba tan preocupada por Roberto.

A pesar de la liberación de Carla, durante todo el fin de semana lo había notado preocupado y reflexivo, demasiado para lo que solía ser habitual en él. En especial esa mañana. No le había dicho nada cuando se había ido de casa en dirección a Nueva, pero tenía la sensación de que había algo que no le quería contar. Algo que no estaba relacionado con que el teniente Ocaña le tuviese todavía como el principal sospechoso de la muerte de Olga y Nieves, ni con su deseo de abandonar la Guardia Civil.

Es más, estaba segura de que todo tenía que ver con Susana y las amenazas que le había lanzado en sus sueños. Parecía que su obsesión con Roberto iba más allá de la muerte, algo contra lo que no sabía de qué modo luchar.

Mientras recorrían la autovía sin apenas tráfico, Eva decidió hacer un repaso de los acontecimientos en los que se habían visto envueltos, desde el principio.

Todo había empezado el día que Roberto había visitado a Olga en su casa, donde había tenido un breve enfrentamiento con ella por culpa de una supuesta nota de Susana dirigida a él. Al día siguiente su cuerpo apareció sin vida en el río de Nueva, con el arma del crimen dentro de su mochila. Estaba claro que alguien lo había orquestado todo para que la culpa recayese sobre Roberto. ¿Pero quién?

Cualquiera que conociese a Roberto o lo que había hecho los últimos años, jamás creería que era culpable del crimen. Sin embargo, el teniente Ocaña había puesto el punto de mira en él desde el primer momento. Incluso le había arrestado. ¿Por qué ese empeño en demostrar que era culpable?

Desconocía si Susana podía influir en otras personas una vez muerta. Después de lo que había visto y experimentado al lado de Roberto, cualquier cosa era posible, aunque se inclinaba más a que fuese una persona de carne y hueso la que estaba detrás de todo. Alguien interesado en que terminase en la cárcel y que había sabido manipular las pruebas para que fuese así. Si quería llegar hasta él, tenía que remontarse al inicio de todo, al hecho inicial que había provocado que terminase implicado en el asesinato de Olga.

En ese momento un nombre apareció claro en su mente, aunque sus pensamientos se cortaron cuando a través del espejo retrovisor vio cómo una moto se acercaba a gran velocidad. No era la primera vez que la veía. Los dos últimos días que había ido a trabajar la misma moto de carretera la había seguido en su trayecto hasta Ribadesella. Lo recordaba por la llamativa cazadora de cuero roja que llevaba el motorista y porque se había limitado a situarse a unos veinte metros por detrás de ella durante todo el recorrido. No era normal que una moto circulase a los ciento veinte kilómetros por hora que marcaba la autovía. Lo normal era que todas fuesen por encima de esa velocidad.

Esta vez, sin embargo, el motorista solo se mantuvo detrás de ella unos segundos. Luego aceleró y comenzó a adelantarla por el otro carril, aunque se quedó unos segundos a su misma altura para mirarla primero a ella y luego al asiento trasero, donde viajaba Emily. Debido a que la pantalla del casco estaba tintada, era imposible ver su rostro y averiguar quién era. Lo llamativo era que en esta ocasión llevase una mochila pegada al pecho, en lugar de en la espalda.

Durante unos segundos se mantuvo a su lado y luego aceleró para adelantarla. Mientras se alejaba, Eva estuvo tentada de coger el teléfono móvil del soporte y hacerle una foto, pero entonces ocurrió algo que puso todos sus sentidos en alerta. El motorista se mantuvo unos cincuenta metros por delante, en su mismo carril, mientras recorrían un tramo de la autovía en bajada. Metió la mano

derecha en la mochila que llevaba al pecho, sacó de ella un tarro enorme de cristal y estiró el brazo hacia ese costado. Al momento comenzó a desplazarse hacia el lado izquierdo mientras giraba el tarro para ponerlo bocabajo y que el contenido cayese sobre el asfalto. Eran pequeños objetos que Eva no pudo identificar hasta que ya fue demasiado tarde.

Sintió una fuerte sacudida en el coche cuando la rueda delantera derecha reventó, solo un segundo antes de que lo hiciese también la izquierda. Su primera reacción fue agarrar con firmeza el volante para mantener el coche recto, pero notó que la parte trasera temblaba por culpa de un nuevo reventón, haciendo imposible que lo dominase.

—¿Mamá? —escuchó la voz asustada de Emily a su espalda.

No pudo mirarla. Estaba más preocupada porque el coche no se saliese de la carretera. Intentó controlar la dirección, pero por mucho que trató de mantener el volante recto, el coche se fue desplazando a la izquierda, mientras escuchaba el sonido de los neumáticos desinflados rodando sobre el asfalto, transmitiendo un eco ruidoso que inundó el habitáculo.

El lateral del vehículo chocó con violencia entonces contra los bloques de hormigón que protegían ese tramo de la autovía, lo que hizo que el coche se desplazase hacia el lado contrario, esta vez de frente y sin que pudiese controlarlo. Eva pisó el freno a fondo y giró el volante para recibir el impacto de su lado y no del lado en el que se encontraba su hija. Solo en el último momento, cerró los ojos, deseando que el impacto fuese lo más suave posible.

Cuando el morro del coche se estrelló contra la barrera, solo pudo pensar en Emily y en que su asiento aguantase el impacto.

56

Roberto llegó al lugar del accidente apenas un cuarto de hora después de que se hubiese producido. Para entonces sus compañeros de la Guardia Civil ya estaban allí regulando el tráfico, así que aparcó en el arcén y corrió hacia ellos tan rápido como pudo. Por suerte, la ambulancia ya se encontraba en el lugar.

Antes de llegar hasta ella, pasó junto al vehículo que conducía Eva, lo que hizo que se le encogiese el corazón. El morro estaba mirando en dirección contraria al sentido de la marcha, pegado casi a la barrera que delimitaba la autovía y contra la que había chocado. Por suerte, el hormigón había soportado el impacto o el coche habría terminado cayendo por el puente en que se encontraba. El coche también había aguantado bien el impacto, ya que no estaba demasiado deformado. No obstante, las ruedas ya eran otra cosa. La trasera derecha apenas tenía goma en el neumático y las otras tres estaban reventadas. Al observarlas de cerca, vio que tenían unas piezas metálicas clavadas en ellas, que parecían ser las causantes del accidente.

—Pudo ser peor —dijo uno de los guardias presentes en el lugar, acercándose a él.

—Ya lo veo —le respondió Roberto sin prestarle mucha atención y continuando hasta la ambulancia.

Eva estaba sentada en el borde el portón trasero, con Emily también sentada a su lado y peinando a su muñeca favorita. Al verle llegar, la niña se bajó y corrió hacia él, que la recibió agachándose con los brazos abiertos.

—¡Papá!

—Hola, peque —dijo abrazándola—. ¿Estás bien?

—Sí.

Roberto se puso en pie con Emily al brazo y se acercó a Eva. Tenía un trozo de esparadrapo en el lado izquierdo de la frente y un

sanitario le estaba vendando la mano izquierda.

—¿Estás bien?

—Sí, ya te dije por teléfono que no te preocupases, que no había sido grave.

—A mí me parece que podía haberlo sido —dijo cabreado.

—Las dos estamos bien. Logré dominar el coche para que el impacto fuese lo menos fuerte posible.

—Podíais haber volcado.

—Podían haber pasado muchas cosas —aseguró Eva sin perder la sonrisa—. Lo importante es que las dos estamos bien y con ganas de volver a casa.

—Antes las llevaremos al hospital —intervino el sanitario—. El impacto ha sido fuerte y hay que realizarles un chequeo más a fondo.

—Estamos bien.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —preguntó Roberto.

—No es nada, un pequeño golpe. Ni siquiera necesita puntos.

—¿Y la mano?

—Me corté al abrir la puerta. Ahí sí que necesito un par de puntos.

—Unos cuantos más —la contradijo el sanitario—. Las llevaremos al hospital de Arriondas.

—Os acompañaré detrás en mi vehículo —le dijo Roberto— y llevaré a Emily conmigo. Tengo una silla en el coche. Ella está bien, ¿verdad?

—Sí, la silla soportó el golpe y apenas se enteró de nada. Las dos están bien, pero conviene hacerles una revisión en el hospital para asegurarnos.

—De acuerdo, os sigo.

Eva asintió con la cabeza y entró en la parte trasera de la ambulancia. Roberto regresó al vehículo accidentado, posó a Emily en el suelo y dedicó unos segundos para agacharse junto a una de las ruedas y analizar de nuevo las piezas metálicas que tenía adheridas al neumático. Era una especie de pirámide hecha con dos trozos de hierro doblados que terminaban en punta en cada uno de sus vértices. Arrancó uno de ellos y se fijó en que estaba hecho con un tubo hueco muy fino, pero resistente. Lo dejó caer en el asfalto y comprobó cómo una de las puntas quedaba hacia arriba. Nunca

había visto un sistema así para pinchar las ruedas de los coches.

—Papá, ¿vamos a casa? —preguntó la niña.

—No, peque, vamos a ir al hospital a acompañar a mamá.

—¿Y *Beto*?

—Kateryna se quedará cuidando de él cuando salga del cole —respondió, consciente de que debía llamarla de camino para avisarla. Le tendió la mano a la niña, que no dudó en cogerla—. Vamos.

Una vez en el hospital de Arriondas, un médico realizó un examen exhaustivo tanto a la madre como a la niña, que confirmó que ambas se encontraban bien. No obstante, en el caso de la madre decidió que se quedase esa noche en observación, dado que había soportado todo el impacto del accidente y podían aparecer lesiones musculares y cervicales con el paso de las horas.

Roberto pidió a una enfermera que se quedase unos minutos con Emily y así poder hablar a solas con Eva sobre el accidente. Estaba claro que había sido provocado y que el autor no buscaba solo darles un susto.

—Apenas tuve tiempo de reaccionar —le explicó ella—. El motorista se puso delante de mí y comenzó a arrojar esas piezas por toda la carretera.

—Eran clavos para que pinchasen la ruedas.

—Lo sé, los vi cuando me bajé del coche. Menos mal que respondió bien y pude controlarlo, dentro de lo que cabe. Si no es por las barreras… creo que nos habríamos matado —dijo Eva mientras una lágrima corría por su mejilla.

Roberto, sentado a su lado en el borde de la cama, se la secó con el dorso de la mano y luego le acarició la mejilla.

—No pienses en eso ahora. Lo importante es que estáis bien.

—No soportaría que le hubiese pasado algo a Emily.

—Está bien, no te preocupes.

El accidente había tenido lugar en el puente de Nueva, en el tramo de autovía que pasaba sobre la carretera de entrada al pueblo, justo al lado del lugar donde habían asesinado a Olga. De no haber aguantado la barrera, el coche habría caído desde una altura de varios metros.

—¿Pudiste identificar al motorista?

—Con el casco era imposible y tampoco llevaba matrícula. Eso sí, durante unos segundos se detuvo a la altura de mi ventanilla y me miró, imagino que para asegurarse de quién iba conmigo en el coche.

—¿Miró a Emily? —preguntó entonces Roberto.

—Sí. Sabía que iba conmigo en el coche.

—Hijo de… —Apretó los labios para no terminar la frase.

El asesino ya no solo iba a por él, sino también a por su familia. Tenía que hacer algo para atraparle antes de que volviese a intentarlo.

—Lo importante es que estamos bien —dijo Eva intentando sonreír—. Deberías llevarte a casa a Emily y quedarte allí con ella y con Berto. Yo estaré de vuelta mañana, cuando me den el alta.

—Los dejaré a los dos con Kateryna y vendré a pasar la noche contigo en el hospital.

—No hace falta —aseguró cogiéndole la mano—. Estoy bien, ya oíste al médico. Y los niños te necesitan.

—No quiero dejarte sola.

—Solo será una noche. Mañana estaré de vuelta en casa.

Roberto se inclinó hacia delante y besó sus labios.

—No soportaría que te pasase nada —murmuró—, ni a ti, ni a los niños.

—Tenemos que atrapar a ese cabrón —dijo ella—. Está claro que no va solo a por ti.

—Lo sé, quiere hacerme daño de todos los modos posibles. No le basta con que me metan en la cárcel.

—Eso debería de indicarnos de quién se trata —meditó Eva en voz alta—. Alguien que te odia lo suficiente como para…

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y un rostro conocido asomó detrás de ella.

—Buenas, ¿se puede?

57

A Roberto le sorprendió ver al sargento Godoy entrar en la habitación.

—Espero no molestar —dijo con timidez.

—Claro que no —le replicó él poniéndose en pie y acercándose para extenderle la mano—. No hacía falta que viniese.

Godoy forzó una sonrisa y le estrechó la mano.

—Era lo mínimo que tenía que hacer. —Tras el apretón, se acercó a Eva—. ¿Qué tal estás?

—Bien, solo fue un susto.

—Pues menudo susto. Vi las fotos del coche antes de venir. Pudo ser mucho más grave.

—Es una buena conductora —dijo Roberto, situándose al otro lado de la cama para mirarle de frente—. La cuestión ahora es detener al que lo hizo.

—Estamos en ello, aunque no hay muchos datos. ¿Has recordado algo más estas últimas horas?

—Solo lo que les dije a los primeros agentes que llegaron al lugar —respondió ella—. Un motorista con una cazadora de cuero roja se puso delante de nosotras y arrojó un montón de clavos a la carretera para reventarnos las ruedas.

—Los mandaremos a Criminalística, a ver si nos pueden decir la procedencia.

—Pretendía matarlas —intervino Roberto mirándole directamente a los ojos—. Ese cabrón ya no va solo a por mí. No le basta con asesinar a una adolescente y tratar de que me acusen a mí de ello. Ni con matar también a una de sus amigas. Ahora va a por mi familia.

—Bueno, eso no lo podemos demostrar todavía.

—¿El qué?

El sargento pareció dudar.

—Pues… lo de los asesinatos de las dos chicas. No sabemos si tienen relación.

—Yo lo sé. Fue la misma persona.

—¿Y cómo lo sabes?

—Eso es lo de menos ahora. Hay suelto un psicópata que quiere que yo termine en la cárcel y, como todavía no lo ha conseguido, ahora ha decidido ir por mi familia.

—Lo entiendo —murmuró bajando la mirada al suelo.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Yo poco puedo hacer —dijo encogiéndose ligeramente de hombros—. La investigación está en manos del teniente Ocaña y…

—Sabes tan bien como yo que Roberto no está implicado en las muertes —intervino Eva—. Alguien quiere que parezca culpable.

—Ese hombre es bastante tozudo y de momento no hay más pruebas que te exculpen. Esa es la verdad.

—¿Y lo que acaba de ocurrir no es prueba suficiente? —preguntó él con rabia—. ¡Maldita sea, mi hija iba en el asiento de atrás! ¡Podía haber muerto!

—Tranquilo, Rober —le pidió ella al ver que estaba a punto de saltar por encima de la cama.

—¡No me puedo tranquilizar! ¿Es que soy el único que ve lo que está pasando?

—Godoy no tiene la culpa, él no lleva la investigación. No es el culpable de lo que está sucediendo.

—Claro que no —se defendió con voz nerviosa—. Esto no está bien. Quiero decir que… Tienes toda la razón, Fuentes. Tu hija iba en el coche y le podía haber pasado algo.

—Al menos veo que es consciente de ello.

—Pondré gente a investigar lo ocurrido. Quizás algún conductor vio la matrícula del motorista y eso nos ayude a llegar hasta él.

—La moto no tenía matrícula.

—Alguien tiene que haber visto algo. No os preocupéis, lo investigaremos.

—Eso espero.

Godoy asintió con la cabeza y forzó una sonrisa.

—Bueno, te dejo que descanses —se dirigió a Eva—. Me alegra que estés bien. Os avisaré si descubrimos algo nuevo.

—Gracias.

El sargento abandonó la habitación con paso un poco apresurado y sin atreverse a cruzar de nuevo la mirada con Roberto.

—¿Qué opinas, Eva? —preguntó cuando se quedaron a solas de nuevo.

—Se le veía nervioso.

—Y culpable.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le di la mano al entrar, noté en él un fuerte sentimiento de culpabilidad por lo ocurrido.

—¿Te refieres a mi accidente?

—Sí. Está claro que hay un motivo para que se sienta así y que va más allá de la simple preocupación.

—Lo sé.

Roberto la miró con interés.

—¿Lo sabes?

—Cuando me dirigía esta mañana a Ribadesella, antes del accidente, iba pensando en todo lo ocurrido y me di cuenta de algo en lo que ninguno de los dos caímos hasta el momento —empezó a explicar Eva—. En el inicio de todo.

—No entiendo a qué te refieres.

—Hablo de cuando fuiste a ver a Olga y de la persona que te condujo hasta ella. Eso fue el inicio de todo.

—¿Quieres decir que…?

—Sí —respondió ella al ver que se quedaba pensativo y dejaba el final de la pregunta en el aire.

De pronto, las piezas encajaron en la cabeza de Roberto, que exclamó.

—¡Joder, lo tenía delante de las narices! ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

58

Eran las doce de la mañana cuando Roberto y Eva se presentaron en la puerta de la casa del sargento Godoy. Después de que a ella le hubiesen dado el alta esa misma mañana, dejaron a Emily al cuidado de Kateryna y le encargaron que recogiese a Berto del cole en cuanto saliese. No podían esperar más para resolver el caso.

Godoy había alquilado una pequeña casa en Pancar, una vivienda antigua de una sola planta, situada en un barrio bastante tranquilo del pueblo. En cuanto abrió la puerta y les vio, su cara reflejó sorpresa.

—Buenos días —dijo Eva—. En el cuartel nos dijeron que no trabajabas hoy.

—Tuve que ir a pasar la ITV de mi coche particular y aproveché para hacer alguna cosa en casa.

—Nos gustaría hablar contigo unos minutos.

—¿Por qué motivo? ¿Va todo bien? —preguntó con mirada nerviosa.

—Me temo que no.

—No entiendo.

—¿Podemos pasar?

—Sí… claro.

Se echó a un lado y los dos entraron directamente a un salón con solo un sofá y una tele enfrente. Al fondo estaba la zona de cocina y a la izquierda el baño y una habitación.

—¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —respondió Roberto mirando a su alrededor. Era una casa bastante austera, con solo lo imprescindible para vivir. Sin lujos. Incluso la tele era pequeña y de una marca poco conocida—. Me imagino, mi sargento, que no pasa mucho tiempo aquí.

—Me gusta salir a hacer rutas en bici o a pie. Tengo la casa para dormir y poco más.

—No será barata.

—La dueña me la dejó bastante bien de precio cuando la alquilé. No me cobra mucho la mayoría del año, a cambio de que julio y agosto le pague casi como si estuviese de vacaciones. Los dos salimos ganando con el trato.

—Ya veo que se le dan bien los tratos.

—¿Cómo?

Roberto miró a Eva y fue ella la que habló a continuación.

—Sabemos lo que has hecho. La pregunta es por qué.

—Creo que no entiendo —replicó, fingiendo desconcierto.

—Sacaste a Roberto de la oficina y le mandaste a Nueva de Llanes a investigar un absurdo robo, el de una figura sin valor.

—Claro, el cura me llamó para que mandase a alguien.

—Ya, pero podías haber enviado a cualquier otro. Sin embargo, enviaste a Roberto. ¿Por qué?

—Ya se lo dije a él —respondió encogiéndose de hombros—. Es de Nueva y me pareció lo más apropiado.

—Apropiado para que todo saliese según lo planeado —prosiguió Eva.

—Creo que aquí hay un malentendido.

—El único malentendido fue que pensases que no lo descubriríamos. Tenías que enviar a Roberto a la iglesia para que el padre Miguel le hablase de Olga y acto seguido decidiese visitarla. De ese modo, parecería culpable cuando encontrasen su cadáver.

Godoy sacudió la cabeza de forma negativa.

—Me parece que estás bastante confundida.

—¿Tú crees?

—¿Cómo iba yo saber todo eso? Es demasiado enrevesado.

—Lo mismo pensé yo al principio, hasta que caí en otro detalle. Tú me hablaste de Nieves y dónde encontrarla. Seguro que esperabas que se lo dijese a Roberto y que fuésemos a hablar con ella, para de ese modo implicarle también en ese crimen. Por suerte, estaba sola cuando hablé con su madre.

La expresión de desconcierto que trató de plasmar en su cara resultó demasiado forzada.

—Me parece que te estás montando una película.

—Esperabas que las huellas de Roberto apareciesen en el martillo. Eso habría hecho que le detuviesen de nuevo y que le

condenasen por los dos crímenes.

—¿Me estás acusando de que las maté yo para inculparle? —dijo señalándose a sí mismo—. ¡Esto es el colmo!

—Sé que no las mataste tú. Antes de venir he hablado con el capitán Bravo por teléfono y dice que te reuniste con él casi una hora después de hablar conmigo.

—Así es. Y la noche que asesinaron a Olga yo estaba en Oviedo, en una cena. Podéis comprobarlo.

—Lo hemos hecho.

—Sin embargo, eso no significa que no esté implicado —intervino Roberto, que hasta ese momento había preferido que hablase Eva—. Lo confirmé ayer, después de darnos la mano en el hospital.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Imagino que con la tensión del momento no te diste cuenta —prosiguió tuteándole, para de ese modo ganarse su confianza—. Fuiste al hospital porque estabas preocupado por lo ocurrido y te sentías culpable.

—¿Culpable de qué?

—Una cosa es ayudar a quien está detrás de todo esto para que yo termine en la cárcel y otra muy diferente que le haga daño a mi familia. No contabas con que eso ocurriese y por eso te sentías tan culpable.

—Lo siento, pero te equivocas.

—No me equivoco. Has estado ayudando a la persona que asesinó a esas dos adolescentes. —Roberto dio un paso hacia él—. Lo que queremos saber es cómo ha conseguido que hagas todo lo que quiere. ¿Es por dinero?

Godoy tragó saliva y bajó la mirada al suelo, incapaz de enfrentarse a él.

—Es mejor que nos lo digas ahora, antes de que vuelva a asesinar a otra inocente —le apoyó Eva.

—No permitas que mueran más inocentes. Tenemos que pararle antes de que eso ocurra. Ayúdanos.

Godoy levantó la mirada con timidez, asintió con la cabeza y luego se acercó al sofá para sentarse.

—Yo no sabía que esto podía ocurrir.

—Todavía estás a tiempo de pararlo. Solo tienes que decirnos su

nombre.

Él les miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Ojalá fuese tan fácil.

59

Roberto y Eva se situaron delante de Godoy, que realizó una respiración profunda antes de decir:

—No sé quién es.

—¿Cómo que no sabes quién es? —le replicó Eva.

—Nunca le he visto la cara. Alguien me dejó una carta por debajo de la puerta —dijo señalando la que daba a la calle—, en la que decía que, si no hacía todo lo que él quería, destaparía lo que ocurrió en Madrid hace unos años.

—No entiendo.

Godoy tomó aire de nuevo y apoyó la espalda en el respaldo del sofá para mirarles.

—Por ese motivo terminé aquí. No fue porque me acostase con la mujer de uno de mis jefes, como sé que se comenta por el cuartel. —Al escuchar eso, Roberto asintió con la cabeza—. Fue por algo que le sucedió a la que entonces era mi novia. Dos chorizos le dieron una paliza y la violaron cuando regresaba a casa del trabajo, por la noche. La dejaron medio muerta, así que no paré hasta dar con ellos. Averigüe que vivían en una casa abandonada, así que, en lugar de informar, decidí tomarme la justicia por mi mano. La verdad es que estaba fuera de mí.

—Lo entiendo —dijo Roberto para animarle a seguir hablando.

—No tuve miramientos, a uno le disparé en la pierna y al otro le golpeé en la cabeza con el cañón de la pistola, dejándole medio inconsciente.

—¿Y qué ocurrió después?

—El del tiro empezó a reírse de mí y a decirme lo bien que se lo había pasado con mi novia y lo mucho que ella había disfrutado. No lo soporté —aseguró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas— y le pegué tres tiros en el pecho.

—¿Lo mataste?

—Sí. Alguien escuchó los disparos, porque enseguida apareció la policía. Esposé al otro y le amenacé con que si decía algo de lo ocurrido le pegaría un tiro a él también. Luego coloqué junto al cadáver una barra de hierro y me inventé la historia de que había intentado atacarme y me vi obligado a dispararle.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Eva.

—Me suspendieron durante varios meses hasta la celebración del juicio. El otro violador dijo que había matado a su amigo a sangre fría, pero los dos tenían un largo historial de violaciones y robos, así que el juez creyó mi versión. No obstante, mi jefe me enseñó la puerta de salida, por eso decidí venirme a un destino tranquilo y apartado, como Llanes.

—¿Y el asesino conoce la verdad de lo ocurrido? —preguntó Roberto.

—Así es. Me dijo que tenía pruebas de mi delito y que, si no hacía lo que me decía, lo destaparía todo, arruinándome la vida.

—¿Puede ser el otro violador quien te mandó esa carta?

—No, ya lo comprobé y continúa en la cárcel, cumpliendo una condena de quince años.

—¿Entonces quién?

—No lo sé, pero me dio suficientes detalles sobre lo ocurrido como para demostrar que no era un farol.

—¿Y cómo te comunicas con él?

—En esa primera carta me decía que debía darle mi número de teléfono para agregarme a una aplicación de mensajería privada, imposible de rastrear. A partir de ese momento nos hemos comunicado por ahí. —Godoy se tomó una pausa, antes de continuar—. Primero me dijo que debía enviarte a Nueva a investigar el robo de esa figura en Nueva de Llanes.

—¿Y cómo sabía él que eso me llevaría hasta Olga? —preguntó Roberto.

—No tengo ni idea, pero a partir de ahí me exigió que le mantuviese al tanto de cualquier avance en la investigación, sobre todo en cuanto apareció el cadáver de Olga.

Eva decidió intervenir.

—En ese momento tú ya sabías que quería implicar a Roberto en el crimen, ¿no es cierto?

—No, me di cuenta cuando apareció la navaja con sus huellas.

Entonces fue cuando comprendí que él era el asesino y que lo había preparado todo para que Fuentes pareciese culpable.

—Y no dijiste nada.

—Ya te he dicho que no podía.

—Pero sí que me llevaste hasta Nieves.

—Fuiste tú quien me presionó para que te diese su nombre.

—Y luego le avisaste. Por eso estabas tan nervioso y no dejabas de mirar el teléfono mientras hablábamos.

—Sí —dijo Godoy bajando la mirada.

—¡Jodido estúpido! —le chilló Eva—. ¿No pensaste en que le ponías en bandeja de plata la oportunidad de culpar a Roberto de un nuevo crimen? Mató a Nieves solo para incriminarle.

Él la miró con ojos vidriosos.

—Tienes que creerme, yo nunca pensé que fuese a matarla, como tampoco sabía que mataría a Olga.

—¿Y qué pensabas que pasaría? Has dejado que un puto psicópata nos maneje a todos a su antojo.

—Lo siento —murmuró agachando la cabeza de nuevo.

—No me vale que lo sientas. Mi hija pudo morir —dijo Eva agarrándole del pecho y obligando a Roberto a intervenir.

—Para, Eva, así no vamos a conseguir nada.

Godoy ni siquiera se defendió. Estaba tan abatido que era incapaz hasta de alzar los brazos.

Roberto logró apartarla de él y, una vez que se calmó, preguntó situándose delante del sargento:

—Tienes que ayudarnos. ¿Estás seguro de que no sabes quién es?

—No tengo ni idea.

—Piensa un poco. ¿Quién pudo averiguar lo que hiciste?

—Solo lo sabía el otro violador.

—¿Se lo contaste a alguien?

—Nunca.

—Y ese tío está en la cárcel, ¿no?

—Sí.

—Entonces tiene que ser alguien que haya tenido acceso a la cárcel y que pudiese hablar con él. Alguien que…

La voz de Roberto se cortó, lo que hizo que Eva le mirase con expectación.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Sabes quién es?

—Joder… —murmuró—. Creo que estoy muy seguro.

60

Roberto condujo directo hasta Nueva y aparcó delante de la iglesia, con parte del vehículo encima de la acera y sin importarle quién pudiese quejarse de ello. No tenía tiempo para buscar un aparcamiento mejor.

—Sigo pensando que deberíamos llamar al teniente Ocaña —dijo Eva una vez se bajaron del coche.

—¿Para qué? Ese imbécil está convencido de que yo soy el asesino.

—No creo que sea buena idea venir solos.

—Solo quiero confirmar mis sospechas. Luego si quieres le llamamos.

—Ya han muerto dos chicas. ¿Crees que el asesino tendría problema para quitarnos a nosotros también de en medio?

—Llevas tu pistola encima, ¿no?

—¿Ya no te acuerdas de que la tuve que entregar después del tiroteo en casa de Hans?

—¡Joder, Eva! —protestó.

—Tengo un revolver del treinta y ocho en la caja fuerte, pero no pensaba que me fuese a hacer falta cuando salimos de casa esta mañana.

—Bueno, es igual. —Roberto se dirigió a la puerta de la iglesia, pero se encontró con que la reja estaba cerrada—. ¡Mierda!

En una de sus conversaciones con el padre Miguel recordaba que este le había dicho que vivía justo enfrente, en el edificio con balcones de madera situado al otro lado de la calle, así que decidió probar suerte.

—Vamos, igual está en casa —dijo señalándolo.

Cruzaron la carretera y llegaron al portal justo cuando una mujer mayor salía de él.

—Buenos días. ¿Conoce usted al padre Miguel?

—Claro. Vive aquí —respondió ella.

—¿Sabe en qué piso?

—En el segundo, pero ahora no está. Se marchó de viaje esta mañana temprano.

—¿Sabe a dónde?

—A Roma.

—Es cierto —mascculló entre dientes Roberto.— Me dijo que se iba, pero no cuando.

—Creo que vuelve pasado mañana.

—Vale, muchas gracias. —La mujer siguió su camino y Roberto miró a Eva—. ¡Maldita sea! Es cierto que me comentó que se iba al Vaticano unos días.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tenemos que hablar con él. Mencionó que había trabajado en la cárcel y…

La voz de Roberto se cortó cuando miró al otro lado de la calle y vio un rostro conocido caminando por la acera. De inmediato, cruzó para encontrarse con ella.

—Hola, Lucía.

La exmujer de Pedro lo miró con frialdad. Se la veía envejecida, lo que le hizo suponer que los últimos años no habían sido fáciles para ella.

—¿Qué quieres, Rober?

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Pedro?

—¿Para qué?

—Necesito hablar con él de un asunto.

—¿No le has hecho bastante daño ya?

El resentimiento que desprendían sus palabras hizo que Roberto se pusiese a la defensiva.

—¿A qué viene eso?

—Por tu culpa terminó en la cárcel.

—Lo sé, en dos ocasiones, pero no por mi culpa. La primera vez fue porque traficaba con drogas, y te recuerdo que conseguí que la condena fuese lo menor posible a cambio de su colaboración. Y la segunda terminó en prisión porque secuestró a mi hijo.

—Pedro no secuestró a tu hijo, lo hizo la loca de su hermana.

—Con su ayuda. Además, ¿a qué viene que ahora le defiendas tanto? Te separaste de él.

Ella bajó la mirada al suelo.

—La convivencia no era fácil y mi suegra siempre fue una mala influencia para su hijo. Susana también lo era —aseguró levantando la vista para mirarle de nuevo—. Por eso decidí separarme de él cuando nos fuimos a vivir con ella a Sevilla. No quería que mis hijos creciesen en ese ambiente.

—Lo entiendo. ¿La madre de Pedro sigue allí?

—No, murió hace año y medio, por eso Pedro volvió a Nueva después de salir de la cárcel. Somos la única familia que le queda y, aunque no pienso volver con él, tiene derecho a ver a sus hijos. Los críos le siguen queriendo y en el fondo es una buena persona. Su único problema es que se deja manejar por los demás.

—¿Sabes dónde vive? El padre Miguel me dijo que trabajaba en un hotel de Nueva, pero no me dijo en cuál.

—En el complejo La Cueva. Es un hotel rural.

—¿Dónde queda eso?

—A la salida del pueblo, en la carretera que lleva al Alto de Llamigo.

—¿Y trabaja allí?

—Sí, se ocupa del mantenimiento y a cambio le dejan vivir en una pequeña casa que hay dentro del complejo.

—Iremos a hablar con él. Gracias.

Hizo ademán de irse, pero ella le agarró del brazo.

—Sé que Pedro ha cometido muchos errores, pero está intentando cambiar. Tú sabes que no es mala persona.

Roberto asintió con la cabeza y siguió su camino. Pronto sabría si estaba en lo cierto.

El hotel rural La Cueva estaba compuesto por una sucesión de tres casas pegadas unas a otras, con varias cocheras frente a ellas y un patio central lleno de plantas y flores. Eran viviendas de dos plantas de aspecto antiguo, aunque rehabilitadas. Todas tenían amplios ventanales de madera y la última de ellas el típico corredor en la planta de arriba. Al fondo había una casa más pequeña, que tenía aspecto de haber sido una cuadra en su día y que ahora estaba rehabilitada.

Entraron caminando por una pequeña portilla que daba al patio y se dirigieron a la primera puerta que encontraron a su derecha y que tenía el cartel de recepción encima. Una mujer de unos

cuarenta años, y gafas demasiado grandes para su cara tan fina, les recibió detrás de un pequeño mostrador.

—Buenos días. Venimos buscando a Pedro —dijo Roberto.

—¿Para qué le buscan?

—Somos guardias civiles y necesitamos hablar con él.

—Ahora mismo no está. Salió a hacer unos recados.

—¿Y cuándo volverá?

—Me imagino que no tardará. Me pidió la furgoneta para ir hasta Llanes.

—¿Trabaja aquí? —preguntó Eva.

—Sí.

—¿En qué, exactamente?

—Mantenimiento del hotel. Se ocupa de cortar el césped que tenemos en la parte de atrás, cambia las bombillas que se funden, arregla las cisternas… Esas cosas. También va alguna vez a hacer las compras. Es un buen hombre —dijo con un brillo especial en la mirada que a Roberto no le pasó desapercibido.

—Ya me imagino. ¿Y vive aquí dentro? —le preguntó.

—Sí, en la casina que hay al fondo.

—¿Podríamos entrar?

La mujer desconfió.

—¿No necesitan una orden de registro para eso?

—Solo queremos echar un vistazo por encima.

—Lo siento, pero la llave la tiene él.

—¿No tiene una de repuesto?

—Tendría que buscarla.

Estaba claro que no estaba por la labor de ayudarles, por eso Roberto insistió.

—Es muy importante, sino no estaríamos aquí.

—De acuerdo, voy a mirar.

La mujer se dirigió a una puerta que tenía a su espalda y desapareció. Mientras esperaban, Eva decidió mandarle un mensaje a Kateryna, para avisarla de que no regresarían a casa a tiempo para comer con los niños.

Pasaron un par de minutos hasta que la mujer regresó.

—Lo siento, pero no la encuentro. Pedro cambió la cerradura hace poco porque se estropeó y no se acordó de darme una copia.

—Puede que la dejase abierta. Nos acercaremos a comprobarlo.

—Les acompaño —se apresuró ella a decir, mientras salía de detrás del mostrador.

Dejaron que caminase delante y la siguieron en dirección a la casa del fondo. Antes de llegar pasaron junto a una pequeña cochera que tenía el portón levantado. Roberto sintió que se le encogía el corazón cuando vio una moto de carretera pegada a una de las paredes interiores.

—¿Esa moto es de Pedro? —preguntó señalándola.

—No, es mía.

—No tienes pinta de motorista —comentó Eva.

—Era de mi marido. Me quedé con ella en el divorcio y él se quedó con el Mercedes.

—¿Y la usa alguien? —preguntó Roberto.

—Alguna vez me la ha pedido Pedro para dar una vuelta.

Era la respuesta que esperaba escuchar. Cuando miró a Eva, vio que ella pensaba lo mismo.

Ya tenían la última pieza que faltaba para que todo encajase.

61

Nada más subirse al coche, Roberto condujo en dirección a Llanes.

—Ahora sí que deberíamos llamar al teniente Ocaña —comentó Eva.

—No me fío de él.

—Da igual que no te fíes. Alguien debe detenerle.

—Lo haremos nosotros —aseguró, convencido.

—No estamos a cargo de la investigación. ¿Quieres que su abogado logre ponerlo en libertad por alguna irregularidad en la detención? Sabes tan bien como yo que existe un procedimiento. Además, necesitamos pruebas.

—¿Acaso te parece que no tenemos suficientes ya? —protestó él.

—No de las que sirven en un juicio.

—Joder, Eva, lo hizo él. Pedro mató a esas dos adolescentes y lo hizo para implicarme. Fingió que estaba arrepentido de lo que me había hecho, pero realmente lo que quería era que yo bajase la guardia.

—A mí no tienes que convencerme, pero deberíamos meditar muy bien el siguiente paso a dar. No podemos ir a Llanes y detenerle en plena calle.

—¿Y qué propones entonces?

—Llamaré al teniente Ocaña de camino y trataré de convencerle para que ordene su detención.

—No lo hará.

—Creo que tenemos razones de peso para que lo haga.

—En cuanto Pedro regrese al hotel y la dueña le cuente que hemos estado allí, se escapará. No podemos esperar.

—Déjame al menos intentarlo.

Tal y como Roberto suponía, la conversación no fue muy bien. Tras llamar al cuartel de Llanes y pedir que le pasasen con el teniente Ocaña, este se mostró poco dispuesto a admitir la

posibilidad de que Pedro fuese el asesino al que buscaban. Ni siquiera cuando Eva enumeró todas las pruebas que tenían contra él, las dio por válidas. Se limitó a decir que solo eran circunstanciales y le colgó el teléfono.

—¡Menudo gilipollas! —dijo mirando incrédula la pantalla.

—Ya te dije que no ibas a conseguir convencerle.

—No puedo creerme que un investigador actúe así.

—Está claro que lo hace por un motivo —aseguró Roberto—, aunque eso es lo que menos me preocupa en este momento. Toma —dijo sacando su teléfono del bolsillo— y llama al sargento Godoy. El número está guardado.

—¿Y eso de qué servirá?

—Al menos nos aseguraremos de que Pedro no huye.

Esa segunda llamada dio mejores resultados. Roberto le dijo que había identificado al asesino y le contó la conversación que Eva había mantenido con el teniente Ocaña.

—Pedro es la persona que te chantajeó —le explicó a Godoy—. Después de hablar contigo, Eva llamó a un contacto que tiene en Prisiones y le confirmó que coincidió en la cárcel con ese chorizo que te vio matar a su amigo. Seguro que encontramos el modo de demostrar que Pedro mató a Olga y a Nieves, pero para eso antes hay que detenerle. Y necesitamos que nos ayudes.

—¿Ocaña sabe algo de esto?

—¿De lo de tu chantaje?

—Sí.

—No se lo hemos contado y no creo que sea necesario si al final detenemos a Pedro. Sabemos que ahora mismo está en Llanes, comprando, y que lleva una furgoneta blanca con el logo del hotel rural La Cueva. La dueña nos lo dijo antes de irnos. Tenéis que cogerle.

—¿Y luego qué?

—Haré que confiese, por eso no te preocupes. Solo necesito unos minutos con él a solas.

—El teniente no lo permitirá.

—Ya encontraremos la manera de que pase por el aro.

Tras unos segundos de silencio, Eva dijo:

—Él fue quien lanzó los clavos a la carretera para que me estrellase. Usó la moto que tiene la dueña de ese hotel en Nueva.

—¿Estás segura?
—Muy segura. No olvidaré esa moto en mi vida.
—Pues ya tenemos un motivo de peso para arrestarle e interrogarle. Es una investigación diferente y el teniente no tiene nada que decir.
—¿Entonces lo harás?
—Ahora mismo pondré a todo el mundo a buscarle por Llanes y también enviaré una patrulla a ese hotel de Nueva, por si aparece por allí.
—Gracias.
—No hay de qué, pero manteneros al margen hasta entonces. Os llamaré en cuanto lo hayamos detenido.
Roberto iba a protestar, pero Eva se adelantó y se despidió de él.
—De acuerdo, gracias por todo. —En cuanto cortó la llamada, le miró—. Es mejor que dejemos que se ocupen ellos.
—¿Y si no lo encuentran?
—Lo pillarán, no te preocupes.
Roberto puso rumbo a Porrúa a regañadientes y diez minutos después llegaron a casa. Ascendió la pequeña rampa para detener el coche en el portón de entrada a la cochera y se bajó del vehículo para abrirlo. En cuanto lo hizo, sus rodillas fallaron y cayó de rodillas, mientras notaba cómo un frío helador recorría todo su cuerpo, dejándole sin fuerzas.
—¿Qué te ocurre? —preguntó Eva, alarmada, corriendo hasta él.
No fue capaz de articular palabra. Conocía muy bien aquella sensación y lo que significaba.
—Los… niños —murmuró.
En ese momento, Eva comprendió lo que le sucedía. Corrió hacia la entrada de la casa, mientras él intentaba ponerse en pie. Le costó un par de minutos conseguirlo, hasta que notó que sus músculos reaccionaba. De camino a la puerta, intentó controlar el latido de su corazón, aunque apenas lo consiguió. Solo pensar en lo que podía encontrarse al entrar hizo que se le saltasen las lágrimas.
Eva y sus dos hijos eran su única vida. Si les había sucedido algo, no se lo perdonaría nunca.
Escuchó cómo ella le llamaba, así que entró en casa y se dirigió al salón. Lo que vio al entrar hizo que se le encogiese el corazón.
Kateryna estaba tumbada en mitad de la estancia, bocabajo,

sobre un charco de sangre. Sus ojos estaban abiertos, sin signos de vida en ellos.

—Los críos no están —dijo Eva entrando en la estancia desde el otro lado. Tenía el rostro desencajado por el miedo.

—¿Cómo que no están?

Tras ella apareció Sella, que venía llorando y cojeando de una de las patas traseras.

—Estaba encerrada en la habitación de los críos, llorando —dijo Eva—. Creo que la golpeó con algo o le dio una patada.

La perra se acercó a Roberto caminando con dificultad, que se agachó para recibirla.

—¿Qué ha pasado, cachorrina? —Sella comenzó a llorar y metió el morro por él, como solía hacer cuando quería mimos—. ¿Qué te han hecho? ¿Dónde están los niños?

Eva se acercó para agacharse también junto a Roberto.

—Creo que se ha llevado a los niños. Los he buscado por todas partes, incluso en el jardín de atrás y no están.

—Pedro… —murmuró Roberto, sintiendo cómo la rabia le invadía—. Si les hace daño, lo mataré.

—Ahora hay que pensar en encontrarlos —dijo Eva mirando el cuerpo sin vida de Kateryna—, antes de que sea demasiado tarde.

62

Pronto los alrededores de la casa se llenaron de gente. Guardias civiles, sanitarios, el forense, numerosos vecinos…

Roberto no les prestó atención a ninguno. Se limitó a sentarse en el jardín trasero en un sillón de mimbre, inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas, la cabeza enterrada entre las manos y la mirada perdida en el suelo.

Todo era culpa suya, por no haber encajado las piezas a tiempo y no ser capaz de ver a qué jugaba Pedro. Seguramente lo había estado siguiendo desde su regreso a Nueva, vigilando cada uno de sus movimientos y estudiando el mejor modo de destrozarle la vida. Había cometido dos asesinatos para que le acusasen de ellos y, al ver que no lo conseguía, le había atacado donde más le dolía, primero provocando el accidente de Eva y ahora secuestrando a sus hijos. Un intento desesperado por causarle el mayor dolor posible y que Kateryna había pagado con su vida.

Al menos, conectarse a ella le sirvió para averiguar lo ocurrido.

—Nadie me impedirá cumplir mi venganza. Roberto sufrirá más de lo que yo he sufrido estos años —era lo que Pedro le había dicho a Kateryna antes de asestarle en el corazón la puñalada con la que le arrebató la vida en el acto. La joven había protegido a los niños hasta el final.

La conexión con ella le destrozó, y no solo por el esfuerzo mental y físico que le supuso. Era la primera vez que sentía una pena tan profunda al comunicarse con alguien recién fallecido.

—¿Cómo estás? —escuchó una voz a su espalda.

Roberto levantó la cabeza y siguió con la mirada al sargento Godoy, hasta que se situó delante de él.

—Siento mucho lo ocurrido —añadió Godoy al ver que no le respondía—. De verdad que lo siento.

No tuvo fuerzas para decir nada. Podía echarle la culpa a él, por

no haber dicho antes que alguien le estaba chantajeando, pero en el fondo sabía que el único culpable era Pedro. ¿Cómo no había sido capaz de darse cuenta?

—He hablado con el teniente Ocaña —prosiguió Godoy— y por fin ha aceptado que Pedro pueda ser el asesino.

—¿Qué lo ha aceptado? —le respondió sin poder ocultar su rabia.

—Todo el mundo está buscando a tus hijos ahora mismo.

—¿Dónde está Eva?

—Hablando con los padres adoptivos de Kateryna. La verdad es que están destrozados.

—Pobres —murmuró, tapándose de nuevo la cara con las manos —. No debería haber ocurrido esto. Yo debí intuirlo, debí percibirlo. ¿Por qué no lo hice?

En ese momento se dio cuenta de un detalle. En ningún momento le había dado la mano a Pedro. El único contacto físico con él había sido al agarrarle de la chaqueta para que no le atropellase aquel coche. Una maniobra que ahora estaba convencido de que tenía un claro objetivo: ganarse su confianza. Como la conversación que habían mantenido en la playa de Cuevas dos días antes.

—¡Mierda! —exclamó—. Yo le dije lo importante que era mi familia para mí. Por eso fue a por Eva primero, y luego a por mis hijos. Por eso se los ha llevado.

—Es probable que lo haya hecho para protegerse. Hemos hablado con la mujer de ese hotel en el que trabajaba y al parecer mantenía una relación amorosa con ella. Cuando estuvisteis allí preguntando por él, le llamó para avisarle. Creo que fue en ese momento cuando decidió secuestrar a los niños.

—Tengo que encontrarlos como sea.

Fue a ponerse en pie, pero de inmediato notó cómo le fallaban las piernas, lo que le obligó a sentarse de nuevo.

—¿Estás bien?

No podía decirle que el contacto con Kateryna había sido demasiado potente, así que trató de buscar una excusa convincente.

—Demasiada tensión estas últimas horas.

—¿Quieres que vaya a buscar a los sanitarios?

—No, se me pasará. Solo necesito sentarme unos minutos.

—De todas formas, iré a avisar a Ruano.

Roberto se recostó en el sillón de mimbre y cerró los ojos. Sentía la cabeza a punto de estallarle. Por suerte, Eva no tardó en reunirse con él. Lo hizo sola.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? Godoy me ha dicho que te habías mareado.

—No es nada. Conectarme a Kateryna sin mi amuleto no ha sido fácil.

Ella se agachó frente a él.

—Deberías ir a la ambulancia para que te miren. Tal vez necesites alguna medicación para recuperarte.

—No quiero que me den nada —protestó Roberto—. Necesito tener la mente lúcida. Tiene que haber alguna manera de encontrar a los niños. Pedro no puede haberse ido demasiado lejos. La furgoneta que llevaba no pasa desapercibida.

—El teniente Ocaña ha solicitado que la compañía telefónica nos facilite su ubicación, pero tardará unas cuantas horas. Y eso tampoco nos asegura poder encontrarle.

—Lo sé. Ha tenido mucho tiempo para planear todo esto, quizás desde que ingresó en prisión. Es un plan demasiado retorcido para improvisarlo sobre la marcha.

—Yo opino igual y cuando esto acabe ataremos todos los cabos sueltos, pero ahora hay que pensar en los niños.

—¿Y qué crees que llevo haciendo todo este tiempo? —le replicó dejando que toda la rabia que sentía saliese a flote.

—No me hables así —dijo Eva poniéndose en pie—. ¿Crees que yo no estoy preocupada? Llevo más de una hora hablando con cualquiera que pueda ayudarnos a dar con ellos. Incluso he llamado al cuartel de Ribadesella y han enviado agentes para colaborar en la búsqueda.

—Perdona, lo siento —dijo Roberto alargando la mano para coger la suya—. Estoy demasiado frustrado para pensar con claridad. Intento adivinar dónde puede haberse llevado a los críos, pero no se me ocurre nada.

—Tal vez no haga falta que lo adivines.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes una conexión especial con los niños, sobre todo con Emily. ¿Recuerdas lo que ocurrió en Benidorm, cuando Susana

intentó asesinarme? Pudiste conectar conmigo de un modo extraño. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pude ver a través de tus ojos e incluso decirte qué debías hacer para defenderte.

—Nunca hasta entonces habíamos conectado así y no volvió a suceder después de que diese a luz a Emily.

Aunque para cualquier persona eso podía parecer descabellado, Roberto sabía que era posible, del mismo modo que su conexión con sus hijos era innegable. Sobre todo, con Emily. Era una niña muy especial y prueba de ello era la pulsera que le había dado días atrás y que había servido para que Susana no pudiese volver a meterse en sus sueños.

—¿Y de qué modo puede servirnos eso para encontrarlos?

—No lo sé —dijo ella negando con la cabeza—. No entiendo cómo funciona tu don, pero deberías intentar conectarte con ella. No sé… Quizás haya alguna forma de que te diga donde está.

Roberto estaba demasiado cansado. Notaba su cabeza embotada y sabía que sus fuerzas eran escasas. Aun así, decidió intentarlo.

Era su única esperanza de encontrar a los niños.

63

Roberto se acomodó en el sillón de mimbre y cerró los ojos. No sabía de qué modo se podía conectar con Emily, así que procuró dejar la mente en blanco y esperó a ver qué ocurría. Pasaron varios minutos sin que sucediese nada.

—Esto no funciona —dijo abriendo los ojos.

—Inténtalo una vez más —le animó Eva, que le miraba expectante, de pie, a un par de metros.

Los cerró de nuevo y esta vez pensó en su hija, como si la tuviese delante y pudiese hablar con ella.

¿Dónde estás, peque?, pensó a la vez que la visualizaba. *¿Qué es lo que ves*?

De pronto, un calor abrasador recorrió todo su cuerpo y le asaltó un sentimiento de miedo. Un temor que se acentuó conforme comenzó a percibir lo que sucedía a su alrededor. Primero vio una estancia en la que había una ventana con una cortina que le impedía ver el exterior. El lugar estaba silencioso y un intenso olor a humedad flotaba en el ambiente, como si llevase tiempo cerrado.

No había sonidos, salvo el de un llanto casi imperceptible. En ese momento sintió la calidez de una mano agarrando la suya y al girar la cabeza vio a Berto sentado a su lado. Estaba tranquilo.

—No te preocupes, Emily. Papá y mamá vendrán a buscarnos.

—Sí —la escuchó decir.

Roberto se concentró con más fuerza, para intentar algo más que ser un mero espectador de lo que estaba ocurriendo. *¿Dónde estáis*?, pensó.

—*¿Enone tamos*? —escuchó preguntar a Emily.

—No lo sé, en una casa.

Forzó su mente al máximo y se visualizó a sí mismo hablando con Berto. Tras unos segundos, preguntó:

—¿Cómo es la casa?
—Pequeña —respondió él.
—¿Y dónde está? —Ya no escuchaba la voz de su hija, sino la suya propia.
—No lo sé.
—¿Hay otras casas cerca?
—No, al bajar del coche me pareció que no había más.
—¿Os metió en una furgoneta?
—Sí, en la parte de atrás, donde no se veía nada.
—¿Sabes si la casa está cerca de una carretera?
—Está en un camino. Primero fuimos por una carretera y luego un rato por un camino.
—¿Cuánto tiempo condujo? Mucho, poco…
—Poco. Tengo miedo, papá.
—No te preocupes. Iré… a buscaros. No tengas…
Ya no pudo seguir hablando. La oscuridad comenzó a envolverle, aunque antes de que lo hiciese por completo escuchó un pitido muy agudo que se repitió varias veces.
Hasta que perdió el conocimiento.

64

Cuando abrió los ojos de nuevo, sintió que la cabeza le iba a explotar. Se llevó la mano a la frente, como si eso sirviese para aliviarlo, y luego miró a su alrededor. Estaba tumbado en una camilla, dentro de una ambulancia. Al momento sintió una caricia en el rostro. Era Eva, que permanecía de pie a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Agotado.

—Llevas casi media hora inconsciente.

—¿Media hora? —Intentó incorporarse, pero todo comenzó a darle vueltas, así que se tumbó de nuevo.

—No deberías moverte —le dijo Eva—. Has sufrido una fuerte bajada de tensión, según el sanitario. Quieren llevarte al hospital.

—No voy a ir a ningún… hospital —le replicó Roberto con voz entrecortada—. Tenemos que encontrar a los niños. Los he visto.

—¿Dónde? —preguntó ella mientras los ojos se le iluminaban.

—No lo sé. Están en una casa, apartada. Se llega a ella por un camino.

—¿Sabes cómo es la casa?

—No. Pequeña y creo que se usa poco porque olía bastante a humedad.

—¿Los niños están bien?

—De momento, sí, aunque asustados. Estaban sentados en una cama, agarrados de la mano.

—¡Mis pobres hijos! —exclamó Eva, mientras una lágrima corría por su mejilla. De inmediato la limpió con la mano y tomó aire—. Tenemos que averiguar dónde están. ¿Recuerdas algo más?

—Berto me dijo que no habían tardado mucho en llegar a la casa y que lo hicieron por una carretera primero y luego por un camino.

—¿Hablaste con él?

—Más o menos. Es decir, no sé cómo lo hice. Creo que al estar

agarrado de la mano de Emily, pude conectarme mentalmente con él, aunque la conexión duró muy poco. Eso sí, antes de desmayarme, escuché un pitido.

—¿Qué tipo de pitido?

—El de un tren. Estoy seguro de que la casa está cerca de la vía del tren.

—Podría ser el tren de FEVE que va de Oviedo a Santander y que pasa por Llanes.

—Tiene que ser ese, no hay otro.

Eva sacó su teléfono móvil y abrió la aplicación de mapas. A Roberto le habría gustado ayudarla, pero todavía no se encontraba bien para incorporarse.

—¿Había más casas?

—No, dijo que la casa estaba sola y que habían conducido poco tiempo. No puede estar muy lejos.

Ella deslizó los dedos por la pantalla y aumentó y disminuyó varias veces la imagen del satélite.

—Lo más cercano aquí es Poo. De ahí el trayecto de la vía continúa hacia Llanes, pero no se arriesgaría a ir hacia allí. Sabía que le estábamos buscando.

—¿Y en la otra dirección?

—El tren pasa por Celorio y de ahí a Balmori, Quintana y Posada de Llanes. Veo… —Durante unos segundos Eva guardó silencio—. Hay varias edificaciones pegadas o cerca de la vía del tren. La imagen satélite no permite ver qué tipo de casas son, pero lo más lógico es que quisiese alejarse de Llanes. ¿Cómo de fuerte o de cerca escuchaste el pitido del tren?

—Bastante cerca.

—Voy a hablar con Godoy para organizar la búsqueda. Hay que registrar todas las viviendas que están cerca de la vía en ese tramo de recorrido.

—No me dejes aquí solo —le pidió él.

—No te preocupes, volveré en unos minutos.

Eva salió de la ambulancia y, mientras esperaba, Roberto analizó la conversación que había mantenido con su hijo. Parecía tranquilo y pendiente de su hermana. Pedro no tenía motivos para hacerles daño. De hecho, estaba seguro de que si se los había llevado era solo porque su plan de inculparle en los crímenes no había tenido el

éxito que esperaba. Quería hacerle sufrir y sabía que ese era el modo más efectivo. Seguro que lograban encontrarles muy pronto.

Fue entonces cuando recordó las palabras de Susana la última vez que había soñado con ella. *Poseeré a quien haga falta y haré daño a tus seres más queridos*.

¿Y si Susana había poseído a su hermano y realmente era ella quien había secuestrado a los niños para hacerles daño?

De pronto una sensación de peligro comenzó a hacer presa en él, a la vez que escuchaba un llanto lejano. Era Emily. Podía escucharla como si la tuviese al lado. Algo la asustaba y su sexto sentido le dijo que no podía esperar a que la encontrasen los demás. Tenía que hacerlo él.

Se incorporó en la camilla, a pesar de que la cabeza comenzó a darle vueltas de nuevo, y se sentó. En cuanto se puso de pie, sus piernas fallaron y se desplomó en el suelo. No estaba bien, pero no podía permitirse el lujo de esperar a recuperarse mientras sus hijos estaban en peligro. Se tomó un minuto de descanso y lo intentó de nuevo. Apoyó las manos en la camilla y concentró todas sus fuerzas en ponerse de pie. En esta ocasión lo consiguió, justo en el momento en que alguien entraba en la ambulancia y le cogía por la cintura. Era uno de los sanitarios.

—No debería levantarse. Es mejor que descanse hasta que le llevemos al hospital.

—No voy a ir a ningún sitio —protestó—. ¿Dónde está mi mujer? Vaya a buscarla.

—Es mejor que se siente.

—Vaya a buscarla, por favor. Es muy importante.

El sanitario salió y no tardó en regresar con Eva.

—Tiene que convencerle para que nos deje llevarle al hospital —insistió el sanitario.

—Rober, ¿por qué te has levantado? —preguntó ella.

—No hay tiempo. Tenemos que encontrarles ya.

—¿Qué ocurre? Godoy ya ha mandado varias patrullas a buscarles. Les encontraremos pronto.

—Llévame al coche… rápido —murmuró.

Eva le agarró de la cintura.

—Rober, no estás bien.

—Ayúdame a llegar al coche —insistió.

Salieron de la ambulancia con la ayuda del sanitario, que les acompañó hasta el vehículo aparcado delante de la cochera. Roberto se sentó en el asiento del acompañante y acto seguido Eva lo hizo al volante.

—¿Dónde quieres que vaya?

—¿Llevas el revólver encima?

—Esta vez, sí.

—Pues de momento sácanos de aquí.

Les costó varios minutos salir del lugar. Entre vehículos y personas, aquella zona del pueblo parecía una ciudad en hora punta. Roberto se limitó a cerrar los ojos mientras callejeaban por el pueblo hasta salir a la carretera principal. La sensación de peligro seguía ahí.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eva—. ¿Vamos hacia Llanes o a Posada?

—En dirección a Posada.

Giraron a la izquierda y recorrieron la carretera que atravesaba el pueblo. Pasaron junto a la iglesia, la escuela y luego el hotel que había a la salida. Subieron una cuesta que conducía a la salida del pueblo y nada más llegar arriba Roberto sintió que el peligro se acentuaba.

—Despacio.

Eva aminoró la velocidad.

—Coge ese camino de tierra —dijo señalando a su derecha.

—¿Estás seguro?

—Solo sé lo que siento y algo me dice que es por ahí.

Abandonaron la carretera para coger un camino que les llevó junto a una lechería y luego continuaron. Su intuición le decía que ese era el trayecto que habían seguido los niños dentro del coche de Pedro.

A pesar de que comenzaba a hacerse de noche, le pidió a Eva que no encendiese los faros del vehículo, para no delatar así su posición. Circularon cerca de un kilómetro por el camino de tierra, hasta llegar a un tramo flanqueado a ambos lados por eucaliptos. Luego atravesaron un puente que cruzaba por encima de la autovía y continuaron en dirección al pueblo de Poo. Dejaron una pequeña casa a su izquierda y llegaron a la vía del tren, donde Roberto le pidió que se detuviese antes de cruzarla. La sensación de peligro era

cada vez más potente.

—¿Crees que era la casa que hemos dejado atrás? —preguntó Eva.

—No, es esa otra —aseguró Roberto, señalándola.

A su izquierda, a unos doscientos metros, al otro lado de una amplia finca, podía verse una casa con la fachada de color verde.

—¿Estás seguro?

—Sí. Continúa.

Cruzaron la vía del tren y unos cincuenta metros más adelante se encontraron con un camino que salía a su izquierda y que parecía dirigirse a la casa.

—Para aquí —le pidió Roberto—. Seguiremos andando.

—Deberíamos avisar para que manden refuerzos —dijo Eva deteniéndose a un lado del camino.

—No hay tiempo. Tenemos que rescatarles… ya.

No sabía cómo explicarlo, pero sentía cómo se les acababa el tiempo.

Lo confirmó en cuanto puso un pie en tierra.

65

Su cuerpo todavía no estaba recuperado, bastante tenía con poder caminar, pero no podía esperar hasta que llegase ayuda.

Desde esa posición pudo ver que en realidad había dos edificios a unos cincuenta metros de dónde se encontraban. El primero era una cuadra y luego una vivienda de una sola planta, separadas ambas por una especie de leñera. La casa tenía una ventana a cada lado de la puerta, las dos con una cortina de color blanco. Estaba seguro de que era la misma que había visto al conectarse con Emily.

—Iré hacia la puerta principal y tú irás por la parte de atrás de la finca.

—De eso nada —protestó Eva—. Yo iré por delante y tú te quedas aquí. Casi no puedes caminar.

—Escúchame —dijo Roberto mirándola a los ojos—. Pedro los tiene retenidos en esa casa. Si me ve aparecer lo más seguro es que salga a por mí. Mientras yo le distraigo, tú puedes acceder por la parte de atrás y llevarte a los niños.

—No, Rober…

—Hazme caso —la interrumpió—. Le mantendré entretenido mientras tú entras y te llevas a los niños de vuelta al coche.

—¿Y si la única entrada es la de delante?

—Entonces deberás ocuparte de Pedro.

—Esperemos que no decida atacarte.

—No lo hará, al menos de primeras. Antes querrá decirme cuánto me odia y que todo lo ha hecho para vengarse de mí. Eso me dará opción a ganar tiempo.

Eva se quedó pensativa unos segundos y finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado.

—Tranquila, lo tendré.

Los dos se pusieron en marcha. Roberto recorrió con lentitud el

camino hasta la casa, mientras pensaba en cómo convencer a Pedro para que se entregase. Eso en caso de que fuese él a quien se enfrentase. Pronto iba a comprobar si era posible que su hermana lo hubiese poseído.

Tardó apenas un minuto en llegar a la entrada delantera de la finca, una portilla metálica de doble hoja que en ese momento estaba cerrada. La casa estaba a solo veinte metros de distancia. En el lado derecho había un camino que llevaba a la parte de atrás, donde estaba aparcada la furgoneta blanca con el logo del hotel La Cueva. Eso le confirmó que no se había equivocado de lugar y que debía hacer lo imposible para liberar a sus hijos.

A pesar de que le fallaban las fuerzas, decidió entrar en la finca. Se acercó a la portilla y la abrió sin mucho esfuerzo, aunque al hacerlo chirrió de forma que era imposible que no se escuchase desde dentro de la casa. Esperó unos segundos para ver si salía alguien del interior y, al ver que no era así, se acercó a la puerta.

Apenas había dado cuatro pasos cuando escuchó una voz que conocía muy bien.

—¿Cómo has llegado aquí?

Pedro acababa de salir por detrás de la furgoneta y le apuntaba con una vieja escopeta de caza de dos cañones. Iba en camiseta de manga corta, lo que le permitió ver con claridad el vendaje que tenía en su antebrazo derecho. Seguro que debajo estaban las heridas resultado de los mordiscos de Sella.

Al ver que se acercaba a él, Roberto caminó de espaldas de vuelta a la portilla, para así alejarle de la casa lo máximo posible.

—Suelta a mis hijos —dijo a la vez que levantaba los brazos.

—Te he preguntado que cómo has llegado aquí.

—Un padre sabe encontrar a sus hijos.

—Eso es imposible —dijo sacudiendo la cabeza—. Ella me dijo que sin el colgante no podrías hacerlo.

—¿Ella? —preguntó Roberto, sorprendido.

—Vas a pagar por todo lo que has hecho.

—¿Y qué se supone que he hecho?

Pedro tensó la mandíbula, mientras sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas, y caminó hasta detenerse a diez metros de él.

—Por tu culpa lo he perdido todo. A mi mujer, a mis hijos, a mi hermana… Incluso a mi madre. Ni siquiera pude despedirme de

ella.

—Eso lo has hecho tú solo. Si tu mujer se separó de ti, no fue por culpa mía.

—¡Claro que sí! —gritó con rabia, casi fuera de sí—. Nada volvió a ser igual después de aquel asunto de las drogas.

—Tú solo te metiste en eso. Yo lo único que hice fue conseguirte una salida digna, para que la pena fuese lo menor posible.

—Aquello lo fastidió todo. Has sido un veneno para mi familia. Mi mujer se separó de mí, llevándose a los críos, y luego mataste a mi hermana. Ahora vas a pagar por todo el daño que has causado.

Roberto era consciente de que necesitaba darle tiempo a Eva para que sacase a los críos de la casa, por eso preguntó:

—¿Has hecho todo esto solo por vengarte de mí?

—Por supuesto.

—Perdona, pero no creo que seas lo bastante inteligente como para hacerlo tú solo.

—¿Qué quieres decir?

—Ella te ha ayudado, ¿verdad?

La reacción de Pedro fue de aparente desconcierto.

—¿De quién estás hablando?

—De Susana, tu hermana.

—Mi hermana está muerta.

—Pero te ha estado visitando en tus sueños para decirte lo que tenías que hacer. ¿Verdad que estoy en lo cierto? —Al ver que no respondía, Roberto continuó—. A mí también me ha visitado, para atormentarme, sobre todo después de que me robases el amuleto del Pájaro Trueno.

—Debí matarte aquel día, cuando tuve la oportunidad —aseguró él con rabia.

—Imagino que mi perra te lo impidió.

—No solo ella —dijo mirando de reojo su antebrazo herido—. Antes quería verte sufrir. Que lo perdieses todo, como yo. Como nosotros —añadió.

—¿Y por eso mataste a esas dos adolescentes?

—No creí necesario tener que volver a matar, pensé que con una sería suficiente.

—¿Por qué a Olga? Solo era una chica inocente.

—¿Inocente? —dijo él soltando a continuación una sonora

carcajada—. La conocí en una fiesta a principios de verano y se tiró a mí como una loba en celo. Buscaba a alguien que se la llevase lejos de aquí y para ello estaba dispuesta a lo que fuese.

—Tú la convenciste para que fingiese que estaba poseída.

—Sí, y lo hizo muy bien —aseguró riendo de nuevo—. El objetivo era que el cura de Nueva fuese a verla y ella le diese una nota de Susana para ti.

—Por eso robaste la figura de la iglesia. Suponías que el padre Miguel llamaría a la Guardia Civil y entonces el sargento Godoy me enviaría a mí a Nueva. Al saber quién era yo, el párroco me daría la nota y tu perfecto plan se pondría en marcha.

—Así es —aseguró, orgulloso—. Olga me contó que fuiste a su casa a verla y que consiguió sacarte de tus casillas, hasta el punto de que la amenazaste. Todo salió tal y como mi hermana predijo que sucedería.

—Así que Susana es la que te ha manejado a su antojo para que hicieses lo que ella quería.

—Siempre fue la más inteligente de la familia, aunque yo también tomé mis propias decisiones, como cuando cogí de tu caja de herramientas la navaja y el martillo. Solo me hacía falta uno de ellos, pero pensé que no sería mala idea tener una segunda arma, por si la necesitaba. La pena fue no usar el martillo cuando te robé ese puñetero colgante, en lugar de una piedra que cogí del suelo. De haberlo hecho, ahora no estarías aquí, vivo.

—Ella te dijo que me robases el amuleto, para poder entrar en mis sueños —dedujo, a lo que Pedro asintió con la cabeza—. ¿Y por qué matar también a Nieves?

—Es fácil, porque matar a Olga no fue suficiente para que tus amigos de la Guardia Civil te encerrasen. Tenía que hacer que te acusasen de un nuevo asesinato.

—En cuanto el sargento Godoy te avisó de que acababa de hablar con Eva, decidiste asesinar también a Nieves.

—Sí.

—Una joven completamente inocente, que no sabía quién eras tú ni tu relación con su amiga Olga.

—No.

—Pero, a pesar de eso, decidiste matarla.

—Ya te lo dije. Quería cargarte también ese asesinato. Era la

oportunidad perfecta, aunque no contaba con que no estuvieses en el lugar del crimen cuando apareció la Guardia Civil ni que tus huellas no estuviesen en el martillo.

—Tuve suerte, todo lo contrario que el sargento Godoy, que al final se descubrió él solo. También lo manipulaste para que hiciese lo que querías.

—En la cárcel uno conoce a mucha gente y escucha muchas historias —aseguró con satisfacción—. Y hay personas dispuestas a lo que sea para que sus oscuros secretos no salgan a la luz. Cuando supe que estaba en Llanes vi muy claro que podría chantajearle a mi antojo.

—¿También has chantajeado al teniente Ocaña?

—No, aunque no me ha hecho falta. Por lo que sé, ese tío también va a por ti —dijo soltando una sonora carcajada—. Bueno, creo que ya está bien de tanta charla.

—Dime al menos por qué atacaste a Eva en la autopista cuando iba al trabajo con mi hija.

—Es obvio, decidí que era hora de hacerte daño donde más te doliese.

—¿Lo decidiste tú o Susana?

—Ella quería verte hundido, destrozado, para poder atormentarte hasta que tú solo decidieses quitarte la vida. Ese era el plan desde el principio. Yo te habría pegado dos tiros y ya está, pero ella tenía otros planes para ti y decidí respetarlos.

—En ese caso, aquí me tienes —dijo Roberto abriendo los brazos —. Mis hijos no tienen la culpa de nada de esto. Deja que se vayan.

—Tranquilo, a él no le haré nada —dijo con una frialdad que le encogió el corazón—. Es de mi sangre, nunca le haría daño. En cambio, la niña…

—¡No te atrevas a tocarla! —dijo dando un paso hacia él.

—¡Quieto! —gritó Pedro llevándose la escopeta al hombro para apuntarle—. Te pegaré dos tiros ahora mismo si me obligas.

—Eso no va a pasar —dijo Eva de pronto, a su espalda—. Tira la escopeta o te vuelo la cabeza.

Pedro no se inmutó y siguió apuntando a Roberto.

—Es mejor que lo hagas —la secundó él—. Te está apuntando con un revólver, así que entrégate.

Pedro soltó una carcajada nerviosa.

—¿Entregarme? Me da igual morir si antes consigo llevarte conmigo… Y con Susana.

Roberto le miró a los ojos y lo vio claro. Pedro no estaba poseído, no había nadie que dirigiese sus actos en ese momento. Era una persona enferma, alguien que había perdido la noción de la realidad y a la que únicamente guiaba un deseo enfermizo de venganza. Tal vez su hermana hubiese influido sobre sus decisiones, como había intentado hacerlo con él al visitarle en sus sueños, pero en ese momento Pedro era el único dueño de sus actos. Y supo lo que iba a hacer.

Su cuerpo no estaba en condiciones de moverse tan rápido como necesitaba, aunque no le quedaba otra opción. Se lanzó de costado tan lejos como pudo para alejarse de la trayectoria, apenas unas décimas de segundo antes de que Pedro apretase el gatillo.

Roberto sintió una fuerte quemazón en la pierna izquierda, mientras caía al suelo con violencia y escuchaba el sonido de un nuevo disparo.

Acto seguido, todo se volvió oscuridad y perdió la consciencia.

66

Al abrir los ojos, vio que se encontraba en un paraje que conocía muy bien. El sol brillaba por encima de las montañas, en un cielo completamente azul, creando miles de destellos sobre las aguas del lago Wallowa. Una pareja de ciervos bebían en la orilla, mientras el suave viento mecía las copas de los árboles, sobre sus cabezas.

Entonces una figura salió del bosque y se acercó a él, deslizándose sobre la hierba. La reconoció al instante. Era Emily, la nieta de Alce Blanco. Llevaba puesto un vestido nativo tradicional de color blanco, adornado con hilos de cuentas con formas geométricas que provocaban brillos al incidir los rayos del sol sobre ellos. Llevaba el cabello negro recogido en dos trenzas que le caían sobre cada uno de sus hombros. Su rostro era bello, tal y como lo recordaba, y lucía una sonrisa que le reconfortó.

—Hola, Rober —dijo deteniéndose a poca distancia de él.

—Hola, Emily. Pensé que no volvería a verte.

—Era necesario que viniese.

—¿Estoy muerto?

Ella sonrió de la forma más dulce que había visto nunca.

—No, todavía falta mucho para eso. He venido para avisarte de que todavía no estás a salvo.

—¿Qué quieres decir?

—Susana. El único modo de evitar que pueda llegar a ti de nuevo es esparciendo sus cenizas al mar. Solo así su espíritu se desconectará definitivamente de tu mundo.

—¿Y dónde las voy a encontrar?

—Tendrás que confiar en tu don.

Emily resultaba igual de enigmática que en otras conversaciones, por eso preguntó:

—¿Cuándo terminará esto y podré vivir tranquilo con mi familia?

—Se te ha concedido un don y tu misión es usarlo para que se haga justicia por las víctimas.

—Un don que yo no pedí.

—Susana no es el único peligro al que te enfrentas. Hay personas reales para las que tu don resulta peligroso y que te quieren fuera del juego.

—Llevo ya tiempo fuera del juego.

—Eso no es suficiente para ellos.

—¿Quieres decir que piensan asesinarme?

—Podrían intentarlo, si antes no logran apartarte de tu trabajo.

—Eso ya lo han conseguido.

—No me refiero a la Guardia Civil. Tu trabajo es que el mal no triunfe sobre el bien.

—Lo era antes. Ahora mi trabajo es proteger a mi familia —dijo Roberto con pleno convencimiento. Necesitaba dejarle claro que esa era su única prioridad ahora.

Emily asintió, antes de decir:

—Lo sé, pero ya no podrás hacerlo tú solo. Necesitas ayuda.

—¿Y quién va a ayudarme?

—Pronto lo descubrirás. Solo tienes que recordar que el mal nunca descansa y que tu misión es evitar que se extienda por el mundo.

—¿No te parece bastante lo que he hecho hasta ahora?

—Allí donde vayas, el mal te seguirá, Rober, por eso es importante que no luches tú solo contra él. Te deseo suerte.

Emily le dio la espalda dispuesta a alejarse, por eso llamó su atención.

—¡Espera! ¿Qué pasa con mis hijos?

Ella se detuvo y se volvió para mirarle.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Han heredado mi don?

—El niño es como tú. Su don crecerá conforme se haga mayor, por eso es importante que esté siempre protegido con el Pájaro Trueno. En cuanto a la niña…

Al ver que dejaba la frase en el aire, preguntó temeroso:

—¿Qué ocurre con ella?

—Le has puesto mi nombre —dijo Emily, sonriendo de nuevo.

—Sí. A Eva le pareció bien.

—Gracias.

—Tiene una mirada mágica, que me recordó a ti.

—La niña es especial. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Su don es mucho más potente que el tuyo, por eso debes protegerla.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—No permitiendo que el mal triunfe.

—Eso es fácil decirlo.

—Lo lograrás cuando decidas no caminar solo. Hasta pronto, Rober.

Esta vez no la detuvo. La observó mientras se alejaba, perdiéndose entre los árboles de nuevo.

Algo en su interior le dijo que aquel encuentro sería el último.

67

Roberto sintió cómo alguien cogía su cuerpo en volandas y lo depositaba encima de algo. Al abrir los ojos vio que estaba dentro de una ambulancia, de nuevo, mientras algo le apretaba el brazo derecho. Giró la cabeza y vio que un sanitario le estaba tomando la tensión.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con una sonrisa agradable.

—¿Qué ha… pasado?

—Se golpeó en la cabeza con una piedra al caer al suelo. Lleva un rato inconsciente.

—¿Y mi mujer? —dijo intentando incorporarse.

—No se mueva, por favor.

—Tengo que buscar a mis hijos.

Esta vez logró incorporarse, lo que obligó a que un segundo sanitario acudiese en ayuda del primero para impedir que se moviese.

—¡Por favor, debe tumbarse! Tenemos que comprobar su estado de salud. Ha recibido un disparo.

En ese momento, Roberto recordó los últimos segundos antes de perder el conocimiento. Pedro había apretado el gatillo y él se había lanzado a un lado para esquivar el disparo. Luego escuchó un segundo disparo, aunque de un arma diferente, y después de eso todo se tornó en oscuridad.

—Su mujer y sus hijos están bien —dijo el sanitario—. Avisaré para que vayan a buscarla, pero tiene que dejar que le tratemos las heridas. Tiene una pequeña brecha en la frente y un impacto de perdigones en la pierna. A pesar de que no es grave, debemos comprobar su estado de salud.

Roberto comprendió que tenía razón, así que asintió con la cabeza.

—De acuerdo, vaya a avisarla.

Mientras el sanitario salía de la ambulancia, se dejó caer de nuevo en la camilla. Eva no tardó ni un minuto en entrar en el vehículo.

—¿Cómo estás, Rober? —dijo acercándose a la camilla por el lado opuesto al sanitario.

—Creo que bien. ¿Y los niños? —preguntó sintiendo el calor de su mano agarrando la suya.

—A salvo.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo. La casa tenía una entrada trasera que daba a un porche en obras, así que, mientras tú hablabas con Pedro, los saqué y los llevé hasta el coche. Le pedí a Berto que cuidase de su hermana y que no se moviesen de allí hasta que uno de los dos regresásemos. Los dos fueron muy valientes.

—Son hijos nuestros —le replicó con una leve sonrisa—. ¿Y Pedro?

—Tuve que dispararle —dijo ella ensombreciendo el rostro—. Iba a matarte. Cuando te vi caer y quedar en el suelo inmóvil, pensé que te había alcanzado de lleno. Vi que te apuntaba de nuevo y… —Eva hizo una pausa—. Le disparé a la cabeza. Está muerto.

—No importa, me salvaste. En realidad nos salvaste a los tres.

Eva se inclinó hacia él y le besó en los labios.

—Me gustaría no tener que volver a hacerlo.

—¿Dónde están los niños?

—En un coche patrulla. Llamé a Godoy después de abatir a Pedro, para que mandase una ambulancia urgente.

Roberto asintió con la cabeza, conforme.

—¿Y dices que Pedro está muerto?

—Sí. —Ella le miró intrigada—. ¿Estás pensando en conectarte a…?

—No —la interrumpió antes de que terminase la frase—. Ya no hay nada que quiera hablar con él. Solo deseo volver a casa.

—Entonces deja que te curen bien.

—Le llevaremos al hospital —intervino el sanitario.

—No quiero más hospitales —protestó Roberto.

—Ha sufrido una conmoción y necesita estar una noche al menos en observación.

—He dicho que no.

—No seas protestón —le reprendió Eva—. Los niños y yo iremos contigo. También ellos necesitan que les vea un médico.

—¿Pedro les hizo algo? —preguntó, alarmado.

—No, pero han sufrido un secuestro, una situación traumática para cualquier niño de sus edades. Me quedaré más tranquila si vamos contigo al hospital.

—Yo también.

—Aunque antes deberías colgarte esto —dijo Eva alargando la mano hacia él.

Roberto observó el colgante con el Pájaro Trueno que sostenía en la mano y sonrió.

—¿Dónde estaba?

—Pedro lo llevaba en un bolsillo del pantalón.

—Gracias —murmuró mientras se lo ponía en el cuello.

Por fin había terminado todo. Su familia estaba a salvo y no había nada ni nadie que amenazase sus vidas.

O al menos eso creía.

68

Cuatro días después, Roberto se presentó en el cuartel de la Guardia Civil de Llanes. Lo hizo solo. Eva se había quedado en casa con los niños, mientras él cerraba el último cabo suelto del caso.

El sargento Godoy salió a recibirle al pasillo. Lo hizo con una débil sonrisa.

—¿Cómo te encuentras, Fuentes?

—Bien —le respondió.

—Siento no haber ido a verte al hospital, pero hemos tenido bastante lío aquí, como supondrás.

—Lo sé y no hacía falta. Aprecio más la llamada telefónica de ayer.

—Era lo mínimo que podía hacer por ti. ¿Qué tal la pierna? Veo que cojeas.

—Es más el dolor por las heridas de los perdigones que otra cosa. El médico dice que en un par de semanas caminaré bien.

—¿Y el golpe en la frente?

—Nada grave. Me hicieron un escáner y me tuvieron un par de días en observación en el hospital, por si acaso. Parece que mi cabeza es bastante dura.

—Doy fe de ello —dijo Godoy dibujando una débil sonrisa, que borró en cuanto vio la seriedad en el rostro de Roberto.

—¿Dónde está el capitán Bravo?

—En Oviedo. Su mujer está de parto, así que lo más seguro es que tarde unos días en venir por aquí.

—Imagino que el teniente Ocaña está en el despacho.

—Sí. Mañana tiene previsto regresar a Gijón.

—Tengo que hablar con él. A solas —añadió.

—Claro. Escucha, Fuentes… Yo… —dudó Godoy, bajando a continuación el tono de voz—. Con respecto a lo mío…

—Ayer estuve hablando con Asuntos Internos.

El sargento tragó saliva, antes de preguntar:

—¿Y…?

—Lo siento, no puedo ocultar lo sucedido, pero les he dejado bastante claro que tu ayuda fue clave para detener a Pedro. Han prometido que la sanción será lo menos dura posible.

—Gracias. No sabes cuánto lamento que todo lo ocurrido fuese por mi culpa.

—Aquí el único culpable es Pedro, al menos de los crímenes. Hay otros que también tendrán que pagar por lo que hicieron, como el teniente Ocaña.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabrás después de que hable con él. Ahora, si no te importa, tengo que ir a verle.

—Claro —dijo el sargento haciéndose a un lado y mirándole con extrañeza, como si no entendiese a qué se refería.

Roberto continuó solo y abrió la puerta del despacho. No pidió permiso para entrar. Cerró a su espalda y recorrió la poca distancia que le separaba de la mesa tras la que Ocaña estaba sentado. Este le miró primero con expresión de sorpresa y luego apretó los dientes.

—¿Es que no te han enseñado a pedir permiso cuando entras en el despacho de un oficial?

—¿Y qué va a hacer, suspenderme otra vez de empleo?

El teniente le miró desafiante.

—Vaya, ya veo que estás muy subidito.

—Puede que sea porque soy inocente del crimen del que me acusaba.

—Yo no te acusaba, lo hicieron las pruebas.

—Nunca me dio el beneficio de la duda. Me pregunto por qué motivo actuó así.

—Porque estaba bastante claro que tú eras el asesino —dijo el teniente apoyando la espalda en el respaldo de su sillón y mirándole con aire de superioridad—. Tus huellas estaban en el arma del crimen y discutiste con la víctima pocas horas antes de su muerte.

—Una maniobra que Pedro organizó muy bien para implicarme, como queda claro en el diario que escribió y que se encontró en su habitación del hotel La Cueva, donde vivía y trabajaba.

La expresión de Ocaña se tornó en sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

No era lo único que Roberto sabía de la investigación en curso. El sargento Godoy era quien le había informado de ello por teléfono el día anterior, de manera extraoficial.

Además del diario, en el que Pedro expresaba sus enfermizas ideas de venganza contra Roberto, también se encontró un teléfono móvil, no registrado, con numerosas fotografías de la vigilancia que le había realizado desde que había vuelto a Nueva cuatro meses antes. Había multitud de fotos de Roberto, pero también de Eva y sus hijos, tanto en casa como cuando iban a Llanes. Incluso había algunas fotos de Kateryna en el jardín jugando con los niños.

Gracias al posicionamiento del teléfono, se pudo ubicar a Pedro en el lugar de cada uno de los crímenes, en el momento en que se produjeron estos.

También encontraron en el hotel La Cueva un pequeño taller, donde Pedro había fabricado los clavos con los que provocó el accidente de Eva. Encontraron barras de metal cortadas y una soldadora para unir los trozos, así como un par de clavos defectuosos que había desechado. También hallaron en su habitación la cazadora de cuero roja que llevaba puesta en el momento del suceso.

—Lo importante no es cómo lo sé —aseguró Roberto con voz firme—. La cuestión es que todavía no ha solicitado mi alta para el servicio. Se dio mucha prisa para que me suspendiesen, pero parece que ahora no tiene tanta en enmendar su error.

—¿Error? —dijo Ocaña con sorna apoyando las manos en la mesa—. En lo que a mí respecta, la investigación sigue abierta y tu implicación en los crímenes, sobre todo en el primero, sigue sin aclarar. La muerte de Pedro te vino muy bien para que no pudiese declarar lo que realmente había sucedido.

—¿En serio sigue empeñado en demostrar que soy culpable? —Al ver que no respondía, añadió—: Me gustaría saber cuánto le pagan.

—¿Cómo dices?

—Quisiera oír de sus propios labios cuánto le han pagado para intentar encerrarme.

El teniente se puso en pie de inmediato y comenzó a enrojecer.

—¡Cómo te atreves! —exclamó—. Pienso dar parte de ti por falta grave. ¿Te crees que puedes lanzar una acusación semejante y

quedar impune?

Roberto se mantuvo tranquilo.

—Cuando estaba en el hospital, después de que Pedro me disparase, recibí una visita muy interesante de un amigo periodista —comenzó a explicarle—. Lo que descubrió no hizo más que confirmar lo que yo sospechaba de usted desde que se hizo cargo de la investigación. El hecho de que pusiese el punto de mira en mí desde el principio no estaba motivado solo porque sea un pésimo investigador.

—No voy a permitir que me sigas faltando al respeto.

—Lo que creo es que alguien se puso en contacto con usted en cuanto mis huellas aparecieron en la navaja con la que Pedro asesinó a Olga —continuó, ignorando su amenaza—. Alguien interesado ya no solo en acabar con mi carrera dentro de la Guardia Civil, sino incluso en meterme entre rejas.

—¡Eso es una sucia mentira!

—Por eso recibió un pago de cien mil euros justo después de que me suspendiesen de empleo y sueldo. ¿Era un primer pago?

Ocaña rio de forma desagradable.

—No sabes dónde te estás metiendo. Puedo acabar con tu carrera solo con hacer una llamada.

—Ahora mismo eso me importa muy poco. Lo que quiero es saber la verdad.

—¿La verdad de qué?

—Sobre quién es la persona que le pagó para inculparme.

—Nadie me ha pagado nada. Ese dinero es de una herencia.

Roberto sonrió. Esperaba una réplica así.

—Mi amigo, el periodista, tiene contactos en Hacienda. Es cierto que ha heredado varias propiedades, por las que debe abonar cerca de noventa mil euros si no quiere que el Estado se quede con ellas.

—Te estás metiendo en un pozo del que no vas a poder salir.

—Creo que de los dos, usted es el único que ahora mismo está en un pozo. Mañana sale un artículo en la prensa asturiana en el que se relata cómo fui acusado de forma injusta de un crimen que no había cometido y cómo el oficial al frente de la investigación ignoró las pruebas que me exculpaban. Y que lo hizo a cambio de un generoso soborno para cubrir sus deudas con Hacienda.

—¡Voy a acabar contigo! —gritó Ocaña fuera de sí, señalándole

con el dedo—. Conozco a gente poderosa.

—¿Los que le pagaron por arruinarme la vida?

—Exactamente.

—En ese caso me encantaría que me los presentase.

Ocaña sonrió con ironía al escuchar eso.

—Esa gente siempre permanece en la sombra. Nunca permitirán que alguien como tú se acerque a ellos. ¿Te crees que soy el único al que tienen en nómina? Pueden acabar contigo solo con chasquear los dedos —aseguró realizando el gesto en el aire, delante de su cara.

—De momento, no lo han conseguido.

—Tus días en la Guardia Civil están contados. Puede que esta vez te hayas librado, pero tarde o temprano lo conseguirán.

Por mucho que le doliese, tenía que reconocer que el teniente Ocaña estaba en lo cierto. Dudaba que la gente que estaba detrás de todo aquello se detuviese en su empeño, por eso tuvo claro lo que tenía que hacer.

Antes, decidió dar por zanjada la conversación.

—Veremos lo que pasa —murmuró dándole la espalda para dirigirse a la puerta.

—No van a acusarme de nada. Nunca podrás demostrar de dónde vino ese dinero que me pagaron —dijo el teniente cuando tenía la manilla en la mano—. Y nadie va a conseguir que lo confiese.

—Ya lo ha hecho —aseguró Roberto saliendo del despacho.

Recorrió el pasillo hasta la salida y, una vez en el aparcamiento, se acercó a un vehículo negro con las lunas tintadas, del que bajaron cuatro personas. Una de ellas, de pelo cano y mirada penetrante, se acercó a él.

—¿Lo tienen? —preguntó Roberto.

—Sí, hemos grabado perfectamente la conversación a través de tu teléfono.

—Por si acaso tenga también la grabadora digital —dijo sacándola del bolsillo trasero de su pantalón y entregándosela—. Mejor tener las cosas por duplicado.

—Gracias por tu colaboración Fuentes.

—No hay de qué, mi comandante. Espero que sirva.

—Lo hará. De momento nos lo llevaremos detenido a Gijón y

una vez allí lo interrogaremos de nuevo. Intentaremos llegar al fondo de este asunto.

—Les deseo suerte.

Roberto no tenía mucha confianza en que descubriesen mucho más. De las palabras de Ocaña había deducido que iba a ser imposible llegar hasta las personas que estaban detrás de toda aquella maniobra. Lo único que podía hacer ahora era proteger a su familia y tenía claro que solo había un modo. Fue en busca de su vehículo y antes de subirse observó cómo los agentes de Asuntos Internos entraban en el edificio.

Con toda probabilidad, aquella iba a ser la última vez que pisaría un cuartel de la Guardia Civil.

69

Roberto caminó junto a Eva por las calles de Nueva de Llanes, mientras los niños lo hacían un par de metros por delante de ellos. Berto agarraba la mano de Emily, un detalle que demostraba cómo el secuestro les había unido más todavía. Durante las horas que habían permanecido retenidos, había estado pendiente de su hermana en todo momento, defendiéndola y protegiéndola, asumiendo que era su obligación.

—No te imaginas la mirada de orgullo que tienes ahora mismo —dijo Eva.

—Lo estoy. Ellos son lo más importante que me ha pasado en la vida, después de conocerte a ti, claro está —añadió.

—A pesar de que ahora mismo estamos los dos hechos unos zorros. Tú con la cabeza llena de heridas y cojeando de una pierna y yo con un golpe en la frente del accidente y la mano vendada.

—Parecemos sacados de una serie de zombis.

Ella soltó una carcajada, que hizo que los niños les mirasen.

—¿Qué ocurre? —preguntó Berto.

—Nada, hijo, una cosa graciosa que ha dicho tu padre. No sueltes a tu hermana.

Siguieron caminando, mientras Eva agarraba también la mano de Roberto.

—Me alegra ver que ya estás de mejor humor —le dijo.

—Espero recuperarlo del todo a partir de ahora.

—¿Estás seguro de dejar la Guardia Civil? —preguntó ella, consciente de por qué lo decía.

—Bastante. Ya viste lo que dijo el teniente Ocaña. Van a seguir yendo a por mí.

—¿Quién puede ser esa gente?

—No lo sé, pero está claro que quieren apartarme de mi trabajo. Primero publicaron toda mi historia en la prensa y ahora han

intentado implicarme en un crimen. No van a parar, por eso tengo que pensar en vosotros.

—¿Y crees que dejar la Guardia Civil hará que se olviden de ti?

—Los dos años que estuve de excedencia se olvidaron de mí.

—O quizás estaban esperando el momento oportuno para ir a por ti.

—No pienso darles otra oportunidad —dijo Roberto, tajante.

—¿Y si buscamos ayuda?

—¿En quién?

—Tiene que haber alguien tan poderoso o más que ellos que pueda protegerte.

—Dudo que exista alguien así.

Justo en ese momento pasaron delante de la iglesia de Nueva, en cuya puerta les esperaba el padre Miguel. El párroco salió a su encuentro y se acercó primero a los niños, a los que hizo varias carantoñas, que ellos respondieron riendo al unísono. Luego se aproximó a Roberto y Eva.

—Ya estáis aquí.

—Siento haber tardado un poco. Antes de llegar he tenido que hacer una pequeña parada en casa de la madre de Nieves.

—¿Por algo importante?

—Necesitaba transmitirle un mensaje.

—¿De su hija? —preguntó el párroco.

—Sí. Dejó un regalo para ella escondido en un oso de peluche.

—Espero que la haya reconfortado.

—Nada reconforta de la muerte de un hijo, pero al menos creo que ha encontrado algo de paz.

—Me alegra oírlo. Y también te agradezco que hayas venido.

—La llamada por teléfono fue tan misteriosa que no podía negarme —dijo Roberto—. Esa frase de «tengo una propuesta que no deberías rechazar» me recordó a la película de Coppola, El Padrino.

—Es cierto, lo siento —dijo el padre Miguel soltando una breve carcajada—. Solo pretendía convencerte para vernos.

—¿Entonces no tiene ninguna propuesta?

—En realidad sí.

—¿Mamá, podemos entrar? —preguntó Berto desde la puerta de la iglesia.

—Espera, voy con vosotros. Así podréis hablar los dos solos —dijo mirando a Roberto.

—No es necesario —le replicó el párroco—. Seguro que te interesa saber lo que tengo que proponerle.

—Luego me lo contará él. No os preocupéis.

En realidad, el secuestro no solo había afectado a los niños. Eva se había vuelto más protectora con ellos, hasta el punto de que no quería perderlos de vista ni un minuto. Roberto lo entendía y sabía que con el tiempo esa obsesión se disiparía.

—Creo que te comenté que iba al Vaticano —dijo el padre Miguel captando su atención.

—Sí, lo recuerdo.

—La cuestión es que allí tuve una reunión bastante interesante con alguien muy importante y hablamos sobre ti.

—¿Le habló de mí al Papa? —bromeó.

—No. ¡Ya me gustaría! —respondió sonriendo—. Aunque lo conocí en una ocasión, antes de que fuese ordenado. La persona con la que hablé no es tan importante como él a nivel público, pero sí lo es desde un punto de vista eclesiástico.

—Creo que no le sigo.

—Tienes que entender que la Iglesia Católica es una institución en la que existen diversos departamentos, por decirlo de un modo sencillo que puedas entender.

—Puedo imaginármelo.

—Uno de ellos es el departamento para el que trabajé durante años, realizando exorcismos. Cómo ya sabes, el mal nunca descansa, por eso hacen falta hombres dispuestos a luchar contra él.

Roberto arrugó el entrecejo. No terminaba de ver claro hacia dónde iba esa conversación, por eso preguntó:

—¿Qué es lo que quiere decirme?

—No eres el único que tienes ese don.

—Lo sé, aunque nunca me he encontrado con nadie que lo tuviese.

—La Iglesia, sí.

—¿La Iglesia?

—Como dije antes, el mal no descansa y gente como tu ayuda a que no se extienda. Eres el primero al que conozco, pero cuando lo mencioné en el Vaticano no se sorprendieron y de inmediato se

sintieron interesados por ti. Quieren que sigas haciendo lo que haces, pero bajo la protección del Vaticano.

—¿Lo que hago?

—Resolver crímenes e impedir que se cometan otros, atrapando a los asesinos.

Roberto no terminaba de entender lo que le estaba diciendo exactamente.

—Lo siento, pero he decidido dejar la Guardia Civil definitivamente. Lo sucedido en los últimos días me ha convencido de la necesidad de proteger a mi familia.

—¿Lo dices por quienes sobornaron a ese teniente para que te acusase de los crímenes?

Ese comentario despertó el inmediato interés de Roberto.

—¿Qué sabe de eso?

—Lo que leí en la prensa. Sin embargo, por lógica, también sé que hay personas, incluso organizaciones, interesadas en que no sigas haciendo tu trabajo. Gente que quiere que el mal triunfe, para favorecer sus oscuros negocios.

—¿Me está diciendo que hay gente que quiere que los asesinos campen a sus anchas?

—Lo que pretendo que entiendas es que una persona como tú, con ese don, es demasiado peligrosa para ellos. No sé quién está detrás de esos intereses, pero lo que sí puedo decirte es que el Vaticano tiene suficiente poder para protegerte, a ti y a tu familia. No te quepa la menor duda.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Ya te lo he dicho, quieren que trabajes para ellos. Bueno, para nosotros, a cambio de un generoso salario.

—¿Qué tendría que hacer?

—Lo mismo que haces ahora, pero como investigador independiente, bajo el amparo del Vaticano y de los cuerpos de seguridad internacionales. Todo sería completamente legal. No tendrías que estar alejado de tu familia demasiados días y solo se te solicitaría en las ocasiones que fuese necesario.

—Lo siento, pero…

—Piénsalo —le interrumpió—, no tienes por qué darme una respuesta ahora. Consúltalo con tu mujer, durante el tiempo que necesites. Ven a verme cuando hayas tomado una decisión.

En ese momento se le pasó por la cabeza decirle que no, pero entonces recordó el sueño unos días atrás con Emily, la nieta de Alce Blanco, y lo que esta le había contado.

—El mal nunca descansa.

Eran las mismas palabras que había dicho el padre Miguel minutos antes, aunque no era lo único que recordaba de su sueño. Había otro detalle, quizás el más importante, y que le hizo replantearse si debía aceptar la propuesta: lo que Emily le respondió cuando le preguntó cómo podía evitar que el mal no triunfe.

Lo lograrás cuando decidas no caminar solo.

¿Acaso se refería a eso?

—¡Papá! —escuchó de pronto la voz de su hija desde la puerta de la iglesia, llamando su atención—. *Vene*.

—¿Qué pasa, Emily?

—*Vene* —insistió.

Se acercó a ella y la niña le ofreció la mano para que se la cogiese.

—¿Qué quieres?

—*Etá* aquí.

—¿Quién está aquí?

—Ella —dijo tirando de su mano para que la acompañase al interior.

Nada más poner un pie en la iglesia, sintió de nuevo que su cuerpo se paralizaba y que le costaba respirar, aunque esa sensación se disipó en cuanto agarró el amuleto del Pájaro Trueno. De ese modo pudo acompañar a su hija por el pasillo central hasta el fondo de la iglesia, donde se encontraba el altar en el que se oficiaba la misa. Tras él estaba el retablo de madera con varias figuras religiosas, entre ellas la de San Jorge luchando con el dragón, el santo que daba nombre a la parroquia. Berto y Eva le esperaban expectantes junto a la mesa de piedra.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre Miguel llegando a su altura.

—Ni idea —respondió ella—. Estábamos mirando las figuras y de pronto Emily dijo que tenía que ir a buscar a su padre.

—*Etá* ahí, papá —dijo entonces la niña señalando la parte inferior del retablo.

Roberto se acercó al lugar donde apuntaba y se agachó para observar uno de los paneles de madera de la parte inferior.

—¿Esto?

—Sí —dijo ella.

Roberto palpó el panel para ver si tenía alguna apertura y, al ver que no era así, decidió empujar en uno de los lados. Al hacerlo, sonó un leve clic y el panel se desplazó unos centímetros hacia afuera, lo justo para meter los dedos y abrirlo del todo. Dentro se encontró con una urna de cerámica de color negro, con una paloma blanca dibujada sobre ella.

Era una urna funeraria.

Roberto alargó la mano hacia ella para cogerla, pero, nada más tocarla con la yema de los dedos, recibió una descarga de energía que le hizo caer hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eva alarmada.

—Nada, tranquila. Estoy bien.

Se incorporó y acto seguido cogió a Emily para alejarla de ahí unos metros.

—Ella es mala, papá —dijo la niña.

—Lo sé, hija. ¿Cómo sabías que estaba ahí?

La niña se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué ocurre? —insistió Eva.

—Creo que son sus cenizas.

—¿Las de…? —Roberto negó de inmediato con la cabeza para indicarle que no pronunciase su nombre—. Entiendo.

—Es mejor que saques de aquí a los niños —le pidió, consciente de la mirada de desconcierto de Berto.

—Vamos, niños.

En cuanto se alejaron unos metros, el padre Miguel comentó:

—No entiendo cómo puede estar eso ahí.

—Pedro debió esconderla dentro.

—¿Y cómo sabía lo de ese compartimento secreto?

—Trabajó de monaguillo cuando era chaval. Seguro que le pareció el lugar más seguro donde dejar las cenizas de su hermana. Por eso cada vez que entraba aquí sentía una fuerza negativa muy potente.

—¡Dios santo!

—Esa fuerza sigue muy presente, lo que demuestra que Susana tiene todavía mucho poder.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó el párroco, desconcertado.

—Tengo que arrojar sus cenizas al mar. Es el único modo de romper su vínculo con este mundo.

—Lo haré yo. Está claro que tú no puedes tocar esa urna.

El padre Miguel cogió la urna y luego miró a Roberto.

—¿Te convences ahora de lo necesario que es tenerte de nuestro lado? —preguntó—. Sabes cómo enfrentarte al mal.

Él no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza.

Tenía que reconocer que estaba en lo cierto.

EPÍLOGO

Berto y Emily correteaban por la orilla de la playa de San Martin, persiguiendo a Sella, que no soltaba la pelota que llevaba en la boca. Ver que ya podía correr sin problema le arrancó una sonrisa a Roberto.

Por fin todo había vuelto a la normalidad. El día antes había acompañado al padre Miguel a la playa de Cuevas del Mar para arrojar las cenizas de Susana en el agua. Al hacerlo, sintió que se liberaba de un peligro que ya nunca más podría amenazarle, ni a él ni a su familia.

—¿Qué vas a hacer con la propuesta del Vaticano? —preguntó Eva, caminando a su lado, cogidos de la mano—. ¿Vas a aceptarla?

—No lo sé, la verdad. No quiero dejaros solos.

—No tendríamos por qué estar separados. Tal vez podríamos irnos a vivir allí.

—¿Te refieres a Roma?

—¡Pues claro! Sabes que me encanta esa ciudad.

—Pensaba que te gustaba nuestra casa y vivir aquí, en Llanes.

—Y me gusta, pero cualquier sitio es bueno si estamos los cuatro juntos. Bueno, los cinco —añadió mirando a Sella, que en ese momento esperaba agazapada sobre la arena a que Berto le tirase la pelota.

—El padre Miguel tampoco me ha dicho nada de vivir en Roma. La verdad es que no tengo claro qué voy a hacer.

—Pues no hablemos más de ello y disfrutemos de este último día de sol. En la tele han dicho que mañana comienzan las lluvias.

Eva le besó en los labios, justo en el momento en que Berto les llamaba entre risas.

—Papá, mira a Sella. Se metió en el agua a por la pelota y la pilló una ola.

La pobre perra salía del agua bufando y sacudiendo la cabeza.

—Niños, no le tiréis la pelota al mar, que luego traga agua —les reprendió Eva acercándose a ellos.

—Fue *Beto* —dijo Emily.

Roberto no pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de Sella después de que una ola le pasase por encima, aunque una llamada en su teléfono captó toda su atención. Era de un número que no tenía registrado.

—¿Dígame?

—¿Roberto Fuentes? —preguntó una voz femenina.

—¿Quién es?

—Soy Verónica Cuevas, inspectora de la Policía Nacional. Nos conocimos el año pasado. No sé si me recuerdas.

—Claro que sí, Verónica. ¿Cómo has conseguido mi número?

—Llamé al cuartel de Llanes y hablé con un sargento que me dijo que ya no estabas allí destinado.

—No, he solicitado la baja definitiva de la Guardia Civil, aunque todavía estoy a la espera de la resolución.

—Lamento oírlo.

—Yo no, es lo mejor. ¿Querías algo de mí?

—Sí, verás… —Hubo unos segundos de silencio, como si no supiese qué decir a continuación—. Ha sucedido algo.

—¿Qué ocurre? Te noto nerviosa.

—Creo que conoces a un guardia civil llamado Eusebio Hinojosa.

—Claro, somos muy buenos amigos. ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó temiendo escuchar la respuesta.

—Lamento decirte que hemos encontrado su cuerpo sin vida esta mañana. Lo han asesinado.

Roberto sintió cómo de pronto le faltaba el aire.

—¿Cuándo… dónde? —preguntó incapaz casi de articular las palabras.

—En Sevilla. Lo asesinaron hace un par de días, aunque su cuerpo no apareció hasta anoche —dijo haciendo una nueva pausa—. Lamento darte una noticia tan terrible.

—¿Y estáis seguros de que es Hinojosa?

—Me temo que sí.

—¿Quién ha sido?

—No tenemos ni idea, por eso te llamo —le respondió Verónica

—. Sé que me dijiste cuando nos conocimos que ya no participas en investigaciones de asesinatos, pero leí en la prensa hace unos días algo referente a unos crímenes en Llanes que habías resuelto.

—Sí —murmuró con voz apagada. Todavía no podía creerse que Hinojosa estuviese muerto.

—Necesito tu ayuda, Roberto. No te la pediría de no ser así, pero tengo ya varios cadáveres entre manos y ni un solo hilo del que tirar. No sé si has oído hablar del Asesino de corazones.

—Algo escuché en la tele.

—Esperaba que, al conocer tú a una de las víctimas, pudieses ayudarme a…

—Sí —dijo tajante, sin darle tiempo a terminar la frase—. Puedes contar conmigo. Te avisaré para decirte en que vuelo llego.

Se despidió de ella y en cuanto cortó la llamada miró a Eva y a sus hijos, que en ese momento corrían de nuevo detrás de Sella para quitarle la pelota que llevaba en la boca.

—El mal no descansa nunca —murmuró.

Ahora lo veía claro. Si quería proteger a su familia, tenía que evitar que el mal se extendiese.

Y era lo que pensaba hacer a partir de ese momento.



ALBERTO MENESES. Nací en París (Francia) en el año 1.969 (según el calendario anterior al impacto del Euris), aunque me críe en Asturias desde bien pequeño. Soy militar de carrera, concretamente suboficial del Ejército de Tierra.

Siempre he sido una persona inquieta y con variadas aficiones, aunque la informática me abrió la puerta a un mundo en el que me zambullí de lleno. Gracias al Pc he aprendido a diseñar páginas web, realizar montaje de videos, mezclar música y crear megamixes, entre otros. Sin embargo, una afición que siempre ha estado presente en mi vida es la de escribir.

Empecé a escribir alrededor de los 13 años. Primero escribí una novela corta y luego otras novelas que por desgracia se quedaron en un cajón por mi falta de imaginación (o de recursos) para terminarlas. Las ideas eran buenas, pero me atascaba en el desarrollo, por eso decidí focalizar mi afición en los relatos cortos, relatos que me permitían mejorar mi escritura e ir aprendiendo cada vez un poco más.

Fue durante mi primer año de estudios militares cuando comencé a escribir mi primera novela de ciencia ficción, «Cuerpo de Asalto», que solía pulir y desarrollar durante las vacaciones de verano. A

pesar de tardar más de diez años en terminarla, los comentarios de las primeras personas que la leyeron me dieron una confianza que hasta entonces no tenía. Vi que había más gente (a parte de mí) a la que le gustaba lo que yo escribía y eso me animó a continuar.

Un buen día me senté delante de mi ordenador y decidí plasmar en él aquellas ideas que llevaban tiempo rondándome por la cabeza, creando con ellas una novela. El reto era empezar una historia desde cero y construir una trama completa. Así vio la luz un año después la novela «Mundo sin futuro». La opinión de los primeros lectores me animó a dar un paso más y me aventuré a autopublicarla. El éxito, aunque probablemente insignificante a ojos de un escritor profesional, fue mayor de lo que yo esperaba, y me convenció definitivamente de seguir escribiendo.

El resto podéis leerlo en este blog, que espero siga creciendo como hasta ahora. Eso significará que el sueño continua.